



GIORDANO BRUNO

FORASTERO EN EL UNIVERSO

LAURA VIT

GIORDANO BRUNO
FORASTERO EN EL UNIVERSO

LAURA VIT

Fotografía de la portada: Leonardo Aguiar,
<https://www.flickr.com/photos/sensechange/1860810198/>

Formación de texto: Cortesía de López Mateos Editores
<http://lopez-mateos.com>

© LAURA VIT

Todos los derechos reservados

Versión electrónica de libre difusión por cortesía de LAURA VIT.

Descarga gratuita en: <http://giordanobrunoforasteroeneluniverso.com/>

Contacto: lauravit@prodigy.net.mx

*A ti y a mí,
que ardemos en el mismo
fuego.*

¡Caer, volver, soñarme y que me sueñen
otros ojos futuros, otra vida,
otras nubes, morirme de otra muerte!
Esta noche me basta, y este instante
que no acaba de abrirse y revelarme
dónde estuve, quién fui, cómo te llamas,
cómo me llamo yo.

OCTAVIO PAZ

1548 — 1576

Entre sueños escucho el tintineo de la segundilla que se acerca por el corredor, pasa frente a mi puerta, llamando para iniciar las oraciones y yo, que intento despertar, confundo su sonido con el de las campanas de mi pueblo.

Al abrir los ojos en la oscuridad de la madrugada, en ese instante de desconcierto entre sueño y vigilia, me pregunto por qué hace tiempo no veo a Tansillo, mi amigo el poeta. Mis pies tocan el suelo frío y hasta entonces recapacito: estoy en Nápoles, en el convento de la Orden de los Predicadores, desde hace meses visto el hábito de novicio.

Después de lavarme ciño la túnica a mi cuerpo, sujeto el rosario del lado del corazón, acomodo el escapulario sobre mi pecho y me calzo. La capa negra eclipsa la sensación alada que me dejó la blancura de la túnica. Esta ceremonia cotidiana entre blanco y negro me reitera mi condición de hijo del cielo y de la tierra.

Luego de las oraciones voy a la biblioteca. Antes de sentarme frente al pergamino, recorro los estantes acariciando el lomo de los libros con el dorso de mi mano.

¿Qué conocimiento cautivo me aguarda en ellos?

Aquí recobro la libertad a pesar de la regla estricta: la mirada no debe levantarse de la página; el silencio sólo se altera por el rumor del paso de las hojas.

Elegí una mesa cercana a los vitrales, para ver entrar la luz a lo largo del día. En la mañana, sumisa, se filtra por los vidrios azules. No toca los libros ni los y decolora, negándose a ser cómplice del tiempo. Al final de la tarde, enardecida, traspasa el ventanal por los vidrios escarlata y la biblioteca se enciende. El rojo del ocaso lo abarca todo.

¿Qué día habrá creado Dios los colores?

Una tarde cuando necesitaba otro volumen de la obra que leía, busqué al bibliotecario. Pensando hallarlo dentro, entré a la galería donde se guardan los libros vedados. La luz del exterior alcanzaba solamente los primeros estantes; al fondo del recinto parpadeaba una vela. Guiado por su resplandor llegué hasta donde ardía. La tomé para leer los títulos: *Secretum secretorum*, *De superstitionibus*, *De potestate demonum*. Eran tratados de supersticiones y herejías. Bulas papales, registros de la Inquisición. Procesos contra brujas, milagreros y judaizantes. Mi mano, ajena a enseñanzas y obediencia, tomó uno. Su título era *Malleus Maleficarum*. Empezaba a hojearlo cuando oí pasos. Con un movimiento rápido lo escondí entre los pliegues de mi túnica y regresé a mi lugar.

Abrí el libro sobre la mesa. El hormigueo en las manos me dificultaba pasar las hojas. Me detuve al azar, «... porque aceptar que el diablo tiene el poder de cambiar el cuerpo humano, o infligirle daño, no parece estar de acuerdo con las enseñanzas de la Iglesia, ya que si se acepta su poder, el diablo podría destruir el mundo entero y traer una gran confusión ...».

—Date prisa, Giordano, están llamando a vísperas —Me sobresaltó la voz de un hermano.

Escondí el tratado bajo los manuscritos para luego regresar por él.

Por la noche, en mi celda, seguí con aquella lectura que me llenaba de dudas. El autor, cofrade de mi orden, escribía: «Fémina viene de *fe* y *minus*. La fe de la mujer es menor que la del hombre. La mujer es ligera y crédula; se inclina siempre a creer. Debemos cuidarnos de ella por ser la que atiende a los halagos de Satanás. Torturadla hasta que confiese».

¿Es la ingenuidad razón suficiente para castigarlas con el potro, la estrapada o las puntas de hierro?

Días después encontré al prior hablando con un grupo de novicios.

—Mateo dice que cuando José repudió a la Virgen María por estar encinta, un ángel del Señor le advirtió que había concebido por obra del Espíritu Santo.

¿Cómo distinguir un mensaje sublime del pérfido susurro de Satanás? ¿Y si las mujeres mencionadas en el *Malleus Maleficarum*, hubieran estado en contacto con el Universo Divino y no en un arrebató demoniaco?

—Lucas afirma que el arcángel Gabriel anunció a María que sería madre...

«... El demonio puede arrastrarlo todo, disfrazarse de piedad...»

—Padre, ¿pudo la Virgen confundir la voz?

—¿A qué te refieres, Giordano?

—¿Cómo sabía ella que el enviado era del cielo?

—De eso no hay duda. Los heraldos del Señor son inconfundibles.

—Las voces que escuchan las mujeres quemadas en la hoguera, ¿podrían ser una señal de las alturas?

—¿Cómo te atreves? ¿Comparar a la Madre de Jesucristo con

esas endemoniadas! ¡Es inaudito! ¡Recibirás un nuevo castigo por esta blasfemia! ¡Fuera, a tu celda!

He perdido la sensación en los brazos, en las piernas. Mi cuerpo prosternado es una cruz insensible. Sólo mi frente se que-
ma al contacto con la piedra. Quiero levantarme, caminar er-
guido. ¡Quiero gritar!

No sé desde cuando estoy aquí. Adivino el comienzo de los días por la luz que, ajena a mi castigo, se filtra por los made-
ros de la puerta. No es la primera penitencia, sí la más larga. Antes, durante los escarmientos, rezaba para cumplir la sanc-
ción impuesta. Ahora paso el tiempo recordando la casa de mi niñez, la campiña, mi querida Nola. La imagino desde las alturas. A mi derecha, sobre la llanura, las campanas de Cimi-
tile; al centro, la cúpula de la iglesia y a la izquierda, allá lejos, acechando detrás de la bruma, el monte Vesubio. En ocasiones esperaba verlo surgir de entre las nubes para contarle histo-
rias. Las escogía dependiendo de su humor: si lo coronaba una columna de humo, le hablaba de cuando Aníbal cruzó por su falda montado en un elefante; si distinguía el fuego de sus entrañas, le decía que en días más gloriosos Espartaco y otros esclavos se habían refugiado en su cráter. Cada día cambiaba, como si un lejano astro rigiera su ánimo.

No siento mi cuerpo. ¡Quiero gritar!

Giordano es mi amigo, nos hermana un secreto. Nadie sabe que una noche de carnaval, a pesar de la prohibición del padre Pasqua, lo dejé entrar al convento. Espiaba por una rendija de la puerta, cuando oí a alguien sollozar. Abrí de inmediato y, no bien lo hice, se derrumbó frente a mí. Lo arrastré hasta el

rincón donde guardamos las escobas y encendí una vela. No hallé sangre ni huesos rotos. No era un mendigo, tampoco olía a vino. Manoteó al sentir la llama cerca de su cara, balbuceando algo sobre un fuego que lo perseguía. Sin saber qué hacer para tranquilizarlo, me puse a cantar en voz muy bajita hasta que se durmió. Al amanecer intenté en vano despertarlo. Anduve por ahí, arreglando unos adoquines sueltos; atento para echarlo en cuanto abriera los ojos. Estaba en cuclillas, separando las lajas rotas y no lo oí acercarse. Me quitó la que tenía en la mano, la observó con atención, luego la acarició como si se tratara del lomo de un gato. Pensé que había dejado entrar a un loco. Le pedí que se fuera, pero pareció no entenderme, sólo me miraba. Después de un rato me preguntó por el prior.

—Es Ambrogio Pasqua, debe estar por allá —señalé en dirección del priorato.

Sin decir palabra se alejó por el claustro. Me olvidé de él hasta que un día llamó a la puerta.

Allí estaba de nuevo, con un fardel al hombro que lo desnivelaba por el peso.

—El padre Pasqua me aceptó. Seré novicio en San Domenico Maggiore. Lo llevé a una de las celdas desocupadas, al salir me preguntó mi nombre.

—Me dicen Ventura.

—Gracias por haberme ayudado aquella noche.

—¿Cómo sabes que fui yo?

—Reconocí tu voz.

Al principio no hablaba conmigo. Siempre estaba en la biblioteca leyendo. La tarde que me ordenaron aflojar la tierra para sembrar la hortaliza, nos hicimos amigos. En lugar de hincar el azadón entre los surcos, me puse a jugar con los caracoles. Me divertía ver con qué dificultad se subían y bajaban

unos de otros. Ya que iban lejos, seguía su rastro con la yema de mis dedos.

—¿Qué haces? —preguntó alguien detrás de mí.

—Recorrer caminos de plata —contesté, sin pensar que podría ser un novicio. Me levanté resignado al posible castigo.

En lugar del golpe, Giordano me explicó que hacía un rato me observaba desde la ventana de su celda; había bajado a ver en qué me entretenía.

—¿Vienes a trabajar todos los días?

—Aquí vivo.

—¿Tomarás los hábitos?

—Soy huérfano.

—¿Y eso qué importa?

—Luego se ve que no estás muy enterado. No tengo familia ni dinero, nunca seré uno de ustedes.

Aproveché para preguntarle por qué aquella mañana me había arrebatado el adoquín roto.

Fue la primera vez que me sorprendieron sus carcajadas.

—Siento haberte asustado. Cuando llegué a Nápoles me asombró la dureza y lo oscuro del suelo. Alguien me dijo que algunas calles de Nápoles están apisonadas con el basalto que arrojó el volcán. Aquel día, al ver cómo separabas las lozas, quise tocarlas. ¡Imagínate, Ventura! Esas piedras vienen de las entrañas de la tierra. Tal vez nosotros estemos hechos de lo mismo. Te pido perdón por el desconcierto que te causé.

Nadie me había pedido perdón ni hablado de esa manera. También me preguntó quién me había dicho que el camino de los caracoles era de plata.

—A mí así me lo parece —contesté, volviendo a mi trabajo.

—¿Sabes leer?

—Nadie me ha enseñado a hacerlo... no sé cuántos años ten-

go; unos dicen que trece, otros que catorce. Nadie se acuerda cuándo fue que me dejaron en la puerta del convento. Al crecer, ayudé a Pascualino, cuando murió me hice cargo de sus faenas.... Sólo sé trabajar.

—Yo te enseñaré a leer.

Entonces nos hicimos amigos.

A poco de que llegara, bajaba brincando los escalones y oí al hermano cocinero llamándome. Su voz resonó por el limitado espacio de la escalera: Ventura, Ventura, Ventura. De pronto supe que yo era Ventura. No es que no lo supiera, pero fue como darme cuenta de que estaba vivo. Los días, que antes eran todos iguales, se distinguieron uno de otro y por primera vez me pregunté qué haría al ser mayor. No sé por qué lo relaciono con su llegada...

Antes de entrar al convento, mi amigo se llamaba Filippo.

—¿Por qué escogiste el nombre de Giordano? —quise saber.

—Por el Jordán, el río que cambia su curso a voluntad. Bueno...en realidad fue por Giordano Crispo, mi maestro de metafísica.

Todavía me cuesta trabajo entenderlo, dice una cosa queriendo decir otra. Cuando creo que ya entendí, me hace ver el otro lado. Aprende a observar, no aceptes como verdadero lo que te enseñan, me aconseja. Voltea el concepto, échalo al aire, que gire, que vuele y si cae de pie, ésa será tu verdad. Los sentidos engañan, Ventura. Aprende a mirar con el corazón. Habla mucho de su madre. Se llama Fraulisa Savolino. Es delgada, tiene el cabello negro y algunos días amanece triste. A veces, por la tarde, lo tomaba de la mano para ir a sentarse a la orilla del río. Esperaban el momento en que la luz del sol al ponerse, utilizando las sombras de las piedras, creaba ciudades fantásticas. ¡Mira, Filippo, allí hay una torre, allá una cú-

pula! ¡Ve ese caserío! Cuando yo sea grande conoceré muchas ciudades, le prometía.

Giordano tomó los hábitos de novicio hace más de un año, un 15 de junio, me acuerdo muy bien, día del Inmaculado Corazón de María. Estaban todos reunidos en la sala capitular; yo los asistía. Hacía mucho calor, la camisa se me pegaba al cuerpo, daba trabajo respirar. Hasta las velas parecían sofocadas. El prior presidía desde el sitial, Fray Iacopo Saragnano, el maestro de novicios, presentó a los postulantes. Giordano fue el último.

—Hijo mío, ¿qué quieres? —preguntó el padre Pasqua.

—La misericordia de Dios y la vuestra —susurró, prosternado delante de él.

El maestro de novicios lo levantó para vestirlo. Antes de ponerse la capa, tomó un extremo del escapulario para besarlo. En aquel momento lo vi más alto. Ante la cruz que sostenía el prior, aceptó las exigencias de la orden.

—Que el Señor, que ha comenzado su obra en ti, la termine.

—*Dominus qui incepit, ipse perficiat; amen* —respondió la comunidad. Todos cantaron el llamado al Espíritu Creador.

Veni Creator Spiritu Mentis tuorum visita Implee suprema gratia Quem dixisti pector.

La fila de novicios salió por la puerta que yo evito para no pasar ante la imagen del Cristo que, según dicen, le habló a Santo Tomás. El prior los santificaba con agua bendita conforme avanzaban.

—*Jube, donne benedicere.*

Al terminar la ceremonia la iglesia se quedó llena de ecos. Los cirios, consumidos, no daban luz. En la oscuridad todo parecía arder, el calor era insoportable, sentía que el aire me quemaba la garganta. Recorrí las capillas para estar seguro de

no dejar alguna vela encendida. Al inclinarme frente al altar mayor, delante de la imagen milagrosa, tropecé con un reclinatorio. Quizá fue el ruido del mueble al caer, pero en aquel momento, me pareció oír una voz. Todo eso pasó hace tiempo, ahora sé leer y muchas otras cosas que Giordano me ha enseñado. Mientras estoy aquí, acordándome, él se encuentra en su celda, ansiando estar con sus libros, con sus escritos; lo que más le ha de pesar es el encierro.

Después de mi penitencia algo cambió. Mis hermanos me esquivan, los castigos han creado a mi alrededor un halo que los asusta.

Ahora el padre Pasqua dirige mis lecturas. Al estudiar el *Breviario sobre los comienzos de la Orden*, me pregunté si las bases para su fundación fueron las correctas.

¿Exterminar a los cátaros era la guía para ser buen cristiano? ¿Era necesaria esa jauría furiosa de *domine-cani* para imponer la fe?

Asisto a los servicios, a las cátedras, y por la noche, en mi celda, acompañado por la luz clandestina de una vela, leo los libros que hurto de la sala prohibida.

Una madrugada, cansado de leer el Antiguo Testamento, en el momento en que abrí las maderas de la ventana, se coló una mariposa nocturna. Pasó sobre mi cabeza, dio varias vueltas alrededor de la celda, descubrió la llama de la vela, y se lanzó hacia ella. Revoloteó enceguecida, cautivada por el resplandor. Traté de alejarla pero su obstinación fue mayor que mi agilidad. En medio de un remolino, ebria de luz, con las alas encendidas, cayó sobre el libro abierto. Debajo de sus alas calcinadas, las palabras del Deuteronomio: «Pues el Señor tu

Dios, es un fuego que consume». Para exorcizar aquella terrible sentencia, repetí en voz baja: «... en el fuego, abrásate de amor, derrama lágrimas y arde de alegría como la vela».

Tras cumplir el castigo pasaron varias semanas sin que hablara con Ventura, hasta que una tarde lo encontré dormido en mi celda. Me sorprendieron los cambios de su rostro en tan corto tiempo. Estaba más delgado y una leve sombra oscurecía su labio superior. Hubiera querido seguir con la punta de mis dedos, como quien dibuja con un pincel, los rasgos de su cara. Sin atreverme a tocarlo permanecí mirándolo.

¿Sería tan bella su madre?

Lo dejé dormir mientras leía el último libro sustraído de la biblioteca.

—¿Hace mucho que llegaste? —lo oí preguntarme un rato después.

A pesar de la penumbra vi cómo sus ojos se llenaban de lágrimas. Abrí los brazos y se refugió en mí. Me conmovió lo grande de su tristeza. Hacía tanto tiempo que no sentía el calor de otro cuerpo, que reconocí mi propia soledad en sus sollozos.

—Me imaginaba lo que te pesaba la penitencia...—balbuceaba—, estar sin tus libros... Tomé su rostro entre mis manos y sequé sus lágrimas.

—¿Por qué es tan difícil soportar una ausencia? —me preguntó todavía llorando—. Al despertar, pensaba que ése sería un día más sin hablar contigo, y apretaba muy fuerte los ojos para dormirme de nuevo. Durante la mañana me distraía yendo y viniendo. Sin embargo, al oír unos pasos o una voz que confundía con la tuya, me acordaba de que seguías encerrado

en tu celda. El castigo me dolió tanto como a ti. El convento estaba muy callado, sin tus risotadas o los gritos de tus discusiones. Muchas veces imaginé lo que te diría cuando nos viéramos, y ahora que estás aquí, sólo puedo llorar.

—No sabía que tu cariño por mí fuera tan grande.

—Te quiero porque has tenido la paciencia de enseñarme muchas cosas, nunca me dices inútil o haragán, ni me pegas como los demás hermanos.

Conversamos hasta bien entrada la noche. Al despedirnos, por la manera en que retorció el borde de su camisa, supuse que quería decirme algo.

—¿Y...?

—Necesito que me ayudes. Por favor, no vayas a negarte...

—Dímelo de una vez.

—Sé que es difícil porque soy huérfano...

—¿De qué se trata?

—Quiero pertenecer a la Orden de los Predicadores.

Conmovido me percaté, nuevamente, de cómo había crecido. El pelo ensortijado ya no enmarcaba las facciones infantiles de hacía unos meses, ahora eran rasgos más definitivos. Haría cualquier cosa por ayudarlo.

—Quiero ser como tú, estar junto a ti, pero, sobre todo, quiero entender los libros que lees.

—Puedes leerlos sin necesidad de soportar la vida conventual. El trabajo es muy duro.

—¡Hago más que cualquier hermano!

—¿Aceptarás la disciplina?

—Llevo muchos años obedeciendo.

—Hay que tener vocación.

—¿Tú la tienes?

—No, ahora me doy cuenta.

—Por favor, habla con el padre Pasqua.

—Soy el menos indicado, se negará por ser yo quien se lo pida.

—No eres dócil ni obediente, preguntas demasiado y aún así, el prior te estima. Por favor, eres mi único amigo.

¿Que buscaba yo mismo al ingresar al convento?

Si comparaba mis motivos con los de Ventura, los míos carecían de fundamento. Como si adivinara mis pensamientos, Ventura quiso saber qué me había llevado a pedir mi admisión.

—Mi afán por aprender.

—¿Cuándo lo decidiste?

—No recuerdo un momento preciso, la idea fue madurando. Era más joven que tú cuando vine a Nápoles; aún tienes tiempo para recapacitar...

—¡No! ¡No lo tengo! —gritó, al borde de las lágrimas.

Sentí su desesperación y la mía al no saber si su deseo sería un desacierto en el futuro. Me debatía entre disuadirlo o abogar por él. Intenté distraerlo hablándole de mi madre, de todo lo que le gustaba escuchar. Me esforcé en amenizar la charla para darme tiempo y decidir qué hacer.

—Mi padre casi siempre estaba lejos, en alguna batalla. A su regreso la casa se llenaba de voces y mi madre de contento. Sus amigos venían a verlos a él y a Tansillo, quien contaba a detalle las peripecias de la guerra. Entonces yo soñaba con pertenecer, igual que ellos, al regimiento de don Gonzalo Fernández de Córdoba, descendiente de uno al que llamaron el Gran Capitán. Mi madre afirmaba que yo no sería soldado y para fortalecer su creencia me relataba la siguiente historia: tenía yo tres meses de edad, mi padre afilaba su espada en el cuarto contiguo cuando oyó mi voz que lo llamaba. Entró justo

en el momento en que una víbora subía por la pata de mi cuna; me salvó matando al reptil con su espada.

—No es que no te crea..., pero ¿en verdad hablaste?

—No lo sé, pero es una historia divertida, ¿no crees? Según mi madre aquel episodio era prueba de un gran destino. Tansillo decía que mis triunfos no serían con las armas sino con la palabra.

—¿Quién es Tansillo?

—Un compañero de mi padre, poeta y soldado. Él me enseñó a volar. Una ocasión nos sentamos al pie del monte Cicala y me dijo: “Filippo, ahora te enseñaré algo que no olvidarás jamás. Escucha atentamente mi voz y el sonido del viento, cierra los ojos, déjate llevar. Elévate, sube, deslízate entre las nubes, siéntelas. Eres libre Filippo, no permitas nunca que nadie te aprese ni detenga. Eres igual al viento, así serás siempre”.

Entonces conocí la libertad.

Permanecimos en silencio no sé cuanto, luego dijo:

*Ahora que he desplegado mis alas al buen deseo,
y he descubierto el espacio bajo mis pies
y he ofrecido mi rápido plumaje al viento,
desprecio al mundo y me lanzo al cielo.**

—¿Fue triste dejar Nola? —preguntó Ventura, al percibir un tono diferente en mi voz.

—Tuve que elegir entre separarme de mi madre o seguir aprendiendo. Hacía tiempo me había percatado de que mis maestros me habían enseñado lo que sabían, pero yo necesitaba más. El día que partí me detuve en lo alto del acueducto a ver mi casa, los viñedos, aquella luz incomparable. Todo lo guardé en mi memoria. En el siguiente recodo del camino me

deshice de mi infancia. Elegí entrar a Nápoles por la Puerta Nolana porque siempre, esté donde esté, seré nolano. Busqué un maestro, un lugar dónde vivir, y un trabajo para sostenerme. Por las noches era cochero. Aprendí que existían dos ciudades muy diferentes: una diurna, otra nocturna, secreta. Nápoles, durante el día, es una sirena al sol. Sus mañanas giran rojas y coloridas, colmadas de sol. El espíritu de Partenopea, la sirena que ofrendó su cuerpo al mar por el amor de Ulises, aún ronda la bahía. Su voz se escucha en el romper de las olas contra los acantilados. En el lugar de su muerte se fundó esta ciudad. Nápoles vive entre el amor y la muerte. Cada noche es una hoguera única, inmensa, envuelta en azules cálidos y en el brillo plateado de las estrellas. Pero no creas que sólo hay belleza; allá afuera existe una fealdad que quisiera no haber conocido nunca. Debo estudiar, otro día continuaremos.

Desde la puerta se volvió para preguntarme si hablaría con el padre Pasqua.

Después del almuerzo se asomó sigilosamente.

—¿Ya hablaste con el prior?

—¡Eres porfiado, Ventura!

—Tú me has dicho que uno debe defender sus creencias. Antes sabía que las piernas me servían para correr por las calles y las ponía a prueba. Lo mismo hago con mis brazos al llevar los baldes de agua a la cocina; lo que no sabía es que mi mente funciona igual. Ahora quiero aprender. Sentir que mi cabeza sirve para algo más que para recibir coscorriones. No quiero volver a aquel..., no sé cómo llamarlo, era como estar vacío. Nada pasaba dentro de mí. ¿Tienes tiempo para seguir contándome?

—¿Te he hablado de Pozzuoli?

—No.

—Está más allá de Nápoles, a la orilla del mar. Es un templo, ahora en ruinas, dedicado a Serapis, dios tutelar del Nilo. Las columnas blancas de espuma contra el azul del cielo, el abandono, la soledad y el silencio me llevaban a otro tiempo... Me sentaba en la playa a imaginar cómo habría sido aquel santuario e imaginaba el canto de los sacerdotes enseñándome sus plegarias.

Preferí no seguir evocando aquel lugar para no confundir a Ventura, y le hablé de mis maestros napolitanos.

—En las cátedras de lógica y filosofía del Sarnese aprendí las tácticas de una buena discusión, a intuir el siguiente paso del contrincante y acorralarlo. El Sarnese era rápido, elocuente, llegaba con agilidad a conclusiones brillantes. Teófilo da Vairano, con su sabia paciencia, me enseñó a alcanzar lo más profundo del conocimiento. En aquellos días no sabía si esa diferencia radicaba en su formación religiosa y si yo, en mi afán de ser como él, debía entrar en un convento. Me dio a leer los escritos sobre el Arte de la Memoria del Ravennate, aquella fue una pequeña chispa que, aumentando en una meditación ininterrumpida, produjo un incendio de grandes alturas. De ese llameante fuego surgieron muchas otras chispas. *

—Cuando hablas así no te entiendo...

Me volví hacia Ventura. Sus ojos grandes, oscuros, en los que la soledad de la infancia había impreso un continuo asombro, acrecentaron mi afecto por él.

—Ya aprenderás a descifrarme... La primera vez que vi la plaza del Nilo...

—¡Esa sí la conozco! —gritó, alborozado—. Está cerca de

aquí. Una mañana me mandaron a recoger unas liturgias de las horas a Santa Chiara, hacía mucho calor y para evitar la resolana bajé dos calles más. Al dar vuelta en la plaza vi la estatua de los monstruos. Cuando regresé al convento le pregunté a uno de los novicios si esos eran los demonios de los que hablaba el padre daBagnoli. Me dijo que sí, que se me habían aparecido por haragán.

—Querido Ventura —repliqué tratando de hacer a un lado mi indignación—, la estatua representa a una esfinge y un lagarto, no tienen nada de satánico. Lo que te dijo el novicio no es verdad.

Puse mi mano sobre su hombro sin atreverme a más. Hubiera querido acariciarlo para compensar con mi ternura la ruindad de los otros. En respuesta a mi tímido gesto, Ventura me abrazó. Con la misma inocencia se separó para dejarme continuar.

—Cuando tenía un rato para distraerme, caminaba de regreso a la hostería por la Via San Biagio dei Librai, donde los comerciantes exhiben toda clase de mercaderías. Al inicio de la calle dejaba resbalar mis ojos sobre los colores de las lanas teñidas de bermellón con mercurio del Mar Rojo, de púrpura con líquenes de Mallorca, de amarillo con azafrán o coscojo italiano. Más adelante estaban los orfebres con sus mesas cintilantes de reflejos; enseguida los olores punzantes de las pieles recién curtidas...

—¡La cena! ¡Tengo que servir la cena! ¡Me van a despellejar vivo! —exclamó Ventura al salir corriendo.

El recuerdo de aquellos días me hizo añorar la libertad. Extrañaba las calles de Nápoles, la silueta del monte Vesubio, sentir en mi rostro el aire que venía de lejos. Me hacía falta la

vida. Yo me sentía preso, y Ventura buscaba su libertad dentro del convento. Determinado a hablar con el prior, volví a mi trabajo.

Pasaron varias semanas hasta aquella tarde que, como de costumbre, oí el rechinado de mi puerta al abrirse.

—¿Qué le dijiste?

—¿A qué te refieres? —inquirí, sin soltar la pluma.

—Sé que hablaste con el padre Pasqua porque ayer me mandó llamar. ¿Cómo lo convenciste?

—Le señalé que dentro de este convento hay un hombre justo que quiere estar al servicio de Dios.

—¿Sólo eso?

—Bueno, quizá algo más que ahora no recuerdo.

—Estaré unos meses a prueba, después decidirá. ¡No se negó!

—¿Qué escondes debajo de la camisa

—Me hubiera gustado traerte algo más, pero el hermano cocinero se habría dado cuenta. Yo amasé el pan y me robé un poco de miel. ¿Puedo usar esto?

Sin esperar mi consentimiento, mi plegadera ya estaba dentro del tarro. Terminamos de comer, Ventura se quitó el jubón, y se sentó en el suelo.

—Falta el final de la historia, ¿me la contarás ahora?

—¿Qué historia?

—De cómo llegaste al convento.

—Te lo he contado todo...

—Quiero saber por qué llorabas cuando te abrí la puerta.

Me acodé en el antepecho de la ventana para sentir el fresco de la noche.

—Lo que en realidad me trajo a tu puerta fueron los festejos del carnaval.

—¡Dime cómo es! Durante esos días el padre Pasqua ordena que nadie salga del convento, que la puerta permanezca cerrada. No se le abre a nadie.

—Aún así, me dejaste entrar.

—Pudo haberme costado caro... ¡cuéntame cómo es la fiesta!

—Se inicia con un desfile militar, luego, por la Vía del Tribunal, cerca de la Cruz de Lucca, aparecen grupos representando una escena bíblica o mitológica. Se organizan por barrios y gremios; los más vistosos inician el desfile. El primero encarnaba los siete pecados capitales....

Con la intención de que Ventura los imaginara, hice una descripción minuciosa de los personajes, del tamaño de los carros, del gentío. Le hablé de las máquinas mágicas de los arquitectos, de la paloma de madera que volaba sobre una carabela, del globo terráqueo en el que pequeños barcos navegaban por los mares....

—Más tarde, la fiesta recuperó su esencia de bacanal. Como engendros salidos del averno hombres disfrazados de mujeres poblaron las calles. Mujeres con la cara convertida en máscara, mozalbetes dispuestos a clavar su daga por un gesto provocador. Gritos, risotadas, empellones. Del mar se levantó una bruma que hacía más fantasmagórico el espectáculo. Inútilmente busqué calles tranquilas, parecía que la ciudad entera había enloquecido. A la puerta de los palacios de mármol se arremolinaban inválidos, menesterosos, mercenarios mutilados a la espera de las sobras del banquete de los señores. Me costaba trabajo respirar, avanzaba con dificultad. Cerca de la

Puerta de San Genaro oí un rumor confuso. De la oscuridad emergió una multitud que invadió la vía. *Sia ammazzato chi non perta moccolo! Sia ammazzato! Sia ammazzato!* ¡Muerte al que no lleve fuego! era el clamor. Corrí en sentido contrario, pero los hombres con sus teas parecían ir detrás de mí. Me refugié en el hueco de un pórtico para dejar pasar la llamarada. Me volví contra la puerta llamando y entonces me abriste.

Ventura dormía hecho un ovillo a mis pies.

Hace unas noches soñé que caminaba por una vereda, la luz de la luna alargaba la sombra de los cipreses que bordeaban el camino. Estaba cansado por venir de muy lejos. Al llegar a una cima me encontraba con un hombre que, al verme fatigado, me tendía la mano para ayudarme a subir. Era una mano fuerte, seca, acostumbrada a escribir. Su contacto me revelaba que aquel hombre era Dante Alighieri. Nos encaminábamos a un bosque umbrío habitado por murmullos, por centellas. De entre los árboles surgían personajes a los que yo trataba de asirme, pero se esfumaban al tocarlos. Una sombra nos rozaba y el poeta, con ese lenguaje silencioso de los ángeles que se imprime en la mente del soñador, me decía: aquel que a mi derecha está más cercano a mí, mi hermano y maestro, es Alberto de Colonia. El Gran Alberto musitaba: no olvides los poderes curativos de las piedras y las plantas.

Desperté con el profundo bienestar que sólo proporciona el conocimiento adquirido durante el sueño.

El prior custodió con ««««menos severidad mis lecturas. Tuve unos meses de tranquilidad, hasta una tarde de junio, cuando se acercó a mi mesa el hermano Constanzo. Hacía varios

días que soplabla el siroco, como ardiente castigo, desde los desiertos al otro lado del mar. Todos estábamos alterados por el calor y el encierro.

—Hermano, tengo una duda. Dónde dice san Agustín: «¿Qué es lo que amo cuando te amo? No la belleza de los cuerpos, ni el resplandor de la luz, ni suaves melodías, ni el fragante aroma de las flores...».

—En las *Confesiones*... —respondí, sin prestarle mucha atención.

—¿Cómo puedes acordarte de todo?

Levanté la vista molesto por la interrupción y contesté de mala manera.

—Porque he recibido el don de una memoria privilegiada.

Al mirarlo a la cara me avergoncé de mi impaciencia y, a manera de disculpa, le pregunté qué libro traía en las manos.

—*La historia de las siete alegrías de la Virgen*.

—Deberías leer *La vida de los Santos Padres*.

Su paso incierto al alejarse entre los estantes, me hizo suponer que se debía al calor, y regresé a leer lo que Aristóteles decía acerca de los sueños, la memoria y la fantasía.

Días después el padre Pasqua me mandó llamar. El tono glacial de su voz me puso sobre aviso.

—El maestro de novicios te ha denunciado.

—¿De qué me inculpa?

Ennumeró una larga serie de faltas.

—Desconozco mi falla. Para aclararla debo saber de qué me acusa —exclamé enfurecido.

—Le aconsejaste al hermano Constanzo leer *La vida de los Santos Padres* en lugar de perder el tiempo leyendo *Las siete alegrías de la Virgen*. ¿Reconoces tu desacato e irreverencia? ¡La santísima Madre de Cristo está por encima de cualquier mortal! ¡Yo mismo mandaré la *scrittura* a la Santa Inquisición!

—¡No fue ésa la intención de mis palabras!

La furia me acompañó hasta mi celda. La cólera me impedía pensar, en mis oídos martilleaban las frases del prior, una tras otra. Bruscamente se detuvo aquella marejada. Mi atención se centró en un vocablo: *scrittura*.

¿Qué significa enviar una *scrittura* a la Inquisición?

Indagando, me enteré que se trataba de una relación escrita, en la que se exponían los cargos del acusado. A lo largo de varias semanas, el padre Pasqua me amenazó con enviarla si no cambiaba mi comportamiento. Entonces llegó la carta del Vaticano.

—El prior quiere hablar contigo —me advirtió Ventura al salir del refectorio— No sé de que nuevo pecado te acusen.

—¿Qué nuevo pecado cometí?

El padre Pasqua me recibió con una benevolencia inusual en los últimos meses. Recalcó que mi comportamiento no merecía tal recompensa.

—Partirás en unas cuantas semanas —decía con entusiasmo mal disimulado—, en cuanto llegue el carruaje del Vaticano. ¿Te das cuenta del privilegio? ¡El Santo Padre manda buscarte para conocer tu memoria excepcional! Te comportarás adecuadamente, aceptarás las órdenes, no discutirás...

Salí sin demostrar mi emoción. Hubiera querido gritar de júbilo, contarles a mis hermanos que el Papa me mandaba llamar, que iría a Roma, que volvería al mundo. No dije nada, había aprendido que en el convento no cabían ni la risa ni la alegría. Pasé el resto del día pensando, no sólo cómo demostrar mi memoria, sino hacerle ver al Papa la importancia del Arte de la Memoria y el nuevo uso que podía dársele. Me presenté ante el maestro de novicios pretendiendo no saber qué recitar ante el Pontífice; sugerí varios salmos a sabiendas de

que no los aceptaría. Finalmente se decidió por el que yo había elegido: el de la enseñanza revelada.

Por la noche festejé la noticia con Ventura.

Cuando el prior anunció mi viaje a Roma, los hermanos protestaron.

—¿Por qué ha de ser él quien vaya? Todos conocemos los métodos mnemotécnicos de la orden.

—Su memoria natural es excepcional; además, Su Santidad solicitó escucharlo a él.

—¿Cómo se enteró de sus habilidades? —quiso saber alguien más.

—No lo sé... No se me ocurre quién pudo informarlo.

La elección me hizo ganar nuevas enemistades, el silencio aumentó en torno a mí.

El 22 de diciembre, día de mi partida, Ventura me acompañó al portón del convento. Nos abrazamos, subí al coche, y al doblar frente a Santa Chiara dejé de ver su mano despidiéndome.

El chirriar de las ruedas, el golpeteo de los cascos sobre las piedras, los ruidos de la calle, me devolvían la libertad. Casi había olvidado la blancura de una cofia y el rojo revuelo de una falda.

¡Dios, qué maravilla estar vivo!

Mi entusiasmo aumentaba al alejarme de San Domenico.

Atrás quedó la ciudad. Lo último que vi de Nápoles fue la corona humeante del Vesubio. Después, sólo marismas. Bruma, olor a sal, aire helado contra mi cara y un cielo tachonado de gaviotas que se mecían al viento. Bordeamos el mar durante varias jornadas hasta llegar a Antium, donde nos internamos

siguiendo el río Uffente, luego la Via Apia, la más segura para viajar. El cochero me señaló las murallas de la sede papal. ¡Allá estaba Roma!

¿Será como la imaginé?

En la ciudad sorteamos innumerables obstáculos para llegar a la plaza de San Pedro. Allí, un guardia suizo me condujo a un despacho. Entré y, orondo, anuncié que el Papa me había llamado, para hacer una demostración de mi memoria. El clérigo, sin dar muestras de haberme escuchado, continuó leyendo el papel que tenía en la mano. Tuve que repetir la frase para lograr su atención.

—Estoy al tanto. Su Eminencia, el cardenal Rebiba, me ordenó atenderlo durante su visita.

Pasillos, escaleras, estancias vacías. Para entrar a la basílica de San Pedro, cruzamos por un jardín con un estanque seco. Apenas traspasamos la puerta, volví los ojos hacia las alturas. Sentía cómo se me llenaba la mirada de azoro al recorrer la cúpula, las bóvedas, las imágenes. Todo era descomunal, desproporcionado.

Tanta piedra y tan poco Dios. Si aquí hay algo que lo alabe, no son ni el oro ni los mármoles, sino las manos que los trabajaron.

Mi acompañante caminaba a toda prisa.

—Más tarde pondrá en antecedentes al cardenal Rebiba sobre el asunto que lo trajo aquí, para que él, a su vez, se lo exponga al Santo Padre antes de la audiencia.

—Me gustaría explicárselo yo mismo.

—Imposible, hay un protocolo que cumplir.

—¿Podré visitar la biblioteca?

—Arreglaré que alguien lo acompañe, aquí no puede deambular a su antojo.

Atravesamos en silencio un sinfín de galerías. Al cruzar una sala llamó mi atención el fresco que cubría la pared y me detuve a verlo. El secretario se volvió al notar que no lo seguía. Con un dejo de fastidio me explicó:

—Es una reunión de filósofos, la preside el Pontífice Julio II —señaló una figura a la izquierda, en la que yo no había reparado—. Están todos —enfaticó.

Representados en el muro estaban Aristarco, Averroes, Ptolomeo, Zoroastro. Diógenes, seguía en su búsqueda de un hombre honesto; Euclides trazando una figura con su compás. Heráclito, al centro, se dejaba poseer por la melancolía. Hubiera querido verlo con detenimiento, pero el secretario dio media vuelta y me fui detrás de él. Finalmente, nos detuvimos.

—Esta será su celda, no puede salir a menos que alguien lo acompañe.

Desde la ventana vi el estanque vacío que ya conocía. Del agua que alguna vez lo había colmado, únicamente quedaban trazas desvaídas sobre el mármol. Me invadió una indefinible sensación de agobio. Para alejarla, me refugié en los versos del salmo que recitaría ante el Pontífice.

*Forastero soy sobre la tierra
tus mandamientos no me ocultes.
Mi alma se consume deseando
tus juicios en todo tiempo.
Tú increpas a los soberbios, los malditos,
que se desvían de tus mandamientos.
Echa lejos de mí oprobio y menosprecio
porque he guardado tus dictámenes.
Aunque los príncipes hablen en sesión contra mí,
tu servidor medita en tus preceptos.*

El cofrade que trajo los alimentos, me indicó que el cardenal Rebiba deseaba verme. Scipione Rebiba era un hombre obeso, su cara afilada discrepaba con su corpulencia.

Extendió la mano para que besara el zafiro del anillo cardinalicio y me ordenó sentarme.

—Y bien...—dijo, impaciente.

—Las innovaciones que yo pretendo...

—Un momento, hermano. El Pontífice, por pertenecer también a la Orden de los Predicadores, conoce con precisión ese método mnemotécnico. Yo sólo tengo una vaga idea, para ponerlo al tanto necesito saber algo más.

Pensé en la fascinación con la que Ventura escuchaba mis historias e intenté lograr el mismo efecto en el cardenal. Eché mano de los trucos conocidos por cualquier buen narrador para contarle el origen del Arte de la Memoria. Comencé con el poeta Simónides de Ceos quien fuera contratado por Scopas, noble tesalio, para entretener durante un banquete a sus comensales. Simónides lo ensalzó en su canto, pero también alabó a los dioses Cástor y Polux. El anfitrión, molesto por compartir el homenaje, le pagó a Simónides la mitad del salario, el resto, dijo con sarcasmo, se lo abonarían los dioses gemelos. En espera de encontrar el momento para pedir una disculpa, el poeta se mantuvo detrás de una columna viendo transcurrir la fiesta. Luego de un rato se le acercó un esclavo a decirle que lo buscaban dos jóvenes. Salió a la puerta y no encontró a nadie. Se disponía a regresar, cuando el techo del salón se vino abajo. El horror y la confusión fueron absolutos. Simónides identificó los cuerpos, por recordar los lugares que habían ocupado.

Me había apoderado de la atención del cardenal haciendo cambios de voz, acelerando o retardando la narración, inte-

rumpiéndome cuando sabía que estaba ansioso por seguir oyendo.

—¿He cansado a Su Eminencia?

—No, continúa, continúa.

—Tiempo después, se dio cuenta de que las efigies de los comensales habían tomado su lugar por sí mismas, debido a la armonía con que estaba construida la sala. Así ideó los principios del Arte de la Memoria. Creaba lugares de arquitectura perfecta para, en aquellos espacios, verter el texto que había de recordar. Los oradores de la Antigüedad adoptaron este método para memorizar sus discursos.

—Me parece demasiado fantasioso. Ese poeta reconoció los cuerpos inertes porque los había visto por largo rato, nada tiene que ver la arquitectura.

—La introducción de una pieza de oratoria consta de tres secciones, de siete el cuerpo principal y dos conforman la conclusión. Si imaginamos un palacio al cual accedemos por medio de tres escalones, con un salón principal sostenido por siete pilares, por último, dos habitaciones llenas de luz que nos conducen al exterior, y depositamos en él cada una de las partes de nuestro discurso, no lo olvidaremos jamás.

El silencio del cardenal me dio oportunidad de mencionar el giro que Alberto Magno y Santo Tomás habían dado al Arte de la Memoria al incluirlo en la virtud cristiana de la Prudencia. Le hablé de muchos otros que habían hecho contribuciones a las técnicas de la memoria artificial. Al referirme a las ruedas combinatorias de Raimundo Lulio, me interrumpió con brusquedad.

—¡Ése fue un hereje! Sus ideas estaban contaminadas de aberraciones cabalísticas.

Insistí en defenderlo, alegando que Lulio había intentado

convertir infieles al catolicismo. Me percataba del riesgo que corría, sin embargo, ¡ése era el momento!

—Creó la fórmula para comprender todas las ciencias. ¡Sus ruedas revolventes constituyen el movimiento de la razón! Fue un gran maestro....

—¡Basta de palabrería! —estalló el cardenal—. No viniste aquí para hablar de tus supuestas modificaciones al Arte de la Memoria, sino para demostrar al Pontífice lo diestro que eres en utilizar el sistema mnemónico de tu orden.

—Trataré de explicar la esencia —repuse—. Mi arte disuelve el tiempo y las cosas para alcanzar la luz.

—¡Vaya pretensión!

—Nada de eso, Eminencia. Cualquier hombre que desee llegar a la verdad lo conseguirá. A través de mi Arte de la Memoria se realizará esa reforma intelectual tan necesaria...

—¡No se te vaya a ocurrir mencionar la palabra reforma frente al Santo Padre! Eso que dices es una contradicción: tu teoría implica un proceso muy elaborado que, según tú, está al alcance de cualquier hombre.

—¡De cualquier hombre estudioso! La mente artificial debe ser un ojo que vea y refleje, que abarque todas las cosas confundiénolas para contener el Universo entero. ¡El alcance de esta nueva mente es infinito!

—¡Eso es una aberración! —prorrumpió, al levantarse—. Me has aturrido con tanta fantasía. Cuidado con importunar al Pontífice con esas necedades.

Quedé en silencio escuchando alejarse los pasos del cardenal Rebiba.

El regreso me pareció más corto. En mi celda me esperaba la cena que, por su pobreza, me hizo recordar mis días de cochero en Nápoles.

En espera del Santo Padre permanecíamos de pie en el salón de las audiencias. Junto a mí estaba un jesuita que no cesaba de hablar.

—A muchos no les agrada Pío V. Les molesta la virtud excesiva de sus reformas. Pretender que la iglesia vuelva a la humildad, no va con estos tiempos. Se almuerza mejor en una hostería del camino que en los refectorios de San Pedro...

Trataba de ponerle atención, pero también quería oír lo que decían los demás, saber quiénes eran, por qué estaban allí.

—¿Has probado las sopas? ¡Una vergüenza! Todos pagamos por su mal de piedra.

—¿Está enfermo?

—Espera a que lo veas, ya notarás cómo ha envejecido.

—Es mi primera visita al Vaticano, no lo conozco.

La parquedad de mis respuestas lo hicieron cambiar de interlocutor. Entabló una animada charla con su vecino al lado opuesto del mío, lo que me dio oportunidad de moverme con discreción por la sala.

—... su mayor ambición es lograr la unión de Europa para arremeter contra los turcos... — escuchaba fragmentos de conversaciones.

—... es obvia su enfermedad, deberíamos empezar a infiltrarnos...

—... es de esperar que sea el propio Vignola quien construya la nueva muralla...

—... ya vieron en lo que terminó su idea de echar de Roma a las cortesanas....

El murmullo de voces cesó al sonar una campanilla.

El séquito que vi entrar, distaba mucho de la fastuosa descripción que el padre Pasqua me hiciera de la corte papal. Al frente El cortejo lo encabezaba un capitán de guardia, cuya

delgadez se acentuaba por un ropaje demasiado grande. Lo seguían seis guardias suizos, detrás una

docena de hermanos de nuestra orden. Había algo extraño en su rostro. Trataba de descubrir qué era, cuando alguien me susurró al oído:

—Es Paolo Ghislieri, su sobrino —me dijo en voz baja el jesuita que de nuevo estaba junto a mí—. Es su único pariente en San Pedro, el Papa está en contra del nepotismo. ¿Ya viste que le faltan las orejas?

Entonces noté la terrible ausencia.

—Durante muchos años fue prisionero de los corsarios, ellos lo mutilaron.

Un nuevo tintineo anunció la llegada de Pío V. La imagen que me había hecho de él no era la de aquel viejo encorvado que, en lugar del atuendo papal, vestía el hábito dominico. La piel cetrina se le adhería a los huesos de la cara y de las manos en un esfuerzo por mantenerse viva. En cuanto tomó su lugar, los embajadores se situaron a su izquierda; los prelados a la derecha. Un ayuda de cámara le acercó una campanilla sobre un cojín rojo. El Pontífice la hizo sonar y se inició la audiencia. Un hermano de la Orden de los Predicadores enumeró a los que comparecerían esa tarde. Los solicitantes, luego de la serie de genuflexiones, besaban el santo pie que, en lugar de la pantufla roja con la cruz blanca, llevaba el tosco zapato de nuestra orden.

—Giordano Bruno, hermano de la Real Orden de Nápoles, para demostrar su prodigiosa memoria.

El cardenal Rebiba me había indicado que cuando el Papa se dirigiera a mí, tenía que permanecer hincado.

—La fama de tu memoria ha llegado a mis oídos. Me alegro que hayas desarrollado este arte de gran utilidad para nuestra predica.

—Mi memoria es un don de Nuestro Señor, desarrollada por la bondad y empeño de mis maestros de San Domenico Maggiore.

—Mantén esa humildad, estudia, obedece y cumple. No equivoques el camino.

Canté el salmo como si fuera el Creador quien me escuchaba; terminé emocionado.

—¿Por qué lo has dicho en hebreo y no en latín? —preguntó el Pontífice.

—No hay lengua sagrada del conocimiento. Todas lo son, pues todas devienen de la Naturaleza...

El cardenal Rebiba intervino con rapidez.

—El joven dominico tiene una viva imaginación, Su Santidad.

El Papa me miró fijamente. Yo mantuve su mirada. Veía a ese hombre decrepito, adusto, de ojos hundidos y me parecía oír su encíclica más reciente: «Torturad sin compasión, atezad, destrozad sin misericordia, quemad despiadadamente a vuestro padre, a vuestra madre, a vuestros hermanos si no se someten ciegamente a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana...».

El cardenal Rebiba le dijo algo al oído, él asintió. Recibí su bendición y volví al sitio que había ocupado.

—Fuiste demasiado lejos —susurró el jesuita—. Mira que cantar en el idioma de los judíos.

Ten cuidado, Pío V cree haber recibido del Creador el derecho de dar o quitar la vida.

No recuerdo el resto de la audiencia.

Esperé en la celda que alguien viniera a llevarme a la biblioteca. Se acabó la luz, prendí una bujía y seguí esperando. Al amanecer entró un guardia con la orden de sacarme de San Pedro.

Llovía cuando salí de Roma. La tormenta rivalizaba con mis emociones. No sabía qué era más intensa, si la ira, la decepción o la impotencia. «Su Santidad cree haber recibido del Creador el derecho de dar o quitar la vida.»

Durante el camino a Nápoles la frase volvía obsesivamente a mi memoria.

A mi regreso, el prior me mandó llamar.

—¡Hermano, siéntate! ¿Tuviste buen viaje?

—Sí, padre, sin contratiempos.

—¿Cómo viste a nuestro Pastor?

—Dicen que está enfermo...

—Aunque siempre ha tenido una salud débil, ha realizado grandes obras.

—Eso oí.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está tu entusiasmo habitual?

—El cardenal Rebiba no me permitió acercarme al Pontífice.

—Hay que respetar el protocolo. Te advertí que debías ser obediente, no habrás hecho una inconveniencia... ¿Recitaste el salmo?

—Cualquier novicio hubiera sido capaz de hacerlo. La mayor desilusión fue de mí mismo. Hablando sobre el Arte de la Memoria, me di cuenta de que mis palabras carecen de precisión. Lo que es claro para mí, para los demás son absurdos, incoherencias. Escribiré mi discurso hasta darle nitidez.

El padre Pasqua me miraba de una manera nueva.

—Tienes una inteligencia excepcional, tu afán por saber es insaciable; ambas cualidades son un desafío para cualquier maestro. Cuando llegaste al convento traté de apagar tu ímpe-

tu con castigos, pronto advertí que ése no era el camino para someterte y opté por darte libertad...

—¿Libertad? —exclamé, indignado—. ¡He pasado estos años tumbado en el suelo cumpliendo penitencias!

—No dudo que esos momentos te agobiaran. Considera que también fueron muchas las faltas que pasé por alto... me pregunto si mi proceder te hizo daño. En verdad no lo sé.

Hacía cuatro años que estaba en el convento, bajo la tutela del padre Pasqua, y por primera vez hablábamos directamente, sin retruécanos ni metáforas

—He estado afuera, padre, vengo de ver el mundo. La imposibilidad de explicar lo que quiero se debe a la opresión de estos muros. ¿Cómo hablar de libertad viviendo recluido?

El prior caminó hasta la ventana que daba al huerto. Con la mirada obcecadamente puesta en los brotes de las legumbres, me dejó hablar.

—Mi Arte de la Memoria puede convertirse en una vía de conocimiento. La mente humana está llena de prodigios que debemos aprender a utilizar. ¡Hay tanto por cambiar! Necesitamos una religión para el hombre, no protocolos que soportar. ¡En la Santa Sede no encontré a Dios! Tampoco está aquí, apresado entre disciplinas absurdas. Yo, usted, mis hermanos, todos lo necesitamos junto a nosotros. Libre de intermediarios y jueces. A través de una religión libre de dogmas, liturgias y templos.

—Reconozco ciertos desatinos de nuestra Iglesia, con el tiempo habremos de corregirlos. No podemos crear un cisma.

—Estoy de acuerdo en evitar una escisión como la de Lutero o Calvino, en lo que difiero es en dejar el cambio en manos del tiempo.

A partir de entonces, llené pliego tras pliego con los enunciados de mi Arte de la Memoria, pero necesitaba algo más. Comprendí que precisaba de una nueva escritura. Debía crear un lenguaje de signos que dijera sin decir, que evocara sin significar, que revelara al ocultarse.

Escogí un pedazo pequeño de pergamino en el que dibujé olas, nubes, viento, una nave. Algo rondaba por mi mente, más allá de la palabra. La sombra de esa intuición apareció transformada en figura.

—¿Qué dibujas? —preguntó Ventura al acercarse a mi mesa.

—Dime qué ves.

—Un galeón surcando el mar...

—Quiero saber si el idioma de las imágenes funciona. Se apoyó en mi hombro para describir el apunte.

—Es un barco navegando, con las velas hinchidas, sobre un mar en calma, en el cielo hay dos luceros... ¿No hay marineros en tu barco?

—Ni hombres ni palabras.

—Me has dicho que las palabras nos hacen conocer todo lo creado. Ahora qué pasa, ¿ya no sirven?

Yo mismo no tenía clara la respuesta que Ventura me urgía a darle.

—Es como una poesía comprimida. Si pudieras colocar un poema en la palma de tu mano y apretaras, las gotas que de ahí salieran, al caer sobre un papel, formarían esto que es un emblema. Lo “leerán” los que tengan suficiente conocimiento.

—Nunca podré hacerlo —se lamentó.

—¡Desde luego que sí! Toma, te lo regalo, es tuyo.

Ventura levantó el faldón de su camisa y lo guardó donde escondía sus objetos de valor.

—¡Casi lo olvido! Llegó esta carta para ti.

La inconfundible caligrafía de Tansillo me hizo arrancar con urgencia el sello de lacre.

Hacía tiempo que no te escribía. He dejado pasar varios meses, para que no hablaran solamente las emociones. Ahora me apresuro para no perder el recuerdo de aquellos inolvidables sucesos. Compartiéndolos contigo, quedarán esculpidos en nuestras memorias y así sabrás, como desde niño quisiste hacerlo, lo que es una cruenta batalla.

La noticia de las barbaridades cometidas por los infieles durante el sitio de Chipre, nos obligaron a hacernos a la vela, en el mes de julio, a las órdenes de nuestro comandante, el ilustre duque de Sessa, don Gonzalo de Córdoba. Tu padre y yo, una vez más, compartimos destino y ante el profundo azul de nuestro mar, nos encomendamos a Dios. Navegamos bajo un sol ardiente para llegar a Mesina y alcanzar a los buques del Papa. A los pocos días arribaron los venecianos comandados por Sebastián Veniero, pero aún faltaba la flota española. La espera fue terrible. Permanecíamos en cubierta, soportando la canícula, a sabiendas de que el agua y los mantenimientos mermaban. Aproveché aquel ocio para escribir varios poemas.

Más nos impacientaba oír de las batallas que se libraban en diversos puntos. En tanto, los españoles se detenían en cada puerto. Don Juan de Austria, el comandante español, a catorce días del mes de agosto, había llegado a Nápoles para recibir el bastón de general y el santo estandarte. Nos alcanzó once días después.

Los espías trajeron la nueva de que los turcos habían

tomado Famagusta a pesar de la valiente defensa de Bragadino, a quien habían desollado vivo. Esta noticia nos enardeció más, pero nuestros capitanes, sin disponer ni ordenar, seguían deliberando.

Los mensajes entre las escuadras eran constantes; en una ocasión fui a entregar una misiva a una nave española. Mientras esperaba la respuesta, en medio del gentío, distinguí a un joven que escribía sobre las rodillas en un pedazo de vitela. Me acerqué, sin quebrantar su ocupación, para mirar lo que garabateaba. El español se entretenía de la misma manera y en las mismas obras que yo. Al verse sorprendido, y a mí interesado en el soneto, su cara se partió en una inmensa sonrisa. Te cuento esto para enterarte de lo difícil que es alejarse de rimas y décimas. Una vez que las letras se meten en la sangre, ahí se quedan de por vida.

Los capitanes al fin decidieron y dejamos Mesina. La flota, dividida en cuatro escuadras, enfiló hacia Corfú para reunirse nuevamente en Gomenitsa. Allí supimos que los turcos ya estaban en Lepanto. Nuestros capitanes, con su indecisión perniciosa, tardaron en acordar el ataque.

La madrugada del día seis, del mes de octubre, nos dirigimos a las islas Curzolarias, en el golfo de Patras. El cañonazo con la orden de ataque, salió de la nave de don Juan de Austria. Al oírlo, gritamos ¡Victoria!, ¡Victoria!, ¡Viva Cristo! Los eclesiásticos nos dieron la absolución al tiempo que rezábamos.

Nuestra guía era la bandera de la Liga Santa, que ondeaba en la nave capitana. Al frente, la escuadra de Venecia con sus potentes cañones; a estribor, galeras;

a babor, barcos españoles. Impulsadas por el viento a su favor, aparecieron las naves turcas enarbolando la bandera púrpura con el nombre de Alá bordado en oro.

Don Juan, quien contaba con excelentes soldados a bordo, se adelantó a atacar el buque del almirante Alí Bajá. Lo reforzaron las galeras de Requeséns, de Veniero y de los príncipes de Parma y Urbino. Durante el combate, que duró varias horas, poco faltó para acabar con los infieles. Cuando la galera de Alí estuvo a tiro de bombarda, nos lanzamos al abordaje. Hacia la media tarde la victoria era nuestra.

La flota turca inició la retirada al perder a su capitán. En aquel momento, se desató una fuerte tormenta que nos impidió perseguirlos. Logramos rescatar a miles de cristianos cautivos. En ésta, como en todas las contiendas, perdimos y ganamos mucho.

Te escribo a sabiendas de que aquélla fue mi última batalla. La herida que recibí no me dejará volver a guerrear. Mi vida estuvo dividida entre dos grandes pasiones: las armas y las letras. Ahora que he abandonado una, me dedicaré a la otra.

Así combatieron los héroes,
tranquilo el admirable corazón,
violenta la espada, resignados a matar y a morir.
Te quiere siempre,

TANSILLO.

Doblé el pliego pensando si mi madre y Tansillo habían tenido razón al convencerme de no seguir la carrera de las armas.

Ventura preguntó la fecha de mi nacimiento. Sin alzar la vista del manuscrito que tenía encomendado copiar, le respondí que la desconocía. Por la rigidez de sus labios siempre prestos a sonreír, supuse que detrás de la pregunta había una inquietud. Volví con la pluma a la capitular que me entretenía más de la cuenta y esperé a que hablara. Ventura se mantuvo en un silencio obstinado. Coloreaba el fuste de la letra, pensando en lo portentoso de nuestra amistad. Un gesto, una mirada o la intensidad puesta en una palabra nos permitía identificar nuestros estados de ánimo.

—Debió ser a principios del año —comenté, restándole importancia a la fecha.

—Yo no sé ni cuándo ni dónde nació...

Lo aspereza de su voz me hizo intuir el final de la frase...“ni quiénes fueron mis padres.” Dejé la pluma y me acerqué a él.

—Son muchos los hermanos que lo ignoran. Seguirás siendo igual de sagaz y afortunado sin saber ésa, ni muchas otras cosas —le dije, alborotando los rizos que le caían sobre la frente.

El gesto lo enfureció.

—¡No entiendes nada! —gritó, apartando mi mano con brusquedad.

Pasaron varios días sin que me buscara.

Una noche, al asomarme por la ventana y encontrarme con el cielo estrellado, se me ocurrió elaborar dos cartas natales. Ya que las terminé, dejé una nota debajo del jergón de Ventura pidiéndole me fuera a ver.

Al abrir la puerta, se sorprendió ante el despliegue de artefactos que había sobre mi mesa.

—¿Qué haces? ¿Qué es todo esto?

—Ésta es una arbalestrilla, éste un astrolabio —expliqué, poniéndoselos en la mano—. Los dos sirven para medir los cie-

los. Ven, acércate a la ventana... se toma así... inclínalo... busca la Osa Mayor, ahora la línea del horizonte. Las líneas corresponden a los grados... anota en el pliego la distancia entre una y otra...

En tanto él hacía sus primeras mediciones, ordené mi mesa.

—Quizá en algún momento sea útil saber cuál fue nuestro primer día en la tierra —acepté—, por esa razón hice dos cartas natales, bueno, en realidad es una para los dos. El próximo seis de enero será nuestro onomástico.

—¿Por qué escogiste ese día?

—Elegí la Epifanía porque es un día lleno de luz. Mira, aquí quedó todo escrito. Dado que el año y el lugar no son los mismos, las conjunciones cambian. Aún así, nuestros destinos han quedado enlazados.

Ventura se acercó a ver las hojas en las que nos hermanaban cálculos, líneas y trazos.

—Nacimos bajo Capricornio, el signo del hombre que comprende el significado de la existencia y consagra su vida a perseguir el conocimiento. El amor a la libertad es lo más importante para los que nacimos ...

—¡Nada es cierto! —interrumpió enfurecido.

—Quizá no —intenté menguar su enojo—, por lo poco que averigüé, concluyo que naciste en enero o febrero, seguramente en Nápoles.

—¡No nací el día que decidiste!

—Lo que intento al hacer esta carta, es regalarte una historia. No sé si la fábula sobre la serpiente que subía por la pata de mi cuna es cierta, pero me ha servido para crear fantasías alrededor de mi infancia. Lo que hasta ahora has vivido no lo puedo cambiar, pero te ofrezco continuar juntos bajo las mismas estrellas, y compartir un destino haciéndonos dignos de este sol.

Fijó la vista en el punto que le señalaba. Después de un rato, pudo agradecerme.

Pasamos la noche buscando coincidencias, encuentros y discrepancias en el mapa de nuestra vida.

Camino al priorato descubrí una columna de hormigas que volvía a su morada con un verde botín. A pesar de estar retrasado para ver al padre Pasqua me detuve a mirarlas. Me sorprendía la diferencia de tamaño entre ellas y yo y que, aun así, compartiéramos la capacidad de movimiento, de orientación, la necesidad de alimento. No es posible asemejarse más al Infinito siendo hombre que siendo hormiga, ni aproximarse más siendo una estrella que siendo un hombre; ... pues en el Infinito estas distinciones son indiferentes.*

—Aquí estoy, padre.

—¿Qué te entretuvo en el camino? En fin, siéntate. Ha llegado la orden de tu traslado a la iglesia de San Bartolomeo di Campagnia, cerca de Salerno. Allí cantarás tu primera misa. Ya esperabas la noticia, ¿no es así?

—¿Cuánto tiempo estaré allá? —quise saber.

—No lo sé. De ahí irás a otras parroquias.

—¿Por cuánto tiempo? —insistí.

—Eres un sacerdote. Una de tus primeras obligaciones es la obediencia.

La sensación de vértigo me hizo aferrarme a los brazos del sillón. La misiva sobre la mesa del prior terminaba con mi vida en San Domenico, con mis estudios, con la compañía de Ventura. ¿Qué será de él...?, ¿y de mí sin él?

—¿Cuándo debo partir?

—En unos días, ya te avisaré.

En el reducido espacio de mi celda, vino a mi memoria el día que profesé. Monseñor Girolamo Scarampo ungió mis manos. Las luces de las velas titilaban como estrellas distantes en tanto el obispo repetía las palabras rituales de la oración consagratória:

«...es Cristo mismo quien está presente en su Iglesia como Cabeza de su Cuerpo, Pastor de su rebaño, sumo sacerdote del sacrificio redentor, Maestro de la Verdad...»

Monseñor Scarampo me confería la gracia del Espíritu Santo, marcándome con el carácter sagrado, pero el santo óleo ahuyentaba fe y convicción al contacto con mi piel. Al sentir mis manos atadas con la banda de lino, una terrible contienda se desató en mi interior.

—El sacramento sacerdotal es indeleble —sentenció el obispo.

Canto mi primera misa en la parroquia de San Bartolomeo di Campagna.

¿Seré capaz de transmitir el milagro de la transubstanciación?

...y tomó pan, dio gracias, lo partió y se los dio diciendo: esto es mi cuerpo... Mi voz flaquea.

...este cáliz es sangre de la Nueva Alianza que va a ser derramada por vosotros

La falta es doble por no creer en el dogma e impartir la comunión con una mano sin fe. Los fieles se acercan para recibir la hostia.

Ite, misa est.

A finales de agosto, cuando la canícula nos hacía buscar el ex-

tremo sombreado del patio, el subdiácono vino a decirme que me buscaban.

—Son dos jóvenes, padre. Dicen llamarse Ana y Miguel y ser hijos del marqués de la Cerna, gobernador del fuerte de San Telmo, en Nápoles.

—¿Preguntaron por mí?

—No, pero el prior está ausente...

—Llévalos al patio de los naranjos, debe estar más fresco.

Él me veía acercarme; ella, con la cabeza baja se apoyaba en el brazo del joven. Al escuchar mis pasos elevó la mirada y noté el parecido con su hermano. El manto cubría parte de su cabello. Unas cejas finas enmarcaban sus ojos tristes, más que cansados. Los labios entreabiertos me hicieron pensar en que era más que agua lo que buscaban. La voz de don Miguel interrumpió mi arrobó.

—Venimos desde Acrópolis, traemos con nosotros el cadáver de nuestra madre, doña Valentina Montefeltro, para enterrarla en Nápoles. Mi hermana está fatigada, ¿podrían ella y sus sirvientas descansar aquí esta noche?

La joven balbuceaba tratando de convencerlo de seguir el viaje. El marcado acento español daba a sus palabras una fascinante cadencia. No lograba apartar la mirada de ella.

—¿Será posible, padre?

—Perdón, don Miguel, desde luego —contesté en español.

Al escuchar la lengua familiar, doña Ana rompió a llorar. Las lágrimas, al rodar, dejaban surcos más claros sobre el rostro, que el polvo del camino no había respetado. Hubiera querido abrazarla, darle consuelo, limpiar su cara con mi mano fresca. Me sobrepuse para acompañarlos a la galería de los peregrinos.

Pasé el resto de la tarde inventando ocupaciones. Entrada la noche, de regreso a mi celda, comprendí que mi batalla estaba perdida. Nunca vería a doña Ana, ni a mujer alguna, como un alma a la que mi deber era reconfortar con palabras.

¿Qué hacer frente a unos ojos como esos? ¿Cómo desviar la mirada de la vena latiendo bajo la piel translúcida del cuello?

Prendí la bujía e intenté ahuyentar su imagen. Me refugié en los escritos de Santo Tomás, pero el rostro tristísimo aparecía una y otra vez. Abrí la ventana. El aroma de los naranjos fustigó mi zozobra. Recurrí a la oración. Entonces supe porque los hermanos de San Domenico, noche tras noche recurrían al flagelo. El sonido de las campanas llamando a maitines, me encontró derrotado.

A medio día el subdiácono me informó que doña Ana y don Miguel habían partido temprano.

Ocho meses después de mi llegada, recibí una carta de mi prior.

Fray Giordano de Nola ha sido asignado discípulo formal de Sagrada Teología, al monasterio y al Estudio de San Domenico Maggiore.

Como miembro del Capítulo General, estudiará Sagrada Teología por un período de cuatro años, siendo dispensado de la obligación de predicar. Lo he elegido, aconsejado por la prudencia y el juicio, prefiriéndolo a fray Ambrogio de Airola y fray Antonio de Napoli, quienes han sido destinados a los Estudios de Palermo, Bologna y Andria.

FRAY AMBROGIO PASQUA.

¡Estoy de vuelta en Nápoles, de vuelta a mi convento! Dentro

están Ventura, la biblioteca, mi celda... no, quizá mi celda la ocupe alguien más. Reconozco el chirriar del portón, pero no identifico el rostro del hermano que lo abre. El patio, la arquería del atrio, todo parece haberse encogido en estos meses.

¿Dónde está Ventura?

Mi celda, en efecto, no me esperó. Ésta se encuentra en el lado opuesto. Desde mi ventana veo las maderas cerradas de aquélla en la que pasé cinco años.

El padre Pasqua me recibió con genuina alegría. Me mostró, orgulloso, la carta del prior de San Bartolomeo di Campagna, en la que ensalza mi obediencia y docilidad. Me confesó su sorpresa al enterarse de que fueran esas dos cualidades las que me distinguieran.

—El sol de la Campagna obró milagros —acepté.

—¡Milagros sólo Dios, nuestro Señor! Me appena recibirte con esta noticia. Nuestro querido Santo Padre, Pío V, ha muerto. Que su alma descansa en paz.

—Que así sea.

El reencuentro con Ventura fue perfecto: no hubo palabras inútiles, sólo un largo abrazo.

Como estudiante de Sagrada Teología asistiré al Estudio por cuatro años, al final de los cuales presentaré una tesis para recibir el título de lector.

El tiempo transcurre ligero mientras memorizamos las perfecciones de Dios y sus atributos. Las discusiones se prolongan hasta que el preceptor, exhausto, les pone fin. Disfruto intensamente estos debates, sobre todo, cuando el contrincante no se rinde. Regresar al desierto de mi celda es la recompensa al final del día.

En ocasiones el viento, que entra por mi ventana, me trae algún olor de infancia y la melancolía me paraliza. Otros días, al percibir esa misma fragancia, se me desata el ardiente furor que vive agazapado en mi cuerpo. Habitado por el resplandor, mis sentidos se agudizan y adivino la cercanía de aquello que anhelo alcanzar. En un estallido todo desaparece. La luz me presta alas. Mi cuerpo pierde su materia.

Al volver, descubro lo que mi mano ha escrito.

*Con tan bello fuego y tan noble lazo
Beldad me inflama y honestidad me anuda,
Que en fuego y servidumbre conviene yo me goce,
Huya la libertad y tema el hielo.*

*El fuego es tal que ardo y no me consumo,
El nudo es tal que conmigo el mundo lo celebra,
Ni me enfría el temor ni el dolor me desanuda,
Mas tranquilo es el ardor, dulce la molestia.*

*Veo tan sublime la luz que me inflama,
Y el lazo urdido con tan rica trama,
Que naciendo el pensar, muere el deseo.
Porque brilla en mi corazón tan bella llama,
Y me ata el volar tan bella ligadura,
Sea esclava la sombra y ardan mis cenizas. **

En septiembre estuvo de paso por el convento un hermano jesuita que venía de París. Nos pidió reunirnos en la sala de estudios. El calor era intenso para esa época del año. Empezó su relato limpiándose el sudor de la frente con la manga del hábito; luego, se persignó.

—Desde entonces, ruego por las almas de tantas víctimas, e

imploro el olvido. En mi lecho de muerte recordaré lo que vi aquella noche.

Semejante preámbulo logró que los novicios prestaran atención.

—La sangre inundó la ciudad. No haré una descripción exagerada, sólo diré la verdad. Aún me parece escuchar los aullidos; nunca imaginé que semejantes sonidos salieran de garganta humana. Nos disponíamos a iniciar maitines, cuando una turba irrumpió en la iglesia enarbolando sus espadas. Corrían enfurecidos entre las bancas, buscando a “los asquerosos hugonotes”. Ya que se fueron, salimos a ver qué pasaba. Quedamos pasmados ante el horror. Por voces de aquí y de allá supimos que, por orden del rey, los protestantes debían ser aniquilados esa noche. La confusión era absoluta. La gente huía derribando todo; corrían en una dirección y volvían por no haber hallado escapatoria. Imposible distinguir perseguidos de perseguidores. Al ver que la ciudad ardía, el prior ordenó volver. Corrimos por la Rue d’Averon. Lo que vimos en el trayecto fue abominable. Las calles estaban cerradas por barricadas de animales destripados; la cantidad de cadáveres era infinita. A nadie se había respetado. ¿Quién pudo decapitar tanto infante? me preguntaba al esquivar en mi carrera sus cuerpecitos. Dos días después emprendimos este viaje planeado de antemano. París se había transformado en un inmenso matadero. El aire no lograba llevarse el olor a muerte. Salimos entre un laberinto de carretas cargadas de cadáveres. El humo de las hogueras donde se quemaban los cuerpos, se elevaba al cielo como prueba del atroz sacrificio.

Nadie se movía en la sala. La voz del jesuita se quebró. Ventura le tendió un poco de agua.

—La vereda nos obligaba a caminar uno detrás del otro;

cuando vi el borde del hábito del hermano que iba delante, me volví a ver el mío. También estaba manchado. Al cruzar un arroyo les pedí detenernos a lavarlos. Al tallar, la sangre se deslizó sobre la corriente, como vuelta a la vida, igual que una culebra. Limpiamos la mácula, el recuerdo nos acompañará siempre.

Después de una pausa y otro sorbo agua, prosiguió.

—Atravesamos Francia en menos tiempo del habitual. Dormíamos poco y caminábamos mucho. En varias plazas ya daban la noticia por medio de cédulas reales: la matanza se debía a una lucha entre hugonotes.

—¿Qué propició semejante crimen? —preguntó un hermano.

—Hay quien dice que fue planeado por la reina madre para deshacerse del almirante Coligny, a quien odia por la influencia que ejerce sobre el rey, su hijo. Otros, que el plan fue ideado por Enrique de Guisa para amedrentar a Enrique de Navarra, el esposo protestante de Marguerite. Hasta antes de la boda, Guisa y la princesa, habían sido su amantes. No creo que el motivo recaiga en tales miserias humanas. Esta es una discordia añeja cuyo pretexto es la religión. Aquellos que la planearon, no contaban con el desbordamiento de la barbarie.

El jesuita se limpió una vez más la frente.

—Ahora todo el país está en guerra...

Aprovechando la pausa, el vicedprior nos mandó a dormir. Faltaban pocas horas para iniciar la oración matutina.

Pasado algún tiempo el padre Pasqua nos leyó la bula papal referente a la matanza que, para entonces, ya se conocía como La noche de san Bartolomé: “Los fieles deben agradecer a Dios

el abatimiento de los hugonotes y rogar por la purificación de Francia”. Se realizaron grandes ceremonias —anunciaba orgulloso—. El Papa y treinta y tres cardenales atravesaron Roma, en procesión, hasta la iglesia de San Luigi dei Francesi, para asistir a una misa de acción de gracias.

Yo lo escuchaba atónito. ¿Cómo era posible que un hombre justo elevara loas a Dios por la abyecta matanza?

—Unámonos a esta alegría, hermanos, elevando nuestras plegarias al Todopoderoso.

Absorto, leía el texto de Abulafia, el cabalista, en el que narra cómo los demonios le susurraron al oído el nombre secreto e impronunciado de Dios para confundirlo: «Anduve a tientas como un ciego a pleno día, con la compañía de Satán a mi diestra, durante quince años.» La puerta se abrió violentamente y los gritos de Ventura me sobresaltaron.

—¡Giordano, deja el libro! ¡Rápido! Mírala ¡es más brillante que Venus!

—Cálmate para que entienda lo que dices — le exigí impaciente. Ventura tomó aire en un esfuerzo por tranquilizarse.

—Estaba oscureciendo, me acerqué a cerrar la ventana cuando la vi. Fíjate bien, allí, en la constelación de Casiopea. Dame un papel para mostrarte dónde buscarla.

Con trazos rápidos dibujó la constelación de la mujer sentada. Cerca del pecho dejó caer una gota de tinta.

—Búscala aquí, junto a Shedir.

Escudriñé entre las luminarias hasta localizar la Osa Mayor, seguí hacia la derecha... Perseo... Andrómeda, hacia arriba, Casiopea. ¡Allí estaba!

—¿Qué es lo que brilla? —pregunté, exaltado.

—¡Una estrella nueva!

—Los astros no aparecen así, repentinamente. Siempre mantienen su número, posición y orden —repliqué.

—Entonces, ¿qué es? —inquirió, impaciente.

—No lo sé... Verás, alguien menciona algo parecido... creo que es Plinio, el viejo. ¿Podemos entrar a la biblioteca?

—Sé donde están las llaves.

En espera de Ventura, fijé mis ojos en el firmamento.

—Las tengo, ¡apresúrate! —me apremió, al volver con el llavero.

A tientas recorrimos los estantes hasta encontrar la obra de Plinio.

—Tendremos que llevarnos varios tomos —susurré. Regresamos a mi celda a buscar la mención.

Mientras Ventura buscaba, seguí con el escrutinio para cerciorarme de que no se trataba de un cometa.

—¡Aquí está! —exclamó—. Hiparco, en su libro Constelaciones, dice haber visto aparecer una estrella nueva, igual que en el principio del mundo.

—Igual que en el principio del mundo... —repetí, intrigado—. ¿Cuándo sucedió?

—En el año 129.

Pasamos un buen rato haciendo mediciones con el astrolabio para fijar la posición. El nuevo lucero estaba a 7 grados y 55 minutos de Schedir. Concluimos que había que observarla a lo largo de varias noches.

—Quisiera quedarme contigo —me aseguró Ventura, mientras guardaba el astrolabio—, pero debo repasar mi lección de latín.

Yo no podía apartar la mirada del firmamento.

¿Estás vivo? ¿Tus astros nacen y mueren como el hombre y los animales? ¿Es un error pensar que las estrellas están fijas e

inmutables desde el día de la creación? ¿Cómo dudar de lo que veía? También estaba seguro de que unas noches antes aquel fulgor no existía.

«Sol detente en Gabón. Y tú, luna, en el valle de Ajalón», ordenó Josué, el guerrero. El tiempo de los milagros ha quedado lejos. Los hombres ya no conseguimos que los cielos se muevan a nuestra voluntad.

La vigilamos a lo largo de varias noches. Nunca cambió de posición. Su color, al principio de un blanco brillantísimo, enrojeció paulatinamente; su resplandor se apagó hasta desaparecer. No fuimos los únicos en observarla. Mucha gente la vio como un pavoroso augurio. Algunos dijeron que era consecuencia de la matanza de protestantes en Francia; otros, el anuncio del Anticristo. Hubo quien aseguró que había nacido de las emanaciones de los pecados humanos.

Desde entonces, y con más ahínco, me dediqué a observar el cielo, tratando de descifrar lo que estaba ahí escrito.

Como cada ocasión en que llegaba una nueva bula papal, el prior nos reunió para hacernos saber de qué se trataba.

—La próxima Navidad se festejará el Santo Jubileo: «Será concedida la indulgencia plenaria a todos aquellos que visiten cada día, durante un mes, las principales iglesias de Roma».

¡Qué poco se necesita para limpiar faltas!

—Cuando estuve allá —contó el prior— empezaban a arreglar las calles y a hacer acopio de víveres para recibir a los peregrinos. Este festejo para conmemorar la Ascensión del Señor, de ahora en adelante, se llevará a cabo cada veinticinco años.

Desde que diera la noticia, traté de idear un pretexto para no ir. No deseaba volver a Roma.

—Estoy retrasado con mi trabajo — argüí, llegado el momento.

No se opuso. Me fue más difícil enfrentar la mirada de desilusión de Ventura al saber que no iría.

Durante esas semanas de quietud, sin peligro de ser sorprendido, busqué entre los filósofos antiguos una respuesta a eso que me obsesionaba desde hacía dos años: haber visto una estrella aparecer.

En la madrugada, refugiado del frío bajo una manta, oí llegar a mis hermanos de su peregrinación a Roma. Esperé a Ventura a lo largo del día.

—¡Ni tú podrías imaginar todo lo que vimos! —exclamó al entrar en mi celda por la noche.

—¡Pero aquí estás para contármelo! Siéntate.

Su agitación era tan grande que le impedía quedarse quieto.

—Te traje este mapa porque sé cuanto te gustan —aclaró, despejando mi mesa para extender el rollo—. Mira, éstas son las principales iglesias de Roma, están marcadas en el orden en que las visitaron el Papa y su séquito: San Paolo fuori la Mura, Santa Maria Maggiore, San Luigi dei Francesi ...

Me acomodé en la silla, conmovido por su alborozo.

—El viaje fue pesado. El padre Pasqua apenas nos dejó descansar. Quería llegar a tiempo de ver la apertura de la Puerta Santa de San Pedro. Caminamos tan de prisa que llegamos dos días antes; así tuvimos la fortuna, como insistió en decirnos, de entrar en la ciudad al mismo tiempo que Carlos Borromeo, el piadoso arzobispo de Milán. Yo no lo vi en medio de la muchedumbre. ¡Nunca imaginé que hubiera tal cantidad de gente en el mundo! Tanto veía que por la noche no podía dormir.

Cerraba los ojos, los apretaba muy fuerte y las figuras seguían pasando a pesar de mis rezos.

—Las oraciones no son un bálsamo universal, tus sentidos estaban excitados y te impedían descansar. ¿Qué fue lo que más te gustó?

—¡Los colores! De regreso repasaba, una y otra vez, lo que había visto para contártelo, y me di cuenta que recordar los colores era lo que más me alegraba. Sólo de pensar en ellos se me llenaba la boca de saliva, como frente a una hogaza recién horneada. Aquí, en el convento, todo es negro y blanco; para ver el azul me vuelvo al cielo pero no hay anaranjados, amarillos, ni rojos. ¡El rojo es el más hermoso!

—Un mundo sin color nos parece muerto. Allá descubriste lo que tú y tu mirada estaban ávidos por conocer: la vida, a la que identificaste como color.

Veía sus ojos húmedos por la emoción, su nerviosa verborrea, el afán por compartir conmigo su primera visión del mundo. Agradecí el privilegio de estar ahí para escucharlo.

Súbitamente se interrumpió para preguntarme qué era eso tan importante que me había sucedido.

—¿Cómo sabes que tengo algo que decirte? Su sonrisa fue la única respuesta.

—Desde que vimos aquella luz en el firmamento —le confíé—, busco una explicación. Los filósofos más antiguos me fueron guiando: Epicuro y Lucrecio afirman que el Universo es infinito, eterno, que está vivo, ¡Vivo! Que el movimiento de los planetas no viene de fuera, que es inherente a ellos. Hablan de una fuerza interna, un alma cósmica que está presente en la Naturaleza. Ventura, ¡Aristóteles falló! ¡La escolástica está sostenida en una equivocación!

—¡Baja la voz!

—¡Nunca más bajaré la voz!

—¿Ahora gritarás por los pasillos que Aristóteles mintió?

—Apareció una estrella, allá, en el cielo, donde dicen las escrituras que todo fue creado en siete días ¿Cómo te lo explicas? ¡Tú y yo lo vimos!

—No grites. Mira el mapa que te traje —intentaba callarme a toda costa—. Una mañana vimos al Santo Padre. Iba al final de la procesión, en la mano derecha llevaba un pequeño globo terráqueo de oro puro...

Dejé de escuchar la voz de Ventura. Una vez más estaba sumergido en la esfera de silencio que en ocasiones me apresa. Volví a escucharlo cuando sentí que me zarandeaba por los hombros.

—¡Por favor, olvida eso! ¡Acabarán echándote!

El miedo en su mirada me hizo prometerle no repetir aquello.

Agostino Montalcino y yo ingresamos simultáneamente al Capítulo para estudiar teología. Nació en la Lombardía y es tan duro como las rocas de su tierra natal. A pesar de un amplio conocimiento, a sus respuestas les falta ingenio y rapidez. A lo largo de tres años hemos sido contrincantes en muchas discusiones. Su encono hacia mí creció al parejo que mis victorias sobre él.

Cierta noche, después de la lección, iba camino a mi celda cuando él y dos postulantes me cerraron el paso.

—Estos jóvenes quieren saber qué hacer primero: creer o comprender. Les aseguré que tú tendrías la respuesta.

Sabía que la pregunta del lombardo no era de buena fe y traté de alejarme, pero me detuvo del brazo.

—Es tarde, déjame ir. Quiero descansar.

—¿Giordano de Nola está cansado y no quiere discutir?

—Explícales a estos novicios, hermano Montalcino —solicité con sarcasmo—, porque se estudia primero filosofía, y después teología.

—Ya lo dijo Santo Tomás: “La filosofía es el ejercicio de la razón humana, la teología es la revelación divina” —contestó, dirigiéndose a ellos.

—Santo Tomás afirma que sólo la razón permite llegar a la certeza de la existencia de Dios. Comprender es un acto de la razón. Para creer no debemos soslayar la intuición —agregué, sin querer comprometerme a más.

—Mencionar la intuición, te lleva a Duns Escoto, pero no abogarás por el detractor de Santo Tomás, ¿verdad?

—Disentir de Santo Tomás no es motivo para condenarlo

—Seguramente también defiendes a Ockham —arremetió de nuevo.

—Guillermo de Ockham no requiere de mi defensa. Nos enseñó a pensar, a ser independientes y caminar solos. Le recordó al hombre que la voluntad es atributo esencial de cualquier criatura de razón.

—Y fue excomulgado. Sus textos están proscritos; es curioso, siempre defiendes a los herejes.

Me cansaba su burda provocación

—¿Qué es un hereje? —inquirí.

—El renegado que abraza una doctrina contraria a la fe católica —respondió uno de los novicios.

En su respuesta vacía, proferida sin reflexión alguna, identifiqué las lacras de la instrucción escolástica, y me enfurecí.

—Ockham trató de llevar a cabo su reforma dentro de la comunidad religiosa, a la cual nunca abandonó. Fue acusado

de herejía por exhortar a Juan XXII a volver a la humildad predicada por los evangelistas.

—Los franciscanos pretenden que las órdenes religiosas se transformen en hordas de menesterosos harapientos —alegó Montalcino.

—Maestros de nuestra orden propusieron retornar a la pobreza inicial del cristianismo: el maestro Eckhart, el Cusano, Savonarola. La riqueza del alto clero es insultante.

—Como siempre, citas a los proscritos. Sin embargo, tienes razón. También nosotros hemos tenido ovejas descarriadas. A Eckhart lo condenó la Inquisición y Savonarola terminó en la hoguera.

—¡Todos los que han buscado la renovación de esta anquilosada estructura religiosa han sido perseguidos!

La voz de fray Seraphinus, el lector de Teología, nos interrumpió:

—¡Me satisface ver que mis enseñanzas propician saludables discusiones!

Montalcino y yo nos prometimos futuras disputas con la mirada.

Encontré al bibliotecario resoplando en medio de pilas de libros.

—¿Te puedo ayudar? —ofrecí al verlo atareado.

—No —gruñó, de mal humor.

—Aún te faltan muchos libros por guardar, llevaré éstos a su estante —dije, tomando los que tenía más cerca.

—¡Deja eso!

Su grito me sorprendió.

—Perdona, hermano —se disculpó de mala gana—, me en-

fada sobremanera esta tarea. Yo me llevaré la reprimenda, no el ladrón.

—¿De quién hablas?

—¡Eso quisiera saber! Uno de los novicios que me ayuda, fue con la historia al padre Pasqua de que alguien se roba los libros. Cuando me percaté, hace varios meses, no le di importancia porque ése que se los lleva, los regresa a los pocos días. Ahora, la orden es perentoria: sorprender al ladrón y encontrar lo robado.

El bibliotecario no se percató del rubor que me invadía.

—Aun así, podría ayudarte.

—La orden fue llevar a cabo la indagación sin que nadie interviniera. El prior, enfáticamente, dijo que la responsabilidad era mía, si se entera de que me ayudaste... Las cosas se han complicado; algunos de los que faltan, aparecen en la última lista de libros proscritos por el Índice. Los Visitadores estarán aquí, en unas cuantas semanas, para llevárselos. ¡No los entiendo! Cada vez son más los textos prohibidos y más estricto el criterio para erradicarlos. Imagínate que ahora hasta los santos están proscritos. Debo sacar los *Commentari sui profeti*, de san Jerónimo y las obras de san Juan Crisóstomo que tengan anotaciones de Erasmo. Esos son los que no encuentro. Agradezco tu ofrecimiento, pero no puedo aceptarlo. No acabaré antes de medianoche.

Salí de la biblioteca con la sensación de que unos ojos vigilantes me seguían.

Para obtener el título de Lector en Teología me examinaron mis maestros, presididos por fray Domenico de Vita, provincial de la Orden.

Durante meses había leído, discutido con mis compañeros, consultado infinidad de obras, y estudiado con ahínco los es-

critos de Santo Tomás. Noche tras noche, cobijado por la soledad de mi celda, escuché el roce de mi pluma llenando hojas hasta terminar mi tesis: «*Verum est quicquid dicit D. Thomas in Summa contra Gentiles*» e «*Verum est quicquid dicit Magister Sententorium*».

El resultado del examen, satisfactorio para todos, no lo fue para mí. Después del reconocimiento me sentí vacío. La Teología no contestaba mis preguntas.

¿Dónde captarte, gran Naturaleza?

Como otras veces en que me faltan palabras, tomé la pluma para dibujar. Al principio, sólo trazos sin relación hasta que se hizo evidente la forma de la cruz egipcia. Repasándola con el cálamo, me fui adentrando en el signo. Volvió a mi memoria la explicación de Ficino: Los egipcios la tallaban en el pecho de Serapis... la veneraban, no sólo como testimonio de los dones de las estrellas, sino como un presagio del advenimiento de Cristo.

Me volví hacia el crucifijo colgado en el muro.

¿La fuerza está en la cruz o en la imagen?

En el momento en que desclavaba al Cristo, entró Ventura.

—¡Por la sangre de san Genaro! ¿Qué haces?

—Quiero reconocer la jerarquía... La madera en la que Cristo fue crucificado no tenía cuatro ramas iguales...ni siquiera tenía forma de cruz... Era un madero semejante al que utilizaban para ajusticiar a los delincuentes. La cruz que ahora vemos en los altares es la que llevaba en el pecho la diosa Isis. ¡El cristianismo la robó! Es mentira que Cristo muriera sobre una cruz.* Esta parte —desprendí la porción donde estaban talladas las letras INRI— fue incorporada después... una inter-

pretación errada más, ¡Deformaron la cruz egipcia para convertirla en el signo de su propio mensaje!

—Lo que dices es horrible...

—¡No, no lo es! Éste es un talismán para atraer sobre los hombres los dones de las estrellas. Ellos lo sabían —señalé hacia afuera—. Colocaron aquí a Cristo, aprovechando la fuerza de la unión de los contrarios. ¡Siente su fuerza! ¡Cielo y Tierra unidos! ¡Tiempo y Espacio! ¡Arriba y Abajo! La fuerza está en la forma, no en la efigie de Cristo. ¡No permitas que te engañen! ¡No te hagas igual a ellos!

Ventura se tapó los oídos gritando:

—¡Cállate! ¡Cállate! te vas a condenar.

—No tienes porqué temblar ante una idea que difiere de lo que te enseñan aquí. No te cierres, escucha, reflexiona. No confíes en la opinión ajena. ¡Crea tu propia verdad!

—El prior me mandó a buscarte. Hace dos días que no bajas a comer.

Al pasar mi brazo alrededor de sus hombros, se hizo a un lado violentamente. Su rechazo me sobrecogió. Cerré la puerta de mi celda. Sobre mi mesa yacía boca abajo el Cristo desnudo, arrancado de su cruz.

El maestro hablaba, con voz monótona, de lo que se había dicho durante el Concilio Ecuménico de Constantinopla.

—...el Hijo, Único de Dios, engendrado del Padre antes de todos los siglos, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero...

La lección me fastidiaba. Me volví a ver por la ventana y me distraje en calcular los pasos que median entre el aula y el campanario.

—Parece que el Nolano se aburre —dijo Montalcino en voz alta.

—Presta atención, hermano —me reprendió fray Seraphinus.

—Quizá fray Giordano nos ayude a comprender las personas de la Santísima Trinidad — sugirió el lombardo.

Para deshacerme del hastío, acepté la provocación, a sabiendas de que Montalcino pretendía conducirme por caminos peligrosos.

—San Agustín dice que el hombre es imagen de la Trinidad por reflejar los tres poderes del alma: intelecto, memoria y voluntad.

—Solamente hablamos de la Segunda Persona.

Tardé en responder, calculando hasta dónde exponer mis ideas. Sería un escándalo declarar mi incredulidad acerca del origen divino del Cristo.

—Hay un Dios que es Padre, Verbo y Amor, el Espíritu divino los abarca a los tres.

—No es eso lo que discutimos. Nosotros aceptamos que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una Trinidad. ¿Tú crees lo mismo?

—Yo te pregunto: ¿Por qué un Dios omnipotente habría elegido un cuerpo humano para constreñir su poder e imponerse un límite? No concibo que la substancia infinita, divina e indivisible, haya estado contenida en Cristo. No hay distinción de personas en Dios, ya que ésto implicaría una imperfección en Él.

Estaba dicho.

Un hermano se santiguó.

—Creo que estamos cansados, continuaremos mañana —intervino el maestro. Mi contrincante forzaba una sonrisa que le torcía las facciones.

—Adiós, Nolano.

—Hasta mañana, fray Agostino.

—No, adiós, Nolano.

No sé cuánto tiempo había transcurrido desde que volviera a mi celda, cuando entró Ventura con los ojos desorbitados.

—¡Montalcino te ha acusado de herejía ante el padre provincial! Escuché lo que decían. Mañana enviarán la *scrittura* a la Inquisición. El padre Pasqua no sabe nada. ¿Qué hacemos?

—No te asustes, Ventura. Creo que el tiempo ha llegado ¡Basta de servil silencio!

Saqué los ducados que guardaba en una caja de madera. Ventura, con los ojos anegados, extendió la mano.

—Toma, te traje éstas...

En su mano brillaban cinco monedas

—Las acepto porque serán mi talismán.

Nos abrazamos sin decir palabra. Escapé en medio de un torbellino de hojas que cayeron al suelo. El primero en entrar a la celda debió ser Agostino Montalcino; Domenico Vita, el provincial de la Orden, quien lo seguía, levantó los libros prohibidos de san Juan Crisóstomo y san Jerónimo. Sobre la mesa permanecía el Cristo que yo había arrancado de su cruz.

1576—1600

Decirte he lo que dicen, lo cual no te persuado que creas, porque la evidencia de ello en los textos no está clara, sino figurativa.

FILÓN DE ALEJANDRÍA

La tarde caía sobre Nápoles, era la hora del Angelus. El sonido de unos pasos apresurados se aunaba al repicar de las campanas. Por las calles vacías nadie reparaba en el hermano de la Orden de los Predicadores que, en su prisa, se preguntaba a dónde ir. Las murallas de la ciudad estaban cerca, había que decidir.

¿Andria? ¿San Bartolomeo di Campagna? ¿Florencia? ¿Buscar asilo con sus antiguos maestros? ¿Sería una locura permanecer en Nápoles!

Optó por ir a Roma. La idea de llegar al Vaticano y solicitar al Papa la anulación de su voto religioso, anidó en su imaginación. Se aferró a las cinco monedas que llevaba en el bolsillo de la túnica. Nada había que temer.

Tengo el mundo por cárcel, seré misionero de mi propio pensamiento.

La distancia era su aliada. Si caminaba toda la noche, estaría en Capua al rayar el día. A pesar del viento helado que se arremolinaba bajo su capa, sólo se detenía en las posadas

el tiempo indispensable. Al recordar la *scrittura* aceleraba el paso. Debía ponerse a salvo del juicio inquisitorial.

Dos días después, entre la bruma de la mañana, vislumbró la muralla romana. Era el año de Dios de 1576. Habían pasado ocho, desde que recitara un salmo frente a Pío V.

Reconoció una iglesia de su orden por el emblema en un vitral. Entró sin saber qué buscaba. La luz del atardecer se filtraba por los óculos tiñendo las naves de azul; las bóvedas engarzadas por finas nervaduras tenían algo de orgánico. Le pareció estar cobijado por un bosque de helechos. El murmullo de una oración recorría la iglesia vacía. Al ver la torpeza con que el viejo dominco intentaba ponerse de pie, se acercó a ofrecerle su brazo para que se apoyara.

—Dios recompensará tu diligencia, hermano. ¡Giordano de Nola! —exclamó, al reconocerlo.

La voz trajo a la memoria de Giordano, innumerables horas de estudio al lado de fray Sisto de Luca.

—Hace tanto tiempo... ¿qué haces aquí?

—He huido de San Domenico —respondió, sin ambages.

—¿Cómo?... aunque pensándolo bien, no me sorprende. Desde que eras mi discípulo me parecía que no soportabas la disciplina. ¿Por qué escapaste?

—No podría dar una contestación rápida, maestro.

—Entonces medita lo que has de decirme. No evadas ningún detalle, me interesa saber qué pasa en los conventos de nuestra orden.

Fray Sisto se encaminó hacia el claustro y se sentaron bajo la arcada.

Luego de organizar los acontecimientos en su mente, Giordano habló sin eludir alguno.

—Recordaba tu acertada oratoria, pero tu vehemencia ha aumentado. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé... Quisiera solicitar al Pontífice que anule mi voto sacerdotal.

—¡Eso es un desatino! Ni el rey de Inglaterra logró su capricho. Y de mí ¿qué esperas? Soy el procurador de la orden, no pasaré por alto lo que me has contado.

Fray Sisto no dijo más; parecía perdido en algún recuerdo. En deferencia a su viejo maestro, Giordano guardó silencio.

—En el transcurso de nuestra charla te he observado; ya no eres el jovencito que me asombró por su inteligencia. Se ve que has aprendido, seguramente, más de la cuenta. Mientras no tenga en mis manos la acusación de tu prior, no haré nada. Mañana me acompañarás a la Sapienza, escucharás mi lección de Teología y en unos cuantos días, igual que muchos de los hermanos que pasan por Roma, seguirás tu camino. Es lo que puedo ofrecerte. En cuanto llegue el documento, te perseguiré como procurador de la Real Orden de los Predicadores.

—Gracias, maestro.

Fray Sisto y Giordano salieron juntos de la sala al término de la lección.

—El caballero que viene aquí —lo alertó fray Sisto—, es Marco Antonio Muret, uno de los profesores extranjeros más prestigiados.

—Buenos días, monsieur Muret.

—Buenos días fray Sisto, ¿cómo estuvo la lección?

—Parece que he logrado interesar a los alumnos en mi cátedra. Fray Sisto presentó a su acompañante:

—Fray Giordano de Nola, antiguo alumno mío.

—¿Se quedará a estudiar con nosotros?

—Por el momento, no será posible.

Fray Sisto se ocupó con un estudiante, en tanto M. Muret y Giordano charlaban.

—Las ideas de Giordano son interesantes —comentó M. Muret cuando el dominico volvió a prestarles atención.

—¿En tan corto tiempo ha logrado impresionarlo?

—Le he sugerido ir a París. Algunos de mis colegas estarían interesados en escucharlo, aquí también podría presentarlo a ciertas personas.

—Me parece que no se quedará en Roma.

—Quizá Francia sea un lugar más seguro —conjeturó M. Muret al despedirse.

—No sabía que fueras tan incauto—le reprochó fray Sisto al quedarse solos—. No debes hacer pública tú situación.

—Su colega me pareció un hombre inteligente en quien podía confiar.

—Recuerda que la Inquisición anda tras de ti...Tiene oídos donde menos lo esperas.

A los pocos días fray Sisto entregó a Giordano una carta que venía de San Domenico.

—¿Quién puede saber que estoy aquí? —preguntó Giordano, alarmado.

—Abre la misiva para averiguarlo.

Amigo mío, por la gracia de Dios,

La noche que escapaste, el padre Pasqua y el padre provincial acordaron encubrir tu ausencia hasta decidir cómo actuar. Montalcino debió estar al tanto de la resolución porque se mantuvo en silencio. Como no era excepcional que faltaras, nadie notó tu ausencia en el

refectorio. Días después, al finalizar el rezo de la tarde, el prior anunció que habías huido. La sala se convirtió en un avispero, nunca había visto tanta indisciplina. Ya que logró callarlos, el padre provincial dijo que enviarán una *scrittura* a la Inquisición acusándote de que tu aborrecimiento por los santos te hizo arrancar un Cristo de su crucifijo. Que hacías lecturas prohibidas, que robabas libros proscritos. Esta acusación la enviarán a Roma, a fray Sisto Luca, procurador de la Orden. Después de tu aprehensión, el proceso será aquí, en Nápoles. Luego te llevarán a Roma, a cumplir la sentencia.

No puedo decirte cómo sé donde te encuentras. Si mi carta fuera a dar a manos impías, inculparía a los que estamos dispuestos a ayudarte. Confío en que la leerás antes que llegue la acusación. No trates de comunicarte conmigo porque descubrirían tu paradero.

No sé si me echen del convento ahora que te has ido. Mientras tanto, rezo por ti todas las noches y le ruego a Dios que sea bueno contigo. Huye, no pierdas tiempo.

VENTURA.

—Mañana te irás —ordenó fray Sisto—. Saldrás conmigo a la Sapienza, como lo has hecho estos días, y no volverás. Te conseguiré algo de ropa para que dejes el hábito.

—¿No lo llevaré más?

— No puedes usarlo siendo un fraile exclaustado.

—Pero quitarme el hábito...

—El sacramento del Orden es indeleble. Con hábito o sin él, el resto de tu vida serás fray Giordano de Nola. Ahora déjame, debo rezar por ti.

Sin encender la bujía Giordano se tendió en el camastro. No sentía miedo, sólo expectación por lo que sería su vida a partir del día siguiente. Lo alentaba la idea de alejarse, de recorrer los caminos siendo otra vez él mismo, pero dejar su hábito...

¿Cómo vivir sin la blancura que me protege de las tinieblas de la ignorancia?

¿Cómo ir por el mundo sin mi capa negra?

Soñó ir sentado en el pescante de un carruaje; lo acompañaba alguien que a pesar de no tener sus facciones, era Ventura. Su amigo guiaba los caballos a través de un desierto. De pronto se detenía y lo obligaba a bajar. Luego de poner en su mano cinco caracoles, subía de nuevo al carretón. Lo veía hasta perderse en el horizonte. También desde muy lejos veía venir, con su paso de reptil, una gigantesca salamandra. Se detenía a sus pies. De cada una de las manchas del animal brotaba una llama. Cuando el fuego lo alcanzaba, encendido, subía hasta perderse en las alturas.

Atribulado por la sensación que aún mantenía del sueño, salió con fray Sisto rumbo a la Sapienza. En el camino, el maestro le hizo toda clase de advertencias. Al despedirse, Fray Sisto le entregó un envoltorio.

—Monsieur Muret me lo dio para ti. Es el libro que, según me dijo, te había prometido. Que Dios te acompañe.

Giordano lo vio perderse por el patio, y valoró el riesgo que su maestro tomaba por él.

El libro era viejo, estaba muy ajado; era obvio que alguien lo había leído una y otra vez. Se trataba del *Asclepius*, traducción latina de la profecía de Hermes Trismegisto.

En el aposento donde debía cambiarse de ropa, Fray Sisto había dejado sobre la mesa, papel, velas, una capa, calzas, un jubón abierto, doce ducados y un fardel para guardar todo aquello.

Se quitó la capa negra, desató el cinto, se inclinó para desanudar los zapatos y al levantarse lo sorprendió, al fondo de la habitación, su imagen reflejada en un espejo. Se acercó confundido.

Habían transcurrido más de once años desde la última vez que viera su rostro. No recordaba ser tan delgado. La barba castaña contrastaba con la negrura de los ojos. Intentaba reconocerse siguiendo con los dedos el contorno de su figura, pero le costaba aceptar ser ése. Tocó la tonsura, el cuello, los hombros angulosos, los brazos. Notó la desproporción que existía entre sus manos y el resto del cuerpo. Eran demasiado grandes. Se esforzaba por recobrar su efigie perdida tantos años. Conocía la inmensidad interna; ahora se enfrentaba a su limitado exterior. Se acercó más al espejo y observó el enigmático mapa que rodeaba sus pupilas. El azogue desapareció y él se perdió en los médanos del tiempo.

Al regresar, continuó desnudándose.

¿Dejo de ser yo, o vuelvo a ser yo?

Sin el hábito el desamparo era absoluto. Al ponerse las calzas sintió el tejido sobre la piel.

Tendría que acostumbrarse a las nuevas texturas.

Salió de la ciudad y enfiló hacia el norte. Al anochecer se refugió en una ermita abandonada. Encendió una vela, sacó el libro que le entregara su maestro. El *Asclepius* se abrió en la página donde había una pequeña marca.

«Si no te haces igual a Dios, no podrás comprenderle, ya que toda cosa sólo es inteligible para otra similar a ella. Elévate hasta alcanzar una grandeza por encima de toda medida, libérate de tu cuerpo con un brinco, pasa por encima de todo tiempo, hazte Eternidad y entonces comprenderás a Dios. Convéncete de que nada es imposible para ti, piensa que eres inmortal y que estás en condiciones de comprenderlo todo, todas las artes, todas las ciencias, la naturaleza de todo ser viviente. Asciende hasta situarte por encima de la mayor altitud; desciende por debajo de la profundidad más abismal. Experimenta en tu interior todas las sensaciones de aquello que ha sido creado, del fuego y del agua, de lo húmedo y de lo seco imaginando que estás en todas partes, sobre la tierra, en el mar, en el cielo. Imagínate que aún no has nacido, que te encuentras en el seno materno, que eres adolescente, viejo, que estás más allá de la muerte. Si consigues abarcar con tu pensamiento todas las cosas en su conjunto, tiempos, espacios, sustancias, cualidades, cantidades, podrás comprender a Dios.»

...convéncete de que nada es imposible para ti... Un soplo de viento apagó la vela. Se quedó dormido con aquella frase repitiéndose en su mente.

A la mañana siguiente emprendió la caminata que duraría toda su vida. Con la luz del día avanzaba. Al anochecer, se tendía sobre la tierra y con la mirada fija en el cielo tachonado de estrellas intentaba comprender. El universo no era un sistema cerrado ni un receptáculo. Era una sola unidad, viva, fecunda,

palpitante. No se le podía limitar por ser la obra de un Dios inconmensurable.

Permanecía inmóvil siguiendo el curso de las estrellas. Arriba, los cielos mantenían su eterno giro.

*No está parado, no, da vuelta y gira
cuanto en el cielo y bajo de él se mira.
Toda cosa discurre, arriba, abajo,
con giro largo y breve,
ya pesada, ya leve,
y todo va quizás al mismo paso
y hacia la misma meta.
Tanto discurre el todo hasta que llega,
tanto el ala va de abajo arriba
que una idéntica parte
ya de arriba hacia abajo
y ya de abajo para arriba parte.
Y ese mismo desorden
igual destino a todos reparte.**

En nueve jornadas llegó a Lerici donde se embarcó hacia Génova. Escogió un barco ancho, mangudo, de tres palos con velas cangrejas, que estaba a punto de zarpar. Esperó a que terminaran de calarlo con ánforas de aceite. Era su primer viaje por mar. Hasta entonces había caminado alejándose del convento; embarcarse significaba un acto definitivo que lo hacía encarar la trascendencia de tal decisión.

A medida que la nave se alejaba, la silueta azulada de las montañas se confundía con el cielo. Por primera vez los acantilados no estaban a sus pies, sino a la distancia. Sintió estar del otro lado del espejo.

—Iremos bordeando la costa para evitar a los piratas —le advirtió el capitán desde el puente—. Si los hallamos, varamos el navío en la playa o lo estrellamos contra las rocas. Todo, antes que entregarles nuestras mercancías. Más vale que estés preparado.

¿Moriré por defender unas vasijas de aceite?

La travesía se alargó por los trueques que hacían en cada puerto. Aceite por vino, granos por especias, jarcias por lana. El anhelo de poseer lo ajeno era el principio de aquel comercio.

El 15 de abril, Domingo de Ramos, avistaron el faro.

Génova le desagradó de inmediato. La ciudad parecía desplomarse sobre la media luna de la bahía, produciendo una sensación de agobio. Le resultó el puerto más sucio que hubiera visto, atestado de embarcaciones: viejos barcos de velamen latino, galeras que se desplazaban a golpe de remo, bergantines, fragatas, urques. Fondeados en un extremo de la bahía, los galeones españoles que viera por primera vez en Nápoles. Se alejó del muelle y de su tufo a aceite rancio, a alquitrán y pescado podrido. Calles adelante percibió un nuevo hedor, era un miasma dulzón que se adhería a la piel.

Deambuló por un barrio que, por su soledad, contrastaba con el bullicio del puerto. Se acercó a una parroquia de donde salía un rumor de voces. En la puerta faltaban los adornos tradicionales de esa fecha. Dentro, estaba ocupada en su totalidad. Un hermano dominico vociferaba al pie del altar:

—¡Arrepentirse, arrodillarse y rezar es el camino para evitar la enfermedad! ¡No toquéis, besad! Ésta es la santa reliquia de aquella bendita burra que fue digna de llevar a nuestro Dios desde el Monte de los Olivos a Jerusalén. ¡Adoradla! Besadla, ofrecedle limosna.

*Centuplum accipietis, et vitam aeternam possidebitis.**

¡Arrepentíos, irredentos! Depositad una limosna.

La gente se arremolinaba alrededor de la urna que guardaba la cola del animal. El religioso, con la alcancía extendida, continuaba con el exhorto.

La peste asolaba Génova.

Salió indignado. ¡La salvación en un pedazo de animal! Le parecía inconcebible que se engañara de esa manera a un gentío aterrado por la plaga. Huir de San Domenico había sido un acierto.

Se alejó de prisa. Subió hasta una plaza, bajó al puerto. Por una callejuela volvió a subir.

Cansado de andar sin rumbo, se detuvo en una hostería.

—¿Quién eres? —preguntó una voz.

—Giordano de Nola, busco alojamiento.

—Si estás enfermo no puedes entrar. El postigo cedió y apareció una joven.

—¿Tienes un cuarto libre?

—La casa está vacía. Eres el primero que busca hospedaje en varias semanas. Giordano la rozó levemente al traspasar el dintel. Ella hizo la señal de la cruz.

—Si prefieres me voy... No veo la necesidad de que te santiñes a mi paso —dijo, entre divertido y enfadado.

—Quédate. Así no estaré sola. Si me presigné fue para no arrepentirme por haberte dejado entrar.

La ristra de campanitas de plata que le adornaban las muñecas, emitió un alegre tintineo.

—Me llamo Rosanna, ¿y tú?

—Giordano, ya te dije.

—Te enseñaré el cuarto. Ten cuidado, la escalera es muy estrecha.

Había una armonía singular en aquella joven. El vaivén de sus caderas lo remitió al placer que experimentaba frente a un poema de métrica perfecta.

La habitación le agradó. Aceptó pagar el costo del alquiler. Rosanna le hizo notar la falta de una estufa.

—Por la noche traeré piedras calientes.

—No será necesario, estoy acostumbrado al frío.

—En la madrugada me pedirás calor —replicó, con una sonrisa traviesa. Salió de la habitación caminando hacia atrás.

Giordano había olvidado el bienestar ante la proximidad de una mujer.

Desde el ventanuco observó el movimiento incesante de los barcos. Las naves, empequeñecidas por la distancia, le parecieron títeres movidos por un gigante invisible. El fuego que daba vida al faro, se fue evidenciando conforme oscurecía a su alrededor.

Rosanna volvió con dos bujías encendidas y la habitación se iluminó. Sigilosamente se acercó a susurrarle a Giordano al oído:

—La peste acecha en la puerta. Al atravesarla de espaldas logro confundirla; no sabe si voy o vengo y termina por irse. Así te protejo del mal.

Dada la cercanía, aspiró su perfume.

—Hueles a... —intentó discernir.

—A hierbas consoladoras —respondió, sacando de entre sus senos una pequeña bolsa con la que le rozó los labios—. Son plantas femeninas, consagradas a Venus y a Saturno. La belladona, además de ahuyentar las enfermedades, doma los venenos; el jacinto lo uso por su dulzura, me protege y me da felicidad. El más importante es el beleño. El hombre que me ame, sostendrá este ramito en la mano cuando esté desnudo en mi lecho.

La miró tratando de dilucidar si era ingenua o provocativa. Optó por atribuirle candor.

—¿Cuándo se desató la peste en Génova? —preguntó para desviar la conversación.

—Apareció durante los calores del verano. Dicen que llegó de Asia, en un barco cargado de seda. La muerte de los primeros fue muy rápida. Hasta que vimos las bubas, supimos de qué se trataba.

Sus movimientos eran pausados y precisos. Cada vez que se inclinaba a arreglar la cama, él entreveía sus senos y ella, al levantarse, le sonreía.

—Mi abuela no me deja comer mucho, dice que a la enfermedad le gusta la grasa. La mujer del carnicero resistió dos días. Murió con los pechos convertidos en amapolas moradas. Cuando a su hijo le apareció la primera buba, corrí a ponerle cieno de Armenia, pero ya no sirvió de nada. Al principio los frailes ayudaban a los enfermos, luego se extendió la epidemia y cerraron las iglesias. Entonces la gente volvió a la medicina al revés. El enfermo se toma un poderoso veneno e invoca al diablo para que transforme ponzoña en medicina. Si Lucifer lo cura, se apodera de su alma...

—¿Y si no lo alivia? —la interpeló, deseoso por conocer el desenlace.

—No es grave. Los venenos entran al cuerpo produciendo ensueño y olvido. El enfermo muere sin sufrimiento.

La veía ir y venir, moviéndose con suavidad. Más que el color avellana de sus ojos o la generosidad de sus pechos, lo cautivaba su vivacidad.

—¿Dónde está esa abuela de la que hablas?

—Salió hace dos días. Fue a recoger hierbas.

—Alguien puede acusarlas de brujería.

—Nadie lo hará. Las leyes humanas han enmudecido; los muertos tampoco hablan, y los que tienen salud saben que, llegado el momento, sólo nosotras iremos a socorrerlos.

En medio del tintineo, y caminando hacia atrás, dejó el cuarto.

Giordano salió de la posada con la idea de buscar un navío para embarcarse al día siguiente. Recorrió varias calles sin escuchar más que el sonido de sus pasos. Al doblar una esquina, lo sobrecogió el letrero que, a lo largo de la vía, se reptía en cada puerta: «Que el Señor tenga misericordia de nosotros.» Era el testimonio que quedaba de las víctimas de la peste.

Caminó entre palacios tan altos, que la luz apenas alcanzaba las baldosas. En la plaza, como en espera de algo, había varias personas reunidas. Se mantuvo a la entrada de la catedral para indagar qué sucedía. Se fijó en el bajorrelieve del portal que reproducía el tormento de un mártir al ser quemado. El sonido de una voz ahogada lo llenó de terror: «este lado ya está cocido, volvédmelo del otro». Desconcertado, dio un paso atrás. De un hueco del muro salió un hombre riendo.

—¡Quita esa cara! Sólo fue una broma. Me divierte la reacción de los forasteros. Dicen que esas fueron las palabras de san Lorenzo al morir achicharrado.

—Me pareció una bufonada estúpida.

—Vamos, ¡ríete! —dijo con un acento en el que se mezclaban muchas lenguas—. Ríe antes de que sea tarde. Están a punto de cerrar la ciudad; hoy se leerá un bando.

Una mujer que pasaba a toda prisa empujó a Giordano. El golpe hizo que el fardel se zafara de su hombro, y el libro cayó a mitad del arroyo.

—¡Qué ímpetu de mujer! Veamos de qué trata —propuso, al recogerlo—. «Ahora te revelaré un misterio que ha estado guardado con gran celo —leyó—. La Naturaleza, unida al hombre por amor engendró un admirable prodigio...» ¿No sabes que el hombre debe ignorar lo que sobrepasa su entendimiento?

Giordano intentó arrebatárselo.

—Solamente los espíritus libres se atreven a trascender el entendimiento humano.

—¡Espíritus libres!... Me gusta el término. Buena edición, es una lástima que el ejemplar esté maltratado —volvió las hojas hasta la portadilla—. *Corpus hermeticum* y *Asclepius*, el gran legado de Hermes Trismegisto, el Tres veces grande. Así que te interesa la magia egipcia...

—Lactancio y san Agustín reconocen en el gran Hermes al profeta que prevé la llegada de Cristo.

—¡Trismegisto fue mago, no un profeta del cristianismo! No pretendas engañarte. ¿Te sorprendería que un soldado ordinario como yo, fuera capaz de decir a voz en cuello que hemos sido burlados?

—¿De qué falsedad hablas?

—¡De la interpretación de las escrituras, del invento de un Creador, de obligarnos a seguir esta religión apuntalada por dogmas...!

—¿Pertenece a la religión reformada?

—¡No existe tal reforma! Aun yo, un lansquenete pobre y repudiado, desertor de guerras perdidas, lo sé.

—No pareces genovés...

—He estado en muchos países y todavía me queda camino por andar. Me llamo

Ulrico Nietz. Vengo huyendo de una tumba de niebla y bus-

co una posibilidad de vida que no me transforme en sombra de mí mismo. ¡Ahí están! —exclamó Ulrico, al ver que en la plaza leían el bando—. Ése, el más elegante, es Ottaviano di Mazi, el enviado de la Santa Sede, acércate a oírlo.

—A partir del jueves la ciudad permanecerá cerrada por cuarenta días —regresó a informarle.

—Tienes suerte, aún puedes escapar.

A pesar de la desconfianza que le inspiraba aquel hombre, sus palabras lo atraían con peculiar seducción. Pasaron a un lado de las torres de la Puerta Soprana, caminaron un trecho más y el soldado se detuvo frente a una casa pequeña.

—Aquí vivió el Primer Almirante de la Mar Océana, ¿tampoco tú lo recuerdas? No eres el único. Su nombre era Cristóforo Colombo. Después de heredarnos un continente, lo dejamos morir solo y encadenado. Allí, un poco a la derecha, estaba la taberna de Domenico, su padre. En el dintel de esa puerta, escuchó por primera vez la fabulosa historia de la isla Antilia y sus siete ciudades.

La voz de Ulrico adquirió un tono de confidencia.

—Debes tener cuidado con las estrellas. Seducen a los hombres revelándoles grandes secretos, pero también los obligan a cumplir terribles destinos. Cristóforo fue un hombre con los ojos vueltos al firmamento, y tuvo que demostrar aquéllo que los astros le confiaran. Afortunadamente estos hombres, que en su época son repudiados, tiempo después coinciden con otro espíritu semejante que los comprende y continúa su obra. Ahí tienes a Copérnico: siguió el camino trazado por Colombo e intentó demostrar que la tierra no era el centro del Universo...

—¡En eso tienes razón! Debemos dismantelar la falsa arquitectura cosmológica de Aristóteles —aceptó Giordano, súbita-

mente animado—. La Tierra no ocupa el centro del Universo. Las estrellas no están fijas ni fueron creadas de una sola vez. ¡Yo he visto una aparecer! Copérnico estuvo en lo cierto, aunque se limitó a reducir su obra a un cálculo matemático sin darle razones vivas. Tengo que...

—Ya te lo decía... También tú tendrás que sacrificarte por tus ideas.

—No importa, el hombre no puede continuar sumido en las tinieblas de la ignorancia.

—Así escogió vivir...¿Por qué te interesa tanto este pasaje? —inquirió el lansquenete, hojeando el libro.

—Alguien me lo regaló, las hojas ya se separaban ahí.

—Ya veo porque —exclamó Ulrico—. ¡Presta atención!

“En lo que se refiere al alma y a todas las creencias que hacen referencia a ella, tales como que el alma es inmortal por naturaleza o que posee el poder necesario para alcanzar la inmortalidad, serán objeto de burlas y consideradas como cuestiones sin sentido alguno. Y mediante ley se considerará un crimen gravísimo dedicarse a la religión de la mente”

...Crimen gravísimo dedicarse a la religión de la mente —repitió—. La Iglesia no te permitirá devolver al hombre lo que le ha escamoteado. Jamás consentirá que le restituyas la memoria. Además, pocos serán los que acepten tu religión de la mente.

—¿Por qué afirmas tal cosa?

—Aquí lo dice, ¿no escuchaste? Hermes Trismegisto habló frente a unos hombres que habían dejado de ver el mundo como un objeto digno de admiración, muy parecidos a estos que ahora se aterran al saber que morirán.

Ulrico le devolvió el volumen.

—Ten cuidado, huye de las bandas de predicadores armados.

Al verlo alejarse, Giordano recordó que la ciudad permanecería abierta un día más.

Subió por el camino marcado con piedras por el que transitaban los muleros. En la montaña el aire era más diáfano. Se detuvo al borde de un olivar, y a la sombra de un árbol, repasó algunos párrafos del *Lamento de Asclepio*.

«Entonces la tierra perderá su equilibrio, el mar dejará de ser navegable, el cielo ya no estará lleno de estrellas y las pocas que queden detendrán su curso. Toda voz divina será conminada a callar. Y callará. Los frutos de la tierra se convertirán en polvo, el suelo perderá su fertilidad, el propio aire quedará preñado de un lúgubre sopor.

Éste será el futuro del mundo cuando envejezca: impiedad, desorden, confusión de todos los bienes. Cuando acontezca todo lo que acabo de decir, oh Asclepio, el Señor y Padre, viendo estas costumbres y criminalidades voluntarias, aniquilará toda la maldad, bien con un diluvio, bien consumiéndola con el fuego, bien destruyéndola por medio de enfermedades infecciosas que se propagarán a lo largo de muchos lugares del planeta”.

Miró la ciudad que agonizaba a sus pies.

El sol se ponía en los confines del Mediterráneo. Resolvió que al alba, continuaría su camino en aquella dirección. Bajó sin prisa por las calles desiertas. El soterrado murmullo de la epidemia lo intimidó. Apuró el paso para refugiarse en la hostería.

La puerta estaba entreabierta. Sobre el fuego del hogar hervía una marmita. Desilusionado por la ausencia de Rosanna, subió a su cuarto. Tendido en el camastro, se quedó dormido observando las horrendas caras que la luz de la bujía proyectaba sobre el techo.

Creyó que soñaba al sentir el peso de un cuerpo sobre el suyo. Rosanna lo besó en los labios. Tomó sus manos y trazó con su lengua húmedos arabescos. Luego las llevó hasta su cuello para que descendieran a sus pechos tibios, pesados. Hizo que Giordano los oprimiera hasta no soportar el dolor. Las manos bajaron por las caderas, acariciaron los muslos, se refugiaron en la suavidad del vientre. Con trazo incierto dibujaron el círculo del ombligo para regresar a los pezones que ella ofreció con apremio. Él los acunó entre sus labios mientras Rosanna gemía de deseo. Trató de incorporarse pero ella lo impidió. A cambio, lo condujo paso a paso por los caminos de su cuerpo, y él, sin prisa, habitó cada uno de sus rincones. Conforme exploraba las suaves landas, las oquedades musgosas, su piel se empapaba de un perfume vegetal. Nardo, espliego, mirra, cinamomo. El cabello de Rosanna, como el roce de un ala, acarició su frente, bajó por el pecho bajó hasta el vientre. Se detuvo allí, donde él la esperaba. La alianza convirtió a Giordano en niño, adolescente, viejo; se liberó de su cuerpo, pasó por encima del tiempo. El movimiento acompasado, semejante a un oleaje, lo sumía en las profundidades y él caía en un vacío sin fin, para ser rescatado por una sensación liberadora que lo transformaba en vigoroso torrente.

Al abrir los ojos y distinguir la silueta femenina recortada contra la penumbra, la pasión lo embestía abriéndole una vez más la puerta a la inmensidad. En un destello entrevió su propia muerte.

El lucero de la mañana le recordó que el día anterior había resuelto partir. Se deshizo del abrazo y, una vez más, desató el nudo entre felicidad y destino. Sostuvo un momento el ramo de beleño antes de ponerlo sobre la mano dormida.

Que el cielo te libere y te sea dulce toda deidad de este gran arquitecto y no vuelvas a mí, pues no eres mía.*

Sin poner atención a las dificultades de la vereda, Giordano recordaba la noche anterior. Subía sin darse tregua. Cuando no pudo más, se detuvo a ver el mar. Todo lo hacía pensar en ella: la espuma que, con su vaivén, se acercaba y alejaba de la arena, las ondulaciones de la montaña, el roce del aire sobre su piel.

Buscó entre las emociones que lo acometían, una que lo hiciera sentir pecaminoso. El aire le traía esencias sutiles. Existía una armonía natural de la que él era parte; comprendió porqué el arrepentimiento no cabía en su corazón. Desde la cima vio Génova por última vez. Antes de seguir su camino, bendijo a Rosanna por existir.

A poco andar, se cruzó con un manantial que le sirvió para lavarse. Advirtió que su pecho aún guardaba el aroma a hierbas. Se quitó las calzas para que el agua corriera entre sus piernas, subiera hasta la cintura, lo cubriera por completo. Animado, reanudó la caminata.

En la luz del atardecer descolló la silueta de unas cúpulas. El cansancio lo persuadió de buscar un lugar donde dormir. En el instante que transcurrió antes de que se abriera la puerta de la posada, imaginó que era otro mesón y otros los ojos que enfrentaría. Súbitamente se sintió fuera de la realidad. Se

alejaba a una velocidad vertiginosa; cuando se detuvo, quedó dentro de una burbuja de silencio

—Íbamos a echar los cerrojos. Pasa, busca una mesa para que tomes algo caliente. Parece que llevas meses caminando...

Siguió a la posadera intentando asirse a su charla pertinaz. Veía hablar al gentío que llenaba el comedor, sin escucharlos. Reían, se llevaban un vaso a la boca, tiraban los dados, y él permanecía suspendido, sin poder participar.

La mujer regresó por entre las mesas a darle algo, movía los labios emitiendo sonidos indescifrables, luego se fue. Sin saber cuánto tiempo había pasado, la vio acercarse acompañada de un hombre que lo sujetó por debajo de los brazos y, en vilo, lo llevó al establo donde lo dejó caer sobre un montón de paja.

Despertó al sentir que alguien lo zarandeaba. A poca distancia de su cara había una barba roja. Detrás, la posadera lo veía intrigada.

—Durante estos días vine varias veces a cerciorarme de que no te hubieran brotado las bubas...

—Sólo porque te ves saludable, no te eché a la calle. Levántate. ¡A trabajar para pagar el alojamiento!

—No hagas caso a mi marido. Primero tienes que estar bien; ya luego arreglaremos cuentas.

Te espero en la cocina, la sopa está lista.

Intentó ponerse de pie, pero las piernas no le respondieron. Había dormido tres o cuatro días... durante ese tiempo no había participado del mundo.

En un nuevo intento logró levantarse para ir a la cocina.

Entre cucharada y cucharada se enteró de que en la ciudad se refugiaban varias familias ricas, en espera de que la epidemia se alejara de Génova.

—Están acostumbrados a que todo se les haga. Las damas necesitan quien las peine y cuide a sus hijos, mientras ellas miran por la ventana. Los señores, aburridos, sólo piensan en volver. Al menos eso cuenta mi hijo; es cochero de uno de ellos.

—¿Crees que yo encuentre trabajo?

—Depende de lo que sepas hacer...

—Soy estudiante de filosofía, puedo enseñar gramática, retórica, aritmética...

—Le diré a mi hijo que busque algo en qué ocuparte.

—¿Cómo se llama esta ciudad?

—Noli, no encontrarás lugar más bello en toda La Liguria. ¿Tú de dónde eres?

—De un pueblo cerca de Nápoles, se llama Nola. Noli, Nola... ¡Vaya coincidencia!

—Ya decía yo, ese fulgor en los ojos sólo lo he visto en los napolitanos.

La posadera le avisó que alguien buscaba un maestro de gramática para sus hijos.

—Además quiere que, a él y a otros caballeros, les enseñen... no me acuerdo qué cosa... era algo del cielo. Le aseguré a mi hijo que aceptabas la tarea, que así se lo anunciara a su patrón. Te espera hoy mismo. Es comerciante, dicen que tiene tantos barcos que ni él sabe cuántos son. Su casa es la grande, la que está junto al puente.

La anciana que abrió la puerta, le ordenó esperar. La habitación, casi vacía, testimoniaba la estancia pasajera de los que allí vivían.

Al ver a Fabio Spinola, Giordano pensó que usaba más ropa

de la necesaria. Era un hombre ancho, de baja estatura y ojos fieros.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! Llegó el maestro —exclamó con un vozarrón exuberante Giordano iba a hablar, pero Spinola se lo impidió.

—Dime cómo te llamas, lo demás lo diré yo.

—Giordano de Nola.

—Andas lejos de tus tierras —comentó, al sentarse en el único sillón de la sala—. Seré muy preciso en lo que requerimos, para que no te excedas en tus enseñanzas.

Trató de arrellanarse en el sillón que no alcanzaba a contenerlo y, sin dirigirse a su interlocutor, inició su discurso.

—Giovanni Cattaneo está empeñado en descubrir nuevos mundos. A pesar de que en ocasiones nuestros capitanes regresan sin haber hallado los prodigios que fueron a buscar, no desiste. Planea embarcarse en la próxima expedición. Sabe usar el astrolabio y la aguja imantada, hacer cálculos, descifrar las cartas geográficas que le vendió Mercator, pero quiere conocer el cielo.

—Eso no es tarea fácil —intervino Giordano con firmeza.

—Bueno, bueno, quiere aprender a distinguir las estrellas —corrigió el genovés—. Donato Rivarolo, el más joven de nosotros, secunda todas sus locuras. DiNegro y yo somos comerciantes. Nuestros barcos recorren los puertos comprando sal, especias, jengibre, seda, algodón, mastic de la isla de Chios. Lo más importante es el trigo —se puso de pie y engoló la voz—. Llevamos semillas de Thule a Cabo Verde. En unos años nadie tendrá hambre. Haremos de Génova un gran imperio. Aunque unos tenemos los ojos puestos en la tierra y otros en el cielo, todos necesitamos mayores conocimientos para no errar en nuestras empresas. Cattaneo dice que debemos estudiar la *Sphera* del italiano Sacrobosco.

—El Sacrobosco nació en Yorkshire —lo interrumpió fastidiado por la verborrea del genovés—, estudió en Oxford, y enseñó matemáticas en la Universidad de París. Es probable que confunda su nacionalidad porque su *Tractatus de Sphaera* fue impreso en Ferrara.

—¡Bravo! ¡Bravísimo! El maestro demuestra su sabiduría. Eso me gusta. Mis amigos estarán encantados contigo. Por el mismo salario enseñarás gramática a nuestros hijos. Mañana empezamos.

Durante los cinco meses que caminó, muy de mañana, de la posada a casa de Spinola, Giordano aprendió a enseñar. Advirtió que lo importante no era responder, sino dejar que los sentidos del discípulo descubrieran; que aprender es un suceso hondo, esencial, en el que intervienen mente y alma.

Habló a sus discípulos del cenit, del horizonte, de los polos. Les dijo que el cielo es esférico y se mueve circularmente; que los cuatro vientos que recorren la Tierra, se llaman Bóreo, Austro, Noto y Euro. Discutieron sobre eclipses y cometas, latitudes y longitudes. Los enseñó a identificar el bestiario celestial en un mapa habitado por peces, leones, carneros. A protegerse de Orión, Agimón, Pagimón y Egín, los espíritus maléficos de los puntos cardinales, de cierta influencia negativa de los siete planetas. Les reveló, también, que los sueños proféticos se deben a que las estrellas, en ocasiones, permiten que el alma del que sueña se reúna con los espíritus del cielo.

Él mismo hacía descubrimientos importantes conforme sus pupilos progresaban. A poco tiempo de haber iniciado las lecciones reconocía, por la expresión del rostro, el momento en que alguno se apropiaba de lo que él explicaba. A esta comunicación que lo llenaba de gozo, no supo cómo llamarla.

Quizá no existe palabra para describir ese frío que se inicia en la yema de mis dedos y me sube por los brazos hasta el pecho, donde se transforma en calor gratificante.

Por la mirada, siempre ávida, de Cattaneo comprendió que quien enseña debe olvidarse de sí mismo, no prestar atención al cansancio o la impaciencia, para distinguir el prodigioso instante en que se abre la puerta del entendimiento.

Lo que no confió a aquellos hombres dispuestos a arriesgar grandes fortunas y adentrarse en la oscuridad de los mares para transformar el mundo, fue su propia concepción del Universo. Aún no estaba listo para hablar de ello.

En la mañana se encontraba con los creadores de nuevos imperios; por la tarde, procuraba interesar a sus vástagos en la gramática. Todo lo intentó y poco logró. Propuso cambiar el horario: que los pequeños fueran los primeros en estudiar, mientras estaban frescos y menos pendencieros, pero sus padres se negaron a ceder el turno.

Giordano entraba en la habitación donde alguna de las doncellas había logrado reunir a los niños y lo recibía un olor a animal joven, entre dulzón y nauseabundo. Antes de empezar con las declinaciones, se le iba un buen rato en hacerlos callar. A pesar de que se resistía a utilizar el método con que él había aprendido la aborrecida gramática, al final de la tarde se descubría cometiendo los mismos errores de sus maestros. Por las noches, en su cuarto de la posada, planeaba una táctica nueva que sus pupilos, al día siguiente, echaban por tierra con su falta de interés.

¿Habría manera de aligerar este aprendizaje?

Dacio se distinguió entre los demás ya que habían pasado varias lecciones. Una ocasión, en que sus compañeros estaban especialmente ingobernables, se acercó al maestro, le puso

una manecita gorda sobre el brazo y recitó de principio a fin lo que acababa de escuchar. Giordano inspeccionó los rizos negros adheridos a la frente por el sudor, la nariz sucia, el hueco dejado por un diente, los ojos estrábicos, tan negros como el pelo.

A partir de entonces se concentró en él. Hacia el final de la tarde dejaba que los demás salieran en desbandada por la calle que llevaba al río, para disfrutar de la excepcional memoria de Dacio, el hijo de Spinola. El niño aprendía con rapidez; sólo cuando pasaban a la lectura, se daba por vencido. Sus ojos, que enfocaban cada uno en distinta dirección, le impedían llegar a lo escrito. Giordano lo probó de diversas maneras, hasta que aceptó que a Dacio sólo llegaría lo que se colara por sus oídos. No había manera de cambiar aquello.

Una mañana, al entrar en la casa, la halló vacía. En la estancia había quedado, más solo que nunca, el sillón de Spinola. Una doncella le entregó un puñado de monedas.

—Las dejaron para ti. Anoche recibieron la noticia de que la peste ha cedido, partieron al amanecer. Ordenaron que los alcances en Génova.

Giordano volvió a la hostería, tomó su fardel y se despidió de la posadera.

Pasó frente a la iglesia de san Paragorio y dejó la ciudad sin saber a dónde dirigirse ya que a Génova, no había de volver.

Giordano avanzaba por el camino de Savona a Turín, sintiendo la bondad del sol.

Esta armonía debe ser el Espíritu del Mundo, ese principio constitutivo del Universo que recorre todas las cosas...

—Espera... quédate donde estás.

Las palabras repetidas infinitamente por el eco, lo hicieron detenerse. Detrás de él venía un hombre cargado como bestia. Ya que estuvo cerca, le tendió la mano para ayudarlo a subir.

—Gracias a Dios te encuentro. Hacía dos jornadas que no hablaba con nadie.

Era un joven recio, que sería obeso en unos cuantos años. La tonsura lo distinguía como religioso, aunque lo descolorido de su hábito hacía difícil identificar la orden a la que pertenecía.

—Podríamos sentarnos bajo aquel árbol —propuso con la voz entrecortada por la falta de aliento—. En alguna parte traigo un poco de vino. Soy Visitador Rural. Me dirijo a Milán a rendir mi informe. Tú, ¿a dónde vas?

—A Turín —eligió en ese momento.

—Seguiremos juntos hasta Tortosa.

La imposición lo molestó. No deseaba compartir ningún trayecto.

—Es mi último viaje... no pienso volver... se acabaron mis andanzas por estos páramos —mascullaba, hurgando entre sus bultos en pos del vino—. El cargo me lo dio Su Reverendísima Excelencia, el cardenal de Milán...

Giordano lo escuchaba con la mirada vuelta hacia las ramas que les daban sombra.

—Me encomendó llevar la religión a los rincones más apartados. La gente de estas comarcas es necia. En ocasiones tengo que obligarlos a aceptar los sacramentos.

—¿Así lo mandó el cardenal Borromeo? —preguntó al recordar el respeto que el padre Pasqua sentía por él.

—No me dijo cómo hacerlo, porque no los conoce.

—Yo no los llamaría ignorantes con tal facilidad. Los montañeses conservan un cristianismo primitivo.

—Sólo creen en supercherías.

—Aquí arriba todo adquiere otro sentido. No es de extrañar que los lugares escarpados sean asilo para la libertad.

—¿Que dijiste? No entendí.

Giordano calculó si sería buen contrincante para entablar una discusión; optó por averiguar en qué consistía su trabajo.

—Debo confesarte que cuando atravieso estas soledades, me arrepiento de haberlo aceptado. Por fortuna no será por mucho tiempo... me han prometido una curia. Eso me permitirá ascender a Refrendatario o Secretario Superior y luego, con un poco de suerte, obtener una nunciatura. Así viajaré por todas las repúblicas. ¡Aquí está el vino! Toma, bebe primero.

Al levantar la cabeza para empinar la bota, Giordano distinguió el aleteo de un pájaro entre el follaje. Lo vio posarse sobre una rama y cantar.

—Los árboles y los ángeles deben pertenecer a la misma estirpe. Ambos existen para proteger a las criaturas que vivimos sobre la tierra.

El Visitador frunció el ceño.

—¿Qué te ha traído a estos páramos? Para llegar a Turín hay rutas más fáciles.

—Los caminos son como los libros...

—¡Vaya necedades! ¿Te escondes de alguien? Se me hace sospechoso que hayas escogido cruzar por aquí. ¿Por qué no llevas equipaje? ¡Mírame a mí, cargado como una mula! Pero ya andaré como los nuncios, ¿los has visto? Van en carrozas lujosísimas, con criados y secretarios. Ni se empolvan ni se molestan. Ya me tocará, ya lo verás.

—¿Seguirás evangelizando montañeses?

—Tendré cosas más importantes que hacer. Llevo ocho años tratando de indocinarlos, ahora sé que es imposible. ¡De pie! Anda, tenemos que llegar a algún poblado antes del anochecer.

Giordano hizo un esfuerzo para aceptar la orden. Domina esa soberbia, hermano.

Después de dormir en Caldirola reiniciaron el viaje. Giordano veía al fraile caminar delante de él, encorvado por el peso de la carga que se negaba a compartir. Le recordaba a sus hermanos de San Domenico, aquellos que tenían una idea tan distinta a la suya de lo que debía ser la religión. Éste no era el primero en asegurarle que el hombre no cambiaría.

¡No es verdad! De ser así, tendría que rendirme en este momento, no pensar, no existir.

Cruzaban una cañada cuando los sorprendió el estruendo de unas rocas al caer. El fraile abrazó sus pertenencias y echó a correr dejando un reguero de fardos. Giordano siguió sin apurar el paso.

—¿Por qué no huiste? —reprochó el Visitador ya que estuvieron juntos—. ¡Estaríamos muertos de habernos alcanzado!

—¿Quiénes?

—¡Los asaltantes!

—Debieron ser cabras que hicieron rodar las piedras.

—Eran muchos hombres, alcancé a verlos.

—¿Y por qué nos dejaron ir?

—Habrán visto que el botín no valía la pena... Un fraile pobre y un desharrapado como tú. Giordano soltó una carcajada.

—¡Deja de reírte! Esos hombres son unas fieras... mercenarios, lansquenetes, ¡qué sé yo! Si vieras de lo que son capaces, no estarías riéndote como un zonzo —protestaba recogiendo libros y cartapacios—. En una ocasión, luego de atravesar por un caserío desierto que acababan de atacar, encontré varias

cabezas cercenadas alrededor de una fuente. Luego supe que Catena, uno de los más fieros, los asesinó para comprobar la inexistencia de Dios que no los había salvado de morir.

—Creo que exageras.

—Es cierto. Por fortuna sólo vas a Turín y dejarás de exponerte a los malos encuentros.

El resto del día no volvieron a cruzar palabra. Al atardecer, el Visitador distinguió la silueta de Tortosa.

—A media legua hay un camino que se desvía hacia donde vas. Aquí nos despedimos. Te daré un consejo: acércate a las enseñanzas de la Iglesia, no es bueno vivir alejado de nuestra Santa Madre. Quizá te ayude a pensar de otra manera.

—Lo tomaré en cuenta. Gracias por el vino.

Llegó a Turín y al no hallar actividad de su satisfacción, optó por seguir el curso del Po para llegar a Venecia.

A lo largo de varias jornadas el río fue su única compañía. Desde la ribera lo veía cambiar de semblante: a veces imitando el azul del cielo; otras, apropiándose de los colores de la tierra. Las voces del agua le revelaron los secretos del ritmo; por ellas conoció el valor de las pausas y los silencios.

Permanecía largos ratos viéndolo fluir, fluir incesantemente. Entonces se daba cuenta de que en él mismo existía esa inagotable esencia de los mundos, de las formas, de los individuos, de las imágenes, la substancia que permanece siempre idéntica; porque es sólo una, inmortal y divina.*

Ocasionalmente los pantanos lo obligaban a alejarse del cauce. En una de éstas, el sonido de sus botas al hundirse en el lodazal le trajo un recuerdo de su niñez. Atravesaban una marisma para volver a casa y él, con pueril obstinación, se em-

peñaba en caminar sin ayuda. Al dar un traspies, su zapato perdió la suela. El resto del camino lo hizo en brazos de su madre, que a pesar del esfuerzo por llevarlo a cuestas, le contaba la historia de Carmenta, la ninfa que había seguido a Evandro, desde Grecia, a través de los ríos. Ya en Roma, al lado de su amado, Carmenta obsequió a los hombres de la región, todavía primitivos, el abecedario griego. Ellos, a cambio, la veneraron como la diosa de las fuentes y los manantiales.

La intensidad del recuerdo lo hizo sentir el abrazo de su madre.

Quizá fueron aquellas historias las que me arraigaron el gusto por lo maravilloso.

Conforme se adentraba en la Lombardia, las riberas se fueron poblando de huertas y caseríos. El habla de la gente le pareció un responso a la melodía del agua.

A su paso por los bosques encontró, al pie de los robles, la fronda del polipodio. Los brotes enroscados, tomentosos, grotescos, lo hicieron recordar las palabras con las que el maestro Della Porta describía sus propiedades: «...aquel que se pierde en un laberinto de sueños y desvaríos, volverá a este mundo cuando beba un cocimiento del helecho que se conoce como polipodio». Se acercó a olerlo para comprobar si, en efecto, solamente los gatos percibían su aroma. Cortó una fronda y la guardó entre las páginas de su libro.

Pero no todo era armonía. De pronto, la angustia se apoderaba de él. Entonces, caminaba de prisa, con los ojos fijos en la tierra sintiendo que no avanzaba, que no tenía a dónde ir, que todo estaba perdido. Que estaba inmerso en un sueño interminable. Salía de ese estado al ver una hoja tierna traspasada por la luz.

Una mañana, dejó el monte para buscar qué comer en una población que divisó desde la altura. Allí conoció a Renato. Lo encontró empeñado en abarcar un mazo de trigo y quiso ayudarlo. El campesino movió la cabeza negándose a aceptar el favor.

—Vivo lejos...

La intención de Giordano había sido sostener las espigas, no acarrearlas.

—Me dejarías a mitad del camino...

—Iré a donde tú me digas —ofreció.

Cruzaron un bosque hasta el linde con los sembradíos. El campesino le indicó que dejara su carga y a la sombra de un sauce se sentaron a comer. Giordano sacó su libro. A poco rato el olor del verano, el sonido de las cigarras, aunado al indolente movimiento de las hojas apenas mecidas por la brisa, lo hicieron cerrar los ojos y quedarse dormido.

Al despertar, vio a Renato con el libro en las manos pasando, lenta y cuidadosamente, página tras página. Sin mediar palabra, el campesino se lo devolvió y reiniciaron la caminata.

—Falta poco para llegar. Ya es tarde, si quieres puedes pasar la noche en el cobertizo. En ese momento Giordano tuvo la ocurrencia.

—¿Podrías emplearme unos días? Necesito dinero para llegar a Venecia.

—Eres flaco y caminas despacio, aunque no hablas tanto como la gente de aquí. Me molestan los parlanchines. ¿Qué sabes hacer?

Tardó en contestar. La gramática, la lógica o la astronomía allí no le servirían de gran cosa.

—Nada.

—Me ayudarás en el campo, si no eres flojo y aprendes rá-

pido te pagaré lo justo. Compartiré mi mesa contigo —después de una pausa agregó:— también me enseñarás a leer.

Aceptó el trato de inmediato.

Su trabajo consistía en mantener secos los campos cultivados; tarea difícil porque el agua no se acostumbraba al exilio.

—¡Ahora sabes que a las llanuras y a las mujeres, no se las conquista de una vez para siempre! —gritaba Renato al verlo palear.

Por la noche, al terminar la faena, se sentaban alrededor de la mesa y empezaba la lección. El empeño de Renato lo hizo aprender a leer antes de lo esperado. Lo duro de su cabeza, lo suplía con voluntad. También se adentró en el placer de la charla.

—Taormina, el puerto donde nací, era arrasado constantemente por los corsarios — contaba—. Lo que construíamos durante meses, ellos lo destruían en pocas horas.

Un marinero le habló del salario que el gobierno pontificio ofrecía por desecar las marismas lombardas y abandonó los roquedales de Sicilia para entablar una lucha contra los pantanos.

—Cambié piedra por agua.

Así recorrió las repúblicas del norte, hasta que un día, en Sannazaro, se topó con los ojos de Sofía. Fue feliz junto a aquella mujer que le dio una hija bellísima. La niña tenía once años, cuando la madre murió acometida por las fiebres. Desde entonces, el afán de Renato por secar los pantanos, de donde venía la enfermedad, se convirtió en obsesión. Repartió su vida entre librar la desigual batalla contra el agua, y venerar a su hija.

Elisabetta se encargaba de la cría de los gusanos de seda. La primera vez que Giordano vio las orugas, acababan de salir del

huevo. Eran oscuras y estaban cubiertas de pelo. A los pocos días se hicieron blancas, lisas y se ensimismaron devorando las hojas de morera que Elisabetta les procuraba.

—Si no tienen suficiente comida se mueren. Desde ese día la acompañó a juntar hojas.

—Dentro de dos semanas dejarán de comer y perderán la calma. Día y noche recorrerán la caja en busca de un lugar para hacer el capullo. Cuando lo encuentren, se quedarán quietas y luego, una mañana, las hallaré envueltas en seda.

Viéndolas transformarse se hicieron amigos.

Pasó el verano y Renato, a pesar de su cabeza pedregosa, ya leía fluidamente. Su dedo seguía los renglones de las lecciones que Giordano le preparaba con la misma tenacidad con que guiaba el arado sobre el surco.

Una noche Giordano decidió comunicarles que se iba. Sentado a la mesa, en espera del momento adecuado para hablar, miraba la nata que se iba formando en la superficie de la sopa.

—El remedio contra cualquier tristeza es una cacerola bien llena —aconsejó Renato al notar su inapetencia.

Elisabetta estaba más pálida que nunca y sus movimientos, de por sí morosos, eran más lentos. Tendió la mano para servir el vino, pero el recorrido del brazo no se cumplió. Empezó a temblar irrefrenablemente. Renato supo que llegaba el momento temido desde la muerte de su Sofía. Se puso de pie dando voces.

—¡A ella no! ¡A ella no! ¡Todos los días te lo he pedido, Dios!
¡No me oíste!

La joven se estremecía cada vez con más fuerza sin que Giordano lograra detenerla.

—Dame algo para arroparla —ordenó.

Renato trajo mantas y una piel. El escalofrío dio paso a la

transpiración. Unas veces era la mano del padre, otras la de Giordano, la que secaba la frente con un pañuelo de seda. El cabello húmedo, desbordado sobre el camastro, se adhería a lo que tocaba, como si tuviera vida propia. Elisabetta cayó en un letargo poblado de delirios. Antes de partir a Sannazaro en busca de ayuda, Renato hizo prometer a Giordano que no la dejaría un momento.

— Arrópala si vuelve el frío, intenta darle de beber...

—Apresúrate, la cuidaré bien.

Regresó solo, demacrado, polvoriento.

—Nadie quiso venir. Dicen que está perdida, que no hay nada que hacer.

Antes de caer de rodillas sollozando, suplicó:

— ¡Por Dios, Giordano, cúrala!

Sin saber qué lo guiaba, se levantó en busca del polipodio. Maceró las hojas para dárselas a beber a la enferma. A lo largo de varios días, entre espasmos e inconsciencia, Elisabetta bebió a sorbos la infusión. Una noche, agotado por la vigilia, Giordano dormitó con su mano sobre la frente de la joven. En la madrugada lo espabiló un estremecimiento que no supo si provenía de él o de la muchacha. Al verla, notó que algo había cambiado. Un rubor levísimo le cubría las mejillas estragadas, la respiración casi recobraba su ritmo habitual. Se mantuvo en la misma posición por temor a revertir el proceso.

A media mañana la escucharon pedir agua. Renato corrió a traerla, mientras Giordano le limpiaba el rostro. Ella, con los ojos todavía alucinados, lo miraba fijamente.

Cuando estuvo repuesta, los hombres volvieron a cuidar los campos.

Giordano escardaba la tierra con el consejo de Renato muy presente: hazlo con suavidad, como si acariciaras la piel de tu amada

—Levanta los bancales para que el agua corra hacia el surco, ten cuidado de no remover demasiado para que no asome la tierra mala —lo oyó decir.

Con las manos enlazadas en la espalda, Renato veía cómo saltaban los terrones alrededor del azadón.

—¿Cómo lo hiciste?

—Siguiendo tus recomendaciones.

—Me refiero a la curación de Elisabetta.

—Debió ser el cocimiento, no lo sé. Yo también me lo pregunto. Creo que es algo que existe en nosotros... aprender a curar es una gracia que se alcanza durante el sueño...

—Entiendo que quieras guardar tu secreto.

—La partera o tú lo habrían logrado.

Renato guardó silencio mientras removía la tierra con la punta del zapato.

—He visto el amor que le tienes a la tierra... Has aprendido a trabajar... estoy dispuesto a cederte la mitad de mis pertenencias si te quedas al lado de Elisabetta.

—Ya está bien, en poco tiempo recobraré por completo su fuerza...

—¿Si vuelven las fiebres y tú no estás?

—Elisabetta encontró la manera de vencerlas.

—¿Cómo lo sabes?

—Solamente lo sé.

Renato lo acompañó a Sannazaro. Las mujeres en la calle los

saludaban, se acercaban a tocar a Giordano o le regalaban algo para el camino.

—Todos se enteraron de que curaste a mi hija.

—Recuerda que no fui yo.

La mirada de Renato seguía llena de temor cuando se despidieron. Leguas adelante, al meter la mano al fardel, Giordano sintió el pañuelo de seda de la niña.

En el puerto de Chioggia se embarcó en una galera bastarda cargada de algodón. Los primeros vientos del otoño rizaban la superficie del agua, en tanto la tripulación se aprestaba a zarpar. Giordano se acomodó entre las pacas, en espera de que terminaran los preparativos. El capitán daba órdenes desde la proa. Sus palabras pasaban de boca en boca, repitiendo la milenaria canción de los marineros. Con movimientos hábiles arriaban velas, tensaban cuerdas, afianzaban mercaderías. Manos callosas, músculos recios, insensibles al frío. Una de las voces lo hizo mirar hacia arriba.

¿En qué bosque lejano habrá crecido este árbol que ahora, convertido en mástil, recorre los mares?

Un golpe de viento hinchó las velas y se alejaron del puerto.

Atravesaron la laguna véneta, echaron las amarras en el muelle del Canal Grande y los pasajeros descendieron. Giordano se volvió a uno y otro lado, inseguro de cuál elegir para adentrarse en la ciudad. Optó por el derecho.

El reflejo titilante de los palacios sobre el agua lo hizo imaginar, desde ese primer momento, la existencia de una ciudad sumergida. Reparó en un almacén cubierto de frescos. Más que pintados, le pareció que las ondas del agua habían trepado tiñendo los muros con su líquida transparencia.

Un aire helado barría el embarcadero. Caminó hasta una plaza donde estaban por quitar los puestos de un mercado. Andando entre la gente, escuchó a alguien hablar con el acento de su tierra. El joven regateaba el precio de una zalea, más que por conseguir un mejor precio, por tener la oportunidad de charlar con la vendedora. Giordano interrumpió el galanteo para preguntar por un albergue. El napolitano, al reconocer su propia lengua, se presentó.

—Rocco Vicentino. Rocco, igual que el santo que protege a Venecia de la peste.

—Me llamo Giordano Bruno, busco alojamiento, quizá tú...

—¡Conozco el mejor! —exclamó internándose por calles y puentes con paso experto. La noche había caído y las antorchas, como guerreros flamígeros, vigilaban en cada esquina.

—¡Nunca había visto una ciudad alumbrada por la noche!

—Mantenerla iluminada es uno de los impuestos que pagan los judíos por vivir en Venecia. A lo largo del recorrido hablaron de sus familias, de su tierra.

—Hace más de cinco años que salí de allá y no se me antoja volver. Sólo extraño nuestras mujeres. Las de aquí son demasiado pálidas, aunque en las artes del amor nadie las iguala. Tengo prisa, no puedo acompañarte hasta la Frezzaria. Sube por esta calle y cuando no halles por dónde seguir, pregunta por Marco Tiepolo.

La habitación que rentara al veneciano resultó ser húmeda, oscura, además de poseer una peculiar resonancia: las campanas de la basílica, al repicar, parecían hacerlo dentro del cuarto. Le agradó, en cambio, hallar sobre la mesa papel, pluma y un tintero con bugalla seca. Imaginar que alguien había escrito allí, lo ayudó a sentirse menos ajeno.

Se durmió de inmediato. A media noche despertó con una

agobiante sensación de angustia. Había soñado que llegaba a una ciudad de palacios de jaspe y alabastro; a poco andar sentía un dolor que le traspasaba los pies, se volvía a mirarlos y descubría que entre los dedos le habían crecido membranas de pato. Las construcciones en su derredor empezaban a sumergirse en un mar oscuro, como de tinta. Pretendía nadar con sus nuevos pies, pero de nada le servían. Cuando el agua lo cubría, se preguntaba dónde lo sepultarían si en aquella ciudad no había tierra. El resto de la noche lo pasó en vela.

El día amaneció gris, sumido en agua. Por su mente pasó la idea de partir. Sin embargo, como suelen hacerlo los forasteros, averiguó quién le aconsejaría dónde emplearse.

En El Aguila Negra lo recibió el alboroto de las cazuelas, de las sillas arrastradas sobre las baldosas, el estruendoso parloteo de los huépedes. Baúles, niños, arcones, cestas y envoltorios impedían el paso. Preguntó por Cipriano.

—¿Aún eres aprendiz? —quiso saber el posadero.

—Soy estudiante de filosofía, no tengo oficio. Puedo dar lecciones...

—Sé que fray Remigio Nannini, el dominico, necesita la traducción de unas escrituras.

¿Qué idiomas conoces?

—Latín, griego, español, hebreo.

—Ándate a verlo.

—¿El fraile pertenece a la Orden de los Predicadores? —preguntó Giordano, para no tener duda de quién se trataba.

—Fray Remigio Nannini es miembro renombrado de esa orden. Vienen a consultarlo desde Roma, búscalo en San Zanipolo.

Rumbo al convento, abruptamente, cayó en cuenta de que fray Remigio lo reconocería. Si el expediente disciplinario ya circulaba por los conventos de la orden, al decirle su nombre sabría que la Inquisición lo buscaba. Acto seguido, lo denunciaría.

Me encerrarán en una celda, me llevarán a Nápoles, me juzgarán, será mi fin...

A punto de volver a su cuarto de alquiler, se arriesga a entrar al convento. San Zanipolo distaba mucho de parecerse a San Domenico. Ni rastros de la medida del blanco y el negro, propios de la austera tradición dominica. El bajorrelieve dorado de la nave principal representando la Anunciación, le pareció un exceso. Se acercó a la sacristía y pidió hablar con el padre Nannini.

—¿Quién lo busca? —preguntó el hermano que acomodaba las casullas en un armario.

—Giordano de Nola —respondió casi en un susurro.

El monje le indicó seguirlo. Giordano veía ondear frente a él la túnica blanca, la capa negra.

¿Si tuviera que dejarlas le dolería tanto como a mí?

A pesar del anuncio del hermano, fray Remigio siguió escribiendo. En espera de ser atendido, Giordano recorrió el aposento con la vista. La celda era amplia, por dos ventanales muy altos se filtraba la luz grisácea del otoño. Sobre una banca descansaban varios libros. Colgados en la pared del fondo había un sombrero de paja y un reloj de arena.

Al levantarse por un libro, fray Remigio preguntó a Giordano qué lo llevaba a visitarlo.

—Me dijeron que necesita un traductor, conozco el latín, griego, español y hebreo...

—Con el latín será suficiente —aseguró mientras hurgaba entre un alfiler de manuscritos—.

La traducción de estas notas me es imprescindible para seguir adelante. Le alargó un cartapacio advirtiéndole que necesitaba un buen trabajo.

—Traducir no es mudar una palabra de una lengua a otra. Debemos interpretar, intuir lo que quiso decir aquél que escribió. ¿Podrás hacerlo?

Giordano leyó algunas hojas.

—Ya he traducido a Santo Tomás.

—Perdona mi descortesía, ni siquiera sé tu nombre... Sus sentidos se aguzaron, su pulso se aceleró.

—Soy Giordano de Nola —contestó escudriñando el rostro del anciano en busca de alguna reacción.

—Apresúrate con esto; tráelo en cuanto esté listo —agregó sin dar muestras de estar al tanto de su caso.

El entusiasmo de ocuparse en los textos del Aquinate, a quien tanto admiraba, desalojó la preocupación de su mente. En su camino lo seguía el murmullo de las pértigas al hundirse en el agua. Pasado el tiempo, evocaría aquel sonido como la música que lo acompañara a lo largo de su estancia en Venecia.

Trabajó sin cesar. Una tarde se percató de que el papel se terminaba y salió a buscar más. Se volvió por la capa al ver cómo llovía. Algunas calles empezaban a desaparecer bajo el aguazal. De la misma manera que los cascos de los caballos levantan el polvo del camino, la lluvia parecía salir de la laguna como si decenas de jinetes cabalgaran sobre ella.

Consiguió una resma y la guardó bajo la capa. El acqua alta entorpeció su regreso. Casi llegaba a su puerta cuando vio que alguien se acercaba. Le llamó la atención la lentitud con que caminaba bajo aquel chubasco y que la lluvia no le hiciera me-

lla. En un intento por abrir la puerta con rapidez, el envoltorio de papel rodó por el suelo. Giordano soltó una maldición en el momento en que el personaje pasaba junto a él.

—Busca un hueco entre las gotas, así no te mojarás —le sugirió.

—¿Cómo?

El joven siguió de largo sin responder. Más adelante volvió la cabeza y le sonrió.

Al cabo de unos días, Giordano terminó de escribir. Con la traducción completa se dirigió a San Zanipolo. La espesura de la bruma ocultaba el extremo de la plaza. Caminó bordeando el Canal Grande. Entre los despojos que arrastraba el agua, vio pasar un animal ventrudo de seis cabezas. Le costó distinguir que era un manojito de ratas amarradas por la cola. El vaho le pareció más fétido que nunca.

En el convento le informaron que fray Remigio había partido a Roma.

—Algo importante habrá ido a hacer porque se marchó in-tempestivamente.

El miedo le impidió preguntar si había dejado algún mensaje. Salió empavorecido por la noticia, dando por seguro que el fraile había ido a delatarlo.

Los vientos del *bora* arrastraban una lluvia helada. Con el agua pegándole en el rostro, imaginaba a fray Remigio hablar con altos prelados del Vaticano, con inquisidores, con el Pontífice.

—Giordano Bruno está en Venecia ¡Apresadlo!

No es verdad, no es verdad. Aquí estoy a salvo, nadie me conoce.

Cerca de la Frezzaria echó a correr; cerró la puerta tras él y esperó a recuperar el aliento para ir a su habitación. De algún lugar de la casa le llegaron voces masculinas.

Por no tener en qué ocuparse, los días siguientes transcurrieron con lentitud. Al rayar el alba se iba al muelle a ver llegar los canastos con la pesca del día. Ya que terminaban de bajarlos, los pesacadores se internaban por las calles dejando tras ellos un fresco olor a mar. Siguiendo su rastro, Giordano conoció el mercado de las especias, el de las naranjas, la calle de la Merceria, donde se vendía todo lo que existe y cabe desear. Recorrió los canales, ríos y puentes cuyos nombres pregonaban el sino de la ciudad: *fondamenta degli incurabili, rio dei mendicanti, canale della misericordia, rio del Paradiso*.

El buen ánimo de la mañana, en ocasiones, se esfumaba al atardecer. Entonces se refugiaba en su habitación para escapar de la mirada acusadora de los arcángeles, esfinges y leones alados que coronaban los palacios de la ciudad. Por la noche aquellas criaturas poblaban sus sueños.

Al fin, una de las tantas veces que fue a buscarlo, encontró a fray Remigio. El dominico lo recibió entusiasmado.

—Mi viaje fue provechoso. Antes de irme pregunté por ti, pero nadie sabe dónde vives. ¡Ah! veo que has terminado —exclamó al tomar las hojas que Giordano le ofrecía.

Hizo a un lado un rimerero de libros y se sentó a leer a un lado del ventanal. El mal tiempo había pasado dejando tras de sí mañanas luminosas. La tersura de la luz llevó a Giordano a comparar ese momento de serenidad, con el tormento de los días anteriores. Decidió que no se permitiría volver a sentir miedo.

—Pareciera que te has pasado la vida leyendo al santo —aseguró fray Remigio al terminar—. Mantuviste el concepto tal como lo expresó, no traicionaste sus palabras. Tus notas son oportunas. Deberías escribir, lo haces muy bien. Por cierto, no me has dicho a qué te dedicas...

Un momento antes había decidido alejar el temor, así que manifestó pertenecer, él también, a la Orden de los Predicadores.

—¿Por qué no llevas hábito?

Sin apartar la mirada de los ojos de Nannini, le habló de sus años en San Domenico y la razón por la cual había huido.

—La obediencia es hermana de la humildad. Obedecer es un don que, por lo que me cuentas, no posees. Repruebo lo que has hecho —Guardó silencio mientras, amorosamente, masajaba sus manos torcidas por la edad—. También es cierto que la religión puede convertirse en una condena si el deseo y la voluntad anhelan más que un claustro monacal. No te delataré porque sé lo que eso te acarrearía. Me llenaría de vergüenza no haber intentado comprender a uno de mis hermanos.

Le entregó un puñado de monedas que tomó de un cajón.

—Me gustaría leer lo que has escrito...

—Todo se quedó en Nápoles.

—Pues escribe algo nuevo.

Giordano dejó el convento y calles adelante lo sorprendió la levedad de su peso. La pestilencia en el aire había desaparecido, por los canales corría el agua con soltura. De la tormenta no quedaba rastro: Venecia había recobrado su altiva fisonomía. Caminó por el Canal Grande hasta el almacén de los alemanes. Se sentó, como le gustaba hacerlo, a mirar la actividad

del muelle. Le pareció que había pasado mucho tiempo desde la tarde en que desembarcara.

No defraudaré al hermano Remigio. A través de mi escritura le mostraré quien soy. Fray Sisto, primero, y ahora fray Remigio, han evidenciado que algunos miembros de la Iglesia están dispuestos a escuchar y conciliar. Quizá exista la posibilidad de hendir el muro de intolerancia que rodea a nuestra orden. Aprovecharé su condescendencia para escribir.

Del canal se levantaba un vaho ligero. Siguió la sinuosa danza del vapor con la mirada. Las diminutas gotas dejaban su lecho de agua para ascender, en sinuosa danza, formando volutas y espirales, y esfumarse en el aire. Abajo, los palacios sumergidos. Se sintió arrastrado a aquellas profundidades. Sus sentidos se aguzaron. Las voces del agua le revelaron un nombre: *Sobre los signos de los tiempos*. Ése sería el título de su obra. El tema, el Arte de la Memoria.

A partir de ahora buscaré en los espejos el eco de mi filosofía.

Pasado el embeleso, se encaminó a la Frezzaria. Cerca de la Calle del carbón escuchó la música de un laúd. El sonido líquido y envolvente simulaba brotar de la laguna. Giordano cruzó frente al músico disfrutando cada nota.

—Veo que ya te secaste.

Se volvió a mirarlo intentando recordar dónde había escuchado esa voz. Los ojos del muchacho permanecían clavados en el laúd. El joven levantó la mirada y sonrió. Giordano lo reconoció de inmediato.

—¡Qué coincidencia! Pasaste junto a mí la otra tarde que llovía tanto.

—En Venecia no hay coincidencias, todos nos volvemos a encontrar.

—Por cierto, ¿qué me dijiste?

La respuesta fue una nueva sonrisa.

—No quiero resultar fastidioso —insistió—. Me gustaría entender lo que me recomendaste.

—Te aconsejé buscar un hueco entre la lluvia.

—¡Eso es imposible!

—Debes conocer el tiempo del agua para caminar entre los espacios que dejan las gotas al caer.

—Tendrías que ser delgado como un cabello para lograrlo.

—Tú lo viste. Mi ropa estaba seca.

De la imagen que Giordano evocó, resaltaron una sonrisa y una capa color granate.

—¿Cómo te llamas?

—Camila.

¿Será el contento de esta mañana lo que me impide comprender?

—¿Por qué te dieron un nombre femenino?

—Porque soy mujer.

Sus ojos, imprudentes, bajaron hasta el pecho de la joven. Las notas alegres se dispersaron en el aire.

—Es una ventaja tener senos pequeños.

—¿Por qué vistes ropa de hombre?

—Es la única manera de hacer mi trabajo. Soy jardinero —pausadamente se puso de pie y se echó sobre los hombros la capa sobre la que había estado sentada—. Ninguna mujer en Venecia, excepto las cortesanas, puede realizar un trabajo público. Dime tu nombre.

—Giordano.

—Tu rostro no corresponde a ese nombre.

—¿Qué dirías de Filippo?

—Va más contigo... Hace un momento éramos desconocidos y ahora confesamos ser diversos de lo que aparentamos. Mira el laúd. Ve su forma, siéntelo —le tomó la mano haciéndolo seguir la curva de la madera—. Toca su vientre. Sigue hacia arriba. Su miembro hace cantar a la parte baja. Es como yo, hombre y mujer al mismo tiempo.

Pulsó las cuerdas y la melodía sonó triste.

—Mi padre se encargaba de los viñedos y yo escribía música. Cuando enfermó, temí que la peste lo hubiera atrapado y que moriría a los pocos días; por el contrario, su muerte fue lenta, creció dentro de él de la misma manera que sus vides. Antes de morir me pidió que no las abandonara. No pude cumplir la promesa hasta que una mañana, todavía con mi vestido de luto, las fui a ver. Allí estaban, aferradas a la tierra, tratando de alcanzar el sol en medio de tanta piedra. Entonces acaté su deseo.

Habían llegado a un jardín donde los sarmientos, pesados de fruta, se recostaban sobre la tierra. Camila cortó un racimo y se lo ofreció.

—Su dulzura me recompensa. Giordano rozó su mano al tomarlo.

Camila pulsó las cuerdas para hacer sonar una melodía. Lo acompañó a la Frezzaria donde se despidió con un alegre acorde.

Ya nos encontraremos... Macho y hembra a la vez la materia, mejor diríamos que ningún sexo le cuadra. **

Subió a su cuarto con la mente aferrada a la capa color granate de Camila. El tejedor la había urdido sin saber quién sería su dueño. Al hilarla no agregó fingimientos o disimulos. El engaño se le había entretejido con el uso.

Preparó tinta y se dispuso a trabajar. Sin embargo, su pensamiento insistía.

¿Hay que llevar un disfraz para caminar entre los hombres? ¿Por qué no soy el mismo sin mi hábito? El cuerpo debería ser el límite, no el vestido.

Con esfuerzo dejó a un lado las consideraciones.

El pliego no lo ayudaba a decidir con quién empezar. ¿Santo Tomás, Alberto Magno o el maestro della Porta? Resolvió manifestar su propio Arte de la Memoria.

Escribió a lo largo de cuatro días. Al despuntar el quinto, fue a la cocina en busca de algo que comer y se topó con Marco Tiepolo, el dueño de la casa, a quien sólo había saludado una vez.

—Mi criado dice que gastas mucho aceite. ¿No sabes que las lámparas se apagan para dormir?

—Escribo hasta tarde. Te pagaré lo que pidas. Remigio Nanini me encargó un manuscrito sobre el Arte de la Memoria.

La curiosidad pudo más que su habitual displicencia.

—¿Qué sabes tú del Arte de la Memoria?

—Lo que demuestro en mi texto.

Marco lo midió con la mirada. Al salir le aseguró, de mala gana, que no sería necesario pagar el aceite.

—¿Has terminado? —preguntó Marco escuetamente cuando, días después, volvieron a encontrarse.

—Estoy a punto de hacerlo.

—Tengo un amigo con una memoria excepcional. Quizá algún día lo veas por aquí... Aprovechó aquella fisura en la impenetrabilidad del veneciano y, determinado a conquistar su amistad, le pidió que leyera su obra.

—Me gustaría saber tu opinión.

Hizo la última corrección y dudó del resultado final. No estaba seguro de haber dejado ahí todo lo que quería decir, le parecía un texto confuso... Se asomó a la ventana, de nuevo llovía. Pensó en salir para despejarse, pero se sintió incapaz de enfrentar el mal tiempo. Dejó su habitación y bajó la escalera. La casa estaba quieta, en penumbra. Los rescoldos de la estufa apenas parpadeaban. El atardecer se arrastraba lento sobre las paredes húmedas de la casa. Para entonces ya se había percatado de que la luz y el tiempo venecianos eran peculiares.

Al fondo del pasillo vio una puerta entornada que no había notado antes. Del otro lado se encontró con una habitación bien alumbrada en la que no se sentía ni la humedad ni el frío del resto de la casa; era una biblioteca. Nunca hubiera pensado que Marco se interesara en historia y política de la República, temas sobre los que trataban la mayoría de los libros. Escuchó pasos y se volvió a ver quién entraba. Marco lo miraba con una mezcla de furia y terror.

—¿Qué haces aquí?

—¿Cometí una imprudencia?

—¡El alquiler de tu cuarto no te permite husmear!

—¡Supones mala intención donde no la hay! —exclamó Giordano al salir.

—Espera — lo oyó decir, —la sorpresa de verte donde no te esperaba, me disgustó. Perdona.

Se quedaron sin saber qué más decir.

—¿Has avanzado en tu manuscrito?

—Está terminado.

—Tráelo... si aún quieres que lo lea.

Al regresar vio la sombra gigantesca de Tiepolo proyectada contra el techo por la luz del fuego. Sin motivo alguno se preguntó si Marco Tiepolo era quien pretendía.

—Acomódate por ahí —dijo tomando los pliegos—. *Sobre los signos de los tiempos* —murmuró, repitiendo el título.

El silencio sólo era interrumpido por el paso de las hojas. Cuando terminó, Marco mantuvo el manuscrito entre sus manos.

—¿Qué te pareció? —inquirió Giordano, ansioso

—Mencionas temas que no conozco... me cuesta entender, tu manera de escribir es complicada. ¿Propones una reforma a través de la memoria?

Giordano pasó frente al fuego, y fue su sombra la que creció.

—Parece irrealizable y complicado; cualquier transmutación exige trabajo arduo. Yo hablo de verdades que se entienden a la luz de la razón. La visualización de imágenes y símbolos hace posible esa reforma en la memoria.

El silencio de Marco lo hizo volverse. En su rostro vio la expresión de escepticismo con la que se enfrentaría un sinnúmero de veces.

—La memoria que propongo alcanzar es capaz de comprender el mundo natural. Para llegar a Venecia caminé por la ribera del río, subí a la montaña, atravesé llanuras y en cada piedra, en cada hierba, en la cosa más pequeña, en el ocaso o en la alborada, encontré un rastro de la Divinidad. Pude leer en el libro de la Naturaleza porque mi mente está preparada para hacerlo. El mundo natural me reveló que soy parte de él. ¡Este único e inmenso descubrimiento me devolvió la libertad! De la misma manera, mi filosofía te hará libre a ti, a tu criado, al hombre que camina por la calle. La Naturaleza no es otra cosa que Dios en las cosas.*

Marco esquivó su mirada.

—Debes tener cuidado con lo que dices...

—No puedo devolver a los libros lo que he aprendido, negar lo que mis ojos han visto, lo que mi entendimiento ha captado. No será el miedo lo que me detenga. Aunque también sé que debo ser cauteloso.

—¿Por qué has confiado en mí?

—Quiero empezar a ser escuchado, aun a riesgo de desconocer la reacción de quien me oiga.

Al despedirse percibió una calidez que Marco no le había demostrado antes.

A la mañana siguiente se acompañaron algunas calles antes de tomar cada quien su camino.

—¿Te gustaría conocer el Arsenal?—preguntó Marco inesperadamente.

Giordano sabía que aquel era uno de los lugares mejor resguardados de Venecia por lo que no alcanzaba a comprender los motivos de la invitación.

—Sí —aceptó, disimulando su sorpresa.

—Hay una puerta con poca vigilancia, por allí entraremos. Mis amigos nos ayudarán.

Giordano se encaminó a San Zanipolo, expectante, por el manuscrito que llevaba en la mano.

Fray Remigio lo recibió con entusiasmo.

—Volveré en unos días para saber si le agradó —propuso Giordano con cierta timidez...

—Los jóvenes creen tener el tiempo a su disposición. Esperarás a que lo lea y te dé mi opinión. Escribes con la mano izquierda, ¿verdad? —advirtió al hojearlo.

—¿Cómo lo supo?

—Por el ductus, también se nota que afilas la pluma al re-

vés. Que nadie me interrumpa mientras leo. Cuida mi puerta —dijo al cerrar su celda.

Vigiló sentado en el poyo de la ventana más cercana.

En menos tiempo del que le tomara a Marco, fray Remigio leyó *Sobre los signos de los tiempos*.

—Ahora comprendo la reacción de los dominicos napolitanos —fue su comentario al llamar a Giordano—. Los venecianos estamos habituados a los temas que aquí tratas, incluso los difundimos. Lo que has escrito es audaz. Sin embargo, me gusta. ¿Estarías dispuesto a suprimir ciertos pasajes? Sería la única forma de otorgarte el *Imprimatur*.

—¿Será publicado?

—Acabo de decidirlo. Siempre y cuando aceptes los cambios.

Una vez que hizo las enmiendas, pasó las hojas leyendo aquí y allá. En el papel quedaba su proposición. Volvió la mirada hacia el ventanal.

¿Por qué Fray Remigio se aventura alentando mi manuscrito? Proteger a un monje exclaustrado no es una nimiedad...

El dominico entró a toda prisa. La rapidez y soltura de sus movimientos contrastaban con la parsimonia con la que escribía. Era como ver a dos personas diferentes.

—¿Está listo primer escrito? —preguntó con entusiasmo, antes de sentarse a revisar minuciosamente cada uno de los cambios. Luego, debajo del título y del nombre del autor, anotó: *Cum superiorum privilegio veniaque*.

El trabajo quedaba avalado por un miembro de la Orden de los Predicadores.

—Ahora, al taller del maestro Bomberg.

Se detuvieron frente a un portón que, al abrirse, dejó salir una bocanada de olor a tinta. Atravesaron un patio lleno de tinajas con residuos de diferentes colores. Giordano inhaló, por primera vez, los olores de una imprenta: el dulzor de la pulpa de papel, el pungente terebinto, la fetidez de la pez negra.

Al paso del dominico, los artesanos inclinaban la cabeza con familiar respeto. Encontraron al impresor en el fondo del taller.

—Él es Giordano de Nola. Traemos a imprimir su primera obra sobre el Arte de la Memoria

—dijo el fraile muy orondo.

—No le faltarán lectores, en Venecia hay grandes personajes interesados en el tema.

—Eso creo —coincidió fray Remigio.

—Después del azote de la peste creí que no tendríamos mucho qué hacer, pero me equivoqué. Han traído tantos encargos que apenas podemos con el trabajo.

Luego de mostrarles algunas ediciones recién terminadas, hojeó el manuscrito de Giordano.

—Podemos hacer un libro pequeño, en formato octavo...

Hacía unas semanas había llegado, medroso, a una ciudad donde no conocía a nadie y gracias a la buena fortuna, un miembro de su orden discutía cómo sería un libro escrito por él, con uno de los impresores venecianos más renombrados. La emoción lo mareaba.

—Para empastarlo utilizaremos esta piel teñida con cinabrio... o quizá ésta otra.

Habiendo establecido la tipografía a usar en el texto, Bomberg y Nannini se ensimismaron en la corrección de algunos escritos del fraile. Giordano recorrió el taller viendo a los aprendices moler los pigmentos, mover las balas, limpiar la

tinta de los moldes. A los cajistas llenar los componedores, letra a letra, línea por línea. Sólo el grave sonido de la prensa al caer sobre el pliego irrumpía en el silencio del taller.

Salieron al oscurecer. Se despidieron cerca de la iglesia de los dominicos. De camino a la Frezzaria Giordano recordó, con cierto fastidio, que al día siguiente iría con Marco al Arsenal.

Tal como lo asegurara, pasaron sin contratiempo. Marco le mostró dónde se hacían los cañones, dónde las ballestas, las catapultas y las lanzas. Subieron a las torres de vigía y bajaron a la atarazana a ver los barcos a medio construir.

—Hace unos cuantos años fabricábamos una nave completa en tres días. Ahora la madera escasea y tenemos menos trabajadores a causa del último brote de peste.

Pasos adelante, Marco señaló, lleno de orgullo, hacia el final del muelle.

—Aquél es el *Bucintoro*, la barca del duque.

A Giordano vio le pareció una catedral sobre el agua, dorada y soberbia.

—Mis hombres y yo estamos a su cargo. En la Festa della Sensa, el día de la Ascensión del Señor, el duque zarpa en él a desposar al mar. Es un trato de siglos con el Adriático... es el festejo más espléndido.

La voz de Marco se quebró al llegar a ese punto. Giordano seguía cada palabra, tanto por el deleite de escuchar la descripción de la fiesta, como por presenciar la transformación de Marco al hablar de aquella nave que sentía de su propiedad.

—Hace tres años —continuó Marco, ya repuesto de la emoción—, pasó por Venecia, camino a Francia, Enrique de Valois. Aunque entonces todavía no era rey de Francia, se le recibió

como si lo fuera. Pulimos y abrimos al *Bucintoro* de proa a popa; se veía más hermoso que nunca. Aquel día hasta el viento estaba de fiesta, corría alegre entre los estandartes cuando zarpamos. En Murano avistamos la galera real que se acercaba seguida de doscientas naves. Era un séquito imponente...

Como si Marco lo hubiera invocado, empezó a soplar un viento ligero.

—Los escoltamos hasta el Lido. El rey, bueno, ya te dije que no era rey pero lo parecía, subió al *Bucintoro* para entrar a Venecia al lado del duque. Desde los balcones adornados con guirnaldas nuestras damas lanzaban flores a su paso. Me contaron, los que estuvieron cerca, que al ver tal recibimiento dijo: «Plugiera a Dios que la reina, mi madre, se encontrase aquí para gozar de este espectáculo».

—¿Cómo es el rey?

—Delgado, no muy alto, siempre vestido de negro por guardarle luto a su hermano recién muerto. Por eso regresaba a Francia, a reinar en lugar de Carlos. Decían que su madre lo había envenenado para darle la corona a él, a Enrique.

—Serían habladoras...

—No lo sé... He oído cosas horribles de esa mujer. Aquella noche hubo una gran fiesta. Desde el palacio Foscari, donde se alojaba el francés, hasta el palacio ducal se prendieron velas en los balcones formando flores de lis para que navegara entre un jardín de luces. Mis hombres y yo teníamos la orden de no perderlo de vista en ningún momento —enfaticó.

Era evidente el orgullo que sentía por haber participado en el suceso.

—Y el rey, ¿qué llevaba?

—¿Por qué tanto interés en él?

—Quiero saber cómo es un monarca, de qué habla, cómo lo dice.

—Nada de eso puedo contestarte. Escuché diversas elucubraciones acerca de su próximo reinado. Lo que entonces nos preguntábamos, era si obtendríamos algún beneficio de su visita, si contaríamos con su alianza. Recelábamos de su pericia para conducir un reino. Ahora sabemos que, a pesar de no ser tan débil como el hermano, ha permitido que sea su madre, Catalina de Medicis, quien gobierne Francia.

Marco mencionó que para agasajar al futuro rey de Francia, lo habían llevado a casa de la cortesana más bella de Venecia.

—Salió tan complacido que comentó, que si no fuera el rey de Francia, escogería Venecia como su patria para disfrutar de la señora Franco.

—Debe ser muy hermosa...

—Desde antes de la visita de Enrique, ya decían que Veronica Franco era digna de un rey.

—¿Por qué me trajiste al Arsenal? —preguntó Giordano de súbito.

—Aunque tuviéramos mucho tiempo para charlar, no te conocería tanto como después de leer tu escrito. Te traje aquí para que sepas quien soy. No encontré mejor manera de decírtelo.

Lo sorprendió la lógica de semejante respuesta. La visita había valido la pena.

Después de salir del Arsenal, Giordano anduvo sin rumbo fijo por la ciudad con la velada esperanza de encontrar a Camila. Caminó hasta la plaza de San Marcos. Las cúpulas de la basílica se recortaban contra el cielo plomizo. Buscó un lugar para sentarse bajo la arcada y se entretuvo en pretender adivinar por las facciones, la ropa, o la altivez al andar, si aquellos que

cruzaban frente a él, serían venecianos o extranjeros. Así mataba el tiempo, cuando vio a varios dominicos dirigirse al Campo San Basso. El negro y blanco de los hábitos se destacó entre los vestidos multicolores. Las cinco figuras se detuvieron en el muelle, subieron a una barcaza, y se alejaron por la laguna. Hubiera querido alcanzarlos, irse con ellos a donde fueran; pero él ya no pertenecía a su orden. Era un proscrito.

Le vinieron a la memoria los patios del convento, el sonido de sus pasos al recorrerlos, las escaleras del claustro, la puerta. Entre la evocación surgió Ventura. Con los brazos apoyados en las rodillas, hundió la cabeza en busca de refugio para su llanto.

Nueve meses atrás había dejado el convento y durante ese tiempo no se había permitido pensar en él. Si le hubiera dado cabida en su mente, no habría podido alejarse. Lo recordó de pie en la puerta de su celda, con su camisa blanca demasiado grande.

¡Querido Ventura!

El nombre le llenó la boca de sabor a pan recién horneado y a miel. Pensó en las tardes que pasaran juntos descubriendo estrellas y se estremeció ante la posibilidad de no volver a estar juntos. Nada ocuparía el vacío que su pérdida le causaba.

Se levantó al encenderse las antorchas en la plaza. Lo animó la idea de entibiarse junto a una chimenea. Al entrar en la casa de la Frezzaria escuchó risas. De lo alto de la escalera le llegó la voz de Marco:

En la puerta lo recibió uno de los contertulios con un vaso de vino. A pesar de no conocer alguno de aquellos rostros colorados y brillantes, se sintió bien recibido.

—Te presentaré a mis hombres —ofreció Marco—. Estos, los más jóvenes, son Clemente, Marcos, León, Juan y Lucca, todos tejedores. Aquellos tres, tan parecidos entre sí, son los hermanos Coducci, expertos en armar cañones. Después tenemos a Francesco, Andria y Giuseppe, también del Arsenal...

Giordano iba saludando.

—Pietro y sus dos hijos —seguía Marco—... y éste, es Paolo Sarpi, pertenece a la Orden de los Servitas ...

Paolo Sarpi era pequeño, entre sus rasgos infantiles coronados por unos ojos vivaces, destacaba, bajo la piel fina y translúcida de su frente, la cartografía de sus venas.

—Marco nos contó de un tratado de la memoria que escribiste para los dominicos.

—Aunque Fray Remigio Nannini, mi superior, me dio el *imprimatur*, no lo escribí para ellos; cualquiera podrá leerlo.

—¿El dominico es tu superior? Por lo visto Marco se guardó buena parte de la historia.

—No sabe todo acerca de mí. Pertenezco a la Orden de los Predicadores, estudié en el convento de San Domenico Maggiore, en Nápoles, donde me acusaron de expresar conceptos heréticos. Escapé por temor a enfrentarme a los jueces del Santo oficio.

—La agresión eclesiástica llega a niveles inaceptables —comentó el servita— Háblanos de esa reforma que pretendes

—El cambio se logrará usando la memoria —contestó animado por el interés que le demostraba aquel joven de mirada inteligente—. El hombre debe recordar, no sólo el lenguaje de la Naturaleza, sino el del alma que es el mismo del Universo. No se expresa con alfabeto alguno, lo hace con imágenes, con signos y símbolos que llevamos grabados en la memoria. Yo lo he recuperado a través de los sueños, del estudio de la Cábala,

del Arte de la Memoria de Raimundo Lulio. Me falta mucho por aprender... Aún así, te puedo decir que en nuestra memoria está la liberación.

—Alcanzar ese recuerdo debe implicar un esfuerzo arduo.

—Requiere disciplina.

Sarpi, atento, registraba cada gesto, cada movimiento.

—¿Te ha dicho Marco quiénes somos?

—Mencionó que eran compañeros del Arsenal.

—Nosotros también pretendemos una reforma, quizá diferente, pero tan profunda como la tuya. Somos un grupo de venecianos a quienes nos disgusta lo que sucede en nuestra patria: el duque y sus concejales aceptan las órdenes de Roma; los patricios, antes dispuestos a defender a la Serenísima, se han vuelto holgazanes. Ir de fiesta en fiesta es ahora su único afán. La victoria en Lepanto parece haberlos agotado. ¡Defender a Venecia es una batalla que no admite treguas!

Varios rostros se tensaron al escucharlo.

—Debemos sacudirnos de encima a la loba romana, fiera sanguinaria más peligrosa que cien sultanes juntos. Nuestra lucha es contra España y contra el Papa. Si lo permitimos, en unos años se habrán apoderado de la República como han hecho con aquéllos que no se defendieron a tiempo. Nosotros seguiremos hablando, escribiendo y pensando lo que se nos dé la gana. No permitiremos que la Inquisición nos amordace.

Sarpi levantó su vaso.

—¡Primero venecianos, después cristianos! —gritaron a coro.

—Ahora ya sabes por qué estamos juntos. Marco nos convenció de recibirte en una de nuestras reuniones. Él es uno de los más feroces defensores de la independencia veneciana.

La reunión terminó cuando las campanas de la basílica lla-

maban a la primera oración. Marco se fue al Arsenal y Giordano subió a descansar.

Las palabras de Paolo Sarpi resonaban dentro de su cabeza. Pensando en ellas se sintió menos solo. Ahora sabía de la existencia de movimientos que buscaban, de diversas maneras, esa libertad tan necesaria. Los venecianos empezaban a gustarle. No sólo presumían de la belleza esplendorosa de su ciudad, también estaban dispuestos a defenderla.

Salió a la calle con desgano, no se acostumbraba al ocio. En el Campo San Polo, decidió visitar el taller de Bomberg.

Al trasponer el umbral dudó si era allí donde había estado con el dominico. Echó de menos la actividad y los sonidos que la vez anterior le agradaran tanto. Los aprendices permanecían quietos en su puesto, como si un encantamiento los paralizara. Junto al maestro Bomberg, de espaldas, había una mujer. En lugar del olor a tinta, el aire estaba perfumado por una fragancia indefinible. ¿Almizcle, mirra? Quizá espliego. Se acercó para escuchar la voz femenina, profunda y oscura, que leía un poema. También se quedó quieto.

*Alejada del mundo, Venecia está construida
sobre las aguas por un decreto celestial.
El rey del cielo se complace en fundar en ella
el nido eterno y seguro de su fe
que en cualquier otra parte es oprimida;
para su propio deleite colocó en esta ribera
toda la dulzura que puede ser aclamada.*

*El destino me forzó a partir
y la pena de dejarte, oh hermoso nido,
creció dentro de mí y me arrastró.*

*El mundo entero viene a admirarla
como un milagro único de la Naturaleza
más hermosa para aquellos que se detienen a verla
sin ninguna muralla que la rodee.*

*El lugar es más inaccesible que una fortaleza
fuerte y segura a pesar de estar desarmada.*

*Regreso a Adria con mi más profundo y devoto pensamiento.
Sollozando, como prueba de mi pena denunció mi falta.**

Nadie se atrevía a deshacer el hechizo. El primero en reaccionar fue el impresor.

—Maestro Bruno, qué bueno que nos visita. No me decidía por cuales capitulares usar en su texto, podrían ser de Sabon o de Manutius...

La mujer se volvió para ver a quién se dirigía Bomberg. Giordano comprendió el azoro de los aprendices. El color del cabello le recordó el cobre del que se teñía el agua de los canales al atardecer, los ojos tenían el mismo tono de la laguna. Bajó la mirada hacia la garganta, los hombros. Hizo un esfuerzo para no adelantar la mano y acariciarla.

—La señora Franco es nuestra mejor poeta. El maestro Bruno ha escrito su primera obra y la publicará en nuestro taller.

Ella sonrió y el corazón de Giordano, gozoso, latió más de prisa.

—El maestro Bruno debe tener un nombre...

Giordano sintió que la necesidad de tocarla era casi irrefrenable.

—Le pido perdón, señora —se disculpó Bomberg—. Mi cortesía parece haber desaparecido. Giordano viene de Nápoles, esperamos que se quede entre nosotros. Mi descuido se debe a la emoción que me ha causado escuchar sus rimas.

Giordano advirtió entonces los pezones que trataban de liberarse de los encajes del corpiño y pensó que eran ellos, más que el poema, los que tenían en tal estado al impresor.

—La señora Veronica regresó hace unos días. El que escuchábamos, es uno de sus últimos poemas.

—Muy doloroso, por cierto. Pagué caro alejarme de mi laguna; la *terraferma* no fue hecha para mí.

La cadencia de las palabras, el acento, el tono de voz, hacían desear seguirla escuchando.

—Mi corazón se entristeció lejos de Venecia. A pesar de las atenciones de mi anfitrión no logré alejar la melancolía. Lo peor es que ahora, ya de regreso, tampoco encuentro sosiego.

—Filón de Alejandría aseguraba que las pasiones perturban cuerpo y alma de la misma manera —intervino Giordano—. Consideraba a la melancolía la peor de todas, dada la forma violenta en que acomete. La comparaba con el relámpago. Decía que las pasiones son como vientos marinos: unas suaves, otras de tal manera tempestuosas, que hacen zozobrar a las grandes embarcaciones.

Se arrepintió no bien acabó de hablar. Nadie había pedido su opinión.

—El maestro Bruno, además de escritor, es erudito —comentó Veronica con un dejo de sarcasmo—. Quizá pueda sugerirme un remedio para este mal que me aqueja.

—Lo haré gustoso —replicó, deseando que su turbación pasara desapercibida. Veronica se acercó, y él se enfrentó a la inmensidad de su mirada.

—Si la señora nos lo permite, decidiremos qué tipografía utilizar, mientras ella elige la piel para su libro.

Giordano intentó recordar quién había mencionado aquel nombre: Franco..., Veronica Franco... ¡Claro! Marco le había

relatado el encuentro del rey de Francia con una famosa cortesana. Se volvió para verla y ella, que no lo perdía de vista, lo saludó con una leve inclinación.

Bomberg hablaba de formas, tamaños y proporciones, y el perfume de la mujer impedía a Giordano concentrarse. Cuando terminaron, Veronica se acercó para despedirse. Ya en la puerta se volvió al impresor.

—¿Podrá el maestro Bruno acompañarme a mi casa?

Bomberg no se atrevió a responder. El silencio se estancó en el espacio del taller hasta que Giordano contestó que sería un honor.

El sirviente moro que esperaba en la calle, abrió el parasol y los siguió unos pasos atrás, cubriendo la dorada cabellera de su ama.

—A pesar de que la luz no amerita amparo, si me vieran cruzar las plazas sin un criado, mi prestigio caería por los suelos. Dime, maestro Bruno, ¿cómo deshacerme de este terrible mal?

Con estudiada delicadeza se apoyó en su brazo.

—La imaginación tiene un gran poder sobre las pasiones, las aumenta y hace que se refugien en alguna parte del cuerpo, enfermándolo.

—¡No quiero estar enferma! Quiero reír, disfrutar. Quiero escribir poemas gozosos.

—Según ciertos filósofos árabes, sentir con tal vehemencia lleva a la unión con los espíritus de las estrellas.

De pronto calló. Sus palabras, irremediablemente, sonaban a disertación. Veronica conversaba sin reparar en lo que a él le había parecido excesivo.

—Así que este ardor me llevará a las estrellas... ¿Tú sabes alcanzarlas?

—Sí, señora, sé llegar a las estrellas.

En el Campo de Santa María Formosa el sirviente se adelantó a abrir la puerta de la casa.

Veronica, con una levísima presión de su cuerpo, suplicó a Giordano entrar.

—Acompáñame y seguiremos charlando.

—La soledad es la peor compañía para los melancólicos. Intentaré esfumar la tristeza de sus ojos.

Lo guió hasta una estancia en el piso superior donde le pidió aguardar.

Giordano se asomó por la vidriera entreabierta. Abajo, un patio interior con mosaicos de colores brillantes; a través del murmullo de la fuente escuchó voces femeninas. De las paredes de la habitación colgaban grandes tapices que representaban escenas amorosas. En el muro opuesto había un retrato de la señora Veronica. El artista había reproducido sus rasgos con inusitada maestría: las ondas del cabello, el arco de las cejas, la comisura de los labios. Lo que más le sorprendió, fue encontrar la recóndita tristeza que una mirada atenta descubriría en sus ojos. Jacopus Tintoretto *facebat*, había firmado el pintor.

Resultaba difícil definir por qué la habitación era oscura y luminosa al mismo tiempo. Reparó en que la sensación de penumbra, paradójicamente, la producían las lámparas orientales que ardían sobre las mesillas de madera labrada. Era la misma luz del exterior. Aún cuando el sol estuviera en el cenit, parecía estar siempre por ocultarse. La luz veneciana era una luz crepuscular.

Aspiró el aroma de unas pálidas flores en un jarrón. Su per-

fume, sin ser el mismo, recordaba al de Veronica. Una sirvienta entró a dejar varias charolas con golosinas. Un momento después apareció la anfitriona. Había cambiado encajes y tafe-tas por una sencilla túnica de seda que exhibía más que velar su belleza.

—A veces me cansa este juego —dijo al recostarse entre los almohadones—. sabes quién soy, ¿verdad? ¿Ya recordaste quién te habló de mí? En Venecia, tarde o temprano, todos me mencionan.

—Sí, fue Marco Tiepolo.

—Ah, el del Arsenal —dijo displicente—. Prueba los dátiles, los trajeron hace unos días.

De pie junto a la chimenea, la vio echar la cabeza hacia atrás y desatar la trenza; el pelo desbocado se derramó sobre el cojín y su perfume lo acosó de nuevo.

—Me imagino cómo me habrá descrito... sensual, deshonesto y lascivo.

—Sólo mencionó la visita del monarca francés.

—Desde entonces, algunos viajeros pasan frente a mi casa con la esperanza de sorprenderme cerca de un balcón. Otros, más atrevidos, llaman a mi puerta para conocerme. Soy una especie de estandarte.

Tomó un higo, y al morderlo, resbaló por su mentón una gota de miel que bajó por el cuello sobre la piel tan blanca. A punto de hundirse entre los pechos, Veronica la detuvo. Volvió la mirada hacia él y, siempre sonriendo, limpió sus dedos con la punta de la lengua. Giordano sintió cómo le resucitaba el deseo.

—Se dice que un veinticinco de marzo, día de la Anunciación, Venecia brotó de la espuma igual que Venus, pura y virginal. A mis compatriotas les gusta verme como esa doncella

que salió del mar; sin embargo, cuando están en mi casa, prefieren una hembra lujuriosa.

—Si tanto le molesta, ¿por qué es cortesana?

—Si no fuera por mi renombre, no me permitirían escribir. He tenido que pagar un precio muy alto por mi poesía.

—No se paga, sólo se cumple.

—¿Cómo?

—No hay deuda que pagar; cumple con ciertas condiciones para escribir. Todos tenemos que hacerlo así.

—Cuando era muy joven me negaba a seguir el oficio de mi madre. Aquel que insinuaba que yo la superaría como cortesana, recibía mis insultos. Una mañana, trenzándome el cabello frente al espejo, vi mi rostro. Quedé maravillada con la imagen. La belleza selló mi destino. Lo que soy, lo conseguí amando a los hombres, Ellos me han hecho y de ellos debo defenderme.

Era una mujer muy hermosa; sin duda hábil en el amor. No obstante, existía algo más valioso bajo aquella sensual superficie.

Veronica se levantó con movimientos pausados y se dirigió a la ventana. La luz del atardecer traspasó la túnica revelando la curva de la cintura. Debajo de los arabescos dorados de la seda, Giordano entrevió el cuerpo desnudo.

—Venecia me obliga a escribir. En mis poemas siempre están la laguna, los palacios, el tañido de las campanas —con movimiento hábil se ciñó el cabello—. ¡Perdón, maestro, por tanto hablar olvidé mis obligaciones de anfitriona! Mis detractores dicen que tengo un demonio en la lengua, que mi elocuencia torna promiscuo al más santo. Has pasado la tarde escuchándome, y no he sido capaz de ofrecerte algo de beber. Ven, siéntate junto a mí.

Prefirió contemplarla que estar cerca de ella, y permaneció de pie bebiendo una copa de fragante vino de Malvasia.

—¿Quién puede ser enemigo de Veronica Franco?

—¡Tantos!... Maffio Venier, sobrino de mi protector, es el más encarnizado. Cuando brotó la peste, intentó convencer a los venecianos de que yo había atraído la enfermedad con mis pecados. La reacción de los que un día me habían adorado me llenó de miedo. Aún así, no fue eso lo que me hizo huir, sino presenciar cómo la Serenissima, en otros tiempos capaz de milagrosos alumbramientos, enfermaba llenándose de podredumbre. No soporté la visión y escapé. A unos les brotaron bubas; a otros el miedo.

Su ánimo dio un giro y, alborozada, lo tomó del brazo.

—Festejemos estar vivos. Te enseñaré donde escribo. La pequeña habitación le recordó su celda.

—La construyó el padre de Alí, mi sirviente. Es tibia en el invierno y fresca durante la canícula. Muchos de esos libros —señaló los estantes cargados de volúmenes—, me los han regalado quienes en verdad me aman. Estos son mis poemas —exclamó al ofrecerle un libro preciosamente empastado.

Giordano lo abrió al azar.

*Ahora segura, recuerdo el peligro cuando
a través de tus ojos y tu hermosa faz
el Amor me arrojó su ardiente antorcha
y después de intentar herirme de mil maneras
enlazó las llamas de mi fuego
con el río de tu elocuencia.**

No se había equivocado. La pasión de aquella mujer no residía en sus expertas caricias sino en sus palabras.

Hasta entonces notó que Veronica lloraba.

—Un amor la hace sufrir, ¿verdad?

Veronica se metió entre sus brazos. La tibieza de su piel hizo temblar a Giordano quien, con suavidad besó su frente, sus párpados, los labios. Cuando llegó al cuello se quedó quieto, abrazándola. Si seguía no podría detenerse. La apartó y secó su rostro; ella sonrió agradecida.

—Bomberg me muestra algunos de los libros que le han encargado, siempre me ofrece el mejor. Hoy me mostró el tuyo. Conforme leía, las criaturas que constantemente me acosan, se fueron desvaneciendo.

—¿Tanto logró mi texto?

—También me hizo pensar en un sol naciente.

La noche había caído. Otra sirvienta entró para arropar a su señora con una capa de piel. Giordano tomó *De vita solitaria* de un estante. Antes de abrirlo declamó:

—«En tanto que estuvo solo y gozó de la bendita soledad, no hubo ni habrá hombre más sabio, más prudente, más dotado de dones de Naturaleza ni más aventurado que él ...»

Veronica continuó: «...y luego que tuvo compañía ninguno fue más miserable y sujeto a las pasiones humanas.»

Regresaron a los almohadones del salón y se recostaron a leer los poemas de Petrarca.

Hacia el final de la noche los unía una inquebrantable hermandad.

Los vidrios multicolores de la ventana se fueron iluminando con la luz del amanecer.

Giordano se levantó sorprendido por la hora.

—Mandaré a Alí a casa de Tiepolo. Cuando lo vea sabrá dónde estás —dijo sonriendo. Después de ordenar nuevas viandas, se acurrucó junto a él.

—¿Qué persigues, maestro Bruno?

—Una reforma religiosa que debe gestarse en la mente.

—¿Cómo lo lograrás?

—Aún no lo sé..., no sé cómo enseñar lo que he aprendido. Debo hallar la manera de compartir mi conocimiento. ¿Me permitiría intentarlo con usted? —inquirió tomándola de las manos—. La llevaré a un lugar habitado por formas, espectros, imágenes. Palacios llenos de espejos, juegos de luces, ecos y luminiscencias. Al lugar del jeroglífico, de la primera palabra, donde no hay haz o envés, centro o confín, donde habitan los monstruos del alma. A la ciudad de la memoria. Al reino de la Magia.

Igual que el rey de Francia, pasó tres días acompañando a Veronica Franco. Al cuarto se despidieron.

—No lo olvide, señora, el hombre solitario es un santo o un demonio.

Cuando los del Arsenal se enteraron dónde había estado, Giordano tuvo que sortear toda clase de bromas. A partir de aquellos días al lado de Veronica, desaparecieron los malos sueños. Sereno, pasaba la mañana estudiando. Por la noche se reunía con Sarpi a compartir lo que sabían sobre la unión secreta entre la tierra y las plantas, del delicado mecanismo que abre y cierra las pupilas. Ambos sospechaban la existencia de dos tipos de sangre dentro del cuerpo humano. Paolo le mostró los vidrios que tallaba para ver las estrellas, Giordano le habló del Universo vivo e infinito.

Una mañana recibió una nota de Bomberg, *Los signos de los tiempos estaba impreso*. Veronica había tenido razón, era un libro muy hermoso. Cubiertas de chagrín color bermellón, pa-

pel grueso, esponjoso, márgenes anchos, discretas orlas doradas. La impresión, perfecta. Después de la página de cortesía, el sello del impresor; debajo, el año: M.D.LXXVII.

¡Su primera obra sobre el Arte de la Memoria!

Con mano temblorosa pasaba las hojas: cuántas horas de lectura, cuántas reflexiones... cuánta soledad.

Veronica lo recibió jubilosa, optimista, con una belleza aún más desbordante.

—¡Qué alegría!, ¡es magnífico!...

«Pues la memoria humana no es otra cosa que el modo temporal que refleja el Entendimiento universal... esto es como un cierto espejo viviente, en el que está la imagen de las cosas naturales y la sombra de las divinas... Sólo en virtud de aquellas cosas que preexisten en nosotros conseguimos imágenes y formas... así, por lo conocido adquirimos el conocimiento de lo desconocido...» leyó.

—¡Lo conocerá Venecia entera!

Veronica abrazó el libro contra su pecho.

—Me alegra verla de buen humor...

—En la mañana apareció esto en mi puerta, sé quién lo escribió y me entusiasma volver a la contienda.

En el libelo que le dio a leer la llamaban *puttana pubblica*, calculadora, caprichosa, frívola, mal oliente, asquerosa. Giordano lo arrojó al suelo con violencia al aumentar la insolencia de los insultos.

—¿Quién pudo escribir esto?

—El cobarde omite la firma, pero su estilo lo delata. Hace tiempo salí triunfante de un debate poético contra uno, que

protegido tras una máscara, intentó ponerme en ridículo. A poco apareció un panfletillo muy parecido a éste y en él aseguraba que desde el Castello Sant'Angelo hasta el Ghetto, no había hetaira más vil que yo. Ahora, me entusiasma responderle.

Esa misma tarde Giordano fue a entregar varios ejemplares a fray Remigio. Lo decepcionó saber que había ido a Padua y no regresaría pronto. Dejó los libros sobre su mesa.

Pasados unos días volvió a buscarlo.

—¡Enhorabuena! —exclamó el dominico luego de saludarlo—. Lo he leído varias veces, es un texto importante. Estoy orgulloso de respaldarlo. Por cierto, uno de los hermanos me dio este talego para ti —la bolsita tintineó al caer en su mano—. En mi ausencia vino el secretario de Domenico Venier a entregarlo. Esto no me incumbe, pero hace unos meses, cuando te conocí, me pareció que no tenías ninguna amistad, y ahora resulta que uno de los patricios más encumbrados es tu protector.

—No conozco al señor Venier. Supongo quién pudo hablarle de mí, le devolveré su dinero.

—Será inútil buscarlo. Estará ausente unas semanas, a su regreso espera recibirte en su salón literario.

—Entonces, ¿qué hago?

—Aceptar el dinero, comprarte unas botas nuevas y agradecer tu buena suerte. El secretario también dejó dicho que lleves tu libro a Gian Battista, el librero.

Los *arsenalotti*, sin entender mucho del asunto, festejaron con entusiasmo la impresión de *Los signos de los tiempos*. Paolo Sarpi comentó que aquella era la primera chispa de una gran hoguera.

Giordano retardó su visita al librero. Diversas emociones le impedían entregar su obra. Al fin, una mañana se decidió. El Ciotto, como llamaban al librero en Venecia, aceptó encargarse de la venta del libro. Fue su primer amigo librero. Por él supo de la obra de Giulio Camillo.

—¿Un teatro de la memoria?

—Lo construyó para Francisco I, rey de Francia, quien nunca lo vio. Erasmo estuvo tan interesado que mandó a un colega a conocerlo, pero éste, que de seguro no entendió nada, le informó que era una tontería. Las visiones que Giulio Camillo acumuló a lo largo de sus meditaciones, las transformó en imágenes para plasmarlas en aquella construcción a la que llamó teatro. ¡Digno de verse! El cielo entero en una pequeña habitación. En Venecia aún tiene muchos seguidores, es considerado un innovador del Arte de la Memoria. De herramienta retórica, lo transformó en un arte oculto y trascendente.

Ciotto supo vender *Los signos de los tiempos*. Muy pronto se habló de hacer una nueva edición.

Súbitamente todo cambió: Sarpi dejó de asistir a las reuniones por regresar a Padua, Veronica se enfrascó en escribir un ataque devastador contra su enemigo, Fray Remigio trabajaba con intensidad en sus traducciones y Giordano se sintió tan solo como los primeros días. En aquella sociedad tan preocupada en brillar no acababa de sentirse a gusto. Demasiados oros y sedas. Cuando volvió a vagabundear por las calles, decidió irse.

Quizá vaya a Padua, como me aconsejó Sarpi:

—Es una de las universidades con mayor prestigio de Europa. Copérnico estudió allí griego y medicina. Desde hace años

es el centro de las más violentas confrontaciones entre Humanistas y Aristotélicos —había dicho.

Iré a probar suerte.

Buscó a Camila, pero los canales permanecieron en silencio, sin el eco del sonido de su laúd. Se despidió de Marco, de los del Arsenal que inútilmente trataron de convencerlo de quedarse. Fray Remigio le aconsejó hacer una sincera reflexión y decidir cuál era la vida que quería seguir. Veronica se abrazó a él y le susurró al oído:

—Una sura del Corán enseña que los que recorren el mundo entienden con el corazón lo que hay que entender.

Giordano partió al amanecer; una lluvia pertinaz lo acompañó hasta la *terraferma*.

La ciudad le gustó de inmediato. La vista que tuvo al cruzar uno de los puentes sobre el Bacchiglione, lo hizo pensar en Nola. Al atractivo visual se agregó la sorpresa de los sonidos. Alrededor de los colegios resonaban los distintos idiomas de los estudiantes, cuya algarabía se apagaba en la madrugada, ya que terminaban discusiones y debates públicos.

Había ido a Padua alentado por la idea de estudiar en la universidad, pero su empeño fracasó al no hallar la manera de ingresar a las cátedras. En cambio, pasó muchas horas en las bibliotecas de la universidad.

«Quien duda se siente movido y espoleado a ello por el pensamiento de un conocimiento infinito que encierra y resume toda posible verdad», decía Nicolás de Cusa. Lucrecio, por su parte, aseguraba que: «Así, cosa tras cosa, se irán iluminando unas y otras y antes que la Noche te arrebate, habrás visto los últimos secretos de Natura.»

Ambos filósofos fueron puntales de su propia teoría que se gestaba desde los días en el convento. Además del apasionado rechazo que Lucrecio expresaba por una religión impuesta autoritariamente, se identificó con él por aquella furia insurrecta con la que llegaba a la verdad. El Cusano, antítesis del exaltado poeta, le enseñó que por medio de un conocimiento natural, el hombre entiende todas las cosas y a través de la libertad llega a ser un dios, un ángel o una bestia.

Lejos de la rigidez escolástica de su convento, hizo una nueva lectura de Heráclito, Empédocles, Plotino, Cicerón. En el *Timeo* de Platón encontró el origen de las cosas que, siglos después, san Juan enumeraría en su evangelio. Estudió una vez más a Raimundo Lulio, cuyas ideas habían arraigado tan profundamente en el territorio véneto como en su natal Mallorca. En él halló reminiscencias del rabino Ezra de Gerona: ¡las sefirot de la cábala correspondían a las dignitates de Lulio! Después del hallazgo regresó a los filósofos persas, a los místicos judíos y concluyó que la filosofía y la poesía serían su forma de expresión.

A poco de haber llegado a Padua, se encontró con unos dominicos de San Bartolomeo dei Campagna; cuando le preguntaron por qué no llevaba el hábito, les narró lo sucedido. Le aconsejaron volver al indumento de la orden.

—Úsalo hasta saber a ciencia cierta que te han excomulgado, así ningún convento de la orden te negará albergue.

La recomendación lo mantuvo despierto varias noches. Alojarse en los monasterios dominicos, le permitirá saber si la Inquisición lo buscaba. La posibilidad de vestir la túnica blanca, la capa negra, sí lo llenaba de gozo.

Durante su estancia en Padua un cometa surcó los cielos. Las discusiones se multiplicaron, las contradicciones abundaron: unos lo identificaron como el anuncio del apocalipsis que mencionara la sibila babilónica; otros dijeron que era el heraldo de los demonios que pronto recorrerían Europa. Maestlin, astrónomo prestigiado, luego de cuidadosas mediciones y cálculos aritméticos, concluyó que su movimiento era semejante al de cualquier estrella pero que, en efecto, presagiaba terribles desgracias. Los sabios se empantanaban en elucubraciones; entre tanto el cometa iluminaba las noches con su resplandeciente cauda.

Otra de las razones por las que Giordano escogiera Padua como siguiente morada, fue para prolongar su amistad con Paolo Sarpi. Los encuentros resultaron esporádicos, dado que el servita pasaba gran parte del tiempo en los anfiteatros del colegio de medicina. Cuando coincidían, Sarpi estaba rodeado de amigos y colegas. En una ocasión llegó acompañado de un hermano franciscano, lo presentó como fray Diego de Bricio. Era un hombre peculiar: sus hombros sostenían una cabeza demasiado grande en relación con el resto del cuerpo. La extrañeza de su aspecto se olvidaba al escucharlo, sobre todo, cuando reía. Fray Diego y Giordano de inmediato se hicieron amigos; en más de una posada tomaron vino hasta el amanecer, para luego recorrer las calles enzarzados en larguísimas polémicas. También se les vio en demostraciones públicas de álgebra, para la cual el franciscano tenía una facilidad excepcional.

Quizá la universidad de Padua habría sido el lugar para continuar estudiando filosofía, pero la errancia ya se había apo-

derado de él, y un amanecer partió sin rumbo fijo. Lo decidió de pronto, sin reflexión. Aprestó el fardel de igual manera que lo hacía cada mañana y en lugar de dirigirse a la biblioteca, cruzó uno de los puentes que rodeaban la ciudad y emprendió camino.

Entrada la noche llegó a Brescia. Exhausto, se dejó caer en el camastro de una posada.

Despertó sobresaltado.

¿Por qué dejé Padua? ¿Qué me impide quedarme en un lugar? ¿Qué busco?

Ya que logró dormirse, soñó estar en Venecia, en la plaza de San Marcos, viendo pasar a sus amigos de toda la vida: los niños de Nola, Tansillo, Ventura, algunos de sus hermanos dominicos. La última en desfilar era una hermosa mujer de pies alados. Su capa de seda color violeta ondeaba con suavidad. ¡Apresúrate, Giordano! murmuraba al cruzar frente a él.

Al salir de Brescia lo sorprendieron los vientos de la tramontana. En Bergamo permaneció el tiempo necesario para mandar hacer una túnica con paño blanco de buena calidad. El día que estuvo lista, se desnudó y se dejó envolver por la claridad de la mañana. Pasó la túnica por su cabeza, como hiciera durante tantos años con el indumento de los dominicos, y la dejó resbalar sobre su piel. Se colgó el escapulario que todavía conservaba. De ahí en adelante, llevaría un hábito fabricado por él mismo. Era el año de Dios de 1578.

Permaneció en Milán unos cuantos días. Demasiada gente, nada interesante qué hacer.

Lo único digno de recordar, fue haber coincidido en una po-

sada con sir Phillip Sidney, embajador de la reina Isabel ante el emperador Rodolfo II.

Siguiendo la vía Buffalora llegó a las faldas del monte Cenisio. Las lluvias habían convertido los caminos en un lodazal, y a pesar de las advertencias del hombre que le alquiló un asno, emprendió el ascenso. Avanzaba con cautela. El viento era fuerte y temía que las ráfagas heladas los hicieran caer por algún desfiladero. Cerca de la cima se detuvo enceguecido por la blancura de las nubes. Aunque abría los ojos desmesuradamente con la esperanza de trasponer la cortina de vapores, ni siquiera veía la grupa del animal que trotaba unos pasos adelante. Cuando lo alcanzó, se abrazó a su cuello. El asno se quedó muy quieto al sentir el contacto y Giordano, con los ojos anegados de luz, permaneció sintiendo el calor del animal.

Los nubarrones se disiparon lentamente y el valle nevado apareció a sus pies. El viento dejó de sisear, el silencio bajaba del cielo. La quietud acalló sus pensamientos. El desierto blanco se alojó en su cabeza. No sabía si lo que veía estaba dentro o fuera de él. Su mirada abarcaba la tierra entera.

El sonido de los cascos de la bestia, lo devolvió a la realidad. Acarició al animal y le dio un puñado de pienso. Todavía faltaba descender.

En el primer poblado de la Saboya encontró unos muleros que le sugirieron no continuar el viaje, por lo que se refugió en Chambéry, en el convento de su orden. Los dominicos se limitaron a darle asilo; a manera de bienvenida le dijeron que de ellos no esperara cordialidad. Se quedó esa noche con la idea de partir al día siguiente. A la alborada, listo para emprender el viaje, descubrió que la nevada nocturna había borrado los

caminos. Pasarían varias semanas antes de que pudiera irse.

Él que aborrecía el ocio inútil y pernicioso porque lo consideraba la mayor fatiga que podía haber,** siguió desovillando, igual que una tejedora, el hilo de sus pensamientos para cimentar su filosofía. Durante ese invierno continuó la escritura que había empezado al otro lado de los Alpes.

Cada día, al abrir su ventana, comprobaba que el mundo yacía cubierto de blancura. Cerraba los maderos y a la luz de una vela escribía hasta que, ahogado por el encierro, salía a caminar. En un principio llegó sólo a la aldea. Luego, se aventuró por los senderos que subían a la montaña. A partir de entonces convirtió en costumbre ascender por entre los riscos.

—Nada tienes que hacer por esas soledades; mejor harías en rezar en tu celda —le advirtió el prior al enterarse de sus paseos.

Aún así, si el clima se lo permitía, regresaba a ver el mundo desde la cima. Una mañana se encontró con un viejo que bajaba con su perro.

—¿Eres tú, Lazare? —preguntó el desconocido. El perro miró a Giordano moviendo la cola.

—No soy ése a quien llama, soy Giordano de Nola, hermano de la Orden de los Predicadores.

—¿Qué haces aquí?

—Subo para estar solo... no quise asustarlo.

—Necesito más que un novicio para amilanarme.

La escasa distancia que mediaba entre ellos permitió ver a Giordano que los ojos de su interlocutor eran tan albos como el pelo.

—¿Qué te sorprende? —preguntó el anciano molesto al precibir el escrutinio,

—La seguridad de sus pasos en el suelo desigual.

—Conozco estas rocas. El perro es un buen guía. Hazte a un lado. El viejo siguió camino abajo y Giordano se fue tras él.

—¿Qué lo hizo pensar que soy novicio?

—Si te aventuraste a subir, fue en busca de algo. Que te hayas atrevido, significa que aún no aniquilan tu curiosidad; por lo tanto, eres novicio.

—Sólo estoy de paso y seguro de que nadie acabará con mi curiosidad.

—¡Qué inusitado! Un fraile con voluntad propia.

Desde la altura, la silueta empequeñecida del monasterio se recortaba contra la nieve.

—En nada me parezco a mis hermanos. Espero que los caminos se deshielen para irme. Ni siquiera sé si aún pertenezco a la Orden.

—¿Qué dijiste? Soy bastante sordo. Tengo los oídos llenos del sonido de mi cincel.

Giordano guardó silencio. Ya fray Sisto Luca se lo había advertido: no podía contar a todo aquel que se cruzara en su camino que era un monje exclaustado, perseguido por la Inquisición.

—Dije que quizá me han excomulgado —respondió lleno de enojo—. Lo han hecho pretextando mi indisciplina, mi falta de fe, mis blasfemas herejías... Es una larga historia

—¡Bah!... la puedo imaginar.

Con pasos seguros, siguió bajando con el perro delante. Inusitadamente, se colaron entre dos rocas que disimulaban la boca de una caverna. Giordano los siguió.

Le tomó un rato acostumbrarse a la penumbra. El ermitaño se movía con certeza en el espacio familiar. De una de las marmitas que borbulleaban sobre el fuego, sirvió una infusión de hierbas y se la ofreció. Mientras bebían, Giordano se percató

de la precisión con la que todo estaba acomodado. Los zuecos al pie del camastro, las hierbas colgando para secarse, la leña a un lado de las estufas que caldeaban el socabón. En un estante cerca de la mesa, acomodadas por tamaños, había gubias, formones, cinceles y martillos.

—¿Te preocupa haber sido excomulgado? —preguntó el anciano, sosteniendo el cuenco entre las manos para calentarlas.

—Supongo que sí. Escapé del convento para evitar un juicio. Ahora sé que huí de la Iglesia, no de mi religión.

—Yo también fui dominico hasta el día de mi supuesta muerte.

—¿Cómo?

—Luego de recorrer varios conventos de la orden llegué a Chambéry. Los primeros años combatí sus ideas, pero la obstinación de los dominicos transformó mi vehemencia en odio y me fui llenando de furia, de rencor. Resistí ocho años. Entonces sólo sabía amar a Dios a través de la religión. La primera vez que subí a la montaña, fue después de una discusión violentísima con mi prior. Cada tanto, volvía a estos riscos y pasaba horas aislado; luego, las horas se hicieron días. Regresaba al convento seguro de que la soledad había dado suficiente sabiduría a mis palabras para convencerlos. Una tarde, en medio de una ventisca, hallé esta cueva.

Interrumpió la historia para servirse más infusión.

—Lazare, el campesino que me trae los alimentos, me contó que pasadas varias semanas me dieron por muerto. Así nació la fábula de que por estas peñas ronda el alma de un apóstata. Por cierto, mi nombre es Alejo Mavró.

El perro se levantó del lugar en que dormitaba para echarse a los pies de su amo.

—Me habría gustado que el final de su historia fuera diferente.

—Lamento que no haya sido de tu agrado —exclamó el viejo, irritado.

—La conclusión me desagrada porque el inicio es semejante a mi propia historia. Me asusta presenciar tal desencanto.

—No pude vivir entre los hombres. Aquí he instaurado mi propio orden en el que no hay discordancias. Te mostraré algo.

Caminó hacia un extremo de la gruta y guió a Giordano por un pasadizo que llevaba a otra galería.

Acomodadas bajo una claridad difusa, había docenas de esculturas que guardaban una secuencia perfecta entre ellas, un orden casi orgánico. La media luz las llenaba de sombras o resaltaba su silueta contra el fondo oscuro de las rocas.

—La luz entra por las fisuras de la ladera. Si el día es luminoso, logro entrever mis guardatiempos. Los llamo así, porque son un sistema de recuerdos, de imágenes mentales. Cuando mis ojos fueron incapaces de alumbrar mi entendimiento, recurrí a la memoria. Todo lo que había visto sobre la tierra lo trasladé aquí, para no extrañarlo —dijo, al pasar la mano sobre un guardatiempo que semejaba el lomo de un zorro—. Mis manos aprendieron a reproducir olas, pájaros, el viento de mi barranca. También guardo voces, acordes, el estruendo del sol al perderse en el poniente.

—¡Aquí está! —exclamó Giordano—. Usted ha impuesto a la materia la clave oculta de la creación divina. Aquí está lo que propondré en mi filosofía. ¡Usted los llama guardatiempos, yo, fantasmas. Sombras de las ideas!

El perro ladró al oír la voz exaltada.

—Dios en un pedazo de madera... ¿sabes dónde acabarías si repitieras eso fuera de este lugar?

—¡El hombre tiene que recuperar a Dios! Aquí está, en este trozo de árbol. Dios eternamente vivo, eternamente creador,

inmanente en un Universo infinito!

—Universos infinitos ... ¡vaya osadía!

—Sus guardatiempos son como la infinidad de mundos habitados, semejantes al nuestro que, según mis conjeturas, existen en el Universo.

—¿Postularás semejante cosa?... Y en medio de todo eso — señaló el Universo imaginario —, te preguntarán, ¿dónde dejas a Cristo?

—Todos son mundos paralelos —eludió la contestación—. No es posible que sigamos aceptando las doctrinas que afirman que cuanto fue creado está quieto y contenido desde entonces...

—¿Y Cristo? —insistió Alejo—. ¿Anda por esos mundos redimiendo a sus habitantes? Giordano le dirigió una mirada encendida de emoción.

—Quizá en algún planeta lejano un hombre tan humano como Cristo camina en este momento por el desierto, dado que un Dios vivo continúa originando seres. No puedo creer en una obra de siete días. Usted, por ejemplo, seguirá esculpiendo guardatiempos, de igual manera Él engendrará mundos en los que sucederá, o no, una historia parecida a la nuestra.

Cuando el hombre despierte...

—¡Pierdes tu tiempo! ¡El hombre no despertará! Enséñales gramática, en ocasiones logran aprenderla.

—Pronto trascenderá su condición actual y explorará los secretos del Universo.

—¿Crees que está preparado para enfrentar esos misterios?

—¡Desde luego! Ahora más que nunca los necesita. Los gobernantes se pierden en guerras por defender una fe podrida, en tanto nos hundimos en la ignorancia y la miseria. Necesitamos algo verdadero a qué aferrarnos.

Alejo se puso en pie. Al tiempo que buscaba el bastón olvidado en la otra galería, exclamó:

—¡El hombre es menos que un asno!

—¡No es verdad! Si no es ahora, será muy pronto.

—¡No sueñes! ¡Escúchame! Ahora no sé si es más difícil soportar mi furia o mi decepción. El viejo sorteaba las esculturas intentando hallar la salida.

—Alguien —exclamó Giordano—. ¡Uno! Un solo oído para continuar mi voz a través del tiempo.

Intentó tomar a Alejo del brazo para guiarlo, pero el ciego se zafó al sentir su mano.

—¡No existe! ¡Yo no encontré a alguien que me prestara atención! Vete y déjame con mis guardatiempos.

Aferrado a que las palabras del ermitaño eran una sinrazón, caminó hacia la salida.

Súbitamente la imagen de Ventura cruzó como un relámpago por su memoria.

—Yo sí tengo alguien que me escucha.

En su celda escribió con fruición.

De civil y popular se transforma en salvaje como ciervo y morador del desierto; vive ricamente en medio de esa grandiosidad, vive en las estancias no artificiosas de los cavernosos montes, donde admira la vida de los grandes ríos, donde vegeta intacto y puro de ordinarias codicias ...donde no mirará más a través de agujeros ni ventanas... sino que habiendo derribado todos los muros de la tierra, todo es ojos frente al aspecto del horizonte entero. **

A pesar de la nevada, al día siguiente partió de Chambéry.

El único camino transitable lo llevó a Lac du Bourget donde esperó unos días más. Pensaba seguir a Lyon, atravesar Francia para llegar a Gerona, ciudad en la que según le dijeran, había grandes sabios. De ellos deseaba aprender los secretos de la cábala.

Aunque eran pocos los huéspedes de la hostería, la hora de la comida se animaba gracias a dos jóvenes que hablaban de la peculiaridad de ciertos lugares, de sus gentes. Una noche, luego de haber compartido varias copas de vino, el más joven confió a Giordano que eran calvinistas y regresaban a Ginebra después de andar predicando su doctrina. Hablaba de su religión con vehemencia. Sus palabras tenían la fuerza de una convicción firme. Decía que la suya era una manera nueva de comprender la fe cristiana, más humana y fraternal. El calvinismo era una reforma auténtica.

—Para estar en contacto con Dios no necesitamos intermediarios.

La posadera se santiguó. Los hombres acabaron el vino de un sorbo, dando por terminada la tertulia. Giordano, en cambio, quiso saber más.

Venían de recorrer Bohemia; lo que quedaba del invierno lo pasarían con sus familias.

Sin poder continuar el viaje, Giordano tuvo tiempo para preguntarse si esa religión que el joven calvinista pregonaba, se parecía a la que él quería.

La única manera de saberlo, será cerciorándome por mi mismo. Ya habrá tiempo para ir a Gerona.

Les propuso a los calvinistas hacer juntos el viaje a Ginebra, y ellos aceptaron. Ayudar en los preparativos llenó sus días. La vida dependía de la precisión con que cada cosa fuera dispuesta.

Al fin partieron. Después de dos jornadas encontraron el torrente del Ródano; siguiendo su cauce llegarían a las murallas blancas de Ginebra. Los poblados se fueron espaciando hasta desaparecer, sólo la nieve los rodeó. Nada más que hielo.

¿Qué somos en medio de esta grandiosidad?

Se medía contra la montaña y sus tribulaciones le parecían banales; sus anhelos, por el contrario, se semejaban a aquella inmensidad.

El silencio le dolía en los oídos, la soledad en el pecho.

Los labios entumecidos les impedían hablar; las ráfagas de aire helado los traspasaban. Ya que sentían los pulmones a punto de estallar, se acurrucaban bajo las pieles, al pie de una roca, hasta recuperar fuerzas. En un principio la cercanía de los cuerpos lo desconcertó. Después, fue evidente que era la única manera de sobrevivir. Aprendió que entre los hombres existen lazos que sobrepasan la amistad.

El frío aminoró conforme bajaban hacia la llanura saboyarda. Por no llevar los sentidos puestos en sobrevivir, Giordano volvió a pensar en su situación. Cada paso lo alejaba de su patria y lo acercaba a un país donde nadie lo conocía, lejos de la Iglesia Católica y la Santa Inquisición. «Para estar en contacto con Dios no necesitamos intermediarios...» había dicho uno de los calvinistas.

Dios no es el alma, es el alma del alma del Universo. Dios es infinito en el infinito, en todo lugar y en todas las cosas. No por encima de ellas, no dentro, no fuera, pero sí absoluta e íntimamente en ellas. *

La posibilidad de expresar tales ideas en Ginebra, le daba ánimos para caminar.

A la vista de las murallas, sus compañeros echaron a correr olvidándose del cansancio de las últimas leguas. Contagiado

por su entusiasmo se fue tras ellos. Después del interrogatorio acerca de quién era el extranjero, traspusieron la puerta de la ciudad. Caminaron juntos hasta la catedral donde se despidieron con un abrazo.

—Busca al marqués de Vico, es la cabeza de la comunidad evangélica italiana, él te ayudará.

Se llama Galeazzo Caracciolo, pero le dicen “el marqués”.

Giordano se detuvo a mirar el lago. Pasó frente a la iglesia de san Pedro y siguió calle abajo. En su andar descubrió, al lado de una puerta, una placa que decía: «1535. Año de la liberación del poder papal.»

Estoy en el lugar adecuado.

Al pasar por un mercado se sorprendió al notar la falta del vocerío y que todos vistieran de negro. Más adelante, al cruzar una callejuela, con el rabillo del ojo, vio una sombra blanca. Se volvió para indagar de qué se trataba. En la lejanía, como gigante tutelar, vigilaba un inmenso risco cubierto de nieve. Pensó en su monte Vesubio y se sintió menos forastero en aquella ciudad custodiada por montañas.

Cerca del barrio de las hosterías encontró la casa de Caracciolo. El marqués, de inmediato, lo hizo sentirse en confianza.

—Vengo en busca de un lugar seguro —respondió Giordano, sin ambages, cuando le preguntó el motivo de su visita.

—Somos muchos los que venimos perseguidos por la intolerancia. Hay familias enteras expulsadas de Turín, de Milán, de Lucca, los más somos napolitanos. Entre todos hemos construido una comunidad libre. ¿Tú de qué huyes si, por lo que veo, no eres calvinista? — preguntó, haciendo alusión a su hábito.

Una vez más contó su historia. El marqués lo escuchó con atención. Luego, enfatizando la elegancia de sus modales, le dio la bienvenida.

—En nombre de la comunidad evangélica italiana prometo velar por tu seguridad y bienestar mientras permanezcas con nosotros.

Entusiasmo, gratitud, optimismo. Giordano sentía ahogarse entre tantas emociones.

—En buena hora hallé a esos jóvenes. No exageraron el ánimo caritativo de mis compatriotas.

—Caridad es una de las virtudes que hemos aprendido aquí —agregó el marqués—. Apartamos de nosotros la arrogancia para adoptar la humildad de la nueva iglesia. Ahora vayamos a las cosas prácticas —agregó con un tono menos pomposo—. Te conseguiremos alojamiento y ocupación. Adoptarás la religión de la ciudad, dejarás el hábito y el nombre que te dieron al profesar en la Orden de los Predicadores.

Las indicaciones fueron enumeradas con tal ímpetu, que no supo cuál rebatir primero.

—Quiero conocer la nueva religión antes de cambiarla por la mía.

—La aprenderás con rapidez, abundan los predicadores. Ahora ve a descansar. Te recibirán en el León Rojo, la hostería a la que todos hemos llegado. En unos días te mandaré llamar.

El marqués había sido amable, lo había tratado como a un amigo; sin embargo, le quedaba una desagradable sensación de... ¿atropello?

De algo estoy seguro: no me quitaré el hábito.

Al saber quién lo enviaba, el posadero le aseguró que sería tratado como el propio marqués.

El aire espeso del cuartucho donde fue hospedado, lo decidió a salir; tenía mucho en qué pensar. Se cobijó las manos

entre las mangas del hábito, y por las calles aún ajenas se encaminó al lago. De lejos le llegaron los sonidos del atardecer: gritos azuzando a los animales, cencerros, voces femeninas, puertas que se cierran. El ruido de las pezuñas de un rebaño se fue acercando; al pasar a su lado el zagal lo saludó. El gesto, cotidiano para el pastor, lo reconfortó.

Aunque el sol casi desaparecía detrás de los picos nevados, siguió caminando.

¿Podré olvidarme de Giordano y volver a ser Filippo?

Dudas y vacilación frente a una sola certeza: conocer la nueva religión.

La noche había caído y estaba lejos de la ciudad. Antes de regresar, volvió los ojos al cielo. Muchas veces lo había admirado y sabía de su magnificencia. En aquel momento, el espectáculo sobrepasaba cualquier imagen anterior. Era difícil encontrar un espacio vacío entre la mirada de luceros. La bóveda entera parecía hecha de plata. Bajó la mirada y presenció el resto del prodigio: el lago, reflejando la luz de las estrellas, se había convertido en una inmensa extensión de azogue. Permaneció inmóvil ante aquella grandeza.

Días después de la visita al marqués, recibió una nota diciendo que le habían hallado ocupación.

Aunque similar al de Venecia, el taller era más grande, con más aprendices.

—Corregirás lo que imprimimos —le indicó Giovanni Berjon, el maestro impresor—. ¿Conoces el oficio?

—No...

—¿Por qué te mandaron aquí?

—Le hablé al marqués de Vico de mi gusto por los libros, he traducido, también escribo... Una vez más, la sola mención del marqués modificaba la actitud de su interlocutor.

—El hábito te estorbará para trabajar, pero con un poco de inventiva todo se puede resolver. Descolgó un delantal de cuero y se lo alargó.

—Sujetaremos las mangas con estos cordeles y..., ¡Ahora sí! Listo para empezar. No necesitarás más que tus ojos. Aun así, tienes que conocer el procedimiento para saber quién cometió el error y cómo corregirlo.

En poco tiempo dominó las sutilezas del oficio. Aprendió a escoger los caracteres de las cajas para que armonizaran con la capitular trazada por el amanuense. Descubrió que entintar requería de un movimiento ágil y mesurado para adelantarse a la tinta siempre dispuesta a mancharlo todo. Supo cómo bajar la prensa con gentileza para no romper el papel. Se percató de que los pinceles hechos con el pelo de la cola de un gato amarillo eran los mejores para no dejar rastro; ya que supo de tales artimañas, su trabajo de corrector de imprenta fue inmejorable.

Pasadas unas semanas, el marqués lo mandó llamar. Le preguntó si el oficio era de su gusto, si tenía amigos, cómo se sentía en la ciudad. Giordano le habló de sus adelantos en el taller y de su amistad con Giovanni. El interés de Caracciolo era sincero.

—En retribución a tu trabajo tenemos un regalo para ti —dijo al entregarle un envoltorio.

Giordano lo deshizo y sacó un par de calzas, camisa, botas nuevas. Envuelta en una capa de lana gruesa, una espada.

—Nada de esto necesito, nunca he llevado un arma...

—Nos enteramos de lo complicado que es trabajar con el hábito. Desde luego que aquí no tienes que defenderte de nadie, pero cuando lo lleves —dijo, señalando el estoque— te verás muy distinguido. Hasta hace unos meses la peste asolaba la ciudad, ahora debemos obedecer las reglas de higiene y vestido que dicta el Consistorio. Acepta las prendas. Saber recibir es una gran virtud.

Dejó el hábito por parecerle que Ginebra era el lugar donde su filosofía podría madurar. Allí existían las condiciones de respeto y seguridad que consideraba indispensables para exponerla.

Giordano conoció a muchos exiliados que, con su conocimiento, iban dando forma a la nueva cultura generada por el cambio religioso. Prosiguió el estudio de la cábala gracias a los hebraístas cristianos que afluían en aquellos tiempos de confusión. El calvinismo propiciaba ahondar en las técnicas cabalísticas de interpretación del texto bíblico, para aplicarlas en beneficio de la iglesia reformada.

El interés de Giordano era instruirse en la mística eficiencia para acercarse a Dios lo cual había considerado, hasta entonces, un anhelo imposible de realizar. Así, enfrentó los misterios que revelan permutas y combinaciones de letras. Abulia, de nuevo, lo encaminó por entre los grandes secretos que encierra el Nombre:

«Empieza combinando este nombre, YHVH, al principio éste sólo, y examina todas sus combinaciones, y muévelo y hazlo girar como si fuese una rueda, hacia adelante y hacia atrás, como un rodillo, y no lo dejes re-

posar, pero cuando veas que su materia adquiere fuerza a causa del gran movimiento, a causa del temor de confusión de tu imaginación y del vértigo de tus pensamientos, déjalo que se detenga, dirígete a él e interrógallo, no lo sueltes hasta que obtengas de él una palabra de sabiduría. Después pasa al segundo nombre, Adonai, y pregúntale por su fundamento, él te revelará su secreto... después combina ambos nombres, estúdialos, e interrógalos, y te revelarán los secretos de la sabiduría... después combina Elohim, y también éste te garantizará sabiduría.»

A partir de esta práctica ideó su propio sistema de ruedas combinatorias.

—Serán cinco ruedas concéntricas —decía en voz alta para comprobar la eficiencia o complicación del método —.Dado que el número de combinaciones es inmenso y difícil sería memorizar tanto, en el revés de cada rueda habrá imágenes, que por insólitas, harán que las palabras formadas al hacerlas girar, sean fáciles de recordar.

Dio vuelta a la primera, la combinó con la segunda, con la tercera, así hasta la quinta, el movimiento dio vida a un adolescente con un pájaro verde prendido del brazo que observaba una mujer quien, montada en un toro, se peinaba los cabellos sosteniendo un espejo en la mano izquierda.

Nada puede entrar en la memoria si no pasa por las puertas de la imaginación, si no se transforma en imagen, y la imagen a su vez se tiñe de emotividad... es menester abrir los ojos mediante imágenes...no entendemos a no ser que especulemos con imágenes...,*

Antes de que empezara el sermón de Niccolò Balbani, el impresor advirtió a Giordano:

—Le da un nuevo significado a los evangelios.

El ministro dio inició.

—Nuestra iglesia generosa, es portadora de una fe verdadera. Dios nos enseña a ver a todos los hombres como iguales

Giordano miró a los fieles con sus vestidos negros, sin distinción uno de otro, rodeados de muros blancos, desnudos, sin la opulencia de la ceremonia católica, tan inútilmente fastuosa.

—Hemos reemplazado la comunión eucarística por la cena, en recuerdo del momento en que Cristo compartió el pan con sus discípulos. Este acto no es un misterio inalcanzable, tampoco un símbolo difícil de comprender... aquí no hay cuerpo o sangre de Cristo, sólo vino y pan.

Giordano se acercó al púlpito... «sólo vino y pan». Nadie me obligará a creer en la transubstanciación. Muchas veces regresó a escuchar a Balbani.

Giordano se dirigía a casa del señor marqués a cumplir un encargo. Las calles estaban libres de nieve y el aire ya no hería con su frialdad al ser respirado. Pasó frente a unos niños que jugaban. Uno sostenía una concha con jabonadura, el otro soplaba con una pajuela haciendo que brotaran puñados de burbujas iridiscentes que subían, subían, giraban, y de pronto, estallaban y desaparecían. Giordano sintió que aquella era una de esas mañanas en las que el júbilo de existir era casi insoportable.

—El señor marqués está en la galería —le indicó el sirviente.

Titubeó al no saber por dónde seguir; no imaginaba cuál

podría ser la galería en aquella casa donde sólo había paredes encaladas y pisos de piedra brasa. Lo guiaron las voces en la habitación contigua. Se detuvo en la puerta para no interrumpir. Los dos hombres, al notar su presencia, lo invitaron a entrar.

—¡Qué afortunada visita! —exclamó el marqués—. El señor es Pietro di Caserta, le he hablado de ti.

A pesar de las ropas oscuras, el visitante mantenía la displiencia y donaire de los nobles napolitanos.

—Galeazzo y yo recordábamos viejos tiempos, se nos ha ido la mañana en remembranzas.

Dime, Philipppo, ¿te gusta Ginebra?

Giordano pasó por alto el nombre con que lo había llamado, y elogió lo que más le complacía de la ciudad.

—¿Ya te inscribiste en la Academia?

—No he tenido la oportunidad de proponérselo —intervino el marqués.

—Pues éste es el momento. Me retiro.

—Pietro y yo nos conocemos desde jóvenes —comentó Carracciolo al quedarse solos—. Poco tiempo después de que llegué a la corte de Bruselas, él pasó por allí. Entonces yo todavía no fungía como paje del rey, teníamos mucho tiempo para divertirnos. Las damas, tan hermosas y complacientes... bueno, éramos muy jóvenes —sonrió a manera de disculpa y continuó hablando de la época en que viviera en la corte de Carlos V.

Giordano se preguntaba qué lo había hecho cambiar aquel esplendor por la austeridad de Ginebra.

—La primera vez que entré a la cámara real, el monarca estaba sentado cerca de la ventana con tal expresión en la cara, que sentí pena por él. Muchas otras veces lo sorprendí en esa actitud. No faltaba quien dijera que era idiota, que había heredado la locura de la madre.

Hubiera querido enterarse de más, pero el marqués se interrumpió, enfatizando no querer distraerlo de su trabajo.

—No te olvides de ir a la Academia, podrías asistir a la cátedra de filosofía...

Salió con la sensación de que en ese momento podría subir por los aires hasta perderse, igual que una burbuja de jabón.

El día 20 de mayo de 1579 quedó inscrito, *Philippus Brunus Nolanus sacrae theologiae professor, en la Academia Ginebrina*

Algunas veces, al terminar el trabajo en la imprenta, Giovanni lo invitaba a su casa. Giordano salía contento de esas reuniones, entre hervores de marmitas y olor a pan recién horneado. El impresor tenía tres hijos, Flavia y los mellizos. En cuanto llegaban, la niña corría a sentarse en las piernas del padre y allí se quedaba hasta que su madre se iba a la cama. Entonces los dos amigos charlaban buena parte de la noche. A lo largo de esas veladas, Giordano conoció la historia del señor marqués.

Galeazzo Caracciolo pertenecía a una de las familias napolitanas más importantes. Su madre era sobrina de Gian Pietro Carafa, quien ocupara la silla papal con el nombre de Pablo IV. A los dieciséis años Galeazzo se fue a la corte del rey Carlos, I de España y V de Alemania. Aunque su cargo de vigilar a los pajes encargados de las mermeladas y los orinales no implicaba gran responsabilidad, sí otorgaba cierto poder debido a la cercanía con el monarca. Cuando el rey fuera coronado como Carlos I, a los cortesanos españoles les disgustó ser gobernados por un alemán cuyo séquito ni siquiera comprendía su idioma. El flamante monarca se vio en la necesidad de deshacerse de

su comitiva y Galeazzo regresó a su patria. Se casó con la hija del duque de Nocera, engendraron seis varones, dos mujeres y vivieron en un palacio rodeado de jardines con plantas traídas de las Indias.

En esa época llegó a Nápoles Juan de Valdés, perseguido por la Inquisición debido a su inclinación hacia la religión reformada. Por tratarse de un gran personaje, el virrey lo nombró su secretario. Alrededor de él se fue congregando buena parte de la nobleza.

Con el tiempo, Valdés les hizo ver que muchos de sus parientes estaban involucrados en las infamias de la Inquisición. Para volverlos al camino de la piedad, los invitó a escuchar los sermones de un agustino de la Toscana, llamado Pedro Vermigli. A partir de entonces, las costumbres, las prebendas y privilegios entre los que Galeazzo Caracciolo había crecido, le parecieron abominables. Dos años después, con tres mil ducados en el bolsillo, dejó su país y vino a Ginebra.

Al principio, los calvinistas lo creyeron un espía. En cuanto prestó juramento de adhesión al gobierno de la ciudad, lo acogieron, orgullosos, de tenerlo entre ellos. El marqués organizó a los italianos y formaron su propia cofradía; la iglesia de La Magdalena se convirtió en el templo protestante italiano.

Ya instalado mandó llamar a su familia. Nunca llegaron; no les interesaba cambiar de fe ni vivir en una aldea perdida entre los Alpes. Ese mismo año abjuró del catolicismo. Su padre, al enterarse de la conversión, le exigió volver. El marqués se negó y el padre lo desheredó. Caracciolo fue a Nápoles por su mujer, que lo recibió con la noticia de que su confesor le ordenaba no tener relaciones maritales con un hereje. Regresó furioso, decidido a divorciarse y olvidar para siempre a su familia. Calvino deshizo aquella unión y el marqués se casó con

una mujer que, a su vez, había dejado a su familia en Francia. Galeazzo Caracciolo es el miembro más respetado y querido de la comunidad italiana. Calvino llegó a estar tan ufano de él, que le dedicó varios de sus libros y acuñó una moneda con su efigie.

La noche en que Giovanni le contara la última parte de la historia, Giordano regresó a la hostería pensando en el marqués. Había renunciado a su fortuna, a su país y familia por seguir la nueva religión.

¿Y yo me arredo por dejar un hábito y un nombre?

Encontró a Pietro di Caserta, el noble napolitano que conociera en casa del marqués, en la prédica de Niccolò Balbani. Caserta lo saludó con amabilidad y permanecieron en silencio, uno junto al otro, escuchando. Giordano observaba la vehemencia con la que hablaba el predicador, lo exagerado de sus ademanes.

¿Una religión requiere de esta vehemencia para convencer?

Al finalizar el sermón, Balbani bajó del púlpito y se dirigió al sitio donde se encontraba Giordano. Sin más preámbulo le anunció que para escuchar sus sermones, debía convertirse al calvinismo. Caserta, que permanecía a su lado, le pasó el brazo sobre los hombros y lo encaminó hasta la puerta del templo ennumerando las bondades del calvinismo.

Dos semanas después Giordano Bruno se acogió, igual que muchos de sus compatriotas, a la religión reformada de Calvino.

A pesar del gozo que le producía el oficio de corrector, de su

lugar en la mesa de Giovanni y de la libertad para realizar cualquier lectura, sus paseos para deshacerse de la velada opresión de la ciudad, se hicieron más largos y frecuentes. Sentía una apremiante necesidad de estar junto al lago, de presenciar la grandeza de las montañas. La tierra había florecido cubriendo las laderas de plantas muy diferentes a aquellas que el maestro della Porta le había enseñado a utilizar.

¿Ésta qué curará?

La flor era pequeña, de pétalos blancos, corola amarilla y olor pungente.

¿Por qué no probar?

Así descubrió las propiedades vomitivas, purgativas o expectorantes de la flora de la región. Utilizando hojas o rizomas, frutos o semillas, hizo infusiones, tisanas y maceraciones para experimentar sus efectos. Aprendió que las plantas aromáticas, tomadas en demasía, lo dejaban agotado y sin dormir. Que la artemisia lo hacía conocer seres luminosos, pero al aumentar la concentración, se convertían en monstruos amenazantes. Descubrió las cualidades vermifugas del ajo que los campesinos de la región llamaban hierba de las nueve camisas. A las plantas venignas, se las llevó con él. Las separó con esmero de la tierra para trasplantarlas a tiestos que puso en su ventana. Cuidándolas, pretendía echar raíces en aquella tierra.

Cuando Giordano ingresó a la Academia Ginebrina, hacía un año que Antoine De la Faye había asumido la cátedra de filosofía, posición que perteneciera a Calvin. Teodoro Beza, guía de la iglesia calvinista, lo había recibido con grandes honores, a su regreso de Padua, nombrándolo principal de la Acade-

mia Ginebrina. Entre sus obligaciones estaba la de vigilar y corregir a los alumnos, deber que cumplía con rigor. Era un hombre codicioso. Su poder crecía a pesar de la oposición de otros miembros de la academia a que sustentara la cátedra de filosofía, ya que sus conocimientos sobre la materia eran deficientes. Antoine De la Faye fue maestro de filosofía de Giordano Bruno.

Una vez por semana, los alumnos participaban en un debate con la guía del profesor. El reglamento prohibía sofismas, curiosidad impúdica y comentarios perversos y obstinados. El delito más castigado era objetar o discutir con el maestro.

Giordano se percató, desde la primera lección, que De la Faye era un hombre inseguro, autoritario, temeroso de la crítica, cruel con los alumnos. Su animadversión por él creció lección a lección.

Durante una lectura, especialmente árida, contó veinte errores cometidos por De la Faye.

Salió de la academia y conforme caminaba, su indignación iba en aumento.

¿Cómo es posible semejante ignorancia en un catedrático?
¡Es inaudito!

Volvió al taller con la idea fija de hacer públicas las equivocaciones de De la Faye.

—¿Conoces el reglamento? —preguntó el impresor alarmado por lo que le proponía—. La ley protege a los maestros de la academia por considerarlos magistrados. En esta ciudad se castiga con prisión a quienes los ofenden o critican. No podemos publicar eso. Yo soy leal al señor marqués; a él no le gustaría que tal denuncia saliera de la imprenta que ha dejado bajo mi custodia.

—¿Y no te desconsuela saber que en la Academia Ginebrina

se enseñen conceptos errados?

—Desde luego me molesta, pero no quiero ser yo quien se los haga ver.

—Yo firmaré la acusación, sólo permíteme imprimirlo.

—Vivo tranquilo en esta ciudad, tengo una casa, un oficio...

—¡Lo que no tienes es libertad! La palabra *Liber*, en latín, significa libro, pero también libertad. No lo olvides.

—Yo no tengo nada que denunciar.

—Ahora que te lo he dicho, ya tienes cargos qué hacer.

Tres días de discusiones fueron necesarios para convencerlo de publicar aquello. El escrito recorrió vertiginosamente los pasillos de la academia.

El jueves 6 de agosto uno de los aprendices entregó una misiva a Giordano que venía de San Bartolomeo dei Campagna. Para no confundirla con los papeles que cubrían su mesa y con la intención de leerla más tarde, la guardó debajo de la camisa. A media mañana llegaron unos guardias del Consistorio para llevarse presos a Giovanni Berjon y a Filippo Bruno, como lo llamaban los calvinistas, acusados de difamar a Antoine De la Faye.

Los pusieron en calabozos contiguos. De uno salían gritos acusando, exigiendo justicia, amenazando. En el otro el silencio era absoluto.

El lunes 10 de agosto apareció un magistrado que los obligó a implorar el perdón de Dios y de Antoine De la Faye. Berjon obedeció de inmediato. Bruno, a pesar de las amenazas del guardia, se mantuvo en silencio.

—Ya veremos si no te arrepientes de tus infundios —lo amenazó el magistrado al salir.

Durante los días siguientes se escuchó la voz de uno de los acusados rogándole al otro que aceptara su culpa, que pidiera perdón. Al no obtener respuesta, su voz se desgarraba en una plegaria continua.

El jueves 13 de agosto, los dos culpables comparecieron ante el Consistorio. Lo presidían ministros representando al ofendido, el juez Chevalier y el Concejo de los Viejos. Los cargos: difamación, calumnias y falta de respeto.

Giovanni Berjon, después de insistir en su buena fe y declarar en descargo de su compañero que *non malus sed amens*, no es malo sino loco, confesó su propia falta, pidió perdón y juró lealtad a la ciudad. Bruno, en cambio, expuso los errores del lector. De la Faye, con modales altaneros, y una voz que alcanzaba tonos de grito, negó haber incurrido en semejantes “distracciones”. Cuando llamó a Dios como testigo de decir verdad, Giordano se enfureció y arremetió no sólo contra el catedrático, sino contra los calvinistas y su fe.

—Enseñan una lógica estéril, una filosofía inexacta y pretenden negarlo con esa autoridad que todo lo abarca. En mi “libelo”, como ustedes lo llaman, no ataco, denuncio. Mi única culpa es no aceptar equivocaciones. Han convertido el reino de Dios sobre la tierra en una encarnizada persecución. ¡No veo diferencia entre el Santo Oficio y el Consistorio ginebrino!

Cuando el juez se puso de pie para iniciar la reprimenda, Giordano lo interrumpió con un grito:

—“Porque si tú llegas a afligirles —citó las escrituras— y ellos clamaren a mí, ciertamente oiré yo su clamor.” ¡Él me escuchará a mí! No a ustedes.

El desacato fue intolerable. Los guardias desalojaron a los acusados.

La voz implorante siguió llenando el espacio entre las celdas.

—Por favor, Philipppo, pídeles perdón. Son capaces de matarnos, piensa en mi familia, en la pequeña que tanto te quiere, por favor. No avives su enojo.

Esa noche, al recostarse sobre el montón de paja de la celda a Giordano le molestó algo debajo de la camisa. Era la carta recibida días antes. La miró un rato pensando que venía de allá, de la Campagna, donde las mujeres tenían el mismo color dorado de la tierra.

Me atrevo a escribirte porque estoy seguro de que no corres peligro. Durante todo este tiempo he seguido haciendo averiguaciones, con discreción desde luego, y nadie está al tanto de la acusación contra ti. Un hermano se enteró, por el comentario de un napolitano, que estás en Ginebra y tienes un buen trabajo. Me alegra mucho saberlo.

Han pasado treinta meses desde que te fuiste. Durante las primeras semanas, me robaba la llave de tu celda que, por órdenes del padre Pasqua, nadie ha vuelto a ocupar y me sentaba en el suelo con la ilusión de verte entrar y abrazarte.

Esa primavera estuve muy enfermo, me retrasé en mis lecciones, hasta que una mañana, después de haberte soñado, supe que estabas bien. Me alivié, volví a estudiar, aunque una tos necia me agobia día y noche. Debido a ella, el padre Pasqua me mandó a San Bartolomeo, donde el clima es más benigno que en Nápoles.

El día 17 del mes de octubre tomaré los hábitos en San Domenico. ¡Cómo me gustaría que estuvieras conmigo! Todas las noches le pido a Dios que no te desam-

pare. Ahora que te has establecido en una ciudad donde hay libertad, te escribiré con frecuencia.

VENTURA.

Dobló el pliego y cerró los ojos para imaginar a Ventura. Las súplicas de Giovanni lo sacaron de su remembranza.

—Acabaremos como Servet, ardiendo en la plaza. Por favor, reconoce tu culpa.

Al día siguiente Philipppo Bruno declaró que se arrepentía de las calumnias, pidió perdón a los miembros del Consistorio, a los diáconos, a los pastores, al Concejo de los Viejos y al ofendido. También aceptó la amonestación:

—No es posible tolerar, por ninguna razón, a un hombre capaz de turbar tan profundamente la tranquilidad de una escuela. Esos que, como tú, se sienten espíritus libres son una peste; un instrumento del diablo para subvertir nuestra iglesia. Nosotros los combatiremos con fuego y espada, sin misericordia alguna, con más rigor que si fueran bandidos o asesinos.

En tanto el juez dictaba la condena, Giordano recorría con la mirada a los asistentes, tan negros, tan adustos. A un lado de Antoine De la Faye, se encontraba Galeazzo Caracciolo, marqués de Vico.

—...por lo tanto, la Iglesia y el Estado, designados por Dios para trabajar en armonía como alma y cuerpo de la sociedad cristiana, te expulsan de la Cena del Señor, condenándote a no participar más de nuestros sacramentos. En cuanto a Giovanni Berjon, quien ha demostrado humildad y un auténtico arrepentimiento, pagará una multa de veinticinco florines.

Los hombres vestidos de negro salieron en silencio. Giordano se quedó solo, ahogado de furia, impotencia, pero sobre todo, con el vacío de la decepción.

Regresó a toda prisa a la posada. Se arrancó la ropa negra, se vistió con el hábito. Maldecía y renegaba en busca del fardel para guardar sus libros. El portazo hizo estremecer los tiesos de su ventana. Dejó Ginebra sufriendo una de las muchas afrentas con que lo castigaría el fanatismo religioso.

Para alejarse de la ciudad remontó el torrente del Ródano. Su ánimo exaltado, le hacía confundir el sonido del agua, deslizándose por entre las rocas, con las voces acusadoras. Caminó dos días sin detenerse.

Caía la tarde cuando divisó varias casas alrededor de la aguja de una iglesia.

—Seyssel —respondieron los pastores a quienes preguntó por el nombre del poblado. Estaba en suelo francés.

Durmió en la única posada del burgo. Más tranquilo, después del descanso, releyó la carta de Ventura. “han pasado treinta meses desde que te fuiste...” San Domenico le parecía tan lejano. Meditó en lo sucedido en Ginebra.

¿Por qué me dejé engañar por un espejismo? Atribulado, contestó la carta a su amigo.

Recordaré el día que recibí tu carta como uno de los más funestos de mi vida. Lejos estaba de sentirme tranquilo y contento, como suponías. Apenas guardaba el pliego cuando me tomaron preso.

Fui a Ginebra en busca de libertad y razón. Lo que hallé fue muy distinto. Los calvinistas aventajan a nuestros inquisidores. Saludan con la paz, pero llevan escondido el cuchillo que divide y el fuego que dispersa. Arrebatan el hijo al padre, el prójimo al prójimo, el habitante a la patria y causan otros divorcios horribles

contra la Naturaleza y la ley. *

Ahora incluyo una palabra fundamental en mi filosofía: TOLERANCIA. La entiendo como el respeto que merece cualquiera, aunque sus creencias me parezcan extrañas. La soberbia conduce a la intolerancia. ¿Por qué he de ser yo quien tenga la fe verdadera y no el otro? La fe es individual. Cada día es más necesaria la existencia de una religión natural, libre de fanatismos y dogmas. El espectáculo infame de hombres y mujeres sacrificados en la hoguera, debe terminar.

Prefiero detenerme. Esta noche no soy buena compañía.

Te quiere siempre.

GIORDANO DE NOLA.

Siguió su camino bordeando el río. Ni la transparencia del follaje, ni las voces del agua, le procuraban sosiego. La herida causada por los calvinistas era profunda y permanecería abierta para siempre. El caudal corría a su lado como metáfora de su propia vida.

Leguas adelante, encontró la vía que llevaba a Lyon. Cualquiera sería buena para alejarlo de Ginebra. La ruta estaba llena de viajeros que iban a la feria, la última del año. Poco antes de llegar se detuvo a ver la magnífica ciudad. A la distancia, le pareció un panal gigantesco.

La fiesta estaba en su apogeo: juglares, saltimbanquis, músicos, acróbatas. La gente se arremolinaba alrededor de los diversos tablados. En el que se detuvo, representaban la historia de un hombre y su esposa muda, a la que un médico lograba hacer hablar. Lo que más divertía al público eran los esfuerzos del marido por callarla, aturdido por la súbita locuacidad de la mujer. Se alejó con la intención de buscar alojamiento.

—Esta pomada mágica quita el dolor de muelas. Para el mal de Nápoles, ungüentos de azufre

—el vendedor enfatizaba con ademanes obscenos las partes afectadas por la sífilis—. El polvo de granate lo hará olvidarse de la erisipela, úlceras de piernas, disentería, epilepsia.

A un lado, otro hombre vendía, por cuatro centavos, la última entrega de la novela de moda. La anunciaba leyendo párrafos. Entre el barullo de los panderos se perdía su voz. Cansado, se sumergió en el gentío para cruzar la plaza. A pocos pasos sintió que se ahogaba. Al intentar salir, se dio cuenta de que el contacto con los cuerpos era agradable. Había desaparecido la frontera entre él y la mujer que lo estrujaba o el hombre que avanzaba a toda costa. Protegido por la multitud se dejó llevar. Ora hacia la fuente, ora de regreso. A la izquierda, hacia la iglesia y de vuelta al centro la plaza. En ese ir y venir tuvo una revelación. El vínculo entre él y la muchedumbre lo establecía su propia voluntad. Lo intentó de nuevo. La gente se movió en la dirección exigida por él. Una vez más; y otra. El resultado siempre era el mismo: el gentío lo obedecía. ¡Era superior la facilidad de vincularse con una muchedumbre, que con un individuo!

¡Por ahí debía empezar el *venatores animarum*! el cazador de almas.

Comprendió que el mago capta el deseo de otros para transformarlo en satisfacción.

Pasó un mes en Lyon para dar tregua a su desaliento.

Por la mañana leía a la orilla del río. De tanto en tanto, levantaba la mirada y sorprendía a las hojas de los plátanos estremecidas por la brisa. Su cintilar lo llevaba a pensar en las estrellas; éstas, en el firmamento y de ahí se remontaba a las regiones infinitas del Universo.

Al bajar el sol, iniciaba el recorrido por las librerías de la ciudad. Prolongó aquella pausa en su vida para regresar a donde viera un misal, a hojear los nuevos tratados de botánica ilustrados por Christophe Plantin.

A los treinta y dos días de haber llegado, reemprendió su errar. Una vez más, se detuvo en la puerta de la ciudad para determinar qué camino seguir.

Aquel amanecer, a finales del otoño, bajo un cielo plomizo, decidió ir a Toulouse. Tenía la esperanza de impartir una cátedra de filosofía en su prestigiada universidad.

Siempre bordeando el río dejó atrás Valenza, Montelimar, Avignon. Para hacer una pausa en su andar, se detuvo a verlo correr. Como si el personaje saliera de entre las aguas, imaginó al gigante Gargantúa, como lo describiera Rabelais, oriando durante tres meses, siete días, trece horas y cuarenta y siete minutos, para dar origen al Ródano.

Obligado a alejarse del torrente por el mal tiempo siguió por la Via Domitia, ruta comercial muy importante. Desde el puerto de Marsella subían hacia el norte, especias, pimienta, cuero, seda, sal, vino de Malvasia, quesos de Cerdeña, naranjas de Hyères, arroz de Levante. Todo lo había visto en otros caminos; la novedad eran las noticias de la guerra. Los comerciantes dejaban a su paso jirones de historias: «...en París los católicos arrojaron a los hugonotes al Sena... arrasaron sus casas... los seguidores de Calvino quemaron una iglesia en Cahors...»

Conforme se internaba en el Languedoc, las reseñas tremebundas se transformaron en hechos reales. Pueblos incendiados, campos convertidos en ceniza, campesinos huyendo sin saber a dónde ir.

Con esas imágenes impresas en la memoria llegó a Toulou-

se. Tiempo después le escribió a Ventura.

Estoy en Toulouse, tengo trabajo e intento recuperarme de mi aventura, ¿debería llamarla desventura? en Ginebra.

El 17 de octubre, fecha en la que tomaste los hábitos, pensé en ti a lo largo del día. Te imaginaba prosternado recibiendo el sacramento, e inesperadamente me pareció oír tu voz. Tus palabras no fueron claras, pero me hicieron darme cuenta cabal de que no estoy conforme con mi situación de monje exclaustrado. No quiero vivir fuera de la religión en la que crecí. Nunca dejaré de ser dominico. Pertenezco a la Orden de los Predicadores, quiero vestir su hábito y no el triste remedo que he confeccionado. Reflexiono mucho sobre esto. Trataré de ser admitido de nuevo. Quizá el padre Pasqua me aconseje, ya le escribiré.

Aquí hay un Estudio al que me invitaron a leer la *Sfera*. Tengo muchos alumnos porque en esta región, a pesar de la guerra, las familias pudientes mandan a sus hijos a educarse.

Toulouse se mantiene como la fortaleza de la ortodoxia católica aunque paradójicamente, también es reducto de hugonotes, como llaman en Francia a los que siguen la Iglesia reformada. La paz es endeble, temo que la contienda nos alcance.

La guerra me parece una atrocidad sin sentido. La originan los hombres con sus mezquinas diferencias, por la supuesta defensa de un principio o una religión, como sucede con ésta. Invención sangrienta que se vuelve contra su autor.

Cuéntame qué harás ahora que perteneces a la orden. ¿Te ha dicho el padre Pasqua si irás a otro convento? Estoy seguro de que serás un buen predicador.

¡Enhorabuena, Ventura!

Tu hermano GIORDANO

Para menguar la soledad y el aislamiento al que lo condenaban sus colegas católicos por considerar sus opiniones rayanas en el calvinismo, estableció una constante correspondencia con sus amigos venecianos. Paolo Sarpi fue el primero en recibir una misiva suya.

Después de todo este tiempo, de tantos acontecimientos, con tantas leguas de por medio, me doy cuenta de la trascendencia que tus palabras tienen en mi vida. La evocación de Venecia trae consigo tu amistad, la camaradería de Marco y sus hombres. En el convento nunca logré asemejarme a los hermanos, y di por cierta la aseveración del padre Pasqua de que mi soberbia me apartaba de ellos. Al oír a los *arsenalotti*, me sentí entre semejantes. Ellos y tú libran batallas por la independencia de su tierra; yo, por la libertad de una filosofía.

Hubiera querido decirte esto antes de irme.

Imagino que te sería fatigoso conocer, paso a paso, mis andanzas. Me limito a contarte haber ido a Ginebra a conocer la religión reformada. Los primeros meses quise creer que había encontrado la patria anhelada. Cuando no pude pasar por alto la ineptitud de un profesor escudado tras su posición de intocable, fui encarcelado y castigado por una magistratura incapaz de reconocer la falta de uno de sus integrantes. Encaré jueces e interrogatorios. Lo más inquietante fue enfrentarme

al poder. No perseguían mi desacato a las normas, sino poner en peligro el artificio construido al derredor de su pretendida reforma. En Ginebra se vanaglorian de haber separado al clero del gobierno civil. La realidad es que permanecen unidos para, en complicidad, administrar a Dios.

Quisiera estar en la biblioteca de Marco oyendo el sureo de las góndolas, charlando contigo.

Hace diez meses que estoy en Toulouse. Imparto lecciones de filosofía. La fraternidad que no hallo entre teólogos y jurisconsultos, la reemplazo con la amistad de mis discípulos. Alguna vez hablamos sobre el privilegio de enseñar. Cada vez encuentro más placer en ello.

Preparo un libro de comentarios sobre la obra *De anima* de Aristóteles y escribo un nuevo tratado sobre el Arte de la Memoria al que llamaré *Clavis magna*. Además de asistir a los cursos para obtener un doctorado en arte, imparto una cátedra de matemáticas y otra sobre el *ars combinatoria* de Raimundo Lulio. Así ocupo mi tiempo. Estaría casi contento, de no ser por esta especie de añoranza de lo que está por venir.

Hice amistad con un jesuita; pasado algún tiempo me confesé con él. Me negó la absolución por apóstata. Insistió en la falta que cometo al estudiar en esta universidad, ya que los estatutos de mi orden prohíben recibir grados académicos sin licencia del vicario. Me pareció distinguir una amenaza en su advertencia. Estoy cansado, querido Paolo, de transgredir estas normas rígidas con cada uno de mis actos.

No sé si debo buscar un acercamiento a mi Iglesia. En este lugar es tan peligroso ser católico, como calvinista. Anhele noticias tuyas.

Antes de lo esperado, encontró un pliego lacrado sobre su mesa. Al abrirlo lo sorprendió la semejanza de aquella caligrafía con la suya. Era de Ventura.

Me apresuro a contestarte para ponerte sobre aviso. El padre Pasqua me mostró el documento en el que notifican tu excomunión. Has quedado expulsado de la comunidad, de la orden y no volverás a tener el consuelo de la religión. También estás privado de las gracias espirituales, de los sacramentos y de los auxilios temporales. No puedes participar en obra o culto de la Iglesia, porque el tuyo, así lo dice el escrito, es un caso obstinado de inmoralidad y desobediencia. La sentencia sólo puede ser revocada por un obispo o por el Papa.

El padre Pasqua podría solicitar una revisión de tu caso, pero asegura que no hay posibilidades de un cambio en el fallo.

No te aflijas, buscaremos otra solución. Si es necesario, algunos hermanos y yo iremos al Vaticano a abogar por ti; son varios los que me han prometido acompañarme. No estás solo, ya veremos cómo solucionarlo.

Te quiere siempre

VENTURA.

El pliego temblaba en sus manos. «un caso obstinado de inmoralidad y desobediencia...» La furia le brotó igual que un vómito. Golpeó la mesa con el puño cerrado. Pateó el camastro hasta desbaratarlo. Su pulso acelerado le atronaba dentro de la cabeza. La paja regada por el suelo lo hizo resbalar. Para levantarse, se apoyó en un madero de la yacija y se enterró una astilla en la mano. Le costaba respirar. Se abalanzó contra sus escritos que al caer, arrastraron el tintero. Verlos manchados

lo detuvo. Intentó levantarlos pero la mano que sangraba los ensució más. Se quedó quieto mirando lo que había hecho. Sacudido por el primer sollozo, cayó al suelo.

Al cabo de unas semanas llegó la contestación de Paolo Sarpi.

Recibir noticias tuyas me sosegó. Después de tu partida cavilé sobre los motivos que habrías tenido para irte. Fray Diego de Bricio me convenció de que así debía ser: sin razón alguna. Le pregunté si volverías, y con su sonriente sabiduría me confesó no saberlo. Regresarás cuando te sea imperativo vernos.

Me indigna saber la manera en que te trataron los calvinistas. Pensaba, igual que tú, que Ginebra y los seguidores de Calvino podrían ser una disyuntiva; los consideraba posibles aliados dada su independencia de Roma. Siempre he dicho que el Estado y la Iglesia deben ser dos reinos distintos. Cada uno con su propia soberanía, defendida por sus propias armas..

Aunque me dices dónde estás y qué haces, quisiera saber más. Principalmente, sobre tus avances en el Arte de la Memoria. El tema me interesa y le dedico algo de mi tiempo. Se me ha convertido en un hábito del alma ya que, como afirma Cicerón, no existe nada más dulce que conocer e indagarlo todo.

Hace unos meses fui nombrado provincial de mi Orden. Dejé la universidad, pero en recompensa he vuelto a mis plantas. También avanzo en el pulido de cristales, cada vez estoy más convencido de su importancia. Al bruñirlos imagino cuántas hipótesis, uso esta palabra ahora tan popular, podremos comprobar. En una de

las visitas a mi protector, el duque de Mantua, conocí a un joven que se interesó en mi explicación sobre los descubrimientos a través de estos cristales. Estaba en la corte para demostrar algo que él llama oscilación isócrona del péndulo; lo descubrió observando lámparas colgantes en las iglesias y desarrolla una teoría con sus leyes propias. Por cierto, le hablé de ti.

He sabido que le siguen los pasos a la señora Franco. Trataré de atajar la temible maquinaria del Santo Oficio. Uno de los mayores pecados, por el que tenemos que avergonzarnos y pedir perdón ante Dios, es permitir la existencia de la Inquisición.

Aquí, igual que en Francia, la política nos ahoga. Sabemos que Roma se prepara para darnos un zarpazo. Recurrimos al duque de Saboya y nos negó su ayuda. Con Alemania no contamos por estar paralizada con sus propias dificultades; los Países Bajos se encuentran lejos en geografía e intereses, y Francia... tú has visto la absurda y dolorosa guerra que la divide.

No debemos confundir el objetivo ni cejar; cada uno desde su puesto, querido amigo. No olvides aquello que hemos decidido defender.

Mi cuerpo me traiciona o quizá yo lo traiciono a él. Algunas mañanas, cuando me faltan fuerzas para iniciar el día, pienso en ese vigor tuyo y con tu imagen presente, logro ponerme de pie. Quien piensa demasiado en vivir, no sabe emplear la vida. De nada sirve inquietarse acerca del día, el lugar o el modo en que nos sorprenderá la muerte.

Recuerda mi capacidad de mirar más allá de la piel de un rostro, de trascender unas pupilas para conocer

motivos y pasiones. La noche que te conocí, supe que eras uno de nosotros. No olvides que estamos aquí, siempre esperándote.

PAOLO SARPI

Preocupado por la suerte de su amiga, la señora Franco, Giordano le escribió de inmediato.

He recibido una carta de Paolo Sarpi en que me dice saber que la Inquisición la vigila. En esta cofradía de relapsos, a la que usted y yo pertenecemos, es obligación alertarnos mutuamente.

Estoy en Francia, vivo en la ciudad de Tolosa. La voz española para nombrarla es más redonda, llena más la boca al pronunciarla que la francesa Toulouse. Los tolosanos son cordiales y por cualquier motivo alzan la voz. Si se demuestra interés o se pregunta, narran una larga historia. He aprendido su lengua, la melodiosa lengua de oc, infinitamente seductora.

Esta región me gusta. En medio de sus llanuras surgen, como plegaria al cielo, inmensas rocas que el hombre ha coronado con una abadía. Uno vuelve los ojos al firmamento y comprende por qué han nacido aquí los grandes misticismos. En esta tierra, mi señora, el cielo tiene tal transparencia que se adivina la presencia de Dios.

Unos meses después de dejar Venecia, no podría precisar cuando, tuve un sueño que se repite desde entonces: estoy parado frente a un lago del que emerge una bellísima mujer. Lo hace con lentitud y a pesar de la distancia, distingo sus facciones: es Veronica Franco. El color del cabello es más dorado; los hombros, los mis-

mos. Igual es el valle entre los senos por donde se deslizan lentas gotas de agua. Aunque la imagen no surge más allá de este punto, adivino el resto del cuerpo en la transparencia del agua. Nuestras miradas se encuentran y cuando intento acercarme, no puedo moverme. Despierto atenazado por agudos dolores en las piernas, en los brazos, como si alguna fiera me destrozara.

Noche tras noche lo mismo, hasta que una mañana desperté sabiendo que esa ensoñación me enfrentaba al entendimiento de las cosas divinas. Comprendí que debía soltar las ataduras de los sentidos, deshacerme de la prisión carnal de la materia para alcanzar el gran anhelo. Hube de morir para que mi alma descifrara lo que en tu cuerpo está escrito. Gracias, señora mía.

*En los bosques, mastines y lebreles suelta
El joven Acteón, cuando el destino
Le guía por camino incauto y dubio
Tras las huellas de fieras montaraces.*

*He aquí que entre las aguas, el más bello talle y rostro
Que ojo mortal o divino pueda ver,
Púrpura, alabastro y oro fino,
Vio, y el gran cazador mudóse en caza.*

*El ciervo que hacia la espesura
Sus más ligeros pasos dirigía
Fue pronto por sus muchos canes devorado.*

*Así yo mis pensamientos lanzo
Sobre la presa sublime, y ellos, contra mí vueltos
Muerte me dan con crueles dentelladas.**

Escribí un nuevo tratado sobre la memoria. En cuan-

to el impresor lo entregue, le enviaré un ejemplar de *Clavis magna*, como lo he llamado. Sólo a usted puedo hablarle de mis avances en esa otra ciencia que tanto nos interesa: la Magia. He conocido a los *daemones*, habitantes del aire cuyo cuerpo transparente nos impide verlos. De su trato, he obtenido fuerza, aprendido a despertar realidades ocultas y a obrar maravillas.

Agradezco, una vez más, el espectáculo grandioso del que somos parte. Dios la guarde, querida señora.

GIORDANO DE NOLA

Meses después recibió la respuesta de Veronica Franco.

¡Cuánta razón tenía el padre Sarpi! Caí en las fauces de la Santa Inquisición, pero no te alarmes, no salí demasiado castigada. El asunto, aunque banal, me expuso ante esos ojos terribles.

Sucedió así: después de mandar mis pertenencias más valiosas a los empeños de los judíos del ghetto, y antes de vender las huertas que mi hermano Lunardo me regalara en la *terraferma*, tuve que dejar mi casa de Santa María Formosa. Estos son tiempos de dolor, sobre todo para una mujer que vive fuera de las convenciones maritales y religiosas.

Me mudé cerca de la iglesia de San Samuele y ya en mi nueva casa, los pocos objetos de valor que me quedaban, desaparecieron.

Aunque considero que los bienes terrenales son préstamos y no regalos, interrogué a mis sirvientes. Nadie supo qué había sido de ellos. Para enterarme de la verdad, eché mano de un antiguo ritual de hidromancia que aprendí de mi madre. Alrededor de una vasija con

agua que mandé traer de San Giovanni Nuovo, senté junto a mí a varios niños, todos impúberes, para que me ayudaran a esclarecer el robo. A poco de haber empezado las invocaciones aparecieron, mezcladas y entrecortadas por los reflejos ondulantes del agua, las imágenes de Bortola y Vanitelli, mis sirvientes. No había duda. Antes de haberlos denunciado, alguien mandó una acusación al Santo Oficio diciendo haberme visto hacer encantamientos heréticos en mi propia casa. A los pocos días fui citada ante el tribunal de la Santa Inquisición. El juicio terminó un mes más tarde, al demostrar la culpabilidad de mis sirvientes. Pude volver a mi casa gracias al inmenso poder de mi protector, quien logró que se olvidaran los cargos de herejía.

¿Que si tuve miedo? Aquella mañana, cuando caminaba rumbo al Santo Oficio iba tan exaltada, tan enardecida por ser a mí, a la víctima del robo a la que citaran y no a los ladrones, que me olvidé del temor. Luego hubo noches en que temí por mi vida. Al ver que pasaba el tiempo y seguía encarcelada, sin saber de mis amigos, tuve mucho miedo. ¿Y si todos me olvidaban? Me parece oír tu voz recomendándome cautela. Ten por seguro que, de aquí en adelante, seré precavida.

Sin embargo, querido maestro, la vida también tiene sus dulzuras. A poco de esta desventura, supe que estaba en Venecia Michel de Montaigne, famoso literato del que mi protector me había hablado en varias ocasiones y, pensando que podría ser buen juez de mis escritos, le envié mis *Lettere familiari a diversi*. A los pocos días recibí una nota. En ella me decía que su majestad el rey Enrique III, le había hablado de mí, que sería un honor

llevarse mi obra a Francia para leerla con tranquilidad y darme su opinión. Espero impaciente la respuesta del señor Montaigne.

Te envió un ejemplar, no para una apreciación literaria, sino para que me lleves cerca de tu corazón. No olvido al hombre de extraña sabiduría que conocí una tarde aquí, en mi querida Venecia.

Siempre tuya.

P.S. A poco de recibir tu carta, encontré en el salón de mi protector a Giovanni Moro, nuestro oratore en la corte del rey Enrique III. Le hablé de tu filosofía durante toda la velada. Cuando nos despedimos estaba deseoso por conocerte. Si vas a París, búscalos. En él tienes otro seguidor.

Contraviniendo las disposiciones de su orden, el mes de octubre de 1580, Giordano Bruno obtuvo el título de Doctor en Arte otorgado por la universidad de Toulouse.

Cerco de esa fecha recibió una misiva de Ventura.

He dejado pasar los días para reunir fuerzas. Más que nunca quisiera ser como tú, tener tu determinación. Pero no es así, tú eres Giordano y yo Ventura. Por lo tanto, obedeceré. Guido, Alfonso y yo, por hablar la lengua castellana, debemos partir dentro de seis meses a la Nueva España. He suplicado ser exonerado de tal obligación. El padre Pasqua, al verme tan abatido, me dio su palabra de que será por unos cuantos años.

No puedo cruzar la mar para ir a predicar nuestra fe. Dios me perdone por decir esto: mi fidelidad es contigo, antes que con nadie más. No puedo dejarte sabiendo que corres peligro.

He llegado a pensar que me alejan para que estés solo, sin amigos. Montalcino sigue odiándote. En varias ocasiones lo he sorprendido husmeando entre mis papeles. No dudo que haya sido él quien sugiriera mi nombre para esta encomienda. Como ves, ahora sospecho y veo enemigos en todas partes. Me atormenta la idea de partir.

¿Vendrías conmigo? No te embarcarías como miembro de la Orden de los Predicadores, pero sé en qué fecha y en qué barco zarpamos. Me alcanzarías en Sevilla; tengo dinero suficiente para pagar tu pasaje. Por favor, ven conmigo.

VENTURA.

P.S. Olvidé decirte que ahora mi nombre es Tomam de Nápoles, lo tomé en recuerdo de tu admiración por Santo Tomás

Giordano respondió sin tardanza.

El cambio que con mayor dificultad acepté en Ginebra, fue dejar mi nombre. Filippo me resultaba ajeno a pesar de haber sido mi primera morada, la guarida inicial de mi alma. ¿Cambiar de nombre significó alterar el destino? Aunque para mí siempre seas Ventura, encara el mundo como Tomam de Nápoles. Alcanzo a verte desde aquí, tan alto, tan hermoso. Ahora tan sabio. ¡Lo que diera por abrazarte!

No sé cuántas veces he leído tu carta antes de responderla.

Amadísimo bienaventurado, vete tranquilo. Enfrenta tu propia suerte. Ahora piensa en ti, cruza el mar y vive esa vida que te espera.

¿Irme contigo?

La tentación es grande. ¡Tú y yo en un mundo nuevo!

Mirar a mi alrededor me atemoriza. No sólo el hombre ha diezmado con sus guerras este país, ahora también la Naturaleza se ensaña. Terremotos en el norte, inundaciones en el sur. En el cielo brilla un nuevo cometa al que culpan de lo que sucede. En cuanto cae el sol salgo a buscarlo. Verlo allá, ardiendo solitario, me produce una inmensa nostalgia. Quizá porque me siento igual a él, los dos ardiendo en un mismo fuego. Me pregunto si volviera a pasar frente a nosotros, ¿quién estará para verlo? Saberlo fugaz aviva mi semejanza con él.

¿Irme contigo?

Conoces mi respuesta. Debo quedarme aquí, rodeado de toda esta muerte. Sin embargo, me atrevo a pedirte que cuanto mires, lo mires por los dos. Hazme conocer eso que nunca veré.

No te olvides de mí.

Tu hermano

GIORDANO.

Las noticias de la guerra llegaban constantemente. Las batallas, semejantes a la marea, se acercaban y alejaban de la ciudad. A cada embate algún profesor dejaba la universidad. Giordano se negaba a partir, ya había logrado hacerse un espacio en la universidad, pertenecía a la Academia de Palacio, sociedad literaria cuyos miembros lo respetaban como hombre de saber. Continuó impartiendo cátedras y mantuvo su amistad epistolar con Paolo Sarpi.

Mucho te he hablado de mi hermano Ventura, a quien tanto le debo. Enseñándole lo que sabía, afirmé y entendí buena parte de mi conocimiento. Ahora escribo añorando a mi querido escucha, y como he de seguir sin el espejo de su mirada, te pido ser el recipiente de mis ideas.

A lo largo de estos meses he ordenado una serie de conceptos, especulaciones e intuiciones que reúno bajo el nombre de Filosofía Nolana. Tú podrás decirme, después de leerlos, que no todo es original. Considero que la mía, alejada de las convenciones que nos ahogan, es una nueva mirada e interpretación de las enseñanzas de la antigua filosofía, muy especialmente, de estoicos y presocráticos. He revisado estas ideas hasta el agotamiento. Algunas necesitan más horas de meditación, no para variar el concepto, sólo para afinarlo.

Así, la Filosofía Nolana proclama que el Universo está vivo, que posee una mente inmanente y todo fluye en él. Es infinito, no tiene bordes ni límites. No tiene superficie, circunferencia, centro o figura. Tampoco es sólido. No hay vacíos absolutos ni dentro ni fuera de él. Es un todo que no necesita de un motor para moverse. Es inamovible, sin embargo, dentro de él todo está en constante movimiento. De él emana constantemente nueva materia en la que no existen jerarquías. Es homogéneo e isotrópico: su aspecto es idéntico visto desde cualquier punto de la tierra. No tiene principio ni fin en el tiempo. No hay un tiempo absoluto. En el Universo, el número de tiempos corresponden al número de cuerpos celestes. La materia del Universo está hecha de espacio, éter, átomos y luz.

Existen mundos innumerables. Estos soles y planetas son finitos y se mueven libremente en el espacio. El sol es una estrella y las estrellas son soles. Además de los planetas visibles, debe haber otros invisibles que giran alrededor del sol y que nosotros no vemos dado su tamaño y la distancia a la que se encuentran. Mientras más lejos se hallen del sol sus órbitas son mayores. En todos ellos habitan seres vivientes. La tierra es semejante a estos otros planetas. No es una esfera perfecta.

Hay un alma del Universo. El Universo es uno porque tiene un sólo principio inmanente, semejante al alma humana, principio unificador de todas las partes del cuerpo. Encontramos esta alma del Universo en todo; no hay un corpúsculo, por pequeño que sea, que no esté animado por él.

También existe el intelecto universal, principio de organizada complejidad: Mente, Dios, Ser, Uno, Verdad, Fe, Razón, Orden. El agente que gobierna, ordena y dirige el Universo completo, es el intelecto del alma del Universo que es causa, principio y uno. Aun así, el Universo no es ni completo ni perfecto; quizá nunca llegué a alcanzar estas cualidades.

La forma y la materia: activos y pasivos principios metafísicos de toda realidad física son inseparables, infinitos, eternos e indestructibles. Las formas proceden del infinitamente fecundo seno de la materia animado por la única forma que es el alma del Universo. Todas las formas infinitas del Universo están sujetas a transformaciones. Todas las formas de la tierra están incessantemente cambiando de la misma manera que todos los cuerpos son transmutables. Los átomos son las par-

tículas más elementales de la materia, poseen el principio del movimiento y estos movimientos producen infinidad de combinaciones que dan lugar a innumerables formas.

Enfrentaré las consecuencias que produzcan mis ideas. No daré paso atrás en mis afirmaciones contrarias a los principios aristotélicos: contradigo que hubo un único acto de creación que produjo, de la nada, un universo completo de formas inmutables. No hay jerarquía en el cielo, ni el sol ni la tierra tienen privilegios sobre los demás cuerpos celestes del infinito Universo, como tampoco hay diferencia entre el mundo sublunar y el supralunar. La última esfera de estrellas fijas es una ilusión.

Para comprender esto he andado como forastero en el Universo.

GIORDANO BRUNO NOLANO.

Cuando Giordano se enteró de que Montauban había sido tomada y la siguiente plaza podría ser Toulouse, no le quedó más que marcharse a París. Partió con Raffael Egli, su alumno predilecto. En pocas jornadas atravesaron las tierras del sur y llegaron a la costa sin ningún contratiempo. En el estuario del Garonne se detuvieron; de allí en adelante los puertos estaban sitiados por las tropas del rey. Tuvieron que decidir entre volver al Ródano y subir a París por caminos seguros, o atravesar los campos ocupados. Para ahorrarse leguas resolvieron seguir por entre los soldados. La mayoría de los hombres eran mercenarios que, en espera de tomar el fuerte de La Rochelle, pasaban el tiempo bebiendo.

Casi salían del campamento, cuando Giordano oyó que al-

guien lo llamaba. Se volvió en dirección de la voz. A lo lejos, un hombre lo saludaba con la mano.

—¿A dónde vas? —escuchó a pesar de la lejanía.

—A París —respondió, sin saber con quién hablaba.

—Adelante, ¡vas por buen camino!

—¿Quién es? —preguntó Raffael.

—No estoy seguro... me pareció Ulrico Nietz, un lansquene-te..., lo conocí en Génova.

A poco andar Giordano se desnudó. Raffael lo miraba sin comprender.

—Tarde o temprano nos toparemos con los hugonotes, no puedo ir con el hábito a manera de estandarte. Es como ir pidiendo que nos despellejen.

Se puso una camisa, un jubón de su alumno, se subió la botas y emprendieron la caminata a través de los pantanos. Legua tras legua de agotadora marcha. Hundían un pie, luego el otro, para quedar en el mismo lugar. El calor ondeaba la línea del horizonte.

Al atardecer vislumbraron la muralla de un burgo. El hambre y la fatiga los hicieron apurar el paso. Raffael fue el primero en brincar el puente a medio izar. Conozco ese hedor, pensó Giordano al trasponer la puerta. Ni perros ni gansos para ahuyentar a los extraños; sólo ratas

ventradas corriendo con dificultad entre las piedras. Entraron en una casa: las paredes calcinadas por la quemazón no cobijaban a nadie, la rueda destrozada no volvería a devanar.

Desde la ventana, entre la grisura del atardecer, se veía un sinfín de chimeneas apagadas. En el silencio escucharon un golpe sordo que se repetía una y otra vez.

—¡Hay alguien afuera! ¡Ven!

El muchacho se fue tras él. Guiados por el golpeteo llegaron a un cobertizo.

—¡Una vaca! —exclamaron al mismo tiempo.

—¡Debe tener leche! Busca un cubo, maestro. Yo la ordeñaré.

La vaca mugía, agradecida, conforme se le vaciaba la ubre. Tomaron la leche a tragos rápidos y atropellados.

—Prefiero dormir en el bosque —admitió Raffael.

Al cruzar el puente para salir, Giordano se percató de que el olor dulzón era más intenso después del calor del día.

Escogieron un roble ancho para dormir debajo. Con las primeras luces del alba Giordano hizo un intento por incorporarse, pero el cansancio lo dominó y volvió a quedarse dormido. Soñaba que alguien lo llamaba cuando lo despertó el grito de Raffael. De pie junto a él, su discípulo miraba hacia arriba. Levantó la mirada en la misma dirección. De las ramas de los árboles pendían hinchados, ennegrecidos por el sol, los cuerpos de cientos de hombres. Las palabras con que intentaba tranquilizar a su discípulo le sonaban ajenas.

—Vámonos— se oyó decir.

Al buscar el fardel se percató de que lo había dejado en el establo. Corrieron juntos colina abajo, cruzaron el puente y recogieron sus pertenencias. La vaca había salido por la puerta que dejaran abierta. A toda prisa hicieron el recorrido de vuelta.

Giordano fue el primero en verlos. Se volvió para detener a su discípulo y evitarle mirar aquello, pero él ya señalaba el foso. Los cuerpos de las mujeres y los niños que habían vivido en el burgo flotaban en el agua. Algunos cadáveres quietos, otros, con movimientos súbitos producidos por la putrefac-

ción, en una lenta y macabra danza, parecían disputarse la superficie para completar su descomposición de cara al cielo.

Giordano dudó de que Raffael pudiera saltar en el estado en que se encontraba. Desde la orilla del puente lo empujó. Después brincó empleando toda su fuerza para no caer en el foso.

No hablaron el resto de la jornada. En la noche, al resguardo de una ermita, mientras comían las bayas que habían recogido por el camino, Raffael preguntó:

—¿Eran católicos?

—¿Acaso importa? No hay fe que justifique esa matanza.

Terminaron la exigua colación y cada uno buscó dónde dormir. Cerca de la medianoche Giordano despertó sobresaltado; le tomó un rato reconocer en aquel murmullo los sollozos apagados de su amigo.

Salió de la ermita hasta asegurarse de que su discípulo dormía. Al volver, Raffael lo saludó con su buen humor habitual; por respuesta obtuvo un gruñido. Giordano tomó el fardel y echó a andar cuesta abajo. Llevaban un rato caminando cuando empezó a hablar:

—¡Terror y muerte en el nombre de Dios! ¿Cómo puede un hombre que se ha visto en el fondo de otras pupilas, destruir a un semejante? Estan contruidos de la misma manera, y lo degüella. ¿Cómo puede? te pregunto. ¿Qué lo lleva a transformar el milagro de la vida en un pedazo de carroña? ¿Cómo puede? ¿Cómo? ¡Lo hace en nombre de la fe! Esos asesinos,

¿esperan la absolución? ¿Existe un sacerdote capaz de otorgarles el perdón? Y repiten que el hombre fue creado a Su imagen y semejanza ¿Viste a Dios en aquella podredumbre? ¡Contesta! No seamos sus cómplices, que no nos arrastren a ese infierno —gritaba—. No los dejemos apagar el sol con su odio. ¡No! No nos hagamos tan despreciables como ellos. ¡Dando muerte jamás seremos dignos!

Su voz se apagó hasta que la sed reseco su garganta. Los campos ardían bajo un sol que parecía incendiar el mundo entero.

Aquel no fue el único poblado que vieron arrasado. Las villas incendiadas atestiguaban un pecado que condenaría a los hombres por toda la eternidad.

Giordano Bruno llegó a París a finales del verano de 1581, tenía treintaitrés años. Ya era conocido en ciertos círculos filosóficos.

Consiguió una cátedra en la Sorbona gracias a su título de Doctor en Artes de la Universidad de Toulouse; Raffael continuó su instrucción en la escuela de medicina. Se alojaron en una posada de la Rue de l'Arbre sec. Aunque se refugiaron en lo cotidiano para apartar las imágenes de la guerra, pasó tiempo antes de que Raffael no despertara con su propio grito cuando soñaba ser parte de una procesión de cuerpos putrefactos.

Las lecciones que Giordano dictó en la universidad de París fueron sobre los atributos de Dios, como los explica Tomás de Aquino.

—Si nos preguntáramos, ¿qué es Dios?, la única respuesta verdadera la obtendríamos de Él en forma de revelación, como un imponderable acto de gracia. A los atributos divinos no se llega ni por conocimiento ni por meditación humana, sólo se conocen cuando Él, libre y magnánimo, se muestra a su creación.

Los estudiantes lo seguían atentos.

—Ahora bien, comprendo que todos los atributos son uno y el mismo en la Deidad y, junto con los teólogos y los más

grandes pensadores, concibo tres atributos: poder, sabiduría y bondad; o, mente, comprensión y amor. Las cosas son a través de la mente, y son ordenadas y diferenciadas a través del intelecto; se hallan en armoniosa proporción a través del amor universal, en todo y por encima de todo. No hay nada que no resplandezca en el ser, de la misma

manera en que nada es hermoso sin la presencia de la belleza; por lo cual nada puede existir

hallándose apartado de la presencia divina. Pero las distinciones en la Divinidad son hechas mediante el método del pensamiento discursivo y no son realidad. *

Horas después, los teólogos de la universidad estaban al tanto de su peculiar manera de enseñar.

Los lectores de la Sorbona tenían la obligación de asistir a misa. Giordano tenía vedado participar en la celebración por ser apóstata. A los decanos no les pasó desapercibida su ausencia. Las razones que arguyó el nuevo lector para no asistir, les parecieron poco creíbles. Decidieron vigilarlo de cerca.

Raffael entró en el aula seguido de una veintena de estudiantes.

—¡Maestro, por favor, enséñales lo que puedes hacer! Nadie me cree...

—¿Qué les has contado?

—¡Les hablé de tu memoria! ¡Demuéstrales que es verdad lo que digo!

Giordano puso un libro sobre la mesa, lo abrió a la mitad y fue pasando lentamente las hojas.

Lo cerró de golpe y recitó página tras página.

Los alumnos seguían sus palabras en el texto. Al terminar lo

miraron atónitos. Le pidieron repertir determinadas páginas. En ninguna falló. Entusiasmados, exigieron conocer el truco.

—No hay engaño, es trabajo. Arduas horas de trabajo.

A partir de entonces, volvieron cada noche para aprender sus métodos mnemotécnicos. Tal notoriedad le provocó mayor hostilidad por parte de los “doctores aristotélicos”, a quienes disgustaba que aquel napolitano enseñara a los alumnos el arte combinatorio de Lulio, filosofías heréticas de autores griegos, cábala judía.

Raffael invitó a Hans von Nostitz, noble alemán condiscípulo suyo, a escuchar la lección del maestro Bruno. Una sola lección, fue suficiente para convertirlo en su fiel seguidor. Años después publicaría en Silesia: *El artífice según Aristóteles. Lulio y Ramus expuestos por Hans von Nostitz, genuino discípulo de Giordano Bruno.*

Giordano salía rodeado por un enjambre de discípulos, cuando fue abordado por un caballero que se presentó como Giovanni Moro, Orador de la República de Venecia en el reino de Francia.

—Me atrevo a presentarme así por el entusiasmo con que nuestra mutua amiga, la señora Franco, me habló de usted. Quise saludarlo al enterarme de que estaba en la Universidad de París. El decano que me habló de usted mencionó sus lecciones...

—¿El comentario fue favorable?

—No...

La carcajada del nolano lo sorprendió.

Giordano aceptó el vaso de vino que el Orador propuso tomar en alguna taberna de los alrededores de la universidad.

Los estudiantes que iban y venían por las calles, con sus togas negras y su griterío, le recordaron a las golondrinas que volaban a ras del suelo por las plazas napolitanas, para luego elevarse y desaparecer hasta el día siguiente. Por la Rue St. Jacques dejaron atrás el barrio que tomaba su nombre del idioma latino que hablaban los estudiantes. Era tanto lo que querían saber uno del otro, que se olvidaron de la taberna y caminaron varias horas por la ciudad.

—Se dice que los embajadores venecianos conocemos mejor al rey que su propia madre... La frase se destacó como pez que brinca fuera del agua.

Galeazzo Caracciolo le había hablado de las mermeladas y los orinales de Carlos V, pero no era eso lo que quería conocer de un monarca. Estaba convencido de que sólo un gobernante con poder sobre su pueblo y ascendencia entre los demás príncipes, sería capaz de instaurar su religión de la mente. Y Giovanni Moro, por lo que contaba, estaba tan cerca del monarca que lo conocía «mejor que su propia madre.»

Al despedirse, Giordano sabía que el rey de Francia era hijo de Enrique II y Catalina de Medicis, última descendiente directa de la familia florentina. Durante los primeros años de matrimonio, Catalina no había tenido hijos; decían las malas lenguas que había quedado encinta hasta que el soberano escuchó el consejo de su amante, Diane de Poitiers: «Es necesario que el rey duerma con la reina para continuar el linaje en Francia.» Después de la recomendación, a lo largo de once años, la reina había tenido diez hijos. Cuando Enrique III subió al trono, había grandes esperanzas de que reinara la paz. Sus hazañas guerreras hacían pensar que sería el gobernante que Francia necesitaba. Sin embargo, resultó imposible salvar el país al que habían sumido en el caos y la bancarrota las dos facciones que hacía años luchaban por el poder.

A partir de entonces, Giovanni Moro y Giordano se reunieron para hablar de infinidad de cuestiones. Ya fuera que pasaran la velada en una taberna o paseando por las calles, Giordano propiciaba que la charla recayera en el soberano y Moro, respondía a todo lo que preguntaba acerca del monarca. De esa manera nació otra de las amistades que lo acompañarían a lo largo del tiempo.

Las columnas del patio de la universidad segaban la luz de la mañana manteniendo entre sombras largos trechos del corredor; en las zonas iluminadas la claridad exaltaba las formas. Giordano se dirigía a su aula pensando que el tiempo que le tocaba vivir era semejante a ese juego de obscuridad y esplendor.

Se sorprendió al ver a Giovanni, a semejante hora, acercarse por el corredor.

—El rey te recibirá mañana —le dijo sin mayor explicación.

—¿Qué dices?... ¿Por qué?

—El rey te espera en el Salón de las Audiencias mañana por la tarde. Le han hablado de tu memoria y quiere conocerte; también sabe de nuestra amistad, por lo que me “sugirió” que viniera a invitarte. Te advertí que su sistema de espionaje es extraordinario. Ojalá no me haya buscado, a esta hora todos debemos estar disponibles.

—¿Quién le habló de mí?

—Lo ignoro. Sé puntual.

—¿Cómo entro al palacio?

—Di que vas a ver al duque de Guisa, es mejor contraseña que mencionar al rey. Giovanni se alejó entre franjas de luz y sombra.

Giordano se detuvo a la vista de los centinelas. Se pasó la mano, inusualmente húmeda, sobre la barba y sacudió el polvo del borde de la capa. Cuando les dijo que Enrique de Guisa lo esperaba, los guardias suizos se hicieron a un lado.

Cruzó el puente, traspuso la puerta y siguió por un pasillo que lo llevó a un patio con cuatro entradas. Su instinto meridional se impuso, y escogió la del sur. A poco andar escuchó risas femeninas.

El perfume llegó antes que ellas; después gasas, plumas, siseo de tafetas. Las jóvenes al verlo, se murmuraron palabras al oído y rieron. Entre todas, se distinguía una al centro. Su cabello negro contrastaba con la piel de su rostro de un blanco casi sobrenatural. Sus ojos, también negrísimo, se detuvieron en los de Giordano, en tanto él, muy quieto, miraba sus labios, la opulencia de los pechos, la esbeltez del talle acentuada por la forma del vestido.

—Busco el salón donde recibe el rey... —atinó a decir.

—Síguenos, ¡de prisa! Estamos retrasadas.

Las perdió a pesar de ir tras ellas a buen paso. Evitó correr para no llegar sin aliento. El rastro perfumado lo llevó hasta la Sala de las Audiencias.

En el centro de la estancia, recostado en un sitial cubierto por un baldaquino de terciopelo azul, bordado con flores de lis, el rey charlaba con varios jóvenes que revoloteaban a su derredor. Cerca de él, estaba la dama que había encontrado en el pasillo.

Quizá sea Margarita de Valois.

Estar en la corte sin ver a Margarita de Valois, es no haber visto Francia, había asegurado Giovanni. En ese momento la joven secó, con gracioso movimiento, una gota de sudor que se deslizaba entre los rizos de su nuca. Como por casualidad,

se volvió hacia Giordano esbozando una levísima sonrisa y guardó el pañuelo en el escote.

Las luces, los colores, los adornos de la estancia, Giordano todo lo miraba con avidez para guardar ese instante en su memoria. Desde esa primera visita al palacio se percató de que tras los cortinajes se desarrollaba una historia paralela a la que transcurría en la sala.

El rey se puso de pie y caminó entre los asistentes. Se detenía frente a unos; a otros, les dirigía algunas palabras sin dejar de darse aire con un abanico de plumas.

Sus enemigos lo tachan de afeminado —le había confiado Giovanni—, de caprichoso, débil, cruel, traicionero. Aun si fuera cierto, es un personaje fascinante. Él y su hermana Margarita ejercen esa misma atracción. En ella es irresistible; en él, intimidada.

Giordano lo seguía con la mirada. Los *mignons* no se alejaban ni un paso de él.

—¿Quiénes son esos *mignons*? —había preguntado a Moro cuando los mencionara.

—Jóvenes a los que Su Majestad selecciona, dependiendo de la nobleza de cuna, para su guardia personal. Los recluta según su habilidad con la espada, su ingenio y valentía.

—Su madre lo adora —había dicho Giovanni en otra ocasión—, siempre ha sido el preferido. Como nunca se cuidó de disimularlo, sus hermanos lo aborrecen. A los dieciséis años, pasando por encima de los mejores militares de la corte, Catalina lo convirtió en Teniente General del Reino. Imberbe, aún, peleó y fue el héroe de dos batallas, pero no tiene alma de soldado. Ansía la paz para delegar sus obligaciones monárquicas y dedicarse a legislar, a los estudios que interrumpió al partir a Polonia. Considero que en Europa no hay estadista más

brillante que él. Por desgracia la vieja reina le aconseja cómo manejar, la corte, la diplomacia y la cocina.

Tiempo después, la propia Catalina le diría al maestro Bruno, a manera de justificación por ese amor desmedido: es como yo, es el más florentino de mis hijos. Me recuerda mi tierra, mi gente... Me hace olvidar las humillaciones que he sufrido aquí.

Al ver que el monarca se aproximaba a Giordano, Moro se acercó para hacer las presentaciones. Como una exhalación, por la mente de Giordano emergió el recuerdo de que ese hombre había pasado tres noches al lado de Verónica Franco. También notó el parecido entre Enrique y su hermana. ¡Era sorprendente! La misma piel de plata, el mismo color de cabello y aquellos ojos que, por mirar con una mezcla de tristeza y lujuria, sorprendían por su audacia. Lo escuchaba hablar la lengua toscana, veía el movimiento de sus manos, percibía su respiración. Si se atreviera, podría tocarlo.

Aquí estoy al fin. ¡Frente a un monarca!

De aquella tarde que recordó toda su vida, diría, el 30 de mayo de 1592, frente a los inquisidores romanos: El rey Enrique III me hizo llamar un día preguntándome si la memoria que tengo y que profesaba era natural o por arte de magia, a lo cual di satisfacción y lo que dije lo probé allí mismo para que viera que no era por arte de magia, sino por ciencia. *

Lo que se guardó de decirles a los miembros del Santo Oficio fue el resto de la conversación.

—A través del Arte de la Memoria se logrará una reforma religiosa... no sólo refuerza la memoria —se oía hablar atropelladamente por saber que no volvería a tener esa oportunidad—, también abre el camino a la invención de muchas facultades, permite leer en el gran libro de la Naturaleza los signos grabados por la mente divina...

Enrique levantó la mano ensortijada y le rozó los labios con el índice.

Giordano, aterrado, sintió que su corazón se detenía: había hablado demasiado.

—Regresa mañana.

Al día siguiente lo vio en la misma sala. Sentado bajo el baldaquino el rey escuchaba a las personas que se acercaban a él. Esperando su turno, Giordano recordó otra parte de la historia contada por Giovanni: Hace unos años su guardia personal estaba formada por otros jóvenes. Una tarde de abril, cuando aún caían las últimas nevadas, emprendieron un duelo entre ellos. Uno quedó tendido en la plaza; el otro, murió a los pocos días. Jaques de Lévis, conde de Quèlus, el preferido del monarca, agonizó a lo largo de treinta y tres días, en los cuales el rey no se separó de su lecho. Invasado por la pena, ofrecía inmensas fortunas a sus médicos a cambio de que lo salvaran. Nadie lo logró. Quèlus, cada vez que recobraba la conciencia, se aferraba a la mano de su protector murmurando muy quedo: «Ah, mi rey, mi querido rey». Al morir, el soberano cortó uno de sus rizos; hasta ahora lo lleva en un relicario cerca de su pecho. Si Enrique ama algo, lo ama hasta el fin.

No había pasado mucho tiempo, cuando el monarca se levantó con dificultad para salir de la habitación apoyado en un mignon. Otro jovencito dijo a Giordano decirle que Su Majestad lo esperaba en la cámara real.

—Si ves que te hago una seña, dejas la habitación en cuanto te sea posible. Nuestro señor está cansado y tiene mucho dolor, no sé por qué insistió en verte. Sígueme.

El tono, que distaba de ser amigable, evitó que preguntara qué dolencia aquejaba al rey.

Corredores, puertas que no se veían hasta traspasarlas; luego la Gran Escalera hacia las habitaciones reales. Recostado sobre pieles, el monarca sostenía en la mano un pañuelo manchado de sangre.

—Te mandé llamar porque me gustó el ímpetu con el que dices tanto desatino. Giordano sintió cómo se le encendía el rostro.

—Pido una disculpa por haber importunado a Su Majestad... —murmuró Giordano.

—Si me hubieras molestado estarías en un calabozo —con una mueca de dolor se llevó el pañuelo al oído—. Primero supe de tu memoria, más tarde, algunos profesores de la universidad se quejaron de tus enseñanzas. Quiero saber quién eres.

—Nací en Nola. A los diecisiete años entré al convento de San Domenico Maggiore, en Nápoles...

—No pregunté qué has hecho o dónde has estado, sólo dime quién eres.

Aunque se esforzó por apaciguar el relámpago de ira, en su voz había un tono iracundo al responder.

—Si Copérnico es el ocaso, Giordano Bruno es el sol de la Nueva Era. En mi filosofía hablo de un Universo infinito con mundos innumerables, digo que la Tierra no ocupa el centro de ese Universo, las estrellas no están fijas, se mueven eternamente en un Cosmos vivo. La reforma que propongo se dará en la mente...

—¡Confuso y extravagante! —lo interrumpió el soberano—. Confuso, por exceso de inteligencia, y extravagante..., quizá por ser italiano.

—Todos los beneficios fluyen de los príncipes, al igual que de una fuente generosa He venido a París en busca de vuestra mano pródiga.

—¡Vaya! también osado. Mencionaste una reforma religiosa ... —murmuró Enrique al llevarse de nuevo el pañuelo al oído y cerrar los ojos.

—Hablo de la unificación que restaure la Época de Oro.

—La reforma religiosa es lo que ha convertido a mi país en un cementerio.

—Se le ha dado ese nombre a una locura sanguinaria que se extiende por toda Europa. La fe no se impone con sangre.

El rey cerró los ojos. Giordano se puso de pie al ver que le ordenaban salir.

Al dejar el palacio, le vino a la memoria una frase dicha por Giovanni: Se asegura que el aceite con el que consagran a los monarcas franceses bajó en una ámpula del cielo, lo cual les da una cierta santidad.

La lluvia se estrellaba desde temprano contra las ventanas de la hostería. Cada vez que alguien entraba, el viento se colaba entre los abrigos colgados cerca del vestíbulo haciéndolos hincharse, revolotear llenos de vida; al cerrar la puerta, volvían a su letargo.

Giovanni Moro dejó la capa cerca de la estufa, pidió un vaso de vino y fue a sentarse junto a Giordano, que escribía en una mesa alejada del gentío.

—El rey me ha dicho quién le habló de ti —le anunció, entusiasmado—. Verás, algunas mañanas, Miron, el médico real, después de revisar a Su Majestad, le muestra dibujos de los monstruos que recientemente han nacido en su reino: criaturas unidas por el vientre o por las caderas, con hocico de liebre, con dos cabezas o ninguna. Existe la orden real de que el barbero o partera que tenga noticia de estos alumbramientos,

debe notificarlo y mandar una descripción precisa. El rey las atesora.

—¿Qué le atrae de los monstruos?

—Alguna vez dijo que intenta esclarecer si esas criaturas deformes son voluntad divina o el triunfo del Maléfico. Ayer, mientras examinaba el dibujo de una niña con un abultado apéndice en medio del pecho, me dijo: «Hablando de prodigios, señor Moro, ¿por qué no había mencionado la memoria privilegiada de su compatriota?» Para darme tiempo a pensar en una respuesta que no desatara su ira, tomé la lupa y me acerqué a la imagen. Es otra cabeza, dije sorprendido. Así es, señor Moro. Pierre Asselineau, quien me informó del napolitano, me ha contado que esos ojillos se abren y cierran. Por la boca sale un gruñido de fiera cada vez que la niña llora. Dicho eso, me dirigió esa mirada tan temida por quienes lo conocemos bien. «Tuvo que venir Asselineau desde Venecia, especificó, para que me enterara de que en la universidad, a unos cuantos pasos de aquí, había un italiano con una memoria portentosa». Ahora cómo me salvo de ésta, pensé. La diosa fortuna me aconsejó decirle lo había callado para que Su Majestad disfrutara de dos presentes al mismo tiempo, Giordano Bruno y la imagen del fenómeno. Al oír su carcajada sentí que el corazón me latía de nuevo. «Una vez más lo ha salvado su diplomacia», replicó al dejar de reír. Después se quedó serio, y en uno de esos momentos de confianza, cada vez más escasos, me dijo: «Temo y admiro ese poder de los italianos que radica en la memoria».

—Pero seguimos sin saber quién es Asselineau y por qué me conoce.

—Sé que es amigo cercano de Paolo Sarpi...

—Posiblemente él le habló de mí.

—Asselineau estudió medicina en Padua, al mismo tiempo que Sarpi. Fue llamado a la corte por tener un buen método curativo que esperan ayude a Su Majestad...

—Se necesitaría un milagro para sanar de sus impúdicas enfermedades a ese incestuoso — dijo el posadero quien había escuchado parte de la plática al dejar nuevos vasos de vino sobre la mesa.

—¿A qué se refiere? —preguntó Giordano.

—El monarca tiene algunos padecimientos que nadie ha podido sanar. Una llaga debajo del brazo y la fístula en el oído, le supuran constantemente debido a la tuberculosis. No falta quien diga que es mal de Nápoles porque su abuelo, el padre de la reina Catalina, murió de esa enfermedad. Sus enemigos han propalado la historia de que él la heredó; afirman que ésa es la razón por la que ninguno de los Valois ha tenido descendencia.

—También lo llamó incestuoso.

—Habladurías de viejo... El rey siente celos de los hombres que enamoran a su hermana — aceptó Giovanni—. Dicen que ha matado a más de uno. Una noche presencié una terrible escena en el salón de los embajadores. Su Majestad estaba especialmente cariñoso con Margarita hasta que llegó el duque de Guisa. Margarita y *Caracortada*, como lo llaman por tener una cicatriz en la mejilla, cruzaron miradas, se murmuraron palabras al oído. Enrique, al verlos, se abalanzó sobre su hermana, la tiró al suelo y levantándole la falda nos mostró la huella que él mismo le había dejado en un muslo. Cuando Francisco, el hermano menor, quiso defenderla, Enrique arremetió contra él. Los llamó traidores; a ella le reclamó haberlo sacado de su cama para aceptar a Francisco. Rodaron por el suelo liados en la falda de Margarita. Hubo que llamar a la guardia para separarlos.

—¿Aún así afirmas que son infundios?

—Además de la lealtad absoluta a mi duque y a mi patria, siento un gran respeto por el rey de Francia. Nunca repetiré como verdades, las infamias que se dicen de él. Te he contado esto para explicarte porqué el posadero lo llamó incestuoso, de otra manera nunca hubiera mencionado el incidente.

Giordano no pudo más que admirar la defensa que el veneciano hacía del rey de Francia.

—Enrique de Valois es un hombre complejo y no deben mencionarse sólo sus debilidades. Lo considero un gran orador y magnífico estadista, inteligente, audaz, innovador —Giovanni quedó en silencio, dudando en continuar—. A pesar de estar rodeado de sus *mignons*, el rey se siente solo. Varias veces ha mencionado lo valioso que sería para él tener alguien en quien confiar. Un amigo que lo guiara sin ningún interés. Ni un ministro todopoderoso, ni un gran señor. Alguien sin título, sin pertenencias, libre. Un hombre sabio.

La noticia de que el rey lo había recibido en la audiencia vespertina, se esparció con rapidez en la universidad. El rumor sirvió para mitigar el asedio de sus opositores. A partir de entonces, Giordano impartió sus lecciones con mayor libertad.

Sin considerar que Giordano hablaba ante un aula colmada de discípulos, el paje se acercó a decirle que el monarca lo mandaba llamar.

—¿Cuándo debo presentarme?

—Tengo la orden de llevarte conmigo.

La sala de lectura se esfumó. Su mente se aferró a una realidad única: el monarca quería verlo. La sensación era parecida al terror.

Recorrió las calles tras el paje pensando en las innumerables ocasiones que imaginara estar frente a un gobernante, qué le diría, de qué manera. Salió de aquel estado de expectación hasta ver al monarca riendo con Chicot, su bufón preferido. El rey se volvió hacia él y con la risa en la voz, le ordenó decir algo que lo entretuviera.

A partir de aquella tarde las visitas al palacio del Louvre se hicieron frecuentes. Giordano esperaba ansioso, atisbando desde la ventana de su aula, que apareciera el paje a conducirlo al palacio real.

A Enrique III le atraían las ciencias ocultas. Ese gusto lo heredaba no sólo de su madre, con su desmedido apego a astrólogos y profecías, sino también de su abuelo, Francisco I, para quien Giulio Camillo construyera en Venecia un teatro de la memoria.

—Siete escalones conducían a siete pasadizos; siete puertas decoradas con los siete pilares que, según decía el sabio Salomón, son la base de la eternidad...

Giordano lo describió al rey más de una vez.

—¿Conociste el teatro?

—No, pero lo he imaginado muchas veces.

Parecía que todo lo que Giordano había leído, aprendido o imaginado, hubiera sido para que algún día se lo contara al rey de Francia.

—Cuéntame más —ordenaba con avidez.

Guiado por la potestad de las casualidades recordó una parábola de Hermes Trismegisto.

—El Tres Veces Grande construyó una ciudad en Egipto, en la ciudad un castillo con cuatro puertas. Sobre la que veía ha-

cia el oriente colocó la figura de un águila, al poniente un toro, al sur un león y al norte un perro; el espíritu parlante que introdujo en cada una de ellas interpelaba a todo el que llegaba. entraba. Al castillo lo iluminaba un faro cuya luz cambiaba de color según el día de la semana. Alrededor de la ciudad erigió siete estatuas más, las estrellas le dijeron cómo hacerlas para que los habitantes del reino, bajo la vista de estas efigies, estuvieran libres de todo mal y pecado. Llamó Al-Asmunain a esa ciudad...

—Al-Asmunain... —repitió el sobreno.

—La ciudad ya no existe. Será restaurada cuando vuelvan los antiguos dioses; sucederá en tiempos de paz. El monarca que gobierne sobre todos los reinos será capaz de imponerla.

Giordano supo, por la fuerza dada a su narración, haber causado la impresión deseada. En otra ocasión le explicó el arte combinatorio que él había ideado.

—...usando mis ruedas impresas con imágenes astrales se crea una cierta alquimia de la imaginación mediante la cual se recupera la memoria de cuando el hombre era parte de la plenitud del Uno. La ignorancia desaparece, y se vuelve a formar parte de la totalidad.

Giordano levantó los ojos del pliego donde dibujaba las ruedas, y su mirada se encontró con la de Su Majestad. Aquel momento determinó su vida.

—¿Por qué no escribes esto que dices?

—Si lo hago, ¿me permitiría Su Majestad dedicarle la obra?

—Sí.

La llamó *La sombra de las ideas*.

A ENRIQUE III SERENÍSIMO REY DE LOS FRANCESES
Y DE LOS POLACOS

Filoteo Giordano Bruno Nolano.

A sus expensas.

¿Quién ignora, oh santísima majestad, que los dones importantes están reservados a los personajes importantes, aquéllos más importantes a los más importantes y aquéllos importantísimos a los máximos personajes? Nadie dude entonces de por qué esta obra, digna de contar entre las más grandes sea por la nobleza del tema que trata, sea por la singularidad de la invención sobre la que se funda, sea por la seriedad de la demostración con la cual se comunica, haya sido dedicada a ti, ilustre maravilla de los pueblos, destacado por el valor del ánimo gallardo, celeberrimo por la altura del sublime ingenio y por ello, ilustrísimo, magnánimo y dignísimo del justo obsequio de todas las dotes. Es propio de ti, ya que pareces eminentemente generoso, poderoso y sabio, acoger esta obra con ánimo cortés, protegerla con gran favor y examinarla con madurez de juicio.

Llevaba escrita cerca de la mitad, cuando el rey mandó a buscarlo para saber de sus avances.

—Las primeras palabras prometen revelar un secreto hermético, sin embargo, debemos frenar a los curiosos advirtiéndoles no seguir adelante. Sólo el verdadero estudioso lo entenderá.

El silencio del soberano lo detuvo. Adivinó que su pensamiento se hallaba ocupado en algo más.

—Continúa —ordenó distraído.

—Usando un simbolismo hermético, presagio una época

próxima en que la verdad verá la luz a pesar de los decretos promulgados por Mercurios tiránicos. Aseguro que, una nueva religión redimiría al hombre enseñándole la manera de restablecer la comunicación con la Naturaleza.

—Termina mi libro —interrumpió el monarca—. Te espero dentro de seis semanas, ni un día más. El tiempo apremia. Vuelve cuando termine la gran fiesta de la reina.

Giordano salió confundido de aquella entrevista. Se concentró en un solo pensamiento: terminar la obra dedicada al rey de Francia.

El 24 de septiembre de aquel año de 1581, empezaron los festejos por la boda del Duque de Joyeuse y Margarita de Vaudemont, hermana de la reina Luisa, la esposa de Enrique.

—¿Su Majestad está casado? —preguntó Giordano cuando el posadero le explicó a qué se debía la música que llenaba las calles.

—Nunca lo he visto acompañado por ella...

—La mantiene alejada de la corte. Después de la tragedia, Luisa vino a salvarlo. Esa sí es una historia triste —afirmó de manera categórica.

Se aflojó el cinturón para estar más a gusto y se sentó al otro lado de la mesa en la que Giordano escribía, para hablar de Marie de Clèves, la mujer a la que Enrique verdaderamente había amado.

Su Majestad se encontraba en Avignon cuando llegó la misiva anunciando la muerte de Marie. Nadie tuvo el valor de entregársela, y la mezclaron con los despachos que revisaría aquella mañana. Después de leerla, se desvaneció. Miron, el médico, intentó reanimarlo por todos los medios conocidos.

Cuando al fin volvió en sí, Su Majestad se tendió en el lecho y permaneció tres días sin moverse ni articular palabra. Salió del embotamiento para entregarse al dolor: aullaba, se golpeaba la cabeza contra la pared, blasfemaba increpando a Dios. A partir de entonces se volvió despiadado, vengativo, implacable. La muerte de Marie le arrebató la posibilidad de ser feliz. Pasado el duelo inicial, ordenó un sinnúmero de ceremonias conmemorativas. Se vistió de raso y terciopelo negro, se adornó con plumas de cuervo, polveó de blanco su cara para semejarse a la muerte, y obligó a la corte a seguirlo en su aflicción. Avignon era el mejor escenario. Cerca de Navidad se llevó a cabo la procesión tradicional en la que participaban todas las órdenes religiosas de la ciudad. El invierno era muy frío y los copos de nieve danzaban en lentos remolinos alrededor de los monjes.

—No es nieve, del cielo cae ceniza por la pena del rey —aseguró alguien.

Pies desnudos, antorchas, voces reunidas en tétrico canto entonando el oficio de muertos; enumerando los horrores del Apocalipsis. Látigos sangrantes. El monarca, exaltado por la vehemencia de aquella fe, se deshizo de su traje negro y desnudo, cubierto solamente por una capa que alguien le puso encima, siguió a la procesión de flagelantes. Fueron días de morboso goce por la muerte de Marie. Debajo de la palidez ficticia, las mejillas del rey tenían un rubor producido por una excitación muy íntima.

Semanas después, su madre buscó una princesa en las cortes europeas para hacerlo olvidar. Él no aceptó a nadie. Eligió a Luisa por su juventud, su pobreza y su belleza modesta.

Veinte días duraron las fiestas: torneos, mascaradas, bailes de caballos, espectáculos acuáticos. Por las noches juegos pirotécnicos. La música sonaba debajo de su ventana mientras Giordano escribía. Sobre la mesa el papel en espera de las palabras, de los trazos. A un lado la tinta y el cálamo. Sin trabas ni persecuciones vertía su filosofía.

En la fecha convenida con el rey, se dirigió al palacio a entregar su obra. En la puerta sur, donde ya era conocido por las muchas veces que llegara con el paje, le dieron paso franco. Se dirigió a la alcoba real sin necesidad de que alguien lo guiara.

El soberano, tumbado en su cama, vestía un luto austero. Docenas de jarrones con lirios rodeaban el lecho. El barbero real masajeaba sus mejillas. Los dedos subían, bajaban, recorriendo con suavidad la piel del cuello. Enrique mantenía los ojos cerrados escuchando al *mignon* que leía con voz monótona un pasaje de lo que reconoció como *El príncipe*, del florentino Maquiavelo. Hecho un ovillo a un lado de la cama, Chicot el bufón preferido, se dejaba acariciar. La mano del rey se hundía entre los rizos de la cabezota del enano, mientras el ayuda de cámara ponía canela y benjuí en los sahumeros. Nadie se inmutó ante la presencia de Giordano. Tampoco notaron su salida.

Caminó hasta una terraza desde la que se veía un jardín de perfecta geometría. La mañana era gris. El verde de las plantas, luego de muchos días de lluvia, parecía haberse encendido.

—Me infromaron que el embajador español escribió al rey Felipe II en el despacho de ayer: «La más extraordinaria fiesta pagana que se haya dado en Occidente desde la caída de Roma y Bizancio». Pasarán unos días hasta que Enrique te reciba.

Al escuchar la voz con aquel inconfundible acento toscano, Giordano se volvió y la miró embelesado. No podía ser otra que Catalina de Médicis. Entre los encajes negros se destacaba una tez pálida, algo amarillenta, aunque el óvalo de la cara seguía siendo perfecto. Ojos saltones, labios gruesos. Del cabello recogido con severidad a lo largo de los años, sólo quedaban unas cuantas hebras rojizas sobre el cráneo. En un instante Giordano se percató de la determinación y fragilidad que la caracterizaban.

—Aseguran que tienes hechizado a mi hijo Enrique. ¿En verdad eres tan buen astrólogo como se rumora?

—Solamente soy filósofo, Su Majestad.

Sin prestar atención a su respuesta le ordenó acompañarla a dar un paseo. A pesar del bastón se apoyó en su brazo

—Más de una vez me han dicho moriré cerca de Saint-Germain. Como todavía quiero permanecer en este mundo, he mandado construir un nuevo palacio, lejos de esa torre que a cada campanada me recuerda la profecía —dijo señalando el campanario.

Sus palabras eran más una reflexión en voz alta, que un diálogo.

—Hace tiempo, en otro jardín, caminé con un hombre parecido a ti. Vaticinó que mis hijos serían reyes y morirían sin descendencia, que con ellos terminará la dinastía de los Valois.

En el silencio que siguió, Giordano vislumbró el sinfín de recuerdos que la agobiaban.

—Dios habrá de perdonarme porque todas las mañanas, al abrir los ojos, me pregunto cuál de mis hijos será el siguiente en morir.

—Está en la voluntad del hombre variar el destino con que las estrellas nos marcan.

La mano con que se sujetaba al brazo de Giordano, se aferró con la fuerza de una garra.

—¿Es verdad eso que dices?

—Sí, Su Majestad, es cierto.

Catalina se detuvo de nuevo para mirarlo. Luego, como viento cambiante, regresó a hablar de su nuevo palacio.

—Está en la Rue Coquillière, cerca de Les Halles. Tiene una torre a la que suben mis astrólogos a consultar las estrellas; ya te mandaré a buscar para que me hagas un horóscopo acertado.

Dejaron los jardines para encaminarse a las caballerizas.

—A esta hora visito a mi yegua favorita, me la regaló el rey de España después de solventar cierta discrepancia.

Apenas la vio, el animal se puso a patear la tranca.

—Pobrecita mía, yo también extraño los paseos —le decía al acariciarla—. Pero te he hecho un bien al librarte de cabalgar con mi corpachón encima de tu lomo. Los franceses son unos desvergonzados— se volvió hacia Giordano con una de aquellas miradas que le habían valido

fama de seductora—, los artilleros de mi ejército llaman «reina madre» a su cañón de mayor calibre.

De entre los pliegues de su falda sacó una pequeña caja de plata en cuyo interior guardaba un polvo oscuro. Tomó una pizca entre índice y pulgar, lo introdujo en su nariz y aspiró. Al momento estornudó.

—Mi embajador en Portugal trajo semillas de una planta que crece en las Antillas, las sembró en sus tierras y cuando creció, me regaló unas hojas. Me enseñó a enrollarlas y encenderlas a la usanza de aquellas islas. Me disgustó tanto humo. Cuando las hojas se secan las mando moler y las uso así, en polvo. Disminuyen mis dolores de cabeza.

La mujer que le hablaba con esa familiaridad no parecía ser la experta en el arte de envenenar, la que fraguara el asesinato del almirante Coligny, la misma que instrumentara los sucesos de la Noche de San Bartolomé.

Regresaron a la terraza donde sus damas la esperaban. Catalina se soltó de su brazo y caminó erguida.

—¡Esas engreídas! Me dirán que me buscaron por todas partes. Como si no supiera que detestan enlodarse el vestido. No lo olvides, el horóscopo deberá ser preciso.

Su figura baja, oscura, contrastaba con la de las espigadas jóvenes vestidas con sedas del color del trigo.

Al regresar a la habitación del rey, negaron el paso a Giordano.

Dos días después un *mignon* fue a buscarlo a la posada.

—Mi señor te quiere junto a él.

El tono de voz había perdido la altanería con la que hasta entonces lo tratara.

—Soy Quèlus d. El nombre me lo dio mi señor: Quèlus deuième, por recordarle a alguien a quien quiso mucho...

La plática se interrumpió en la puerta de la alcoba real donde el rey, de excelente humor, hablaba con los cortesanos que colmaban la habitación. Al ver a Giordano le preguntó si había leído *El príncipe*, la obra que Maquiavelo dedicara a su bisabuelo.

—Me parece una obra trascendental.

—La leerás hasta memorizar cada palabra, de aquí en adelante no te separarás de mí.

Docenas de ojos se volvieron a mirarlo. Sería un error, casi fatal, no reconocer a quien ese día sería el preferido del soberano.

Las adulaciones acerca de su buen aspecto acompañaron al monarca por los pasillos hasta que se detuvo frente al Salón del Concejo, donde esperaban embajadores y ministros de Estado.

Quèlus d. indicó a Giordano entrar. Giovanni Moro levantó ligeramente las cejas en señal de asombro por encontrarlo allí.

Aquel día Giordano presenció una sesión en que la determinación política del monarca libró a Francia de un conflicto: Catalina de Médicis disputaba a Felipe II el reino de Portugal. El rey expuso a los embajadores, puntual y claramente, las razones que deberían argüir ante sus monarcas para disuadirlos de apoyarla. Esa mañana la imagen de Enrique de Valois adquirió su dimensión definitiva.

Su Majestad se puso de pie al escuchar las diez campanadas; los concurrentes salieron tras él. Al pasar junto a Giordano, Giovanni murmuró:

—Vamos a oír misa, luego pasaremos por los jardines de la reina.

A pesar del fervor con que el monarca rezaba, notó la ausencia del nolano. Más tarde, mientras caminaban entre los setos delineados con perfección, Enrique le reclamó no haber estado en la capilla.

—Soy apóstata. No puedo entrar en un recinto religioso.

El monarca no replicó. El paseo continuó. Los *mignons* evitaron que Giordano se acercara de nuevo a Su Majestad.

La siguiente actividad fue visitar a la reina madre.

—¡Como siempre! Acompañado por a tu nueva sombra — exclamó Catalina al verlos entrar.

—Mente y respuestas ágiles; tened cuidado, es italiano —la previno Enrique.

Giordano se inclinó en pronunciada reverencia; al levantarse, sus ojos se encontraron con los de la reina.

—He recibido un correo que fue interceptado en la corte inglesa —dijo el monarca dirigiéndose a su madre—. Lo envía el embajador español a su rey. Escuchadlo y opinad.

Quèlus d. leyó:

El día 22, a las once de la mañana, el duque de Anjou y la reina, doña Isabel, paseaban acompañados por sir Francis Walsingham, cuando se acercó el embajador francés y dijo que a su señor Enrique, rey de Francia, le gustaría saber, de los labios de la reina, cuáles eran sus planes de matrimonio. Ella respondió: «Puede decir al rey que el duque de Anjou será mi esposo». Al tiempo que lo besaba en la boca, le ofreció un anillo que sacó de su dedo como muestra del compromiso. Este acto parece indicar que sí se efectuará la boda entre ellos. Como lo había comunicado a Su Majestad, poseemos los medios para debilitar esa amistad. Debemos evitar el enlace a cualquier costo. Una alianza entre Inglaterra y Francia sería una catástrofe para nuestros intereses.

—¡Cerdos! —exclamó Catalina.

—Entiendo que si la reina Isabel es tan sabia como dicen, esta historia de su matrimonio con mi hermano es una pantomima. Ha convertido el asunto de su virginidad en cuestión de Estado. No dejará sus veleidades amorosas, para casarse con el incapaz de Anjou.

—Su Majestad siempre menosprecia a su hermano —reprochó la reina.

La discusión corría el riesgo de convertirse en reyerta familiar, cuando entraron damas y cortesanos hablando a la

vez. Daban noticias de la guerra, compartían habladurías, comentaban los infundios del último panfleto protestante. El monarca los escuchaba con la misma atención con que había presidido la reunión con los embajadores. Quèlus d.y sus compañeros, incluso allí, se mantenían cerca de su señor. Después de un rato, el rey se levantó, ellos salieron detrás y Giordano los siguió. Se detuvieron frente a una puerta perfectamente disimulada; trompe à l'œil, las llamaban los franceses. De las paredes de la reducida habitación colgaban cientos de armas.

—Era el refugio de mi hermano Carlos, ahora es el mío.

Los *mignons* se quitaron las espadas y se dispusieron a jugar una partida de dados. Parecía que en ese lugar el monarca se sentía seguro. Solamente Quèlus d. permaneció a su lado. Enrique preguntó a Giordano por qué había abandonado la religión.

—Hace cinco años, ante la amenaza de un juicio de la Inquisición, huí del convento de la Orden de los Predicadores, en Nápoles —respondió, esforzándose por atenuar el temblor de su voz.

Mencionó aquello que supuso le interesaría. Al referirse al episodio en Ginebra el rey opinó:

—Repudiar una religión por los errores de un profesor de filosofía, no habla muy bien de ti. El momento de vacilación pasó como un relámpago. Aquella era la ocasión anhelada.

—He pasado mi vida haciéndome una imagen de ese Dios al que quiero venerar. Antes que nada, el Uno, la unidad, existía en la eternidad; de Su poder deriva lo que es y siempre será... Él mismo es todo... Él crea todo más allá del principio del tiempo y de cualquier límite de lugar y espacio. No está sujeto a ninguna ley u orden. Él mismo es ley, número, medida, límite sin límite, final sin final... Es todo. No tiene arriba ni abajo,

está en el corazón de todo. * ¿Decidme, Alteza, si esta Unidad de la que hablo tiene cabida en las religiones que se desploman ante nuestros ojos? El tiempo apremia, vuestro reino arde en la hoguera encendida por la intolerancia. La plegaria no debería ser una súplica lastimera pidiendo a Dios resolver nuestros mezquinos asuntos terrenales. ¡Mi plegaria es diálogo! ¡La manera de acercarse al Uno es con la razón, no con la fe! Sólo así lograremos una religión libre de ambiciones y avaricia. Católicos y reformados presumen de tener la verdad escrita en sus libros ¡La caligrafía de la verdad está inscrita en la Naturaleza, al alcance de cualquiera!

—Lo que propones es irrealizable. Había puesto mi esperanza en ti, llegué a pensar que eras el hombre sabio que necesito a mi lado para aconsejarme sin intenciones ocultas ni filiaciones inciertas. Ahora que sé de tu apostasía, no puedes ser mi instrumento. Mis enemigos te convertirían en un arma contra mi.

Quèlus d. avivó el fuego que languidecía.

—Detesto la lucha que ha devastado mi reino. Estoy solo, no confío en nadie. El duque de Guisa pretende darle el trono de Inglaterra a María de Escocia, su prima, para aniquilar la herejía protestante. Primero acabarán conmigo. Mi única defensa es saber qué planean para ir un paso adelante.

—En cualquier situación, en todo momento, Su Majestad cuenta con mi ayuda —afirmó Giordano, con la voz enronquecida por la emoción.

Lentamente, o al menos así le pareció, vio la mano del rey posarse sobre la suya.

—Escucharte me hace sentir vivo.

Los *mignons* dejaron los dados. Quèlus d. ocupó su posición a espaldas del monarca.

—A esta hora salgo a cabalgar y me gusta hacerlo solo. Estás dispensado por el resto de la tarde. Prepárate para la cena.

Como si lo hubiera recordado súbitamente, agregó al salir:

—Cuando mi madre reconoció la religión reformada, dijo que en este reino cualquiera es ciudadano, aún aquéllos que han sido excomulgados. En tanto permanezcas a mi lado, estarás seguro.

Giordano salió a los jardines. Al regreso de su paseo, el palacio se encendió ante sus ojos. La luz apareció en una ventana del ala norte y avanzó, como serpiente luminosa, alumbrando los vanos, uno a uno. El castillo se reanimó después del letargo vespertino. Las damas con sus amplísimas faldas recamadas con hilos de oro y plata, se encaminaban pausadamente a la sala de banquetes; detrás, sus acompañantes, tan perfumados como ellas. Quèlus d.se detuvo al ver a Giordano.

—El momento para mostrar a la corte el brillo de la inteligencia, es durante la cena. No defraudes a Su Majestad.

Las damas se acomodaban en sus lugares alrededor de la mesa, los señores permanecían charlando en grupos. Un paje le mostró su lugar. A los pocos minutos las sillas contiguas fueron ocupadas. Al lado derecho, un médico veneciano de visita en la corte; a la izquierda, un caballero delgado, sobriamente vestido.

—Jacopo Corbinelli —se presentó.

—Giordano Bruno.

—Estos días te hemos visto cerca de Su Majestad.

—Para mi ventura, el soberano me ha distinguido con su confianza. Soy Lector de filosofía en la Sorbona.

Los concurrentes se pusieron de pie al entrar el monarca

seguido de la reina Luisa. A Giordano le pareció muy joven, muy pálida.

—Así que filósofo... —prosiguió Corbinelli.

—En efecto —contestó Giordano, sin saber que aquel hombre, tutor de Enrique cuando niño, regía la actividad intelectual de la corte francesa, además de encabezar al grupo de italianos que apoyaban al monarca con fidelidad desafiante.

Si la voz del rey no se escuchaba, los comensales charlaban entre sí. El murmullo cesaba de inmediato si se dirigía a ellos. Entretenerlo no permitía distracciones. Giordano descubrió el juego: respuestas inmediatas, ingeniosas y eruditas para complacer al monarca.

—Ficino aseguraba que el amor y la voluntad llegan más lejos que el intelecto —intervino cuando el rey se inclinó a besar el hombro de la reina—. El amor a un semejante es una suerte de preparación; la sombra de la divinidad también se encuentra en un cuerpo femenino —agregó haciendo una reverencia dirigida a la reina.

Aquel comentario, dicho en otro ámbito, habría resultado escandaloso.

—El amor es el maestro de las artes...

—*C'est par amour que les arts se parfont, que les vaillans et les savans se font...*

La lengua toscana y la francesa se escuchaban indistintamente. La cena transcurría en un excitante ir y venir de ingenios. Participaban músicos, poetas, filósofos. Todos adorando a su señor.

—Ahora escuchemos las ideas que Giordano Bruno tiene acerca de la reconciliación religiosa entre católicos y reformados —se oyó decir al monarca.

El silencio fue absoluto: las miradas se volvieron a él. Gior-

dano se puso de pie. Quèlus d. levantó la copa con discreción y le sonrió.

Empezó con palabras mesuradas.

—Veo claramente que todos nacemos en la ignorancia, luego, al ir creciendo, conocemos la disciplina y hábitos de nuestra casa y es entonces cuando empezamos a escuchar la desaprobación de las leyes, ritos y fe de nuestros adversarios, de los que son diferentes a nosotros. Lo mismo sucede con ellos. Así queda sembrada en unos y otros, por las leyes naturales de la crianza, la semilla del celo...

La emoción de hablar frente a la corte y al rey de Francia, lo hizo más elocuente y vivaz.

—... debemos encontrar esa planta mágica para curar la locura de los sectarios... esa hierba, pienso yo, es la persuasión filosófica. * Hablo de la reconciliación entre los hombres, sí, pero yo busco aquella que es más importante, la verdadera, la reconciliación del hombre con Dios.

Docenas de rostros impávidos lo miraban.

¿Me extralimité?

Hasta que el rey aplaudió, los demás lo imitaron. El monarca se puso de pie dando fin a la velada. Entre los que felicitaban a Giordano se acercó una dama.

—Pierre de Ronsard, nuestro querido poeta, también incluye en el reino vegetal a esa milagrosa entidad que devolverá a Europa su antigua unidad.

—Me alegra saber que otro poeta mantiene la misma esperanza.

Quèlus d.los apresuró. El rey estaba a punto de iniciar uno de aquellos debates, en materia religiosa, a los que sólo convocaba a los miembros más talentosos de su corte.

—¿Su Majestad nunca duerme? —preguntó Giordano.

—Descansa unas cuantas horas. Si no se ha retirado, nadie en la corte puede ir a dormir.

Una vez más recorrieron pasillos y salas alumbradas con aquellas lámparas que parecían temblar al contacto de las velas. Seguían al rey Amadis Jamyn, los poetas Pibrac y Desportes, Madame de Retz, Madame de Lignerolles, la señora que le había hablado de Ronsard, los inseparables *mignons* y Giordano Bruno.

Quèlus d.se adelantó a abrir una puerta, tan pequeña, que tuvo que inclinarse para alcanzar el cerrojo. Al rechinar de la llave dando vuelta tras vuelta contra el metal, se sumó el sonido de pasos que se acercaban ligeros: era Margarita de Valois.

—¿Algún día llegarás a tiempo? —le preguntó el rey, sin disimular el afecto con que tomaba su mano.

Las damas rodearon a Margarita en actitud solidaria. Quèlus d.se adelantó a encender las velas. El aposento, sin ventanas, era casi del tamaño de una celda conventual. Sobre la mesa había varios libros; alrededor, sillas de madera carentes del esplendor que habitualmente rodeaba al rey.

A pesar del rápido movimiento de uno de los *mignons*, Enrique lo vio arrancar un papel clavado en la pared y guardarlo bajo su casaca.

—¡Dame eso!

—No tengo nada —se atrevió a mentir.

—¡Dámelo!

El joven entregó el papel al monarca y Quèlus d.acercó una vela.

Mientras Francia cae en ruinas golpeada por la guerra civil, nuestro rey practica ejercicios gramaticales en su palacio. El dos veces rey se ha convertido en un gramático.

Sus manos temblorosas rasgaron con furia el pliego.

—¿Quién guarda la llave de esta habitación?

—Yo, Su Majestad —respondió Quèlus d.

—¡Dime cómo llegó aquí!

—No hay puerta cerrada ni vigilancia que no esquiven.

Las damas, inmóviles; los poetas en silencio. Margarita se acercó a su hermano para calmarlo y él se le abrazó temblando.

—¡Es Guisa, tu amante! ¿De qué hechizo se valen mis enemigos para entrar a mis habitaciones?

Margarita besaba su rostro murmurando palabras de consuelo. El monarca se fue apaciguando pero no se separó de su hermana. Quèlus d. aproximó un silla, deshizo el abrazo con suavidad y puso un libro en la mano de Enrique. Después de un largo suspiró, el rey empezó a leer. Las damas, presurosas, se sentaron a seguir la lectura. Los poetas permanecieron de pie. Giordano, como era su costumbre, se mantuvo cerca de la puerta.

—Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor, a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo, concebido como santo en el seno virginal de María...

—Iniciarán el debate Madame Retz y Madame Lignerolles —ordenó el soberano. Giordano disfrutó la agilidad del duelo.

¡Ya hubiera querido tener un contrincante así en el convento!

Además de la gracia con la que una arremetía contra la otra, los argumentos eran brillantes. Quèlus d.intervino con gran acierto. Su amigo Moro no había mencionado aquella cualidad del mignon. Luego habló Margarita.

—Jesús, llamado Cristo, El que ha sido ungido..., Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder —... Al terminar le tendió la mano a Giordano retándolo a rebatirla.

¡Dios, que nunca olvide esta mano sobre la mía!

—Acepto, como una necesidad humana, la creencia en milagros. Sin embargo, los de el hombre llamado Jesucristo no lo son. A través de mi filosofía habré de dar una explicación razonable a estas supersticiones.

Los ojos de Margarita se oscurecieron aún más. Lo que decía el italiano era intolerable. Lo refutó con sabiduría sin permitirse externar la furia que sus palabras desataran.

—¿Cómo hablas de curar la locura de los sectarios si te niegas a aceptar y entender?

Las frases de uno y otro se sucedían con vertiginosa intensidad. Nadie se aventuraba a entrar al torbellino en el que giraban enlazados por la palabra.

El rey los detuvo.

—¿Mis poetas han enmudecido? —preguntó, irritado

Pibrac quebró el encantamiento. Giordano miró a su alrededor, como quien despierta de un sueño. Las mejillas de Margarita tenían un intenso rubor. La reunión terminó cuando algún reloj del palacio dio cuatro campanadas. Al pie de la Gran Escalera esperaban los cortesanos para darle las buenas noches a Su Majestad. Hasta que lo vieron subir y los criados apagaron las luces, se encaminaron a sus habitaciones.

Giordano pasó unos días más en el castillo del Louvre, al lado del rey. Una noche, durante la cena, le entregó al monarca el manuscrito de *La sombra de las ideas*. Enrique, a cambio, lo nombró Lector Extraordinario y Provisional del Collège de France, al que entonces llamaban de Las Tres Lenguas.

—*Docet omnia*, mandó grabar mi abuelo sobre la puerta. Primero mi padre, luego mi hermano, y ahora yo cumplimos su

deseo. Dictarás la cátedra de filosofía. Serás miembro de los Lectores Reales.

Después de escuchar su nombramiento, volvió al sitio que, habitualmente, ocupaba junto a Corbinelli.

—¡Enhorabuena! —lo felicitó el florentino—. Es el lugar más digno para enseñar. El rey Francisco lo fundó para contrarrestar la intolerancia y el dogmatismo que desde entonces reinaban en la Sorbona.

A la mañana siguiente, al presentarse en la cámara real, un paje le anunció que el monarca había partido a su palacio de Vincennes a hacer penitencia. Nadie sabía cuándo estaría de regreso.

Las campanas del barrio latino anunciaban la hora prima cuando Giordano se dirigía a la posada de la Rue de l'Arbre Sec.

¡Seré Lector Real! ¡Un rey me protege!

—¿Dónde te habías metido? —preguntó el posadero al verlo—. Perdí la cuenta de los días que faltaste. Llegué a pensar que algún borracho te habría acuchillado por quitarte las botas.

—Fueron siete.

—¿Los asaltantes?

—Los días que no me viste.

—Y ¿dónde estabas?

—Inútil decírtelo, no me creerías.

—Me lo puedo imaginar... trajeron esto para ti.

Hacía tiempo que no tenía noticias de sus amigos. El sello era de la Orden de los Predicadores.

Estamos en Sevilla y nadie sabe a ciencia cierta cuándo partiremos a la Nueva España. En mi última carta te hablaba de mis dudas. Mi sentir fue cambiando conforme adelantaron los preparativos; el entusiasmo de los hermanos me contagió.

Después de cuatro meses llegamos a esta ciudad con su río caudaloso. En el camino se nos unieron los hermanos que irán con nosotros a las Indias. Somos doce, los más son franciscanos. Hablo mucho con ellos, también me gusta escucharlos. Sus palabras son diferentes a las de nosotros, los predicadores.

Los primeros días fray Bartolomeo que, como yo, nunca había salido de Nápoles, se santiguaba por todo. Si atravesábamos una llanura deshabitada o avistábamos una roca, temía encontrarse al maléfico. Intentó convencer al padre Pasqua de que no podía seguir adelante, de que era más útil en San Domenico. Nuestro prior le hizo ver que ya es un hombre y debe prepararse para las atrocidades que verá en tierras de infieles.

A lo largo del viaje, como tú me enseñaste, fui observando qué pasaba en mi conciencia, qué sentía. Qué efecto causaba en mi alma y en mi mente todo lo nuevo. Ahora te puedo decir que aún con todas las desgracias que vimos, el mundo me gusta. Me complacen de igual manera un caserío que una montaña, el bosque que la mar. Ahora me cuesta estar bajo techo y entiendo aquella ansia que te producía el encierro. Pienso mucho en ti. Todavía podrías alcanzarnos. Deja todo y vamos a aquel mundo... Imagino tu respuesta.

Estos días en que no hacemos gran cosa, tengo tiempo para reflexionar. Tú me contaste que Raimundo Lu-

lio se fue a evangelizar a los moros africanos, y para inculcarles la fe cristiana utilizó sus ruedas concéntricas que, además de enseñar, persuaden. He pensado que podría intentar hacer lo mismo en América.

¿Qué te parece mi idea?

Ojalá tu respuesta me encuentre aquí. Me iría más tranquilo sabiendo que estás bien. Queda con Dios, hermano Giordano.

Te quiere siempre,
tu hermano

VENTURA.

Como acostumbraba hacerlo, dobló los pliegos con cuidado, los guardó junto a los demás y se dispuso a contestar.

Mi contento, que ya era mucho, aumentó al tener noticias tuyas. Me llena de alegría saberte en Sevilla, a punto de partir. Desde ahora bendigo la embarcación que te lleve al Nuevo Mundo.

Las noticias que me das, tus palabras, tus reflexiones, ya son las de un hombre. ¡Lejos ha quedado la mirada siempre interrogante de mi pequeño Ventura! Me gustaría verte para compararte con la imagen que de ti me he hecho a lo largo de estos años. Lo que daría por zarpar en ese barco.

Tu misiva me ha hecho recordar aquella noche en que te regalé una carta natal. Entonces inventé nuestro pasado; nuestro porvenir quedó enlazado con los astros por testigos. Cuando subas a ese navío, detente un momento, vuelve la cabeza y me verás junto a ti. Siempre a tu lado. Así caminaremos por esas calles, que según dicen, están empedradas con oro. Veremos los montes

coronados de nieve, nos bañaremos juntos en las mismas aguas. No dudes de lo que digo.

La idea de utilizar el método luliano para evangelizar es extraordinaria. Cuando mis discípulos se enfrentan al movimiento de las ruedas que he ideado, aprenden con rapidez asombrosa. Pienso que la mente de los indios, sin vicios ni manías, será más veloz. Quizá fuera prudente no hacer pública esta idea.

Averigua si el criterio del virrey y las autoridades eclesiásticas es más suelto que aquí; aunque no veo por qué otros aires habían de suavizar el cerebro endurecido de la Iglesia.

Deseo con todo mi corazón, querido Ventura, que no hayas caído en las garras de la errancia. Una vez que camines todo lo que tengas que caminar, busca un lugar y establecete. Me parece que yo lo he hallado al fin.

La buena ventura me ha puesto cerca del rey de Francia. Con su venia escribí una obra a la que titulé *La sombra de las ideas* y la dediqué a él. Me ha nombrado Lector Real Extraordinario y Provisional. Nunca obtendré un puesto definitivo debido a mi incierta situación religiosa.

No son los cargos ni los honores los que me detienen a irme contigo, sino la esperanza de lograr ese cambio que tanto he buscado.

Mis ideas maduran, mi filosofía se desarrolla. Espero tus noticias que vendrán ya desde aquel nuevo mundo. Dios te bendiga, hermano Ventura.

Tu hermano

GIORDANO.

Giordano recibió una nota breve. Debajo del sello de la reina Catalina de Medicis, decía: Rue Coquillière, después de vísperas.

Lo recibiría esa misma tarde.

La luz invernal poblaba de sombras la ciudad y el viento, según la dirección en la que corriera, henchía su capa o lo aprisionaba con furia dentro de ella. Al voltear hacia la Rue de la Hache la vio. Era una torre muy alta.

¿Cómo no había reparado antes en ella?

Pasó la iglesia de Sa Eustaquio. A pocos pasos de la entrada del palacio, se abrió sigilosamente una puerta lateral, más pequeña, donde lo aguardaba una dama de la reina. Mi señora te esperaba más temprano, le advirtió la joven antes de echar a andar. Sus palabras se perdían en el vacío de las salas que cruzaban a toda prisa. La figura femenina, seguida por Giordano, se multiplicó hasta el infinito al reflejarse en un laberinto de espejos venecianos. Por último, la antecámara de la reina. Lo sorprendió el exceso, el afán de poseer. Abanicos, muñecas, biombos chinos, piedras de colores, estatuas, vasijas, estantes con libros, un cañón. Del techo pendía un lagarto disecado. La reina lo esperaba, con su sempiterno vestido negro, sentada a un lado de la ventana.

Después de saludarla, Giordano trató de definir en qué había cambiado el rostro de la señora. Las sombras que lo recorrían no sólo las provocaba la falta de luz.

—El mal sueño ha regresado y ninguno de mis médicos logra igualar el bebedizo que Ruggieri me preparaba. Ayúdame —dijo la reina, sin más preámbulo.

No había petición, la orden era categórica.

—Las pesadillas no sólo se ahuyentan con pócimas. Si Su Majestad me lo permite, intentaré otra cura...

—¿De qué manera? —lo interpeló bruscamente.

El origen de su enojo está en el miedo, pensó al entrever el terror que enmascaraba sus facciones.

—Ayudándola a soñar. El espíritu del hombre puede ser guiado a diferentes reinos mientras duerme.

—¿Tú lo sabes hacer?

—Necesito de su voluntad. Su Alteza debe abrirme la puerta de sus sueños.

—¿Y de ahora en adelante merodearás a mi alrededor cada vez que te venga en gana?

—Únicamente cuando Su Majestad lo permita.

A pesar de la mirada desconfiada, el rostro de Catalina empezó a relajarse.

—Aquella mañana que te encontré en mis jardines, dijiste que es posible cambiar el fallo de las estrellas. He tratado de aferrarme a tus palabras sin lograrlo, por eso te mandé llamar. Quiero saber si mentías.

—No hablo a la ligera.

—Enrique nació el día de Pentecostés; veintitrés años más tarde, ese mismo día fue electo rey de Polonia. Al año siguiente, en la misma fecha, recibió la corona de Francia, ¿aún puedes decir que eso no lo determinaron los astros?

—Sólo en cierta medida estamos sujetos al destino Aquéllos que están en posesión del Verbo y rigen sus actos por el intelecto, no se hallan sometidos del mismo modo que los demás. Ambos dones, concedidos por Dios, son tan valiosos como la inmortalidad. El hombre debe aprender a valerse de ellos.

La reina lo miró escrutadoramente.

—Enrique no tiene tal fuerza...

—He puesto la mía a su servicio.

—Cuando el cardenal de Reims depositó la corona de Carlomagno sobre su frente, mi hijo flaqueó ante el peso y la corona se tambaleó, hiriéndolo. Todos lo vieron como un terrible presagio: su corona será estéril.

Catalina le habló de otro acontecimiento para confirmar que sobre ella y su familia pesaba una trágica predestinación.

—Nos dirigíamos París e insistí en desviarnos a Salon para consultar a Michel de Nostradamus. Quería oírlo decir que había malinterpretado aquello que viera en el agua años atrás. No hay equivocación, repitió. El trono de Francia lo ocupará el príncipe de otra casa reinante, la dinastía Valois desaparecerá al morir tu hijo. Estás confundido, le grité, así no será. Nostradamus pidió ver desnudo a Enrique, quien era muy niño. El delfín se negó a quitarse la ropa. Por la noche, ya que estuve dormido, entramos en su alcoba: los lunares sobre la piel blanquísima estaban ordenados de la misma manera que las estrellas regidoras de su destino.

—La muerte no existe, señora. El tiempo y el espacio son sólo uno.

—¡Palabras huecas! ¡Qué sabes del dolor de ver morir a un hijo! ¡Haré lo que sea! ¡Mil noches de San Bartolomé con tal de salvarlo!

—¡Con sangre no evitarás su muerte! —se escuchó gritar.

Demasiado tarde para enmendarlo. La señora Catalina lo enviaría al cadalso por aquella voz airada. No debían ser muchos los que se atrevieran a alzarle la voz.

—Ruggieri decía que el cielo es el espejo de los actos humanos— aseveró Catalina pasando por alto el exabrupto.

—Su esplendor es tan brillante que confunde la visión de cualquier humano. Hasta el lector más atento se puede equivocar...

Catalina se aferró del brazo de Giordano con la desesperación de quien conoce lo inútil de su lucha. El desaliento de la anciana lo hizo atreverse a acariciar aquella mano manchada por el tiempo. Ella se soltó y le mostró la palma para que la leyera. Giordano entrevió fuerza, voluntad, desamor, la huella que le dejaran sus hijos al nacer, y así se lo dijo. No mencionó la desgracia en la que estaba sumergida esa mano. Las señales eran inconfundibles. Sintió piedad por la poderosa mujer.

—También lo has visto. Seda y sangre, así es mi vida. A mi edad es difícil engañarme. Tenía la esperanza de que descubrieras algo nuevo. No sé si tendré fuerza para soportarlo cuando llegue el día.

Sin soltarse de su brazo, se encaminó hacia la puerta.

—No he olvidado la promesa de llevarte a conocer mi biblioteca y la torre de los horóscopos. El olor a tiempo de los libros aún no lograba desvanecer el aroma de la madera recién trabajada. El deleite de recorrer estantes llenos de tesoros lo hizo olvidarse de la reina. *Tutte le opere* de Giulio Camillo; el *Centiloquium* y el *Tetrabiblos* de Ptolomeo. *Speculum astronomiae*, de Alberto Magno; el *Liber imaginum Mercurii*, adjudicado a Hermes Trismegisto; *Prolegomena*, manuscrito de Ibn Khaldun. El estante más bellamente labrado guardaba las traducciones que Lorenzo y Cósimo de Médicis mandaran a hacer de muchas obras.

La reina lo observaba desde un butacón. Giordano se volvió hacia ella en busca de su anuencia para tomar un libro. Abrió uno al azar y leyó:

—«El sabio a medias se imagina que puede desafiar las leyes del Universo... el verdadero sabio, conociendo la naturaleza del Universo, emplea la Ley contra las leyes: las superiores contra las inferiores, y por medio de la alquimia transforma

lo que no es deseable en lo valioso y de esta manera triunfa.»

Con amoroso cuidado lo devolvió a su lugar.

—Su Majestad pensará que tomé la obra de Hermes Trismegisto a sabiendas de lo que iba a encontrar. Cualquiera de estos libros esclarece lo que uno se pregunta.

—Lo sé —respondió cansada—. Si esta noche vuelve el mal sueño, mis guardias irán por ti para meterte en prisión.

—Su Majestad dormirá tranquila.

—Vete a buscar a mi maestro alquimista, debe estar entretenido con sus atanores.

Giordano caminó hasta el pie de la torre pensando que su suerte se cifraba en los sueños de Su Majestad. El hedor del azufre lo hizo dar un paso atrás.

El olor, eficaz embajador de la memoria, trajo consigo las palabras del maestro della Porta: «el azufre es como un perro, su apariencia te puede asustar, pero ya que lo conoces, es inofensivo. Teme al mercurio, sus vapores te pueden enloquecer.»

En la estancia, pintado en el estuco blanco de la pared, el Uroboro tragando su propia cola, emblema del eterno ciclo del Universo. El rugido del horno opacaba el sonido de sus pisadas; el maestro no se percató de su presencia hasta que estuvo a su lado. Lo miró de arriba a abajo.

—Cercano a como te imaginé: sano y sabio. La castidad y la paciencia podrías conquistarlas; la humildad, nunca. Si abro esa mirilla —explicó, señalando hacia el muro—, puedo oír lo que se dice en la antecámara de la reina y en la galería. Su Majestad tenía la intención de tomarte a su servicio; me pidió escuchar lo que hablaran. Conozco a la gente por sus palabras, por el timbre de la voz o simplemente por su figura. La reina confía en mis juicios y me permite ayudarla a seleccionar a sus

astrólogos, pero mi opinión no fue necesaria. Cuando escuché que te mandaba a visitar la torre, supe que no estarás con nosotros. Ésa es la clave...

—¿Por qué no me aceptó? —preguntó airado.

—¿Lo ves? ¡Te falta humildad! Tu mente brilla, eres hábil y alcanzarás gran conocimiento. Viéndote, sé que no soporitarías esto: eres demasiado obcecado, saturnino, impaciente, además de una riesgosa imprudencia. El grito a Su Majestad todavía te puede costar la vida o una larga estancia en la prisión de la Bastilla.

Giordano era soberbio, pero también reconocía sus faltas y nada replicó.

—Sin embargo, tienes cualidades que resultan valiosas en estos días. En fin... puedes subir a la torre, aunque no es obligación ya que no te quedarás a su servicio.

Salió apesadumbrado.

Tengo treinta y tres años y la soberbia sigue siendo mi falta más grave.

Empezó a subir. El calor, junto con la estridencia de los hornos, se fue quedando atrás. De pronto lo recordó: era un libro pequeño que guardaban en la sala de los libros prohibidos: *Aurora Consurgens*. Adjudicaban el escrito a Santo Tomás quien, utilizando la palabra sagrada de la Biblia, narraba los pasos para realizar el trabajo alquímico.

«... en mi carne no queda nada intacto y el espectáculo de mi iniquidad ha trastornado mis huesos. He gritado noches enteras hasta enronquecer mi garganta.»

Frente a él, la espiral ascendente. Peldaños de piedra y luz.

«Sepárale el alma antes de devolvérsela, pues la corrupción del uno es la generación del otro. Sepárale el humor que corrompe antes de alimentarla del humor que le es natural!»

Alrededor la soledad propiciatoria.

«... cuando hayas fabricado estos siete metales que has ofrecido a las siete estrellas, cuando los hayas purificado nueve veces hasta lograr el aspecto de las perlas, entonces habrás cumplido la obra del blanqueamiento...»

Sólo él y su entendimiento.

«Entonces Yahvé, introdujo en su nariz un hálito de vida y el hombre, muerto como estaba, se transformó en alma viviente.»

Desde el mirador, en lo alto de la torre, Giordano observó la ciudad en sombras. A la izquierda, el palacio del Louvre. Más allá, la isla ceñida por los brazos del río. Sobre la isla, la iglesia de Nuestra Señora con sus costillas de piedra y su gigantesca grupa, igual a la de una esfinge. Volvió la mirada al firmamento. Miríadas de estrellas, casi al alcance de su mano, parecían observarlo. Su corazón latió enloquecido. Deseó remontarse a ese cielo luminoso, descifrar el misterio del Universo infinito, comprender. La luz de los astros aumentó hasta enceguecerlo. El fulgor lo envolvió. La luz lo penetró y él explotó, elevándose a las alturas. Le parecía ir en la proa de un barco surcando un mar de oscura luminosidad. El viento celestial lo acarició y escuchó una voz. No era una, eran mil voces que, entonando el himno más perfecto, llenaban de música el espacio inmenso. Mientras bogaba en el seno etéreo, veía cielos de materia y naturaleza diferentes. Distinguió la fuente de la armonía. Entró y fue parte de ella. Una segunda explosión lo disolvió en el éter.

Primero sintió sus manos dolorosamente aferradas a la baranda. Abrió los ojos. La luz del amanecer encendía los techos de la ciudad. Se asió con fuerza al ver que los tejados giraban vertiginosamente alrededor de la torre. «Has estado en el lugar de los bienaventurados. Éste es el lugar donde el alma se

ve a sí misma, sola en sí misma y consigo misma. El lugar del reposo», dijo una voz. Después de varios intentos logró ponerse de pie. Aún deslumbrado, inició el descenso.

Uno fue el que subió. Otro el que bajó. La transmutación estaba hecha.

Casi a ciegas recorrió el camino de vuelta. Supo dónde estaba al reconocer la puerta de la posada. Aliviado, comprobó que no había soldados esperándolo.

A la Universidad de París y al Collège de France los separaba, además de la Rue Saint Jacques, la libertad. El rector cobijaba las ideas de la nueva ciencia, a pesar del ojo vigilante del Parlamento. Los aristotélicos, eficaces protectores de la ortodoxia, que evitaban pisar la acera del colegio para no «contagiarse», vociferaban: Debemos vigilar que sus enseñanzas no corrompan, ablanden o perviertan a la juventud.

Giordano Bruno tenía la prerrogativa de enseñar lo que deseara en su cátedra de filosofía. Optó por el Arte de la Memoria. Sus lecciones recorrían los textos de Cicerón, pasando por Alberto Magno y Tomás de Aquino, hasta las obras mnemónicas que escribían sus contemporáneos. La entrada al colegio era libre y gratuita, por lo que muchos discípulos de la Sorbona se fueron tras él. Entre sus colegas estaban las mentes más lúcidas de esa época tan interesada en el conocimiento.

Aquel invierno fue especialmente húmedo. La lluvia cayó sin cesar a lo largo de dos meses. Luego se convirtió en nieve. El mal tiempo propiciaba largas horas de estudio que Giordano repartía entre la biblioteca del colegio y la del convento de

Sainte-Geneviève. Por las noches, asistía a las reuniones de la Academia del Palacio a las que había sido invitado, no por el rey que seguía ausente, sino por sus colegas del colegio. Una de las amistades que entonces consideró de más valía, fue la de Jacques Davy du Perron. Oriundo de Normandía, hijo de un pastor de ovejas, había sido educado dentro de la religión reformada. A poco de haber llegado a la universidad, la fama de su cátedra, alcanzó los oídos del monarca. Pocos meses después era el profesor de idiomas, matemáticas y filosofía de Su Majestad. Se convirtió al catolicismo con la profunda convicción de que elegía la mejor religión. Giordano lo conoció, ya siendo obispo de Evreux. Se lo consideraba un personaje esencial en el Estado. Años después, convencería a Enrique de Navarra de que París bien valía una misa.

Mi memoria al fin ha encontrado un digno oponente, dijo Du Perron la segunda vez que coincidió con Giordano en una reunión del palacio. Sólo ellos dos recordaban, palabra por palabra, la disertación que escucharan cuatro días atrás. En las discusiones, sin ponerse previamente de acuerdo, defendían la misma posición. El obispo con más sigilo debido a su cargo eclesiástico. Cuando el tema a discutir eran las teorías de Copérnico, las reuniones duraban hasta el amanecer.

La Sombra de las Ideas, obra dedicada a Enrique III, fue editada por Egidio Gourbin. Giordano fue varias veces a su establecimiento, que se reconocía por la insignia de La Esperanza, para corregir pruebas de imprenta. Entre ellos nació una buena amistad. Pasaban largos ratos charlando. En ocasiones Moro se les unía. Una de esas tardes, Giordano les mostró el manuscrito de *De compendiosa architectura et complemento artis lulii*,

texto sobre el Arte de la Memoria que hacía unos días terminara de escribir. Giovanni miró con detenimiento el primer dibujo. Al pasar a la segunda hoja y leer el título, se levantó visiblemente emocionado. Sin mediar palabras abrazó a Giordano; la obra estaba dedicada a él.

Inesperadamente, Giordano recibió una nota de DuPerron invitándolo a la reapertura de las sesiones de la Academia de música de Baif. Su Majestad estaba de vuelta y quería verlo.

En los patios del palacio había gran actividad: ir y venir de mozos enjaezando caballos, asegurando espuelas, ajustando tapacetes, puliendo manijas. Los poetas y filósofos conversaban en grupos. Cuando apareció el soberano acercaron la carroza real hasta las escalinatas para que subiera. Se negó. Iría caminando. Hubo un momento de confusión y cuchicheos. ¿Quién iría a su lado? Quèlus d.decidió que todos lo harían por turno.

Enrique parecía complacido de estar entre ellos. Llegado su turno en la comitiva, el monarca preguntó a Giordano si estaba a gusto en el colegio, qué tan avanzados iban sus escritos. Llevándose el pañuelo a la mejilla, con un discreto susurro le anunció:

—Dentro de poco necesitaré tu ayuda.

—Será un honor servir a Su Majestad.

Al tiempo que festejaban al monarca con discursos, Giordano se preguntaba qué sería aquello que Enrique le iba a pedir.

Con la mirada meticulosa del forastero, Giordano observaba los acontecimientos.

Aunque la guerra no alcanzaba a París, su deterioro era no-

table: indigentes, menesterosos hacinados en las calles, campesinos que llegaban con la esperanza de encontrar ocupación y merodeaban hasta convertirse en ladrones.

A los profetas apocalípticos se les escuchaba con fascinado horror y, día a día, era mayor la popularidad de los panfletos atacando a la monarquía. Ya para entonces el poeta Ronsard había escrito:

*Francia cual pobre mujer enferma de muerte
El espectro colgando y el vestido sembrado
De flores de lis, en cien lugares mermada
El pelo horrendo, el ojo macilento y profundo
Y ninguna majestad alzándole la frente.*

La vida de Giordano transcurría entre disquisiciones en el colegio, debates con los filósofos de la corte, y su escritura. Los días que no iba al colegio, escribía en una nueva habitación, más aireada, que el posadero le había adjudicado desde que el propio Quèlus d. lo fuera a buscar. Para descansar, bajaba con la esperanza de ver la transformación del posadero al comer. El acontecimiento le producía una especial curiosidad.

No le quitaba la vista de encima desde el momento en que se sentaba a la mesa colocada junto a la ventana. El ritual no variaba: lo primero que hacía, era inclinarse a oler el potaje luego, con la mano a la que le faltaba el dedo meñique, se llevaba el alimento a la boca. Poco a poco su expresión iba cambiando, sus facciones se suavizaban y comenzaba a murmurar. La lentitud de sus movimientos y su sonrisa bobalicona hacían que Giordano se preguntara, al verlo en aquel trance, con quién se encontraba cada tarde frente al plato de sopa. El posadero hablaba quedito, asintiendo para enfatizar sus palabras. Comía con lentitud, deteniéndose de vez en cuando a

limpiar el líquido que escurría de su boca. Ya que el plato estaba vacío, se ponía en pie, eructaba, y se ajustaba el delantal para volver al trabajo.

Giordano se quedaba un rato más. En ocasiones, perdido en cavilaciones; otras, permanecía atento a la risa femenina provocada por una mano ruda que se escurría por debajo de la falda, o dentro del escote, en busca de hospitalidad. Escuchaba las canciones de los soldados olorosos a sudor, a vino corriente. Ese otro espectáculo lo fascinaba y causaba aversión.

Una noche, mirando aquello, tuvo una idea. Subió a toda prisa a su habitación, guardó el escrito que estaba sobre la mesa y hurgó entre sus papeles hasta encontrar la comedia que empezara en Nápoles. Il candelaio, la había llamado. La leyó de prisa y con detenimiento, como él sabía hacerlo, para decidir qué pasajes desechara y cuales conservaba. Se rió al encontrar el párrafo en que mencionaba a Montalcino, el hermano que provocara su huida del convento: Saludad de mi parte a aquel otro Candelaio de carne y hueso de quien he dicho que *Regnum dei non possidebunt*.

Los personajes ahí estaban: Bonifacio, un amante sin ninguna gracia; Bartolomeo, un sucio avaro y Mamfurio el estúpido pedante. Por las calles de Nápoles y con su lengua vulgar denunciaban la preferencia por ensalzar la alcurnia, el poder y la riqueza, haciendo a un lado los valores del espíritu.

Comedia de Bruno Nolano, Académico de ninguna Academia, al que llaman la molestia. Triste en la alegría, contento en la tristeza.

Establezco mi independencia y me anticipo a los epítetos que me adjudiquen los que se sientan atacados.

¡Necesitaba un prólogo nuevo!

Ésta es una clase de tela donde la textura y la urdimbre son iguales: el que lo pueda entender, que lo entienda; el que lo pueda comprender, que lo comprenda. Imagínense ustedes en la muy real ciudad de Nápoles, cerca de la plaza del Nilo.

Haced por recordar, noble señora, mi confesión, que no necesita explicación alguna; el tiempo nos lo da todo, y nos lo vuelve a quitar. Porque todo cambia, pero no pasa. Sólo Uno no está sujeto a cambio. Sólo Él es el único y eterno, y permanece uno y el mismo por toda la eternidad. Con esta filosofía se eleva mi alma, y mi espíritu se remonta a las alturas de la gloria. Tan verdadero es ese cambio; yo, que estoy en la oscuridad de la noche, suspiro por la claridad del día, y vos, que camináis en la luminosidad del día, avanzáis hacia la oscuridad de la noche. Pues, todo lo que existe, ahora o más tarde, permanente o huidizo, os alegra, en la medida que lo queréis, con su plenitud y en su plenitud, y ama a la que os ama. *

Il candelaio fue una comedia a la usanza de los tiempos que corrían. Con ella inició una larga serie de obras que dieron cuerpo a la Filosofía Nolana.

Su estancia en la corte francesa pulió sus modales, agregó brillo a sus palabras. Sin caer en servilismo alguno, aprendió el arte de la lisonja y del comentario atinado. Reconocer ecos de su propia filosofía en las ideas de los intelectuales le dio seguridad.

Egidio Gourbin, el editor, llevó a Giordano ante Enrique de Angulema, gran prior del Reino, gobernador de Provence, lugarteniente general y almirante de la flota de Levante, de quien era secretario.

Años atrás, con el afán de establecer alianzas propicias, Enrique II había casado a Francisco, su primogénito, con María Estuardo. La novia tenía seis años, el novio cuatro. La pequeña princesa llegó a Francia acompañada por lady Fleming, su institutriz. La cabellera dorada y una mirada triste, como de santa, sedujeron al rey. Lady Fleming dividió su tiempo entre educar a María y complacer al monarca. De esos quehaceres, nació Enrique de Angulema, quien compartió con el otro Enrique, el hijo legítimo, la figura esbelta, las mismas manos, pero sobre todo, la pasión por el conocimiento. El gran prior del Reino distinguió a Giordano con su amistad y él, en retribución, le dedicó la obra *Cantus Circaeus*, cuya protagonista era Circe, la maga. Bruno la convirtió en el espíritu bienhechor que hacía desaparecer la maldad transformando a los humanos en águila, lince, carnero o león, todos seres luminosos. El gallo, portador de la voz que habrá de despertar al mundo del sueño de tinieblas, representaba al rey.

Hasta entonces, el tiempo del mundo cristiano había estado regido por un calendario solar, que el emperador Julio Cesar había instituido en el año 46. Constaba de doce meses de treinta días, que dejaban cinco días sin acomodo en ese espacio. Cada cuatro, debía haber un año bisiesto. El cálculo tenía un error de once minutos por lo que, desde la fecha en que se estableciera, los días se habían ido corriendo. Ese año de 1582, el Papa Gregorio encargó a una comisión encabezada por Chris-

topher Clavius, distinguido matemático perteneciente a la Orden de los Jesuitas, hacer un nuevo calendario. Para lograr que la Pascua se festejara durante el equinoccio de primavera, amputaron diez días al calendario juliano. Los habitantes de los países católicos se durmieron la noche del 4 de octubre y a la mañana siguiente, era 15 de octubre. Al nuevo calendario se le llamó «Nuevo Estilo».

Bruno jamás aceptó el cambio. Su vida y la publicación de sus obras permanecieron en el viejo estilo.

—¡No concibo tal soberbia! ¡Qué arbitrariedad! ¡El Papa dominando el tiempo! Ahora él decidirá cuál es el día que vivimos. ¡Inadmisible!

A mediados del mes de junio la noticia corrió por la ciudad. Giordano la tomó con reservas por saber cómo crecían los rumores al pasar de boca en boca. En el colegio se comentaba con los mismos detalles tremebundos. La reina Catalina había enviado una flota comandada por Filippo Strozzi a las islas Azores, para arrebatárselas a la corona española. Las islas eran un punto estratégico para alcanzar el Nuevo Mundo. El marqués de Santa Cruz, aquel gran vencedor de la batalla de Lepanto, había hundido los barcos de la reina, degollado a los oficiales y colgado a los marineros. La derrota se debió, según decían, a que la prodigiosa red de espías infiltrados en la corte, había puesto sobre aviso a los españoles.

Quizá no ha vuelto a tener el mal sueño, pero la desesperación de la señora Catalina por darle a su hijo un reino ideal, la hace cometer desatinos. Resulta una paradoja que propicie el hundimiento de Su Majestad.

Cuando el viento frío soplaba de nuevo, Giordano recibió una misiva del monarca. Rompió el sello y reconoció su caligrafía, un poco temblorosa. La cita era para la tarde del día siguiente. Dobló el pliego, lo dejó a un lado, y pretendió seguir con su trabajo. Sin embargo, con el rabillo del ojo, no dejaba de mirar el pedazo de papel blanco, sobre la superficie de madera oscura. Lo releyó y lo mantuvo entre sus manos.

¿Cómo se encontrará Su Majestad? ¿Para qué me necesitará?

El rey lo recibió en la habitación que fuera refugio de su hermano Carlos. Estaba solo. Si alguien hubiera estado cerca, habría escuchado las últimas palabras del rey cuando la puerta se abrió:

—Allá escribirás con tranquilidad.

Giordano Bruno se embarcó rumbo a Inglaterra el mes de febrero de 1583.

Días después Henry Cobham, embajador inglés en París, envió un despacho a Francis Walsingham, el primer ministro de la reina Isabel.

«Tiene intención de ir a Inglaterra el doctor Giordano Bruno, nolano, profesor de filosofía, cuya religión no puedo aprobar en modo alguno.»

Aquel viaje designó el curso de su vida.

Los primeros días en altamar fueron benignos. La inmensidad del agua, la grisura del monótono paisaje interrumpido, tan sólo, por el contorno de los barcos desdibujado por la lejanía, crearon una pausa.

Con la mirada fija en el horizonte, Giordano ahuyentaba

cualquier pensamiento que lo distrajera de aquello que requería de toda su lucidez: cómo llevar a cabo la misión que Enrique III le encomendara.

Una tarde el mar se oscureció hasta la negrura y los marineros, con rapidez de insecto, bajaron las velas para afrontar la tormenta. En minutos las olas sobrepasaron la altura del mástil.

Giordano intuía que el límite de su vida se cifraba en la resistencia de aquellas maderas golpeadas por el viento. El temporal había amainado cuando desembarcó en Gravesend. A pesar de las aguas turbulentas y de que el viento se obstinaba en arrancarle la capa, se sintió más seguro al navegar sobre el Támesis.

“Si el Tíber corre enfurecido; el Po, amenazador; el Ródano es violento; el Sena va manchado de sangre * ¿Será éste el río calmo y dadivoso que vengo a buscar?

Se apeó en Southwark. La tarde estaba sumergida en aquella niebla espesa a la que se acostumbraría con el tiempo. La gente era hosca y respondía a sus preguntas con palabras que le sonaban rotas, como si no hubieran sido pronunciadas por completo. Le tomó un rato averiguar la ubicación de la embajada de Francia. Un comerciante que hablaba italiano le indicó cómo llegar.

—Busca la calle de los impresores, se llama Fleet Street, está muy cerca de aquella iglesia —dijo, señalando una torre que sobresalía no muy lejos del muelle.

Atravesó el puente a cuyos lados se alzaban infinidad de viviendas y tenduchas; debía fijarse por dónde caminar para no pisar una inmundicia. Las mujeres gritaban, los hombres cargados de mercaderías lo atropellaban a su paso. Con la torre como guía halló Salisbury Court, la plazoleta donde se en-

contraba la embajada, a un lado de la iglesia de Saint Bride, protectora del gremio de los impresores.

El mayordomo lo condujo hasta el piso más alto. Al embajador, le anunció, lo conocería al día siguiente.

La habitación era perfecta, pequeña, con los muebles indispensables. Desde el lecho, colocado bajo la ventana, podría ver las estrellas. Salió por la puerta lateral que llevaba a una loggia construida al estilo italiano; el rumor del río se agazapaba en la oscuridad de la noche. De regreso en su cuarto desembaló la caja de la que no se había separado a lo largo del viaje y que tanto protegiera durante la tormenta. Sacó sus libros: *De anima*, *De arca Noe*, *Clavis magna*, *De predicamenti di Dio*, *De Umbris idearum*, *De segni de tempi*, *Il candelaio*, *Cantus circaeus*. Los acomodó en el estante uno por uno, como quien coloca piedras para construir una fortaleza. A un lado los siete ejemplares de *El príncipe* que el rey le entregara al partir. Se acostó a descansar. A pesar de haber desembarcado unas horas antes, aún se sentía mecido por las olas.

Michel de Castelnau, seigneur de Mauvissière, era embajador de Francia en Inglaterra desde 1575. Durante el reinado de Francisco I, abuelo de Enrique III, se había iniciado en la diplomacia. Como ferviente católico y miembro de la Orden del Espíritu Santo, servir a su Dios estaba antes que la fidelidad a cualquier soberano. Cuando Giordano arribó a la embajada, Castelnau había caído de la gracia de la reina Isabel, quien lo hacía responsable del fallo de su boda con el conde de Anjou; le recriminaba no haber tenido la habilidad para enfrentar a los ministros ingleses que se oponían al enlace. El embajador vivía pendiente de recuperar su favor.

Mientras hablaban en su despacho Giordano lo observaba: la barba meticulosamente teñida, la mirada franca de unos ojos muy separados entre sí, un tic que le hacía arrugar la nariz cada tanto, los suaves movimientos de las manos para enfatizar sus palabras. Desde esa primera entrevista, cuando le entregó el despacho del rey, le pareció un poco ingenuo.

—¡Hacía tiempo que no recibía una misiva de su puño y letra! Son tantos los halagos que el monarca te dedica, que me honra recibirte en mi casa. Según dice, tú y yo compartimos el interés por devolver la paz a Francia.

¿Qué habrá escrito el soberano?

—Te proporcionaremos la tranquilidad que necesitas para escribir, como lo exige. A la habitación donde te han acomodado no llega el ruido de los salones. Fungirás como mi gentilhombre. Irás conmigo a la corte, únicamente, cuando sea necesario.

Giordano intentó recoger la misiva, pero el embajador se lo impidió.

—Estará más segura bajo llave. En cuanto regrese sir Francis Walsingham, el Secretario de Estado de la reina, irás a verlo como lo solicita el monarca.

Castelnau invitó a Giordano a recorrer la casa. A pesar del frío, los arriates estaban cargados de flores. Los ojos se le llenaron de amarillo y tuvo que entrecerrarlos por la intensidad del color. Tiempo después, en la oscuridad de su celda de prisión, Giordano evocaría aquella imagen de los narcisos de la casa del embajador.

—Cuando Marie tiene que ir a Francia, lo que más le duele dejar son sus flores. Nuestros dos hijos mayores estudian en París; Isabel, pasa largas temporadas en Richmond con unos amigos y Katherine, la más pequeña, no se separa de su madre. Ya las conocerás, están por regresar.

Bordeando el jardín bajaron al embarcadero.

—Río arriba se llega a Richmond —dijo Castelnau, señalando el oeste—, aquéllas son las torres de Whitehall, el palacio real. Al otro lado del río se le conoce como Southwark, es un lugar para el pueblo: tabernas, prostíbulos, solares donde se escenifican esas obras teatrales de vergonzosa celebridad. Te aconsejo no andar por allí.

En cuanto tenga oportunidad, iré a conocer todo aquello.

—Los ingleses son gente extraña. De la misma manera que cultivan rosas con delicado fervor o escriben un poema, se transforman en bestias ante los espectáculos más ruines.

Inesperadamente, Castelnau preguntó aquello que realmente quería saber.

—¿A qué has venido a Inglaterra? Giordano contestó con presteza.

—A escribir un poema tan sutil que pueda dedicarlo a la reina. La sonrisa del embajador resultó forzada.

Regresaron a Salisbury Court y Castelnau se excusó alegando tener trabajo impostergable. Giordano cruzó la casa para subir a su habitación. En una de las salas había dos retratos: uno muy grande del embajador con toda su familia; el otro, más pequeño, representaba a una mujer.

La finura de las facciones no lograba enmascarar la determinación de la mirada. Sobre la firma del artista se leía: Marie Bochetel.1578. Había sido pintado seis años atrás.

Una orla de encaje, un jarrón con flores o un libro de liturgias de las horas de pastas gastadas, evidenciaban la presencia de Marie. Hacía muchos años que Giordano no vivía bajo el mismo techo que una mujer.

De regreso a la embajada, luego de haberse entrevistado con el Secretario de Estado de la reina, Giordano se percató de lo difícil que resultaba caminar por las calles de Londres. Renegó de la ciénaga en la que vivían los ingleses.

—Más vale que estés de paso, maldito extranjero.

No comprendió las palabras de la vieja que le gritaba desde la puerta de una taberna, pero sí la intención. Aquella grosería intrínseca lo molestó porque de todas las plebes que pueda haber conocido hasta ahora irreverentes, irrespetuosas, incultas, maleducadas, la plebe inglesa es verdaderamente una buena muestra. *

Sir Francis Walsingham, era el secretario más importante por encargarse de la seguridad de la reina. Además de una larga carrera en la diplomacia y el conocimiento de diversas lenguas, poseía una asombrosa facilidad para el espionaje. Tal cualidad lo convertía en una pieza insustituible en el complicado engranaje de la corte inglesa.

Giordano le entregó el despacho y una vez leído, el secretario inició un monólogo que el oído sagaz de Giordano interpretó como una advertencia. Enmascaradas tras un lenguaje calculadamente afable, sus palabras tenían una clara intención. Habló de los años que había pasado en la corte francesa como embajador; ensalzó la destreza de Catalina durante la Regencia, el buen gobierno del monarca actual a pesar de los tiempos azarosos que corrían. Con sigilosa habilidad halagaba censurando. Hizo una detallada descripción de los horrores que había presenciado la Noche de San Bartolomé. Había estado a punto de perder la vida por ser anglicano y extranjero. Puntualizó el Tratado de Blois, por medio del cual Francia e

Inglaterra se comprometían a defenderse de sus enemigos comunes: el Papa y Felipe II.

Sir Francis aceptó colaborar en el plan que el monarca francés proponía. Giordano debería informarle, por escrito, sobre todo lo que sucediera en la embajada.

La promesa de Castelnau de que en su casa encontraría tranquilidad para escribir, resultó una falacia. Durante la mañana, paseos, visitas, encomiendas; por las noches, fiestas y recepciones. El nuevo huésped de la embajada, muy pronto fue una atracción en la mesa de Michel de Castelnau.

Entre toda esa actividad, Giordano recobró un hogar. Los olores de la cocina, la luz de su habitación o los sonidos con los que se iba familiarizando, le dieron la sensación de pertenencia.

Al aprender a diferenciar los ruidos de la casa, descubrió que, cada amanecer, unos pasos sigilosos atravesaban el jardín hasta la puerta del río.

Michel de Castelnau y Giordano adquirieron la costumbre de sentarse en la galería después del almuerzo. El embajador, como si se tratara de un hijo, le contaba retazos de su vida.

—Los ingleses nos hicieron prisioneros cuando defendíamos el puerto del Havre. Encadenaron a oficiales y soldados en una larga fila y nos arrojaron al foso, casi seco, de una fortaleza abandonada. Los sobrevivientes nos enfrentábamos a la mirada hueca del difunto al que estábamos encadenados. Durante el día conocíamos las llamas del infierno, al anochecer, el frío nos hacía hacinarnos en busca de calor. Finalmente, nos canjearon por soldados ingleses. Tenía veinte años cuando regresé a la Turena, a mi casa. Pasé allí algunos meses antes de

iniciar la carrera diplomática. Alemania, Saboya, Roma, Inglaterra, con intervalos en mi patria. No sé qué me dolía más: estar lejos o volver y encarar la guerra que agotaba a mi país.

Giordano lo escuchaba viendo a las barcas deslizarse por el río.

—Entonces sucedió algo que determinó mi vida. Estando al servicio del rey Carlos, escolté a María Estuardo, luego que quedó viuda, de regreso a Escocia. Te confieso que aquellos fueron meses de un gozo infinito. María había crecido en la corte francesa, al lado de la reina Catalina. Con esto quiero decir que era refinada, sensible, delicada. Seductoramente sabia y bellísima. Resultó un viaje difícil, a pesar de que se había elegido la mejor época del año para realizarlo. María jamás se quejó ni perdió su discreto buen humor. Me habían encomendado cuidarla, protegerla. El rey no me ordenó enamorarme de ella. Fue inevitable. Yo era muy joven.

Al paso de los días, la historia de su vida fue quedando al descubierto. El embajador le confió estar escribiendo sus memorias.

—Son una súplica a mi hijo de continuar luchando, siempre con el entendimiento, por la verdadera religión. Casi están terminadas, espero editarlas algún día. En ellas reflexiono sobre la Noche de San Bartolomé. Muchas veces me he preguntado por qué no supe interpretar las señales; otras tantas, me disculpo pensando que en caso de haberlas descifrado, no habría podido hacer nada.

Con unos cuantos días de diferencia Giordano estuvo al tanto de lo que dos hombres presenciaron durante la matanza de aquella noche. La descripción, escuchada tantos años atrás en la sala de estudios de San Domenico, ya no era sólo una pavorosa historia. Ahora presenciaba su secuela en los que la habían sobrevivido.

—Semanas después de la fatídica noche el rey Carlos me mandó a apaciguar a la reina Isabel. Estaba muy indignada por la matanza. Fue la primera vez que me enfrenté a ella.

La voz del embajador se convirtió en susurro.

—Desde entonces sé que no es sincera.

¿Por qué Castelnau no confía en la discreción de sus paredes?

La primera obra que Giordano escribió en Londres fue *Explicatio triginta sigillorum*, y la dedicó a Michel de Castelnau. Por medio de treinta sellos, habló de lógica, metafísica, cábala, magia natural y Arte de la Memoria.

Charlewood, el editor, imprimió pocos ejemplares puesto que el autor no era conocido en Inglaterra. Lo mismo hizo con la siguiente obra a la que Bruno tituló *Sigillus sigillorum*.

Giordano debía acompañar al embajador a las actividades que asistiera como representante del rey de Francia. La curiosidad y el entusiasmo de las primeras ocasiones dieron paso al tedio. Una noche, antes de retirarse, Castelnau le anunció que al día siguiente escoltarían a la reina en su paseo por el río.

Poco antes de salir, Giordano abrió la puerta de su habitación ante el insistente llamado del mayordomo.

—Mi señor manda decir que de aquí en adelante usarás esta ropa.

Giordano lo miró en silencio. El enojo hizo que se le agolparan docenas de respuestas. Tomó la ropa y dio un portazo.

Se sentó frente a la ventana para recuperar el aliento. La vista del jardín lo fue calmando. A pesar de lo ridículo que le parecía, se vistió igual que los cortesanos ingleses. Lo único agradable era el tono azul de la capa.

Un viento suave encrespaba las aguas teñidas de plata por el sol. Giordano aspiró con la ilusión de que el color ahuyentara su mal humor.

A poco bogar, el sonido de laúdes y rabeles anunció la proximidad del buque real. Conforme avanzaba, las campanas de las iglesias tocaban a rebato y los cañones saludaban. La vio ya que estuvo cerca. Su vestido blanco la distinguía de entre los nobles vestidos de colores oscuros; aquel era el juego cromático exigido por la reina. Pasó frente a ellos y siguió río arriba saludando a sus súbditos. La nave se detuvo frente a “La Esperanza”, el corral donde se realizaban las peleas de osos. Desde allí la reina y sus nobles, mecidos por la corriente, se dispusieron a ver el combate.

El dueño del lugar, antes de dar la orden de soltar a los mastines, saludó a la reina desde el ribazo.

El oso dormitaba al sol amarrado a un poste. Al ver a los perros no se inmutó. A golpe de látigo tuvieron que enardecerlo. El inesperado castigo lo hizo rugir de dolor. Los golpes se repitieron y el animal, enfurecido, se levantó en sus patas traseras para tirar el primer zarpazo que alcanzó a uno de los canes. En su afán por lamer la sangre que manaba de su costado, el mastín no se puso a salvo y el gigantesco animal se le echó encima. La música y el clamor de las voces azuzaba a la bestia. La voz de Su Majestad era de las más sonoras. Castelnau desvió la mirada cuando el oso cobró su primera víctima. El perro se alejó arrastrando una ristra de tripas. Cayó muerto unos pasos más allá. Los gritos aumentaron. Giordano hubiera querido no ver más, pero aquello lo fascinaba. Ya que el oso no podía apoyar la pata delantera y tres perros habían perecido, un hombre se abalanzó sobre el último y le tapó la cabeza con un saco para alejarlo. La reina arrojó un puñado de monedas que brillaron

antes de hundirse en el fango. El patrón se deshacía en caravanas ante «la virgen de las estrellas». La nave real se alejó de la orilla y enfiló hacia Richmond. Nuevos cañonazos marcaron su camino.

Para entonces Castelnau había perdido su elegante compostura. Se veía ajado, pálido, un tanto desgreñado. Al llegar a Salisbury Court se disculpó por no almorzar y subió a su habitación.

—Quizá fue demasiado sol —murmuró en el último tramo de la escalera.

Giordano escribió hasta entrada la noche; luego se tendió en la cama y apagó la bujía para mirar el cielo. La luna en menguante se alineaba con Júpiter y Venus formando una flecha en el firmamento. El cansancio le hizo cerrar los ojos. En lugar del sueño, de alguna parte de su cerebro emergieron imágenes de perros destrozados. Al ver que la repetición de un poema no servía para ahuyentarlos, se levantó y salió a la galería para despejarse. Afuera todo estaba quieto, el río se deslizaba con lentitud nocturna. Inesperadamente surgieron dos figuras del fondo del jardín. Avanzaban con cautela entre las sombras.

¿Por qué entran por allí a esta hora?

Cuando pasaron debajo de su balcón los reconoció, eran Lord Henry Howard y Francis Throckmorton. Más de una vez los había visto en las reuniones del embajador. Alcanzó a oír la voz de Chassaigne, el mayordomo, antes de que cerrara la puerta del salón

—Monsieur de Castelnau los espera en su despacho.

A la mañana siguiente, Giordano entregó la primera nota a Sir Francis Walsingham.

A finales del mes de abril llegó a Inglaterra Albrecht Laski, conde palatino de Siradez, Polonia. Se decía que el motivo de su viaje era de descanso, que deseaba conocer artistas importantes para invitarlos a sus feudos. En realidad, iba a pedir a los ingleses no vendieran armas a los rusos, quienes amenazaban constantemente con invadirlos. Fue hospedado en Winchester House, y atendido por varios gentilhombres italianos, entre los que se encontraban los más eficaces espías al servicio de la reina.

Giordano entró al despacho cuando Castelnau se disponía a escribir una misiva solicitando al rey francés que recibiera al conde Laski, quien deseaba saludarlo y visitar París.

—Me resulta difícil redactar este correo. No tengo en claro los motivos de Laski para querer ver a Enrique III; sé que al monarca no le es grato. Algún malentendido hubo entre ellos durante el reinado de mi señor en Polonia...

—Fue más que un malentendido —aseguró Giordano—. El conde aspiraba al trono y hostilizó a Su Majestad a lo largo de esos meses. Por más que se esfuerce en la escritura, el monarca jamás lo recibirá.

La respuesta del rey de Francia fue contundente: si el conde se acercaba a la costa de Calais, su barco sería hundido como si se tratara de un bucanero. Aunque el embajador suavizó la respuesta, Laski comprendió que debía olvidar su proyecto de visitar Francia.

La reina Isabel, por el contrario, parecía muy contenta con su visita. En el palacio de Greenwich se organizó un torneo; al término de la justa, la reina dejó su podio y fue saludando a los invitados. Se detuvo ante Castelnau y su gentilhombre.

—Supongo, por el color de la piel, que eres el italiano que anima la mesa de M. de Castelnau —dijo la soberana—. Me han

contado que eres diestro en la escritura.

—Espero, algún día, con mi pobre ingenio, hacer sonreír a Su Majestad y así compartir con sus súbditos la dicha de ver salir el sol.

—No han exagerado al describir tu rapidez para la lisonja... Formarás parte de la comitiva de Laski cuando vaya a Oxford.

—Será un honor para nosotros...—intervino Castelnaud.

—Sólo irá el italiano.

El embajador se sonrojó vivamente y con un discreto movimiento indicó a Giordano no seguirla más. La vieron alejarse con aquella peculiar manera de caminar.

Uno de los mayores anhelos de Giordano estaba por cumplirse: conocer a los doctores oxonianos seguidores de la tradición filosófica que Roger Bacon y Duns Escoto formularan desde aquella universidad.

La reina puso su nave a disposición del conde y en ella remontaron el río. La comitiva de nobles que lo acompañaban iba encabezada por Sir Phillip Sidney y Robert Dudley, conde de Leicester. Sidney contaba a Laski sobre los países que había visitado, cuando Giordano, irreflexivamente, dijo haberlo escuchado hacía tiempo.

—Fue en Milán. Me asombró la perfección con la que hablaba el italiano. Decía estar contento de regresar a su patria, luego de haber pasado unos años en Bohemia, como embajador de Inglaterra.

—Eso sucedió hace varios años, ¿cómo sabes que era yo?

—Alguien lo llamó por su nombre.

Sidney corroboró la historia. A partir de ese momento, se fijó en Giordano.

Las órdenes de la reina se cumplieron con precisión: a lo largo de tres días el conde fue constantemente festejado con banquetes, comedias, recepciones en los diferentes colegios. Las disertaciones de los doctores de la universidad versaron sobre teología, medicina, filosofía moral y natural. La participación de Bruno en las discusiones filosóficas atrajo a muchos estudiantes; así conoció a John Florio, uno de los alumnos más brillantes de la universidad. Por quedarse a charlar con él perdió al conde y a sus acompañantes. Caminó por la universidad imaginando cuántos grandes maestros habrían hecho ese recorrido.

El segundo día de debates el oponente de Giordano fue el doctor John Underhill, rector de Lincoln College y capellán de la reina. A pesar de su prestigio académico, el teólogo se embrolló en silogismos. Al verlo dudar Giordano atacó con fuerza. Los movimientos atropellados del rector hacían destellar la cadena de oro que colgaba de su cuello, en tanto los manos enjoradas se crispaban cada vez más. Al finalizar la discusión los alumnos se arremolinaron alrededor de Giordano para felicitarlo. Además de la satisfacción de la victoria sintió una gran decepción. La idea que tenía de los doctores de Oxford distaba mucho del desempeño de John Underhill.

Durante la sesión del día siguiente, al hablar Giordano de las órbitas celestes, se escuchó con claridad una voz al fondo de la sala.

—Lo cierto es que su cabeza gira, y el movimiento confunde su cerebro.

Acostumbrado a las discrepancias, continuó hablando sobre la inmovilidad del cielo y las revoluciones de las esferas según

las describía Copérnico. Explicaba su propia filosofía basándose en las ideas de Marsilio Ficino, cuando fue bruscamente interrumpido por Martin Culpepper que lo acusó de plagio. El médico explicó a la concurrencia cómo, al darse cuenta los días anteriores, del remedo que Bruno hacía de otros textos, había hablado con Tobie Matthew, decano de Christ Church, y juntos habían buscado en la biblioteca hasta confirmar que lo dicho por el italiano era un plagio.

—¡Ignorante! Antes de mí ha habido hombres sabios. ¡De ellos nace mi filosofía, no de un plagio! —gritó Giordano.

George Abbot, calvinista puritano, así describió el enfrentamiento:

Cuando aquel pajarraco italiano que, con un nombre ciertamente más largo que su cuerpo, se autotitulaba Philoteus Iordanus Brunus Nolanus, magis elaborata Theologia Doctor, ...visitó en 1583 nuestra universidad coincidiendo con la estancia del duque polaco Laski, ardía en deseos de llevar a cabo alguna empresa memorable que le proporcionara fama a expensas de tan célebre ateneo. Cuando poco tiempo después, con más audacia que sabiduría, consiguió ocupar la más alta plaza de nuestra mejor y más famosa escuela, alzando las mangas de su toga lo mismo que haría un juglar, nos habló con gran énfasis de chentrum & chirculus & circumferenchia (empleando la pronunciación de su país natal) e intentó, entre otras muchas cosas, mantener en pie la opinión de Copérnico...

Giordano denunció el ataque en su obra *La Cena de las cenizas*:

Así son los frutos de Inglaterra. Ya podéis buscar todo lo que queráis que encontraréis que todos son doctores en gramática en nuestros días. Reina hoy en nuestra afortunada patria una constelación de obstinadísima ignorancia pedantesca y presunción unida a una salvaje falta de educación que sacaría de sus casillas la misma paciencia de Job; y si no me creéis id a Oxford y haced que os cuenten lo sucedido al Nolano cuando discutió públicamente con los doctores en teología ante la presencia del príncipe polaco Laski y algunos miembros de la nobleza inglesa. Pedid que os expliquen cuán hábil fue al responder a las argumentaciones de sus oponentes, cómo el infeliz doctor que tomó el liderazgo de los miembros de la academia en tan grave ocasión vaciló, lo mismo que un pollo entre los rastrojos, quince veces sobre quince silogismos que le fueron presentados. Pedid que os expliquen con qué escaso civismo y descortesía procedía aquel cerdo y cuál era la paciencia y humanidad del Nolano al responderle, mostrando con ello que era un napolitano nacido y educado bajo un cielo más benigno. **

La reacción de sus acompañantes ante el altercado con Culpepper fue diversa: el conde Laski alegaba que en su país nunca habría sucedido algo así. Los ingleses, agraviados por el comentario, defendieron a la universidad. Al ver que las frases se hacían más incisivas, Dudley exclamó:

—La intolerancia de Oxford crece como un absceso. Te aconsejo que no vuelvas por aquí — finalizó, dirigiéndose a Giordano.

Durante la travesía de regreso reinó el desánimo. Giordano se sentó apartado de los demás. En su aislamiento recordaba las palabras de Culpepper. ¡Plagiario! ¡Plagiario! El martilleo en las sienes, el pulso acelerado y la vista que se nublaba le anunciaron que, de un momento a otro, su furia sería incontrolable. Se puso de pie y se acercó a la borda. Cuando el bosque y el caserío se convirtieron en una mancha de colores que se desvanecía, supo que el silencio estaba por envolverlo. Haciendo un esfuerzo acalló las palabras que lo atormentaban. El murmullo del agua hendida por los remos lo empezó a tranquilizar y se aferró a la rítmica repetición del sonido: Uno, dos. Uno, dos. Uno, dos. Fatigado, volvió al asiento de damasco y observó a sus acompañantes.

¿Quiénes son estos hombres? ¿Qué sé de ellos? ¿Qué saben de mí? Estoy cansado de vivir entre extraños, de escuchar idiomas diferentes.

¿Quién es Phillip Sidney?

Miraba sus trajes elegantes, sus modales cuidados. Si hubiera necesidad, ¿abogarían por mí?

A su lado, el conde polaco con su ropa estrafalaria, más pequeña de lo necesario, miraba la estela que la barca dejaba sobre el agua. Súbitamente se volvió. En medio de una explosión de luz, a Giordano se le revelaron las imágenes que el conde guardaba en su memoria: una pradera nevada, un bosque de tilos a la orilla de un río, mujeres que lo saludaban desde lejos. El conde lo miraba estupefacto. Intuía que algo prodigioso estaba sucediendo. El río por el que corrían trozos de hielo se esfumó detrás de sus ojos azules, casi transparentes. Giordano bajó la vista; el conde permaneció inmóvil. Un paje se acercó a ofrecerle fruta, con mano temblorosa Laski tomó un pèrsimo.

—Aquella torre blanca es la iglesia de Mortlake, allí desem-

barcaremos para visitar a John Dee —anunció Sidney.

Otro de los motivos por los que el conde visitaba Inglaterra, era conocer a John Dee, el astrólogo de la reina. Al igual que muchos gobernantes europeos, se interesaba por los sabios capaces de determinar el día favorable para ser coronados.

Luego de darles la bienvenida y saludar cariñosamente a Robert Dudley y a Phillip Sidney, de quienes había sido tutor, Dee se volvió hacia Giordano.

—He leído con atención cada una de tus obras.

—Se dice que después de Merlín, eres el hombre más sabio en estas tierras —respondió Giordano.

Allí estaban John Dee y Giordano Bruno, uno frente al otro, conscientes de la importancia de aquel encuentro.

La cordialidad del anfitrión logró que Giordano hiciera a un lado la afrenta de los doctores de Oxford. En su casa había una apacible armonía, como quietud de monasterio. Sentados bajo el emparrado de glicinias, los fue invadiendo el aroma del verano inglés, y al poco rato charlaban animadamente. Dudley confesó que cuando era estudiante prefería cabalgar sobre el lomo de una yegua, que aburrirse frente a una lección de latín. La frase se prestó a una serie de chanzas acerca de su puesto de Master of the Horses en el palacio real. Sidney, a su vez, manifestó haber tenido un gusto precoz por la geometría.

—La naturaleza te facilitaba el estudio de las matemáticas —corroboró su maestro—, pero los astros de tu nacimiento te habían consagrado a la poesía.

—No cabe duda que Phillip es el mejor poeta entre nosotros...

—De allí su éxito con las mujeres —bromeó William Herle.

—En cierto sentido, así es... —aceptó Dee—. En un poema las palabras siguen el ritmo del encantamiento por lo que se convierten en un arma poderosa para la seducción.

—Estoy seguro de que el éxito de Phillip se cifra en otras cualidades —insistió Herle.

Giordano lo miró con atención. Aquel hombre, siempre vigilante, tenía algo exageradamente vivaz .

Sidney desvió la conversación para poner a Laski al tanto de quién era John Dee. Habló de sus primeros estudios en Cambridge, de su estancia en Oxford de donde casi lo habían echado al descubrir su afición por las matemáticas, consideradas entonces cosa de magia. En Lovaina había accedido a los misterios de la alquimia, el hermetismo y la cábala. De allí a París, por una larga temporada. En los Países Bajos, Gemma Frisius le enseñó los secretos de la navegación; Gerardus Mercator a trazar mapas, a construir máquinas prodigiosas. A su regreso a Inglaterra sus antiguos colegas no aceptaron aquellos conocimientos.

—Ahora no quiero saber nada de ellos y, por supuesto, ellos nada de mí. La sabiduría de su anfitrión no impresionó a Laski; su interés era otro.

—¿Me ayudarás a subir al trono?

—¿Cómo saber si una corona está inscrita en tu destino?

Dee cruzó una mirada con Sidney; Herle intervino con una banalidad que dio otro giro a la conversación. Giordano se percató de que en aquel concierto, Sidney era el director.

Phillip se puso de pie y pidió a Giordano que lo acompañara. Regresaron al salón que a pesar del calor se mantenía fresco y siguieron hasta una galería.

—Mi maestro ha contado cuatro mil volúmenes; creo que son muchos más... ninguna universidad posee tales tesoros...

En aquella biblioteca atesoraba buena parte del saber universal. Giordano repasaba los estantes maravillado. La voz de su anfitrión le llegaba a través de la ventana abierta.

—No soy ni un ardiente protestante, ni un católico enceguecido. Mi religión es el hermetismo...

Sin perder palabra Giordano recorría la biblioteca.

—...la religión hermética podría ser universal, así se sanaría la cicatriz que marca al cristianismo...

Giordano se inclinó hasta las hileras más bajas de un estante y tomó un libro pequeño, empastado con piel roja: *Los signos de los tiempos*, a un lado *De anima* y *Clavis magna*. John Dee, en efecto, tenía sus obras.

A la hora de la cena se habló sobre el arte de la cartografía, en el cual Dee era experto.

—Trazar un mapa es una manera de soñar, de habitar lugares impensados. El compás se transforma en instrumento mágico. Varias veces sucedió que después de delinear un litoral, al poco tiempo, me encontraba desembarcando en aquellas playas dibujadas por mí.

Los platillos para agasajar a los invitados venían de la cocina de la reina: carnero, perdices, ternera, salmones, todo endulzado con miel o azúcar. Vino francés, el preferido de Su Majestad.

—Se aficionó a él desde su amistad con el duque de Anjou, quien la enseñó a disfrutarlo.

Antes de que Herle hiciera algún comentario procaz, Sidney pidió a Dee continuar con la charla sobre la elaboración de mapas.

—Siento cierto fervor al esbozar la rosa de los vientos o al

escribir esos nombres llenos de misterio: *Mare Nostrum, India Orientalis, Pars Orbis...*

La alusión al misterio de los nombres se prestó a que alguien preguntara aquello que más de uno ansiaba saber. Se rumoreaba que John Dee conocía una antigua práctica cabalística que llevaba al iniciado a hablar con los ángeles. El maestro recorrió a sus comensales con la mirada.

—Lejana es ya la época en que fueron mis discípulos. De no haber sido yo quien sembrara en ustedes la curiosidad, me sentiría ofendido al pensar que han venido a mi casa para averiguar de qué se trata eso que tantos vituperios me ha traído.

—Por encima del cariño tienes nuestro respeto —se apresuró a replicar Dudley—. Damos por sentado que las habladurías de los ignorantes no tienen razón de ser.

Dee guardó silencio. Los comensales lo miraban, expectantes. Giordano cerró los ojos y permaneció inmóvil.

—*Gmicalzoma* —pronunció cuidadosa y lentamente. Los invitados se miraron entre sí.

—¡Con el poder del entendimiento! —exclamó Bruno. Los ojos de Dee relampaguearon de satisfacción.

—¡Están aquí para atestiguarlo! A nuestra mesa está sentado un ángel.

Giordano agradeció la comparación con una carcajada sonora; Dee soltó una risita parecida al graznido de un pájaro.

—Bruno les explicará cómo se logra hablar *Enochian*, nombre que he dado a esta lengua revelada.

—Es sencillo: el mensaje se transmite de una mente a otra.

—Para escribirlo, la palabra revelada, se divide en las partes que la componen, se separan las consonantes, cada consonante se une a la siguiente vocal y se pronuncian juntas.

—¿En cuánto tiempo lo aprenderé? —preguntó Laski.

—No se trata solamente de combinar letras —lo conminó el mago—. Por ser un idioma poderoso, semejante al lenguaje original, aquel que hablaron los hombres en el principio de los tiempos, puede arrastrarte a un reino desconocido. Si se hace mal uso de él, trae la desintegración en todos los planos. El efecto es devastadoramente rápido. El caos se apodera de todo.

Los comensales volvieron a guardar silencio.

—También recibí el mensaje del alfabeto. Los signos son armoniosos, perfectos. Me tomó tiempo transcribirlo. Algunas veces la imagen en el espejo no aparece muy clara, entonces recurro a *hitbodedut*, la meditación de Abulafia, el cabalista.

—No entiendo —protestó Herle—. Repite lo que dijiste.

—No existen palabras para definir lo inexplicable. Laski insistió en que describiera el método de Abulafia.

—*Hitbodedut* es un camino de revelación, una manera de vivir la vida, una meditación continua para lograr, en un momento bienaventurado, recibir la iluminación.

Herle y Laski porfiaban en ver a los ángeles en el espejo.

—Un ángel no puede ser invocado ni intervenir a nuestro capricho o el suyo; debe hacerlo obedeciendo una voluntad superior, que no han de usurpar ni el creyente ni el escéptico.

La advertencia no los disuadió y volvieron a la carga.

—Necesitaría a Edward Kelly junto a mí —pretextó Dee—. En ocasiones se dificulta volver del otro lado del azogue.

A cada explicación aumentaba la insistencia.

—Giordano puede ayudarte —sugirió Sidney. Dee sonrió.

—Será interesante ver a dónde llegamos juntos.

El mago se puso de pie, fue a la ventana y fijó sus ojos en el cielo, en busca de la venia de las estrellas. Luego se dirigió a un armario del que sacó un envoltorio de lino blanco. Desató

las cuatro puntas que lo cerraban murmurando el nombre de Azrael, Gabriel, Miguel y Rafael, los arcángeles a los que Dios ordenó traer siete puñados de polvo para formar a Adán, e hizo una reverencia hacia los cuatro puntos cardinales. Sacó el espejo, cuatro velas que habían ardido hasta la mitad y las colocó en la posición de los cuatro vientos. Giordano lo miraba reconociendo el ritual. Dee tomó una vasija de cerámica de un estante y cuando se dirigía al jardín, Sidney se ofreció a ir a recoger el agua. Con un ademán, Dee le indicó permanecer sentado. Regresó con la jarra llena y la vertió en cuatro vasos, opacos por las sales de otras aguas que los habían colmado. Tomó de la mesa unos pliegos de papel, acercó la tinta, se sentó en un taburete bajo y le pidió a Giordano situarse frente al espejo.

—Esperaremos a que las imágenes se presenten ante los ojos del maestro Bruno; yo anotaré lo que él describa.

Giordano fijó la mirada en la superficie brillante. Su respiración se hizo lenta, acompasada, hasta ser casi imperceptible. Hubo de esforzarse por vencer el sopor que lo invadía. De pronto surgió la primera imagen. Sus ojos, en contra de su voluntad, se volvieron a cerrar. Los abrió de nuevo. La superficie del espejo parecía haberse roto y la imagen se mostraba completa en cada fragmento. Poco a poco las grietas se desvanecieron y la figura se unificó. Era la diosa Hécate en todo su esplendor. Hécate dueña de la magia, señora de los muertos, de los encuentros, de los tres caminos. A sus pies Cerbero, guía de almas. Hécate se volvió al azogue desde donde Giordano la miraba y giró la cabeza mostrándole sus tres caras. En un horizonte que hasta entonces había estado vacío, con su mano pálida delineó paisajes y rostros que Giordano había amado. En colores brillantísimos aparecieron las pagodas bailarinas

de Nola, la laguna veneciana, los árboles de la Campania. Su madre, Ventura, Rossana, Camila. Tansillo con su melena ondeando al viento a bordo de un galeón. Giordano veía, también, el reflejo de sus propios ojos y le parecía que de ellos salía la diosa. Ojo que ve en sí mismo todas las cosas porque es ya todas las cosas.*

¡El espejo refleja mi mente! Artífice y artificio. Pensarse es pensar el Universo. La voz de John Dee llegó desde muy lejos:

—Dime qué ves.

Sin emitir sonidos, sin pronunciar palabra, o al menos así le pareció, fue relatando lo que pasaba detrás del espejo.

Hécate se había esfumado. En su lugar aparecieron una serie de construcciones muy altas, muy blancas, flotando en el éter.

—¡Los palacios de la memoria! El ojo en el centro de cada uno.

—¿Dónde estamos? ¿Dónde te has detenido? —la voz de Dee insistía.

—Para llegar a los palacios hemos de atravesar la Estigia...

—¿Qué ves alrededor?

—Los sembrados no producen maravillas. Al oriente crecen la artritis, la ictericia, la apoplejía, la epilepsia, el íncubo, el frío, la lepra. A la izquierda de esta monstruosa exhibición, el furor, la melancolía, el frenesí, la manía. La niebla da paso a otro estadio. En él, el cinabrio, el ámbar y el nardo. Ya estamos en el primer palacio. Lo ilumina una luz crepuscular. La sala es amplia, un enorme arado aparece en el centro, a su izquierda agua que fluye, a la derecha una cadena de cristal. ¡Espera! ¡Se me ocurre algo! ¿Acaso es mi voluntad la que produce estas imágenes? ¡Buscaré a Simón el mago en estos palacios de la memoria!

—¿Qué ves?

—Una sala donde las naves surcan el mar. Sigo en busca de Simón. Dedicaré este palacio a la ciencia. Expreso mi deseo y, al punto, el enorme salón se llena de una bruma azul iridiscente, olorosa a mirra. Poco a poco se recorta, guiado por mi propio designio. Toma forma. Gira, da vueltas, se detiene. Con lentitud sale de entre el vapor, como escultura que nace de la piedra.

¡Aquí está Simón! Su túnica blanca, su sonrisa a medias, la mano sobre el corazón, el pelo rojo ensortijado. Los ojos vueltos a las alturas siempre en busca de una respuesta. No me ve. Le hablo y no me oye. Ahora sé donde buscarlo. En los blancos palacios de la memoria. ¡Algo sucede! El viento sopla arrastrándolo todo. Ante mis ojos aparece una pirámide. En su ápice, suspendida del aire, se sostiene una faz enorme de fuego, que con el soplo del viento se enciende, se apaga. ¡Todo desaparece!

—¡No apartes tus ojos! ¡Sostén la mirada!

El sopor arremetió de nuevo; casi se sometía a él, cuando escuchó, desde muy lejos, una canción en una voz infantil. No entendía las palabras, era un idioma desconocido, pero la música brotaba de su propia mente.

¿Soy yo el que canta?

Dee escribía con rapidez en tanto Giordano canturreaba.

—*Niis madriaax nor quashi c noqol rit, niis, e ol qaas, niis*

Una sombra atravesó la superficie del espejo y todo desapareció.

Giordano pudo al fin cerrar los ojos y permaneció así un momento. Al abrirlos la estancia y sus compañeros habían desaparecido y él flotaba en el éter.

¿Quedé preso dentro en el espejo?

Se encontraba en un estado primigenio donde no cabía el miedo. A lo lejos escuchó la voz de Dee.

—Regresa, Giordano, regresa. Aún no es el tiempo. Regresa, no te dejes arrastrar por el embeleso.

Después de repetidas convulsiones abrió los ojos y se vio reflejado en los del maestro.

—¡Estás de vuelta! Madimi vino a ti. ¡Qué ventura!

—¿Tu hija? —preguntó Phillip.

—Madimi es un ser mitad ángel, mitad elfo. Cuando aparece, se escucha la voz de los ángeles revelar algún misterio. Por ella llamé Madimi a mi hija.

El mago dio de beber a Giordano un sorbo de cada uno de los cuatro vasos y lo hizo apagar las velas. Laski se acercó a ver lo que Dee había escrito. Los signos le resultaron indescifrables. Dee tradujo el mensaje.

—Ven, tú, cielo; tú, hijo del placer; tú, siervo de la piedad; ven a mi creación. ¡Te ha sido revelado el lenguaje de los ángeles!

Giordano nada respondió. Sus labios, después de pronunciar el idioma angélico, habían quedado sellados. Sólo su mirada refulgía más encendida que nunca. Dee puso una mano sobre su frente.

—Ya volverá nuestro lenguaje a tu boca.

Jane, la esposa del astrólogo, entró a la estancia seguida de dos sirvientes cargados con bandejas de pasteles y vasos de cerveza.

—Hace rato que amaneció, te ves cansado. Así no te repondrás...

Nadie la escuchaba. Tenían puestos los ojos en Madimi, quien todavía con el ropón de dormir, los veía con una mirada seria, poco frecuente en las niñas de su edad. Giordano reconoció el tinte ligeramente azul de su piel.

Desembarcaron en Londres entrada la noche. En el muelle los esperaban varias carrozas. Giordano prefirió caminar hasta Salisbury Court y Herle se ofreció a acompañarlo. Se detuvieron en Temple Bar para despedirse.

—El próximo informe para Walsingham me lo entregarás a mí. De ahora en adelante yo seré el enlace. Por cierto, si quieres seguir en este negocio, abre bien los ojos.

Giordano hizo un esfuerzo por no externar ni su sorpresa, ni su enojo.

—Búscame en “La cabeza de toro” —ordenó, antes de emprender el camino.

La embajada estaba en silencio; era tarde y nadie lo esperaba. Entró por la puerta del río, subió a su habitación y sin prender la bujía se tendió en el lecho. Se durmió de inmediato. En el sueño oyó una voz preguntándole con insistencia, ¿qué ves?, dime, ¿qué ves?

Giordano regresó varias veces a visitar a John Dee. Tenían mucho qué decirse, qué discutir.

Coincidían en diversas cuestiones, hubo otras en las que nunca se pusieron de acuerdo.

—¡Me parece inconcebible que el Papa haya modificado el calendario! —Giordano vociferaba con indignación—. Para engañar al tiempo hay que ser como el tiempo.

—Hemos aprendido a medirlo con precisión, a rectificar los cálculos errados que se hicieron en la Antigüedad —Dee trataba de persuadirlo.

—No es verdad que estuviéramos por llegar a festejar la Navidad en marzo y San Juan en noviembre. ¡Los que eso alegan son ignorantes!

—Sólo hay que retrasar el calendario diez días...

—¡El tiempo está vivo! Fluye igual que el agua. Enciérralo y se convertirá en tu enemigo. ¡No puedo creer que estés dispuesto a obedecer al Papa!

—No lo hago por acatar sus órdenes. Inglaterra no debe susstraerse al «Nuevo Orden», ni permanecer aislada del resto de Europa. Bastante apartados estamos siendo una isla. No dirás, como los protestantes, que haber ideado un nuevo calendario confirma que el Pontífice es el Anticristo, ¿verdad?

Giordano tampoco compartió la confianza que John Dee tenía en los cálculos matemáticos.

—¡Carecen de alma!

—Las matemáticas algún día serán un lenguaje universal.

La última vez que lo visitó, Dee estaba atareado con los preparativos de su viaje. En unos días partiría con su familia y con Edward Kelly a Cracovia. El conde Laski lo había convencido de visitar sus dominios. Quería tenerlo a su lado para que el mago señalara el día propicio para ser coronado rey de Polonia. La mirada suspicaz de Giordano y la amistad que existía entre ellos hizo que John Dee le confiara el verdadero motivo de su viaje: una misión encomendada por la reina Isabel.

—Semejante a la que te trajo aquí.

Al regresar de su paseo matutino, Giordano halló sobre su mesa una misiva de Giovanni Moro. Quitó el sello con su abrecartas y, leyéndola, bajó las escaleras.

Te escribo ésta que será la primera de una serie de misivas que nos mantendrán al tanto de nuestra suerte y afianzarán la amistad que nos hermana.

Estos meses han sido cálidos y el soberano, que se

hallaba mal de salud, decidió pasar el verano en el castillo de Blois. Pronto empezó a quejarse; decía sentir una extraña opresión, como si algo lo amenazara. Una mañana despertamos con la noticia de que había regresado a París. Esto podría ser una bobería; sin embargo, a mis ojos tiene un significado terrible. El rey no halla descanso, teme y desconfía. Vive acosado por los malos recuerdos y un soberano en ese estado, no es buen gobernante.

Interrumpió la lectura para dar paso a alguien que bajaba detrás de él. La doncella, sin volverse, le dio los buenos días. Lo sorprendió lo ligero de su andar. Los ojos masculinos recorrieron el talle ceñido por la tela oscura, los hombros cubiertos con un chal de lana blanca; se detuvieron en el cuello. La piel marfileña contrastaba con el cabello negrísimo atado en lo alto de la cabeza. Como si la mirada la hubiera tocado, la joven posó la mano sobre su nuca. Hasta verla entrar a la habitación al pie de la escalera, volvió a la epístola.

Me gustaría darte noticias buenas, pero las cosas no están bien. Los hugonotes han vuelto a levantarse en el Languedoc; se rumorea que los católicos planean crear una liga para derrocar a los Valois y darle la corona a Enrique de Guisa.

El monarca está más solo que nunca. Desde que Anjou regresó, después de su fracasada conquista de los Países Bajos, el odio entre los hermanos ha aumentado. Ahora Su Majestad no se separa del de Navarra, el esposo de Margarita. Sus enemigos temen alianzas con el hugonote y desconfían del endeble catolicismo del monarca. Enrique de Guisa no cesa en sus planes para

derrocar al rey. El pueblo llama La guerra de los Enriques a este conflicto que ya es público.

Dime cómo es tu vida allá, qué has escrito ¿has encontrado muchos compatriotas? No olvides que en Francia dejaste a un amigo.

GIOVANNI MORO

Dobló el pliego al llegar al despacho de Castelnau. Detrás de la puerta cerrada se oían voces. Sin ser su intención, escuchó lo que hablaban. Lo sorprendió la mención al duque de Guisa. Alguien leía una misiva al embajador: ...he tenido una entrevista con él: todo está arreglado. Desembarcará los primeros días de diciembre en las costas de Escocia con un numeroso ejército y, de allí, a Londres. Los amigos están sobre aviso. Ahora, más que nunca, en beneficio de la restitución de la religión verdadera, debemos ser cuidadosos. No confíes en nadie. No es un reproche, querido mío, pero tu naturaleza pura y sencilla en ocasiones te hace dejar escapar voces indiscretas. Pronto estaré a tu lado. Te quiere siempre. Tu Marie.

¿Castelnau participa en la conjura contra el rey! La que firma debe ser de su esposa... ¿Qué debo hacer?

Antes de que lo sorprendieran llamó a la puerta. Oyó trasiego de papeles, cajones que se cerraban; luego la voz de Castelnau invitándolo a pasar. El embajador hizo las presentaciones.

—Nicolás Leclerc, señor de Courcelles, mi secretario. Hace unos días regresó de Francia.

Giordano Bruno, amigo de Su Majestad, está aquí para escribir tratados de filosofía.

En la frase le pareció escuchar una advertencia al secretario. Mientras hablaban de diversos asuntos se preguntaba por qué el embajador traicionaba al soberano de quien era representante.

¿La admiración por María de Escocia? ¿Su recalcitrante apego al catolicismo? ¿Cómo detenerlos?

Pasó la mañana al lado de Castelnau y su secretario. La pugna de sentimientos lo devastaba.

Los músculos tensos, los oídos atentos a cualquier palabra de más, a un descuido.

—Se nos ha ido el tiempo en estos menesteres, justo sería almorzar —propuso Castelnau cerca del mediodía.

Al salir al patio la luz estival deslumbró a Giordano. Hasta que estuvo cerca reconoció a la joven que había visto bajando la escalera. Venía hacia ellos cargando una bandeja. Se podía pensar que un Creador distraído hubiera colocado las facciones equivocadas. Giordano desvió la mirada para no agraviarla con su curiosidad; ella se sonrojó al notarlos.

—Tampoco conocías a Agnes, la esposa de Chassaigne y doncella de Marie, que está por llegar.

El perfume proveniente de los arriates invadió el aire.

La muchacha hizo una caravana sin atreverse a verlo. Lo disímil de sus facciones lo atrajo de inmediato. Era difícil apartar la vista de aquella belleza ilógica.

Al término del almuerzo Giordano se retiró a escribir. Con trazos rápidos redactó en su habitación la nota para Walsingham. Había descubierto la punta de la madeja y no le quedaba más que jalar. Escribió con precisión lo que escuchara. Dobló la nota y la guardó bajo su camisa para dársela más tarde a Herle. Luego tomó uno de los ejemplares de *El príncipe*, pasó varias hojas hasta encontrar el párrafo que buscaba e hizo un sinfín de anotaciones al margen. El destinatario conocía la clave. Lo cerró y lo mantuvo entre sus manos antes de envolverlo. El libro que Maquiavelo dedicara a Lorenzo de Médicis, ahora servía para mandarle mensajes cifrados a Enrique III, bisnieto

de aquel Lorenzo. Lo cubrió con un paño y lo metió a un saco de cuero que selló con lacre. Se lo llevaría a un hombre de toda la confianza del rey para que lo entregara en Francia. En espera del momento propicio abrió las *Confesiones* de San Agustín.

«¡Qué fuerza en la memoria! Es algo, no sé qué, digno de inspirar un terror sagrado... y he aquí que llego a los dominios, a los vastos palacios de la memoria »

—¡El título de mi próxima obra será *Templum mnemosine!*

Escribió hasta oír diez campanadas y salió hacia La Cabeza de toro.

El lugar estaba muy concurrido y le resultó difícil encontrar a Herle. Lo halló al fondo del salón, acompañado de varios amigos que ya estaban bastante achispados y hablaban sin cesar. Después de algunos vasos de cerveza Giordano se levantó al ver que la reunión iba para largo. Herle lo alcanzó y se le colgó al cuello.

—¿Tienes algo para mí? —preguntó sin trazas de borrachera. Giordano le entregó la nota con un movimiento rápido.

Herle lo abrazó estrechamente para tomarlo. Luego simuló reñir con él, le dio un empujón y diciendo imprecaciones se perdió en la oscuridad de la calle.

Giordano salió de la posada. Una niebla algodonosa invadía las calles; el frío lo hizo apretar el paso.

Esa noche se durmió de inmediato. Soñó que encontraba un templo en cuya entrada había una estatua de Diana con la cara desfigurada por el llanto. Entre las columnas blanquísimas veía a lo lejos el mar reverberando bajo el sol. Este silencio sólo existe en los sueños, pensó dentro del sueño. La puerta por la que salía estaba resguardada por otra estatua de la diosa, sólo que ésta sonreía con la vista fija en el poniente. Sus facciones eran las mismas de Agnes.

A partir de entonces buscó encontrarse con ella. El roce de sus manos, cuando la doncella dejaba algo sobre la mesa, no volvió a ser accidental.

Por esos días llegó a la embajada John Florio, a quien Giordano conociera en Oxford. Era tutor de la hija pequeña e intérprete de Castelnau, quien a pesar de los muchos años en Londres no hablaba inglés. Si hasta entonces Giordano se había lamentado de no encontrar tiempo para escribir, con su arribo le fue más difícil dedicarse a esa tarea, pero no volvió a quejarse ya que disfrutaba enormemente la compañía del maestro.

Entre sus actividades, se dio tiempo para contestar la carta de Moro.

Incontables son las noches en que antes de conciliar el sueño, pienso en Su Majestad. Las noticias que me das no me tranquilizan. La situación de Francia, observada desde este lado del Canal, me hace ver nítidamente el peligro que corren los amenazados bastiones de libertad de este continente. No hablo de protestantes o católicos, me refiero a la libertad, a la tolerancia, a la justicia. A ese estado de gracia tan necesario para el hombre.

Si estuvieras frente a mí, si tuviera que encarar tu mirada, dudo que pudiera decírtelo. La gente de este país es burda, ignorante, sucia, llena de vicios, quizá así es en todas partes, pero sólo ahora lo noto. ¿No resulta una paradoja? Ese hombre al que pretendo redimir me da asco, me horroriza su condición de hombre.

¿Únicamente el noble, el rico, el sabio participará de mi filosofía? Es un asunto que debo reflexionar profundamente.

Me preguntas por los compatriotas: son muy respetados en Londres. Me parece que la admiración por nuestra cultura es mayor que en la corte francesa. Eso, desde luego, sólo se da en ciertos ambientes.

En esta casa todos esperan, ansiosamente, la llegada de Catherine-Marie y su madre. Florio me ha dicho que no sabría cuál belleza es más encantadora: la que ha florecido o aquella que espera sus mejores años.

Tu amigo

GIORDANO DE NOLA

P.S. ¿Has oído hablar de Bernardino Mendoza, el embajador español en Francia?

La noche que Giordano conoció a Bernardino Mendoza en casa de Castelnau, lo oyó decir: «¿Qué esperaban de esta reina? Hija bastarda, religión bastarda».

Poco después se enteró de que estaba involucrado en conjuras e intrigas. Walsingham esperaba que diera alguna pista sobre sus secuaces para echarle el guante. A partir de entonces, Giordano estuvo atento a los ires y venires del español. La madrugada que lo vio salir de la embajada envió un mensaje al secretario de estado.

Debido a que las visitas subrepticias de lord Henry Howard y Francis Throckmorton eran continuas, Giordano optó por acercarse a Leclerc, el secretario de Castelnau, con la intención de ganarse su confianza y orillararlo a alguna confidencia. El plan se facilitó porque Leclerc, quien llevaba varios años al servicio del embajador francés en turno, de inmediato se dio cuenta de las pretensiones de Bruno. Primero con frases ambiguas, y luego abiertamente, le dijo que estaba dispuesto a «descuidar» la correspondencia de Castelnau a cambio de una buena cantidad de libras.

Consiguió el dinero por medio de Herle; a partir de entonces leyó cuanto despacho llegaba a la embajada. Así se enteró de que la reina de Escocia enviaba mensajes a sus seguidores en los toneles de cerveza que entraban y salían de la prisión en la que se hallaba recluida. Walsingham interceptó al cervecero y lo obligó a enterarlo del contenido de las misivas. Los comunicados siguieron yendo y viniendo para que el secretario descubriera a los implicados en la conjura.

Florio y Giordano pasaban la mayor parte del día en la biblioteca inmersos en sus respectivos trabajos. Si alguno tenía una ocurrencia, dejaba la pluma e iniciaba una larga disquisición.

Se escuchaban con ese placer que da descubrir coincidencias en los gustos y preferencias del otro. De sus recuerdos de infancia pasaban al horror que ambos sentían frente al mar o a los misterios que encerraban las cosas de la Naturaleza. Quizá el nombre que Florio heredara de su padre lo designara a ser un conocedor del mundo vegetal.

—He observado que para cada enfermedad que aqueja al hombre, existe una planta que lo alivia. La virtud del vegetal llega a través de cierta semejanza morfológica con el órgano aquejado. Las propiedades ocultas se fundan en los principios de simpatía.

—Hace unos años ignoraba esto que dices, no supe explicarme cómo se había efectuado cierta curación.

Entonces le habló de Elisabetta, la joven que había vencido las fiebres de los pantanos gracias al portentoso polipodio.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué ese gusto tuyo por mudar palabras de un idioma a otro? —le preguntó Giordano

al verlo ensimismado en una de sus traducciones.

—Por participar de lo que alguien más escribió y descubrir sus motivos... por pretender ser otra persona, por el deseo de acercarme a otro tiempo y otro lugar...

—Posiblemente cause menos dolor traducir que escribir...

—¿Sufres al escribir? Nunca lo hubiera imaginado. Cuando las palabra no acuden a mi memoria, la invoco con una canción; la tonada las hace acudir en tropel.

—Estando frente al pliego me siento perseguido por hordas de demonios, los oigo cuchichear detrás de mí, reírse —le confió Giordano.

—Escribe con la luz de la mañana y se alejarán de ti.

—Tal vez...

Interrumpieron la plática al abrirse la puerta. Aunque al artista se le había escapado su vivacidad, Marie Bochetel resultaba tan hermosa como su retrato. La pequeña se semejaba en todo a Marie, el parecido lo acentuaban la misma tela del vestido, el mismo sombrero, el bolsito escarlata. Lo único diferente era el color del ramo de flores que cada una llevaba en la mano. Florio se levantó y Catherine-Marie corrió a abrazarlo.

—¡Qué alegría! ¿Cuándo llegaron?

—Ayer, ya tarde en la noche.

—Giordano Bruno, pasa una temporada con nosotros —dijo John, haciendo las presentaciones—. La señora es la esposa de M. de Castelnau y ella es la pequeña Catherine- Marie.

—Ahora comprendo el ansia de todos por tenerlas aquí. Marie lo miró con curiosidad, sin sonreír.

—Esta vez mi ausencia fue más larga de lo que esperaba. Catherine estaba ansiosa por regresar.

—Quizá hoy podría tomar su primera lección —sugirió Florio. El rostro de ambas se iluminó.

Entonces empezó la época de su vida que Bruno aquilataría como la más venturosa. A poco de haber llegado su esposa, Castelnau fue requerido en Francia y la casa quedó al mando de Florio.

—¿Cuál de tus dos nombres te gusta más? —preguntó Giordano a Catherine una mañana.

La niña fijó en él su mirada siempre seria. Observándola a corta distancia se percibía que uno de sus ojos era azul, el otro verde con tonos marrón.

—Los dos me gustan, los llevo por mis madrinas: Catherine, por la reina de Francia y Marie, por la reina de Escocia. Prefiero a la de Francia. La reina María siempre está triste, ha de ser porque donde vive hace mucho frío —contaba, amarrando y desamarrando el cordel de su bolsito rojo—. Cuando vamos a visitarla juego con un perrito que tiene los dientes de fuera. Luego de un rato mamá viene por mí, y de regreso llora todo el camino. A mí no me gusta visitarla.

—¿Y la señora Catalina? —preguntó con nostalgia.

—Ella me da pasteles, en su palacio tiene muñecas que a veces me deja tocar. Una vez ordenó que me pasearan en la yegua más bonita.

Giordano sonrió al recordar todo aquello.

Durante las primeras semanas de agosto Marie Bochetel respondió misivas, recibió amistades y cuidó su jardín con el entusiasmo que la caracterizaba. Algunas noches, recibía a diversos caballeros con los que se encerraba en el despacho. En una ocasión, en cuanto los hombres se fueron, Leclerc llamó a Giordano para enseñarle dos soberbios anillos que el duque de

Lennox mandaba a la reina María para contribuir a los gastos que la conjura demandaba.

—Me he enterado de que Enrique de Guisa envió tropas a Escocia.

Esa noche, Giordano escribió varios comentarios en los márgenes de un ejemplar más de *El príncipe*. Con el correo habitual lo envió a Enrique III.

Habitualmente la señora Marie bajaba a la biblioteca después del almuerzo. En cuanto abría la puerta la habitación se llenaba de un dulce olor a espliego, y Catherine corría a recibirla para mostrarle sus adelantos o la llevaba al jardín a ver el trazo del reloj floral que su tutor y ella sembrarían en la primavera.

—Aquí irán los iris que florecen en noviembre, en la siguiente hora las rosas de Navidad a las que no hay que acercarse porque son venenosas, allá el senecio. El maestro dice que las flores se irán abriendo según la hora del día.

Aquellas visitas se fueron espaciando conforme el vientre de Marie Bochetel crecía y la palidez de su rostro se acentuaba.

—Debe guardar cama —ordenó el médico—, la señora está delicada.

Era triste verla inmóvil en aquella cama demasiado grande, donde intentaba retener una vida que insistía en salir al mundo antes de tiempo. Agnes no se separaba de ella. Catherine subía todas las mañanas, a la habitación que mantenían en la penumbra, a visitar a su madre llevando saludos de Florio.

—Cuando las flores de mi reloj se abran mamá ya estará bien —aseguraba, al volver al lado de su preceptor.

—Si no es así, Giordano y yo te acompañaremos a verlas. Ella fruncía los labios y no decía más.

Giordano salió a la galería al escuchar un murmullo fuera de su habitación. Distinguió a Agnes apoyada en la balaustrada. Sus sollozos eran casi imperceptibles. Se acercó despacio para no asustarla. Permaneció detrás de ella, oyéndola llorar. Con un tono tan suave como su llanto, la doncella murmuró:

—Mi ama tiene mucho miedo.

Giordano rodeó el talle ceñido por la tela negra y la hizo volverse. En la oscuridad no distinguía el marfil de su piel, ni las facciones inverosímiles. Le acarició los párpados, las mejillas húmedas, la comisura de los labios. Agnes respondió con un beso feroz y desesperado. La tensión que Giordano empezó a sentir entre las piernas lo hizo detenerse. Trató de zafarse al sentir la mano de Agnes debajo de la camisa, acariciando su miembro, moviéndolo con suavidad. Hundió el rostro entre los senos y se acercó a las caderas femeninas que se mecían al ritmo de la mano. Decidido, le alzó la falda y la penetró. Agnes lo rodeó con las piernas e iniciaron una danza callada, lenta. Los embates arreciaron. Ella fue la primera en sucumbir. Permanecieron un rato enlazados intentando con el abrazo, ahuyentar la muerte que merodeaba sobre el vientre de la señora. Al separarse Giordano le besó la palma de la mano, ella lo acarició con dulzura. Se ató el cabello y se alejó con ese andar que parecía no rozar el suelo.

Al día siguiente, rebelándose a las costumbres, Giordano entró de la mano de Catherine a saludar a Marie Bochetel. Con un movimiento apresurado Agnes cubrió la palangana con los paños manchados de sangre. Esa primera visita fue breve, con el paso de los días se alargaron. Marie ordenaba que abrieran las cortinas, y Giordano se sentaba a un lado de la cama a des-

cribir cómo era el hielo de los glaciares; cómo, el sonido que anunciaba un temblor de tierra, cuánto tiempo le tomaba a una oruga tejer su capullo. Hablaba de las cumbres nevadas, de los guardatiempos del hermano Alejo o las llanuras del Po. Para colmar la imaginación de sus oyentes con colores y reverberaciones, describía morosamente los sonidos del agua o la luz que encendía las hojas de un arbusto. También les hablaba de sus bienamadas estrellas.

Después de un rato, Catherine salía a buscar a Florio. Marie Bochetel, con los ojos aferrados a la tela del dosel que cubría su lecho, escuchaba inmóvil, en tanto la aguja de Agnes bordaba pájaros y flores. Así pasaron las tardes del otoño hasta el día en que el médico no dejó entrar a nadie en la habitación. La señora necesitaba descanso. En la madrugada había perdido a su hijo. Sí, era un varón.

A partir de entonces, Giordano bajó a la biblioteca a participar de la enseñanza de la niña. Las lecciones se convirtieron casi en una fiesta. Catherine parecía contenta, hablaba más que de costumbre. Aún así, inesperadamente, se quedaba seria y salía de la habitación. La primera vez que sucedió Giordano quiso ir tras ella, pero Florio lo detuvo.

—Déjala. A ratos prefiere estar sola.

La vio sentarse en la banca más cercana al esbozo del reloj floral, poner sobre sus piernas el bolso y sacar, con sumo cuidado, lo que allí guardaba. En la distancia era difícil distinguir el caracol que Catherine ponía contra su oreja.

Giordano recordó la mañana en que las había visto, a ella y a su madre, en el dintel de la puerta con sus vestidos y sombreros idénticos. Entonces no advirtió el bolsito de brocado rojo. Con el tiempo notó que rara vez lo olvidaba y, cuando lo hacía, regresaba corriendo por él antes de salir de la casa.

Desde lejos le llegó la canción que entonaba la niña:

*Negra la ciudad
Negra su gente
Yo soy el cisne blanco
que reina sobre ellos.*

El caracol era su compañía más querida. Cuando se disponían a dejar París, su madre le había explicado que debía esconder unos cuantos juguetes para llevarlos a Londres. Catherine dejó las canastas con flores, el tambor heredado de su hermano, la concha y la pajuela para hacer burbujas de jabón y se acercó a la repisa de los caracoles. Tenía una pequeña colección que su padre aumentaba cada vez que regresaba de algún viaje. Tomó el más blanco, el más redondo y sonoro y lo guardó en el bolso de brocado rojo.

—Puedes llevar algo más.

—No. Sólo esto.

Los domingos eran los días que más disfrutaban. No había lecciones, ni biblioteca. Catherine salía tomada de la mano de Florio y de Giordano a dar un paseo que, dependiendo del clima, podía durar el día entero. Se detenían frente a la embajada a saludar a la anciana que pedía limosna en los escalones de la iglesia de Saint Bride. La vieja hacía sonar unas monedas canturreando la misma canción que murmuraba la niña, oyendo los mares que habitaban dentro del caracol. En cuanto la veía, de entre los harapos que la rodeaban, sacaba un cántaro con agua del manantial que brotaba de entre las piedras, debajo del altar de la iglesia, y se lo ofrecía. Mientras bebía, la pordiosera, invariablemente, le decía:

—Tendrás dos patrias y dos hombres que te amen. Tus ojos no mienten.

Cuando se alejaban, Catherine le preguntaba a su tutor por qué la vieja repetía siempre lo mismo.

—Tu ojo azul es el reflejo de la ciudad de París, mientras que el otro ha adquirido el color de los campos ingleses.

—¿Y qué hombres me amarán?

—Giordano y yo te querremos siempre.

Subían por Fleet Street, que en esa época del año se cubría con las hojas secas de los castaños. El que las pisara haciendo más ruido, decidía hacia dónde seguir el paseo. Al final de la calle encontraban la carpa de los fenómenos: becerros con dos cabezas, un perro albino, langostas con varias pinzas. Catherine los miraba largo rato.

El entretenimiento principal era llegar hasta la catedral de Saint Paul, a ver pasar a los que acudían al servicio: nobles, comerciantes, abogados, usureros, estudiosos, limosneros, rufianes, dementes. La niña tenía prohibido entrar a la iglesia donde habían arrancado a los santos y a la Virgen.

—Deberían construir otra catedral. Ésa no fue erigida para protestantes —decía Castelnau. John Florio conocía a muchos de los caballeros que acudían al servicio religioso o a negociar.

Conforme pasaban, los iba saludando. Catherine escogía a alguien para que su tutor le contara su historia; unas veces cierta, otras inventada. El paseo continuaba en la Paul's Cross donde Florio se detenía a escuchar proclamas, sermones incendiarios o las noticias de lo que sucedía en el mundo.

—¿Vamos a *si quis*? —proponía Catherine al poco rato.

La primera vez que la niña lo mencionó, Florio explicó a Giordano que era la puerta donde se apostaban aquellos que buscaban trabajo.

—Inician su petición diciendo: *si quis*, en latín. «Si acaso» alguien sabe de un empleo. A Catherine le gusta ver a los personajes estrafalarios que rondan por allí.

Recorrían los puestos de pomadas y ungüentos, los de hojas de tabaco. En los de libros, donde Giordano se entretenía más de la cuenta. A medio día, con una hogaza y un pedazo de queso, se sentaban en la plaza a esperar a los titiriteros o al juglar. En ocasiones caminaban hasta la Torre, salían por la puerta de la muralla y desde lo alto de la colina veían pasar los barcos. Las preguntas de la niña los hacían sentir que miraban el mundo por primera vez.

De regreso a Salisbury Court, Catherine se iba con su aya, Florio a trabajar en su diccionario y Giordano subía a su habitación. Intentaba leer, escribir, pero no hallaba sosiego. Esas noches, después del bienestar del día, se le acentuaba la necesidad de Agnes. Dejaba su cuarto y recorría la casa buscándola. Al encontrarla, protegido por la oscuridad, permanecía en el dintel viendo sus manos osadas. Su rostro apenas iluminado lo atraía sin remedio.

Confuso, como abrasado por un fuego, iba a reunirse con Herle y sus amigos. Las primeras veces había sido por entregar un mensaje, después por el insólito placer de escuchar a los hombres que frecuentaban la taberna. Aunque no las comprendía todas, le gustaba la rudeza con que las palabras eran dichas.

A veces aparecía por allí un amigo de Herle, un escritor muy joven que estudiaba en Canterbury. Su nombre era Christopher Marlowe; sus amigos lo llamaban Kit. Para entonces aún no había escrito las obras de teatro en las que aparecerían personajes tan semejantes a él. «De piel pálida, en la que se leen las pasiones... su gran talla es semejante a sus deseos, los hombros tan amplios que podrían soportar la carga del viejo Atlas, y sus ojos penetrantes instrumentos cuyos círculos encierran, en sus esferas, un cielo de astrales cuerpos.»

Con esa mirada de penetrantes instrumentos Kit observaba el mundo.

—¿No te preguntas qué hace que ese hombre que está allá sentado, se lleve el vaso de cerveza a los labios? —le dijo una noche a Giordano—. Fíjate en él. Ahora estira la mano, toma los dados, los lanza. Ve cómo mueve las piernas, cómo sube y baja su pecho al respirar. ¿En qué parte de su cuerpo se aloja esa chispa que le da vida? Si yo me levantara y encajara mi daga en su vientre, terminaría con el milagro. No volvería a moverse, a beber, a fornicar. Nada. Y yo tengo ese poder en mi mano. Algo le dio vida, pero yo puedo quitársela ¿Te gustaría ejercer ese poder?

Giordano se lamentaba de no haberlo conocido en su juventud.

Con la destreza recién adquirida de observar con detenimiento, descubrió que Kit también entregaba mensajes a Herle.

Christopher Marlowe hacía todo con una intensidad trepidante, con una desesperación sobrecogedora. Como si no tuviera tiempo qué perder. A poco de llegar a la taberna, estaba absolutamente ebrio, buscando con quien pelear. Dado que era fácil hallar contrincante, siempre lograba enzarzarse en alguna pendencia. Su habilidad con la daga lo protegía de tener más cicatrices de las que ya adornaban su piel rosada de doncella. Sus carcajadas proclamaban el triunfo. Después de la reyerta irrumpía dando traspiés; satisfecho de haber hecho correr a su rival, bebía hasta perder la conciencia.

Castelnau regresó a Londres y se volvió al ritmo habitual de actividades. Bajo la mirada vigilante del embajador, las leccio-

nes de Florio perdieron su ambiente de fiesta; Agnes dejó sus espectrales paseos por los corredores y Giordano reanudó sus labores de gentilhombre.

Después del aborto, el característico entusiasmo de Marie Bochetel desapareció. La tristeza de la pérdida se le quedó alojada en el cuerpo. Pasaba la mañana en su habitación, sentada junto a la ventana, sin tomar la labor que Agnes le dejaba en el regazo. Al atardecer la poseía una especie de frenesí: llamaba a su doncella para que la vistiera, la peinara e intentara disimular con polvos las sombras que enmarcaban sus ojos. Había adquirido una nueva hermosura, como de alucinada. Llegado el momento de escoger el vestido decía que el rojo la hacía verse más pálida, el verde más delgada, el azul le traía malos recuerdos. Todas las noches salía de su habitación vestida de negro. A pesar de la vehemencia al hablar y de sus movimientos un tanto desarticulados, era el centro de la reunión. Como el embajador prefería verla así que perdida en el desconsuelo, cada noche ofrecía una fiesta.

Ya que los invitados se despedían, Castelneau y su esposa se quedaban a jugar cartas con el embajador español, sir Francis Throckmorton y sir Henry Howard. Pretextando que aquello iba para largo, despachaban a los sirvientes a dormir.

El desasosiego de Marie, igual que una epidemia, contagió a todos en Salisbury Court. La voz de Agnes alcanzaba tal volumen durante las discusiones con su marido, que todos se enteraban del motivo del desacuerdo. Florio, que antes disfrutaba tanto las fiestas, adquirió la costumbre de desaparecer luego de recibir a los invitados. Giordano aprovechaba cualquier distracción del embajador para dejar aquella casa donde ya nada era igual.

Parecía que sólo las cartas mantenían su periodicidad ha-

bitual. El secretario entregó a Giordano dos que venían de Francia. El sello de una de ellas le pareció nuevo, como recién hecho.

Tanto tiempo ha pasado desde que me preguntaste si podías confiar en Bernardino de Mendoza, el embajador español, que estoy seguro ya has descubierto la clase de pajarraco que es. No exagero al recomendarte no confiar en nadie que esté al servicio del rey Felipe.

Anjou regresó tan enfermo de los Países Bajos que no acepta a nadie en su habitación, ni siquiera a su madre. Dicen que las llagas le han deformado por completo el rostro.

En fin, querido amigo, parece que nunca podré darte buenas noticias y no lo olvides, ten cuidado con los españoles. Ya encontraré un momento para escribirte largamente, ahora lo hago con premura para mandar ésta y la carta que, por venir de lejos, estarás ansioso por leer.

GIOVANNI MORO.

Sopesó la otra misiva y rompió el sello. Eran varios pliegos amarillentos, hollados por alguna lejanísima humedad. Su olor era indescifrable.

Se paró junto a la ventana: el agua de la lluvia arañaba los cristales. Disfrutaba retrasando el placer de leer la carta de Ventura.

¡Estoy en América! Bajo otro cielo, pero mirando las mismas estrellas que te protegen y que tu miras desde el palacio del Louvre. He cruzado la mar oceana y ahora sé que ni su inmensidad nos separa. Siempre estás junto a mí y ves lo que yo miro, y si algo se te escapó, paso a contártelo.

Desde el principio la mala suerte acompañó a nuestra nave por haber quedado mal lastrada y al pasar por la barra de San Lúcar encallamos. Los marineros, sin dejar de maldecir, no lograron hacer nada. Pasamos dos días varados y entonces supimos qué gran castigo puede ser el sol. Al fin sopló el viento y salimos a toda vela. A poco de ir navegando alguien advirtió que ya nos enteraríamos de que la mar no es habitación para los hombres. Como si hubiera hecho un Si subíamos a cubierta, el sol nos levantaba llagas y en la bodega los tufos eran insoportables. El navío se convirtió en una celda de prisión. Éramos tantos los que viajábamos que no había dónde moverse. Algunos hermanos llegaron a decir que sería preferible echarse al agua. conjuro, nos enfermamos. Sólo quedó en pie el señor obispo que no se daba abasto para acercarnos los bacines para vomitar. Después de unos días nos acostumbramos al movimiento. Entonces vino otro castigo, no sé si peor, pero tan malo como el anterior.

Creíamos haberlo sufrido todo cuando empezó la tormenta. Llegó tan rápido que fueron pocos los que se amarraron a los maderos. Vimos venir una negrura desde el horizonte y en un santiamén rodábamos sobre la borda, lo mismo barriles que hermanos. Ni tiempo tuvimos de rezar. Para nuestra fortuna, pasó de la misma manera que llegó.

No todo ha sido sufrimiento. Una voz me ha dicho que la mar es uno de los nombres de Dios. Pienso que así es. Esa inmensidad sólo puede ser su imagen.

¡Claro que da miedo! pero, ¿no lo da Él?

En las noches claras, que son muchas, veo las estre-

llas. Nunca pensé que pudieran ser tantas. Traigo conmigo tu sextante y los demás instrumentos para medir el cielo. Son mi pertenencia más querida.

Desde cubierta hemos visto pasar islas con montañas tan altas que parecen llegar al cielo. No nos han permitido ir a tierra porque los indios que las habitan aún tienen al diablo metido en el cuerpo por falta de bautizo. Bajamos en una isla que llaman la Gomera. Brincamos al agua y muchos aprovechamos para retozar en ella. A la voz del padre prior salimos para agradecer al Altísimo habernos dado vida para llegar hasta allí. Volvimos a navegar con buen viento y con la nao, para nuestra fortuna, bien arreglada. Seguimos navegando, ya sin miedo, y te puedo decir que fui feliz. El viento bajaba del cielo a acariciarme, como una mano suave que recorriera mi piel. Pensé que tendría que confesarme por disfrutar de aquella ternura. Luego pensé en lo que tú me dirías: ¿qué pecado hay en gozar algo que viene de la Naturaleza? Cerré los ojos y te imaginé a mi lado.

Después de mucho navegar llegamos a Santo Domingo. Los cañones de tierra nos dieron la bienvenida y entonamos la Salve.

El próximo seis de agosto, día de Nuestro Padre, una carabela regresará a España. En ella te mandaré ésta. Desde ahora te puedo decir que pasaremos aquí una larga temporada porque han empezado a soplar los vientos del norte, que tanto dificultan la navegación.

Te quiere siempre, tu hermano

VENTURA

Releyó algunos párrafos: ...una voz me ha dicho que la mar

es uno de los nombres de Dios ... ¿qué pecado hay en gozar algo que viene de la Naturaleza? ...el seis de agosto, día de Nuestro Padre..., el seis de agosto... Hacía más de un año que Ventura había escrito aquella carta.

¿Dónde estará ahora?

Afuera la lluvia arreciaba. Miró el jardín. La ausencia de Ventura seguía doliéndole en el cuerpo. Quiso irse de Londres, embarcarse... ¿embarcarse?

Otra vez sitiado por agua...

Cerró la contraventana y encendió la bujía. Apenas eran las tres de la tarde y su habitación se encontraba en completa oscuridad.

A mediados del mes de octubre llegó a Londres Alexander Dicson, conde de Angus. Con la venia de Castelnau se hospedó en la embajada. Iba para que el maestro Bruno afinara sus conocimientos sobre el Arte de la Memoria ya que en unos cuantos meses participaría en un debate sobre el tema.

Giordano, nada corto de lengua, se quedaba pasmado ante la rapidez con la que el joven respondía con palabra halagüeña al más mínimo gesto o comentario de Marie Bochetel. La complacía sin resultar servil. Sus facciones, sus modales, el tono de voz, todo en él era agradable.

—Eso es tener buena cuna —comentó Florio sin el menor rastro de envidia.

La madrugada del 2 de noviembre interrumpieron la discusión en la que se habían empantanado al escuchar sillas que se volcaban, portazos, pasos que se precipitaban por las escaleras que llevaban al río. Al salir encontraron el despacho vacío.

Buscaron al embajador, al secretario. Llamaron a Chassaigne. Sólo Agnes salió de la oscuridad.

—Descubrieron la conjura. Lord Henry Howard y Sir Francis Throckmorton están presos.

—¿Y eso que tiene que ver con M. de Castelnau? —preguntó Dicson. Agnes lo miró en silencio.

—¿Y la señora Marie? —insistió en saber.

—Se fue con su esposo en una barca por el río. Florio bajó al oír las voces.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Dicson.

—No nos queda más que esperar noticias —,aseguró Florio.

A Giordano lo sorprendió que no reaccionara con más emoción, al saber que su venerada señora pudiera estar involucrada en una conspiración contra la reina de Inglaterra.

Subieron a sus respectivos aposentos y Giordano se sentó frente a la ventana. Habían apresado a dos implicados, de seguro había más. Repasó mentalmente las visitas de Howard y Throckmorton en busca de detalles significativos, de frases enigmáticas que cobraran sentido.

Los confabulados no se atreverían a seguir con el plan. La reina escocesa no ocuparía el trono de Inglaterra; Isabel seguiría reinando y Enrique no sería derrocado por los Guisa. De ahí en adelante sería más fácil cumplir con la misión encomendada por el rey.

Horas después, lo despertó el ruido de la lluvia sobre el tejado. Le dolía el cuerpo y tenía frío.

En la cocina encontró a Florio tomando su infusión de hierbas con la capa sobre los hombros.

—¿A dónde vas a esta hora?

—A ninguna parte, sólo tengo frío.

—Desde hace rato el señor embajador los espera en su des-

pacho —dijo Chassaigne, entre dientes, sin levantar la mirada del plato de porridge que devoraba.

—¿Por qué lo dices hasta ahora?

—No quise despertarlos, no se fueran a molestar.

Castelnau los recibió elegante y perfumado, sin rastros de los acontecimientos de la noche anterior. Habló de asuntos cotidianos, de la próxima fiesta para conmemorar la coronación de la reina. De pronto, y sin llamar, Chassaigne abrió la puerta.

—¡Ya llegó!

—Debo hablar con una persona —dijo Castelnau—; seguiremos en cuanto el caballero se haya ido.

En el corredor se cruzaron con el visitante.

—¡Es Archibald Douglas! Dicen que voló el carruaje de Lord Darnley, el esposo de María Estuardo, por orden expresa de ella.

—¿Lo habías visto aquí antes?

—Nunca.

En la biblioteca pretendieron ocuparse en sus papeles. A media mañana Douglas se fue por el jardín hacia el río. Seguía lloviendo. Chassaigne entró a decirles que podían regresar con el embajador.

La chimenea caldeaba demasiado el despacho. Castelnau se había quitado la gorguera, estaba desgredado. Más que pálido, su rostro tenía un tinte verdoso; las manos y la voz le temblaban.

—Han apresado a Howard y a Throckmorton con el cargo de conspiración.

Una vez dada la noticia, caminó de un lado a otro limpiándose con la manga el sudor que perlaba su frente. Hablaba sin cesar. Justificaba y defendía a los implicados enumerando sus cualidades. A Howard con más vehemencia, quizá por ser el

más comprometido. Lo describía como al más culto de los nobles de la corte de Isabel, descendiente de una de las familias más poderosas de Inglaterra, fiel defensor de la reina. ¡Inconcebible que lo acusaran de traición!

Florio y Giordano lo escuchaban en silencio.

Castelnau también mencionó a Throckmorton, sus muchos estudios, el sinfín de virtudes que lo caracterizaban. Florio lo miraba con un dejo de compasión; Giordano empezaba a cansarse,

—...hablaré con la reina, le explicaré que son intrigas. Protestaré diciéndo que su encarcelamiento es un acto de enemistad contra mí y contra el rey de Francia...

—¡De ninguna manera! —gritó Giordano, enfurecido—. ¡No hará eso! ¡No implicará a Su Majestad en esta maniobra! Él no respaldaba este complot ¡Por el contrario! ¿Cómo se atreve ahora a escudarse en él cuando estuvo dispuesto a traicionarlo?

—¡Lo hice por nuestra religión! Te juro que dudé... ¡Dios sabe cuánto dudé!

La entereza del embajador se desmoronó. Los ojos de Giordano ardían coléricos. Florio trató de intervenir.

—Giordano, por favor, el señor embajador...

—¡Es un traidor! Se ha aprovechado de su cargo para engañar a Enrique.

—¡A eso viniste a la embajada!, ¿verdad? ¡A espiarme!

—¡Vine a proteger al rey de Francia porque yo sí estoy a su servicio! ¡Siempre lucharé por él! Salió tan precipitadamente del despacho que no escuchó los sollozos de Castelnau.

Del temporal quedaba una lluvia fina. Giordano utilizó la puerta del jardín para bajar al río. Conforme avanzaba en el lodazal, la furia se le convertía en miedo. ¿Encarcelarían tam-

bién a Castelnau? Si lo mataban ¿su cabeza colgaría a la entrada del puente? Los ojos dispares de Catherine-Marie pasaron por su mente como un relámpago. Michel de Castelnau era su amigo, lo había acogido en su casa. Nunca se había detenido a pensar en él cuando escribía las notas a Walsingham. Su único afán había sido malograr la conjura. ¿En verdad nunca había pensado en las consecuencias que la delación tendría para el embajador? ¡No! Estaba allí para salvar al rey de Francia.

¿Cómo pude olvidarme de Castelnau?

Llegó al río. En el muelle se balanceaban las barcas vacías. ¿Adónde ir? Sus únicos amigos estaban en Salisbury Court y a uno de ellos lo había delatado. Siguió por la ribera pantanosa, hasta La cabeza de Toro.

—¡Traes encima toda el agua de este diluvio redentor! —exclamó Herle al verlo. Giordano se acercó a la mesa.

—¿Qué te pasa? Pareces salido de la tumba. No recibió respuesta.

—¡Ah...vaya! Ahora resulta que el italiano está arrepentido.

—¡Cállate!

—Para algunos no es fácil jugar al espía, no creía que fueras de esos. ¡El gran filósofo se tambalea!

—¿Qué pasará?

—¡Les cortarán la cabeza!

Se sentó al sentir que sus piernas flaqueaban.

—¡Otra jarra de vino! ¡Esta noche puedo pagar! —gritó Herle al aventar la talega que repicó al caer sobre la mesa—. ¿Qué te asusta?

—La delación, yo quería...

—No fuiste sólo tú. No te creas tan importante. Fui yo, Marlowe, Parry, tu amigo Florio...

—¿También él?

—Resulta cierto que la red de espionaje de Walsingham va de Edimburgo a Constantinopla.

Además, no serás tú el que castigue, sino la reina. Así que bebe, tú contribución fue mínima.

De un trago apuró la mitad del vaso.

—He sido parte de traiciones e intrigas...

—¿Por qué habrías de ser mejor que cualquiera de nosotros?

—Lo hice protegiendo a... a... alguien. Tú, por dinero.

—¿Y eso te libera de culpa?

La pregunta quedó sin respuesta.

Esa noche Giordano llegó ebrio a la embajada. Entre Herle y sus amigos lo subieron a su habitación. Agnes los oyó entrar y una vez que se fueron, envolvió unas piedras calientes en lienzos y subió calladamente. Encontró a Giordano hecho un ovillo en su cama. Le quitó las prendas mojadas para cubrirlo con la tela entibiada. Se desnudó y se acostó a su lado. Giordano, al sentirla, se aferró a su cintura.

De lo único que se acordó al despertar fue de haber ido caminando bajo la lluvia. ¿Cuál es el efecto del vino sobre la memoria? Con la sensación de que el suelo se movía bajo sus pies, tomó un ejemplar más de *El Príncipe*, subrayó los pasajes que dejarían ver a Enrique III que la conspiración se había descubierto y él estaba a salvo. Al menos por el momento.

A sir Francis Throckmorton le tocó el suplicio del agua, método preferido de Walsingham para hacer confesar. Aunque reveló detalles, no denunció a ningún otro conjurado. Después de un juicio corto lo ejecutaron en el mes de julio. A Bernardino de Mendoza, el embajador español, lo expulsaron de In-

glaterra. Sir Henry Howard únicamente fue interrogado. Los amigos que abogaron por él, lograron que el señor secretario no lo hiciera pasar por la cuna de Judas. A los seis meses fue puesto en libertad y su hermano, incapaz de encarar el desprestigio, al partir al exilio le pidió que lo acompañara. Él se negó. A pesar de que María Estuardo juró no volver a conspirar y vivir tranquila tras los muros de Chartley, nadie creyó en la sinceridad de su ofrecimiento. La participación de Michel de Castelnau quedó sin aclararse por falta de pruebas; permaneció en Londres, aunque no dejaron de vigilarlo.

En los días posteriores al escándalo, reinó la zozobra en la embajada por temor a que vinieran a aprehenderlo. Con el paso del tiempo y al ver que nada sucedía, se tranquilizaron y la vida continuó.

Giordano decidió permanecer en Salisbury Court después de meditarlo a lo largo de varias noches en vela. En vano buscó la oportunidad de hablar con Castelnau hasta que una mañana el embajador entró a su habitación.

—Es ridículo que sigamos evitándonos. Si has de permanecer aquí nos debemos una explicación.

Giordano fue el primero en hablar. Escuchaba sus propias palabras dudando de su alcance.

Castelnau lo dejó expresar toda clase de descargos.

—Sin embargo, me delataste.

—No era a usted a quien denunciaba, sino a un grupo que conspiraba contra el monarca. No podía ver fraguarse una conjura contra él y no hacer nada.

Hablaron largamente, cada uno exponiendo sus razones. Los dos con vehemencia, con el deseo de recuperar la antigua confianza. Pero hubo algo medular que nunca volvió a ser como antes. Si sus miradas se encontraban en una reunión,

durante una fiesta, ambos sabían que se estaban vigilando.

La noticia de que los católicos que vivían en la embajada francesa habían participado en un plan para derrocar a la reina, trascendió a todos los niveles. La gente que merodeaba a las orillas del río se apostó en los alrededores de Salisbury Court y cada vez que alguien salía o entraba, escuchaba una andanada de insultos. Luego pasaron a arrojarles piedras hasta que una noche, cuando ya todos dormían, despertaron por el estrépito de vidrios rotos. Giordano encontró a Florio en la escalera; uno de los proyectiles lo había herido en la cabeza y sangraba. Chassaigne proponía salir a enfrentarlos, en tanto Castelnau recorría las habitaciones viendo los desperfectos. Catherine-Marie fue la primera en percibir el olor. Courcelles descubrió que las piedras venían acompañadas de excremento.

Con la frente remendada, Florio llevó una nota a Walsingham en la que Castelnau protestaba por el trato que le daban los ciudadanos ingleses. Antes de que se convirtiera en un asunto grave, el secretario mandó guardias a proteger la embajada.

El río se congeló en noviembre, igual que durante el año de la Gran Helada. La leña escaseó en la embajada por lo que las actividades se concentraron en la biblioteca, donde la chimenea calentaba mejor. El murmullo de las plumas al rasgar el papel se escuchaba buena parte de la mañana: Marie Bochetel escribía a sus hijos o a los amigos de Francia, Castelnau seguía con sus memorias, Florio con sus traducciones, Catherine-Marie copiaba alguna página para mejorar su caligrafía. Dicson y su maestro continuaban preparando los escritos para el debate sobre el Arte de la Memoria.

Si Catherine preguntaba algo Florio le respondía; si alguien más contribuía con su opinión, se iniciaba una controversia hasta que la niña, fastidiada, decía que era hora de ir a dar un paseo.

El río se convirtió en el centro de actividad de Londres. En la orilla sur, los teatros y las tabernas estaban más concurridas que nunca, a pesar de las amenazas de los predicadores de acabar en el infierno por presenciar aquellos espectáculos. Ni frío ni moralistas impedían a la gente amontonarse en los patios traseros de las posadas, a vitorear las comedias que tanto los divertían.

Atravesar la superficie helada del Támesis resultaba un buen entretenimiento: o se hacía alarde de equilibrio, o se aprendía a usar en los pies aquella especie de cuchillas para deslizarse sobre el hielo. Catherine y Florio se cansaron de pedirle a Giordano que intentara usarlas. Su temperamento meridional, según él, le impedía encontrar placer en tal bobería. La verdad era que los veía, con cierta envidia, patinar hasta el lugar donde una joven había quedado presa bajo el hielo. La llamaban la niña azul. El agua helada la mantenía incólume, aferrada a su ramillete de flores que al moverse con la corriente de agua, parecía decir adiós. Con aquel gusto por lo horroroso, Catherine la iba a ver asiduamente.

Giordano hubiera preferido no distraerse de los preparativos para el debate en que Dicson estaba por participar, pero debía cumplir con sus obligaciones de gentilhomme. Cuando el embajador fue requerido por la reina, lo acompañó al palacio de Hampton Court.

La audiencia a la que asistían embajadores, consejeros y no-

bles, se llevó a cabo con la lentitud y minucia características. La reina fue la primera en dejar la sala. Walsingham, que la seguía, se detuvo frente a Giordano y llevándoselo aparte, le confió que Su Majestad le agradecía su labor en favor de la seguridad del reino.

—En dos ocasiones ha mencionado su interés en leer tu obra reciente. Por tu bienestar y el mío, tráela mañana.

Castelnau le preguntó qué asunto había tratado con el señor secretario.

—¡Mañana debo presentarme con un ejemplar de *Triginta sigillorum!*

En espera de ser recibido, ideaba el discurso que daría a la reina sobre la intención de su obra. Después de un largo rato apareció una de sus damas a recoger el libro. La soberana estaba por partir al castillo Nonesuch, a festejar la llegada del nuevo año, y no tenía tiempo para escucharlo.

A mediados de diciembre las insignias de los mesones fueron adornadas con cualquier planta que tuviera bayas rojas. Campesinos, artesanos, terratenientes, sin importar clase ni fortuna, se reunían en las posadas desde Navidad hasta la Epifanía. Durante doce días nadie trabajaba y las calles de Londres, de por sí colmadas, se llenaban aún más. Hordas de jóvenes con disfraces coloridos las recorrían bailando y tocando panderos, gaitas, tambores, campanas o cualquier artefacto al que se le pudiera sacar sonidos.

Las faenas en la embajada empezaron varios días antes de las fiestas. Marie Bochetel, entusiasmada, giraba por la casa dando órdenes.

—Las ramas de roble de la entrada no deben rozar los sombreros de los invitados, los cirios alrededor de la chimenea, ¡más levadura para la masa de los pasteles! El tonel de vino debe estar lejos de la estufa.

La casa se llenó de sirvientes que subían y bajaban sin descanso. Giordano se hizo al ánimo de estudiar en medio del ajeteo.

La mañana de la fiesta, los invitados llegaron a las doce del día para ver la lucha de San Jorge contra el dragón y los saracenos que se representaría en la plaza de Saint Bride. El dragón giró por la plaza dando coletazos hasta que el caballo del santo se encabritó. Nadie vio la estocada final porque San Jorge y la bestia se perdían entre la blancura de la nevada. Los espectadores regresaron en tropel a la embajada. Castelnau, Marie, Catherine y sus hermanos, que habían venido de Francia, los esperaban, en la puerta de la embajada con una vela en la mano, para darles la bienvenida. Ya que todos entraron, se escucharon los acordes del primer baile, y el vino fue calentando manos y corazones hasta que las campanas anunciaron la medianoche. Al dejar de sonar, el silencio cayó sobre la ciudad: Cristo había nacido. La Naturaleza guardaba silencio, los animales lo reverenciaban, el hombre lo adoraba.

Las actividades del día siguiente se iniciaron con una misa en la capilla de la embajada a la que Giordano no asistió. Entre tanto invitado nadie notó su ausencia.

Desde la biblioteca, donde esperaba a que terminara la ceremonia, vio pasar a Marie Bochetel en brazos de Chassaigne. Castelnau, a un lado, trataba de animarla. La señora se había desmayado a mitad del responsorio, debido a los malestares de un nuevo embarazo. Agnes al verlo solo, con su libro por única compañía, se detuvo un momento en la puerta. Luego siguió tras su ama.

El seis de enero, día de la Epifanía o pequeña Navidad, los invitados se vistieron con tafetas blancas bajo terciopelo rojo y mucho oro: cadenas, broches, coronas, diademas, brocados. Oro para recordar las riquezas que los reyes magos ofrendarían al Niño.

Castelnau regaló a Giordano un fardel nuevo que lo acompañaría muchos años más; a Catherine, una perla diminuta para adornar su cabello; a Marie Bochetel, un tintero traído de Oriente; y al maestro Florio, una copia del manuscrito iluminado del *Tacuinum sanitatis in medicina*, con remedios herbales aconsejados por Ellbochasm de Baldach hacía más de trescientos años. Mientras las faldas rojas revoloteaban al son de la flauta y el laúd, Giordano recordaba la carta natal que trazara para compartir destinos con Ventura; la fecha elegida había sido seis de enero. Se volvió a mirar por la ventana. La nieve impedía ver las aguas congeladas del río.

¿Qué verán los ojos de Ventura en este momento?

El recuerdo de su amigo dio paso a la figura de Catalina de Medicis. Ella también festejaba ese día el aniversario de su nacimiento. La imagen de la señora vestida de negro se esfumó y apareció Enrique de Valois. Por él estaba en Inglaterra, viviendo en casa del embajador y conocía a su familia a Florio y Agnes. Gracias a él tenía un hogar.

Dicson terminó de escribir su disertación sobre el Arte de la Memoria. La llamó *De umbra rationis*. Hacia finales del mes se inició el debate. Su contrincante era William Perkins, profesor de Cambridge, vehemente seguidor de Ramus.

Haber muerto durante la Noche de San Bartolomé, había convertido a Peter Ramus en una especie de mártir, víctima

de ese catolicismo atrasado que combatían los protestantes. Su método, como ya desde entonces llamaba a su proceso de memorización, iba muy de acuerdo con la ideología puritana. Lo había limpiado de «oscuridad y superchería» dándole un giro dialéctico que simplificaba memorizar cualquier materia. De manera lógica y moderna buscaba un saber universal.

La discusión la inició Dicson leyendo *De umbra rationis* que inmediatamente fue relacionada con *La sombra de las ideas* de Bruno, tanto por la similitud de sus diálogos, como por representar la misma filosofía. Aunque Giordano no participara, los ingleses supieron de inmediato quién estaba detrás de aquel joven.

En cuanto Dicson terminó de leer sus diálogos, Perkins arremetió:

—Lo que argumentas suena envejecido. El tiempo de los Mercurios y los Hermes ya pasó. Ha llegado el momento de que la memoria pierda ese aspecto oscuro y se deshaga de las imágenes misteriosas con que la han rodeado. Sólo así llegaremos a la edad de la razón.

—Razón que no le dejará nada al hombre. No lo sacará de las tinieblas porque carece de sensibilidad. Tampoco lo acercará a la *mens divina*.

—Ese afán de relacionar la memoria con entidades superiores. ¡La memoria no es un instrumento de reforma religiosa!

—¡Ya lo creo que sí! Esas imágenes que desprecias, actúan sobre la mente del hombre guiándolo hacia una nueva religión. La imagen es un lenguaje unificador.

—Imágenes cifradas, lecturas simbólicas. La imaginación nunca ha favorecido a la memoria. La hace divagar y perderse por esos lugares eternos de los que ustedes hablan. Debemos disciplinarla con las reglas del método.

—¡Normas! ¡Mandatos! ¡Orden! Crear un espejo de la realidad es más importante que encarcelarla.

—El método ramista libera a la memoria de ese hermetismo con que ustedes la han infectado. Ésta es la lógica dialéctica de los modernos.

Contra métodos vacíos, sabiduría antigua. Contra razones rígidas, la fuerza de las imágenes.

Los días pasaban y la concurrencia al debate iba en aumento. Los estudiantes, con su vocerío, llevaron la discusión a las calles; todos tenían una opinión y tomaban partido. Muy pronto hubo dos bandos bien diferenciados.

Aquel debate en Londres reflejaba la polémica que se daba en muchos círculos intelectuales a lo largo de Europa. El nacimiento de la nueva ciencia pretendía arrasar con todo lo que parecía representar el viejo orden, sin tomar en cuenta que rescatar la cultura de la Antigüedad era una de las necesidades del momento. Lo que empezó como un debate sobre el Arte de la Memoria se convirtió en una disputa intelectual y religiosa en la que participaron las figuras más importantes de la sociedad isabelina.

Dicson había dedicado su escrito a Robert Dudley y cuando le preguntaron al conde si comulgaba con esas ideas, las defendió con vehemencia. Sidney, siempre tan cercano a Dudley, aceptó que no podía tomar partido por coincidir, en ciertos puntos, con ambos contendientes. Su formación lógica y matemática lo inclinaba hacia los ramistas, pero coincidía con Dicson en buscar los vestigios de la divinidad a través de la memoria y, en su caso particular, por medio de la poesía. Christopher Marlowe aprovechó la disputa para establecer su desacuerdo con los miembros del círculo de Sidney, a quienes tachaba de retrógrados.

El asunto logró que la atención de muchos se volviera sobre Bruno. Releyeron sus obras y encontraron ideas intolerables, a las que antes no prestaran atención. Lo atacaron sin misericordia. Quien más lo defendió fue M. de Castelnau.

El debate duró varios meses.

De la misma manera que su maestro había desafiado a los doctores de Oxford, Dicson retó a los puritanos de Cambridge. La consecuencia fue que muchos recordaran los insultos de aquel italiano.

Giordano Bruno tampoco había olvidado la ofensa. Estimulado por el debate y aprovechando la notoriedad que la polémica había cobrado, inició la escritura de la primera de sus obras que representarían la madurez de su filosofía: *La cena de las cenizas*. Con ella inició su ataque a los pedantes académicos tan bien representados por los doctores de Oxford.

Marie Bochetel volvió a guardar cama debido a su embarazo, y a Catherine, para evitarle tristezas, la enviaron a Richmond. En ausencia de su pupila, Florio se dedicó a aumentar su diccionario buscando palabras insólitas en los libros. Cuando una sobresalía la pronunciaba varias veces en voz alta, y seguro de su importancia, la anotaba en la letra inicial correspondiente. Llevaba registrados más de tres mil vocablos con su significado en italiano.

Una tarde, al menguar la luz, se levantó a prender las bujías. La casa estaba en silencio; ni los pasos lentos de los criados, ni ruidos en la cocina. Se quitó los espejuelos, secó la pluma y subió a ver a la señora Marie. Aunque halló la puerta de la habitación entreabierta, llamó antes de entrar. Con la escasa luz que se filtraba por la ventana pudo ver que Marie lloraba. La señora se volvió sin esconder sus lágrimas.

—Parece que el frío de la tarde me entristece, maestro.

—¿Qué puedo hacer para alegrarla, querida señora?

—Quizá leerme un poema...

—¿Le gustaría escuchar algo de la última obra de Giordano?

Desde que se descubriera la conjura Marie trataba a Giordano con displicencia; quizá por intuir su participación en la denuncia. Castelnau jamás mencionó a su esposa que sí había estado implicado en el asunto.

—¿Y qué poesía encontraremos allí?

—La que ha hurtado al Universo.

De regresó con el manuscrito Florio lo abrió, intencionadamente, en la primera página.

—Se llama *La cena de las cenizas*, en la dedicatoria escribió: «Al único refugio de las Musas: el ilustrísimo Michel de Castelnau, señor de Mauvissière».

—¿Por qué ese título tan sombrío? —preguntó Marie con desgano, sin prestar atención al homenaje que Giordano hacía al embajador.

—Esta cena que menciona se llevó a cabo un miércoles de ceniza, yo estaba con él... pienso que hay un propósito en la elección del título —contestó, al tiempo que buscaba cierto párrafo—

¿Qué clase de banquete es ése? Una cena. ¿Qué cena? De las cenizas. ¿Qué quiere decir cena de la cenizas? ¿Acaso se os dio de comer ese plato? No; se trata de un banquete celebrado tras la puesta del sol, el primer día de Cuaresma, llamado por nuestros sacerdotes *dies cinerum* y a veces día del *memento*.

Florio le contó a Marie que durante aquella reunión alguien preguntó quiénes eran los doctores de Oxford que lo acusaban de plagiarlo, a lo que Giordano había contestado ...hombres selectos, de larga toga, con hábitos de terciopelo. Uno de ellos

llevaba al cuello dos cadenas de oro luciente y el otro, ¡por Dios!, con aquella preciosa mano en la que había doce anillos en dos dedos, parecía un riquísimo joyero que casi arrancaba los ojos y el corazón al gesticular.

—La descripción es precisa, pensaría que alguno de ellos ha estado en mi casa —dijo Marie.

—A nuestra soberana le promete un inmenso reino místico: Si el imperio bajo su mando fuera un reflejo de la amplitud de su generosísimo espíritu e ingenio, no sólo abarcaría Inglaterra e Irlanda sino también algún nuevo mundo, tan vasto como el Universo que conocemos.

Leyó de aquí y de allá pasajes que podrían distraer a Marie. Al llegar al tercer diálogo le contó la animada discusión que se había suscitado la noche aquella, cuando Giordano dijo que a pesar de que Copérnico se quedaba en las formas matemáticas y sin alma, su gran acierto había sido liberarse de la teoría de Aristóteles, logrando un cambio en la concepción del Universo: Copérnico es un inspirado de los dioses, de cuya inspiración él mismo es incapaz de comprender todo su significado, necesitando por ello un intérprete...

—¿Y ese intérprete será Giordano?

— Sí...

—¿No es demasiado arriesgado erigirse en paladín? Me parece que esa seguridad de vuestro amigo raya en la soberbia.

—¡No, mi señora! —el afecto lo hizo responder de inmediato—. Confieso que Bruno es difícil de amar y quizá también de comprender; esa certeza con la que habla, y que a muchos molesta, se debe al entusiasmo del filósofo, del poeta, del amante. Quizá del loco. A diferencia de lo que se podría pensar, reconoce su ignorancia. De ser posible, iría por la calle preguntando lo que ignora a todo aquel con quien se atravesara.

—¿Existe algo que no sepa? —la ironía fue absoluta.

—Si su obra se lee con atención se advierte que en medio de sus aseveraciones hay una duda continua. En *La cena...* expone las cuestiones que lo desasosiegan y que hasta ahora no ha podido responderse, y digo responder-se porque no encontrará, al menos en este tiempo que vivimos, quién lo haga. Una pregunta lo lleva a otra: ¿es el sacramento del altar un signo externo y muerto, o realmente contiene la vida divina? La respuesta que se da tampoco es fácil de aceptar: así como el Universo está animado por Dios, así el sacramento, y el hombre, al tomarlo, comparte las fuerzas que causan el movimiento universal. Si la tierra se mueve, entonces la Eucaristía está viva, animada por la fuerza del *spiritus* de Dios.

—¡Eso es un sacrilegio!

La indignación la hizo incorporarse sobre las almohadas y sus mejillas se tiñeron de rubor.

—Le advertí, señora, que Giordano es difícil de entender.

—¿Podría leerme el pasaje donde habla de eso?

—El Universo, en cuanto está formado por un alma única, constituye un conjunto, o por mejor decir, un todo animado. El Universo es, pues, un grande y sagrado animal: animal porque dotado de automovimiento y de vida; grande porque incluye en sí todos los seres y llena todos los espacios posibles; sagrado, porque su alma, esto es, el ser de su ser, es Dios.

Florio hizo una pausa, pero Marie le ordenó seguir.

—Cualquier cosa por pequeña que sea y mínima que sea, tiene en sí una parte de substancia espiritual, la cual, si encuentra dispuesto al sujeto, se desarrolla en planta o en animal... porque espíritu se encuentra en todas las cosas y no existe un mínimo corpúsculo que no contenga en sí una parte que lo anime. Sí, pues, el espíritu, el alma, la vida se encuentra

en todas las cosas y según ciertos grados llena toda la materia.

—¡Basta, maestro!

—No quería molestarla...

—No ha sido usted, sino esas insensateces. ¿Cómo pudo dedicar esto a M. de Castelnau?

¿Por qué comprometerlo?

—Giordano lo honra y le agradece su generosidad, en ningún momento hubiera querido involucrarlo en algo riesgoso.

—¡Vaya manera de hacerlo! ¡Exponiendo esa sarta de herejías bajo nuestro techo! ¿Alguna vez se le ha ocurrido a su amigo que por escribir esto podría ir a prisión?

Por su espontánea intención de distraerla, Florio había despertado una ira que recaería sobre Giordano.

Marie seguía dando voces.

—¿Y si lo denunciara ante las autoridades eclesiásticas? Sus ideas van en contra de mi fe; lo he visto escribirlas y he oído sus blasfemias, ¡nadie dudaría de mi palabra!

Florio enrojeció, el miedo le humedecía la frente. Al ponerse de pie para salir de la habitación, Marie le ordenó permanecer donde estaba. Los ojos le brillaban de furia, su pecho subía y bajaba agitadamente. El maestro se mantuvo en silencio sin saber qué hacer. La respiración de la señora se regularizó paulatinamente. Florio se alarmó de nuevo al verla llevarse las manos al vientre.

—Siento haberlo hecho pasar un mal rato. Usted nada debe, perdóneme, querido Florio. Aun no ha leído esa poesía que tanto pondera... —agregó, intentando sonreír.

La mano con la que Florio sostenía el libro todavía temblaba cuando empezó a leer. Marie cerró los ojos.

Era la noche y los fatigados cuerpos disfrutaban

*en la tierra apacible sueño;
descansaban las selvas y los terribles mares.
Era la hora en que llegan los astros
a la mitad de su carrera,
en que callan los campos, los ganados...*

—¿De qué tamaño es el infinito, Florio?

—Desconozco medida para abarcarlo.

—¿Qué mueve a los astros?

El sueño le impidió continuar con sus preguntas.

Florio la miró dormir. Parecía otra de la mujer que había llegado hacía menos de un año; su entusiasmo se había transformado en desesperanza.

Para no dejarla sola, permaneció al lado del lecho hojeando *La cena...* Se detuvo en el emblema del barco surcando un mar turbulento. Lo dibujé hace muchos años, le había contado Bruno, aquel día no imaginé que podría darle la interpretación que ahora tiene: es el mensaje de paz que el rey de Francia envía a Inglaterra. El barco simboliza al continente europeo cruzando el mar de las disputas religiosas; los gemelos, en la ilustración Castor y Polux, que con su aliento propician el viento favorable, son Isabel y Enrique. Los dioses, al ser idénticos, representan la unidad de la intención.

Florio regresó a las primeras páginas donde el autor hablaba de sí mismo:

Y ahora ¿qué puedo yo decir del Nolano? Quizás, por ser tan próximo a mí como lo soy yo a mí mismo, no me convenga alabarle... He aquí pues, a aquél que ha atravesado el aire, ha penetrado a través de los cielos, ha caminado entre las estrellas, ha traspasado los márgenes del mundo...

Antes de devolver el manuscrito a la mesa de Giordano, se detuvo en uno de los últimos párrafos:

Yo te conjuro, Nolano, por la esperanza que tienes en la altísima e infinita unidad que te anima y a la que adoras, por eminentes númenes que te protegen y honras, por el divino genio tuyo que te defiende y en quien confías ...que no contraigas tal rabia y tanta altivez que te conviertan en una especie de Momo satírico entre los dioses o en un Timón misántropo entre los Hombres

—Dios te libre de esa desgracia, querido amigo —murmuró Florio, al salir de la habitación.

Los siguientes meses pasaron sin contratiempo hasta que llegó la noticia de la muerte de Francisco de Alençon, duque de Anjou, hermano de Enrique III, rey de Francia. Por la embajada desfilaron toda suerte de personajes para expresar sus condolencias. En su siguiente carta, Moro le dio la noticia a Giordano.

Me aflige escribirte con tan funesta nueva, aunque supongo que cuando leas estas líneas ya estarás al tanto. A pesar de su inminencia, la muerte de Anjou nos trastornó. Días antes, la señora Catalina había logrado que sus dos hijos se abrazaran. A mi parecer, el rey simuló la reconciliación ante la evidente enfermedad de Anjou. A pesar de que las fiebres lo consumían y apenas se tenía en pie, el soberano ordenó que lo llevaran a Château-Tierry. Una semana después llegó la noticia de que agonizaba. La madre fue a verlo y regresó diciendo que su mejoría era notoria. El 10 de junio supimos que

el duque de Alençon había fallecido. Los alaridos de la reina se escuchaban desde el río.

Las exequias serán inolvidables: Enrique se mandó hacer una capa violeta que cargaron entre ocho pajes. El cortejo, de tan largo, necesitó un día para llegar a la iglesia de Nuestra Señora.

Durante el oficio, además de las plegarias, se escuchaba una pregunta colectiva: ¿quién será el próximo rey de Francia? Con la muerte del hijo menor y la falta de un descendiente real, la dinastía de los Valois parece llegar a su fin. La Ley Sálica impide que una mujer gobierne, por lo que Enrique de Navarra, descendiente de la casa de los Borbón, tiene todos los derechos sobre el trono. ¿Concibes a los franceses gobernados por un protestante? Quién sabe cuántos años de guerra significaría su reinado.

Quizá mi comentario te parezca cruel e inoportuno: la desaparición de Anjou beneficiará a Su Majestad. El delfín sólo cometía errores. Él y su madre arriesgaron demasiado durante la campaña en los Países Bajos, que, para muchos, sigue siendo un desacierto irreparable. El rey había logrado ganarse el respeto de sus súbditos instaurando leyes y medidas protectoras; después de la derrota en Flandes, enmudeció la ovación que se escuchaba a su paso. Algún beneficio traerá el deceso de Anjou.

Tuvimos noticias del revuelo que causó el debate de Dicson. Me place saber que zarandearon a los puritanos. ¿Has pensado en volver?

Con la amistad de siempre

GIOVANNI MORO

Giordano respondió de inmediato.

¿Qué expresar ante la muerte de un hombre al que vi en dos ocasiones y que tantas dificultades causó al soberano? Los antagonismos entre ellos me son ajenos, pero imagino el desconsuelo de la reina Catalina. Me parece sentir la aferrada a mi mano, rogándome asegurarle que sus hijos estaban a salvo de cualquier peligro. Nunca prometí lo incierto.

¿Qué será de los reyes de Francia? ¿Qué será de todos nosotros?

Empiezo a sentir que la errancia saetea mis pasos. Añoro la incertidumbre de los caminos. No quiero hacerme viejo bebiendo cerveza en una taberna y arrepentirme de lo que no hice. Temo caer en la tentación de anclarme al lado de unos ojos negros.

De mi última obra nada te he contado, su título es *La expulsión de la bestia triunfante*. Sir Phillip Sidney me honró aceptando la dedicatoria. En mi pluma y en mi palabra habita la posibilidad de reforma y libertad. La Filosofía Nolana propone una religión capaz de dar fin a estas guerras sin sentido. Giordano Filippo Nolano ofrece erradicar los vicios que impiden la existencia de una religión universal, de paz, de conocimiento. En *La expulsión de la bestia triunfante*, los dioses, presididos por Júpiter, realizan un concilio para desterrar los vicios del cielo.

Si conseguimos, oh dioses, librarnos de nuestros malos hábitos, si conseguimos renovar nuestro cielo, nuevas serán las constelaciones y sus influjos, nuevas las impresiones, nuevas las fortunas *.

Así se inicia la transmutación. Las imágenes de los signos zodiacales quedan grabadas en la mente humana que, aún en contra de su arbitrio, actuará de acuerdo a las virtudes que las nuevas imágenes le dicten. De esta manera se completa en la tierra la reforma moral y religiosa que se iniciara en las alturas. En estos diálogos está la summa de mi Arte de la Memoria.

Me preguntas si volveré. No se cuanto más resistiré el deseo de irme, de encontrar esos parajes que visito con la imaginación.

Si acaso pudieras, exprésale mi condolencia a Su Majestad.

GIORDANO DE NOLA

El transcurso de aquel año lo marcaron las flores que sembraran Florio y Catherine. Los primeros en abrir fueron fueron los baberos de dama, luego las lecheras, las damas y caballeros. Las aleluyas florecieron cerca de Pascua. Las celandinas daban paso a las flores de viejo, cuando se supo del asesinato de Guillermo de Orange. En agosto, entre el césped húmedo, brotaron los anillos de hadas. En septiembre el círculo del reloj fue invadido por el rojo furibundo de la amapola.

La nota que Phillip Sidney envió Giordano era breve: «Los vecinos de Mortlake quemaron la casa de John Dee. Ve a rescatar lo que se haya salvado. Llegaré en unas semanas.»

Giordano bajó a todo correr las escaleras, y al llegar al río vio con horror que estaba seco. Dos veces al día, con la marea baja, las aguas del Támesis regresaban al mar. Esa mañana, de Greenwich a Richmond, sólo había un lodazal oscuro. La opción era esperar unas horas o cabalgar hasta Mortlake, lo que le tomaría el doble de tiempo. Decidió aguardar. Se quedó

mirando el cauce convertido en ciénaga sobre el que yacían las barcas caídas como víctimas de una batalla. Estaba tan alterado que no sintió llegar a Catherine. La niña lo tomó de la mano.

—¿Qué tienes?

—Debo remontar el río, pero no hay suficiente caudal.

—Un día me dijiste que te gustaba que el agua se fuera.

—Ahora la necesito...

—Siéntate aquí, junto a mí, vamos a esperarla.

—¡Tengo que irme!

Sin soltarlo, Catherine lo miró con sus ojos dispares.

—Nunca te había visto enojado.

Permanecieron tomados de la mano con la mirada fija en el cieno. Catherine abrió el bolsito rojo, sacó el caracol, lo puso en su oreja y empezó a murmurar su canción. Reconfortado por la tonada y la cercanía de la niña se tranquilizó.

El espectáculo de la vuelta del agua contribuyó a que se sintiera un poco más sereno. Los charcos crecían imperceptible y lentamente. El líquido, que parecía brotar de la tierra, en silencio llenaba huecos, inundaba pozas. Las embarcaciones resucitaron y al poco rato se mecían satisfechas sobre el río. Con la vuelta del caudal se reinició la actividad en las riberas. Después de encaminar a Catherine hasta las escaleras de la embajada, consiguió una barca.

A lo largo del viaje se esforzó por no pensar. No imaginar. El primer sobresalto fue al ver la torre ennegrecida de la iglesia de Mortlake. El segundo, el olor que dejara la quemazón.

Al final de la cuesta se detuvo, sin aliento, frente a los escombros de la casa que la reina regalara a su astrólogo. Quiso creer que era el esfuerzo lo que le hacía temblar las piernas. Entre los pocos muros en pie trató de ubicar el sitio que ocu-

para la biblioteca. De la primera sala se habían salvado algunas vigas del techo; al pasar debajo, sintió que entraba a las fauces de un monstruo. Dentro del vientre del animal halló cientos de cadáveres de aves. Horrorizado removió uno con el pie. Aquellos despojos que le habían parecido pájaros abatidos, era lo que quedaba de los libros de Dee. Al levantar uno se le deshizo entre las manos. Intentó rescatar otro; también se desbarató. De la biblioteca más completa de Europa no había quedado nada. Ni de los aparatos, ni de los los mapas o los objetos antiguos. Nada.

Se sentó en una piedra calcinada, empezaba a oscurecer. ¿Cuántas palabras escritas por cuántos hombres se habían elevado al cielo en inútil sacrificio? ¡Cuánto conocimiento perdido!

Al amanecer, caminó hasta el río para regresar a Salisbury Court.

Subió a su habitación y, como siempre que encaraba un infortunio, cayó en un sueño prolongado. Al segundo día, Agnes subió a su habitación; se tranquilizó al sentir la tibieza de su mano. Catherine también fue a verlo, al volver a la biblioteca aseguró que estaría mejor a la mañana siguiente. Y así fue. Al otro día, cuando Giordano bajó a la cocina, encontró que los sirvientes iban y venían por la casa atropellándose unos a otros; Marie Bochetel había dado a luz una niña muerta.

Más allá de la reja, el río murmuraba encubierto por la niebla. La noche era oscura, todos dormían. Su estancia en Londres estaba por terminar; días antes, Castelnau le había anunciado que regresaban a Francia. Se acababan las pláticas con Florio, las audiencias en Whitehall, las mareas del Támesis. Lo

que escribiría, de ahí en adelante, no iría acompañado por los sonidos de aquella casa, por sus olores, por las canciones de Catherine.

¿Quiénes se amarán en esta terraza?

Entre la oscuridad se destacó la luz de una vela al encenderse en la biblioteca. Bajó con la esperanza de encontrar a Agnes.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, al ver a Florio escribiendo.

—Termino una traducción. Castelnau me advirtió que el nuevo embajador no quiere protestantes bajo su techo.

—¿A dónde irás?

—De regreso a Oxford.

—En ocasiones me gustaría tener certezas, como tú.

—Y a mí me gustaría que la reina leyera mi diccionario. Giordano lo miró en silencio, sin sonreír.

—Lo dije sinceramente... —aseguró Florio, temiendo haberlo ofendido.

—Así lo entendí. Sabes cuán importante es que ella tenga mis diálogos. Podría unificar las religiones bajo una sola fe. Ése es el mensaje que le envió en *La cena de las cenizas*, al deseárselo un imperio tan vasto como el Universo.

—Antes decías lo mismo del rey de Francia.

—Hubiera querido que así fuera, ahora comprendo que el Papa no lo permitirá.

Subió a su habitación; desde la ventana vio el cielo teñido de malva por el amanecer. La tonalidad de la luz lo hizo pensar en Agnes y en la ardiente sensación que le dejaba la tibieza de sus senos. Mojó la pluma y escribió un poema.

Querida, suave y honrada llaga

*Del dardo más bello que nunca escogió Amor;
Alto, gracioso y precioso ardor,
Que hace que siempre ardiente vague el alma.*

*¿Qué fuerza de hierba y virtud de arte maga
Te arrancará del centro de mi corazón,
Si quien, constante, me da todo vigor,
Cuanto más me atormenta más me sacia?*

*Dulce pena mía, nueva en el mundo y rara,
¿Cuándo escaparé de tu pesada carga,
Si el remedio es hastío y el mal es un deleite?*

*Ojos, de mi señor teas y arco,
Doblad de llama al alma y flecha al pecho,
Pues el penar me es dulce y el arder me es caro. **

Antes de dejar Inglaterra, siguiendo la tradición de los tratados de amor, escribió *Los heroicos furoros*. El objeto último del amor herico es la unidad divina, dar alcance a lo inalcanzable, alzar un vuelo sin fin.

...lo que es menester es descender a lo más íntimo de uno mismo, considerando que Dios está próximo, que cada uno lo tiene consigo, porque Dios es el alma de las almas, la vida de las vidas, la esencia de las esencias... es preciso apartarse de la multitud y replegarse en uno mismo. Luego debe llegar a tal punto que desprece toda fatiga, de suerte que cuanto más le combatan desde dentro las pasiones y los vicios, tanto más debe alentar con un solo aliento este escarpado monte. Aquí no se necesitan otras armas y escudos que la grandeza de un ánimo invencible... para al fin enlazarse, anudarse a las cosas divinas como un sacramento indisoluble,

de suerte que no se sienta amor ni odio hacia las cosas mortales. *

En el reloj floral de Catherine sólo quedaban matas de romero para adornar la casa durante las cuatro semanas de adviento, cuando Castelnau sugirió a Giordano reunir en un solo volumen sus obras escritas en Londres y ofrecérselas a la reina, como regalo de Año Nuevo.

—Encargaremos una edición especial para que sea un presente digno. Giordano las colocó en el orden en que habían sido escritas.

—No creí que fueran tantas... —observó Castelnau al hojearlas.

La cena de las cenizas, De la causa, principio y uno, Del infinito universo y los mundos, La expulsión de la bestia triunfante, La cábala del caballo Pegaso con la adenda del asno cilénico, y Los heroicos furores.

—Fantaseo con la idea de que si te hubieras quedado en Oxford como lector, no habrías escrito todo esto.

—Si hubiera permanecido allá, mi filosofía sería otra.

—No me pasó desapercibido el esfuerzo que hacías para dejar tu escritura y acompañarme. Perdóname por no haber cumplido el deseo de Su Majestad... Daría mi brazo derecho porque las cosas hubieran sido de otra manera, porque no hubieras presenciado mis errores—las lágrimas bajaban encaminadas por las arrugas del rostro—. En ocasiones justifico mi proceder como una recompensa al dolor de Marie. Quisiera pensar que fue por influencia de ella y su catolicismo acérrimo, que me involucré en tal empresa. Pero no fue así..., no tan fácil.

—Lo que escribí en Inglaterra fue gracias a su protección y amistad.

El abrazo de Castelnau acabó con las briznas de resentimiento que quedaran en el ánimo de alguno de los dos.

Preparar el libro los llenó de entusiasmo. Lograron un elegante volumen con el escudo de armas de Inglaterra grabado en la pasta de tafilete negro.

—¡Estoy seguro de que la reina quedará complacida! —exclamó Castelnau—. Representa mi último intento por recuperar su favor.

—¿Por qué habría de ser el último?

—El nuevo embajador ha anunciado su llegada para la primera semana de abril.

Siguieron meses difíciles: Marie Bochetel intentaba reponerse del último embarazo malogrado; Florio permanecía largos ratos en la biblioteca con la mirada errante, sin poder escribir; Catherine, un poco olvidada, recurría continuamente al consuelo de las voces que guardaba el caracol.

Castelnau era el más alterado. Durante los años que pasara en Londres, sus gastos habían sido superiores a su salario y esperaba que le enviaran de París el dinero para saldar sus cuentas.

En medio de tanto desasosiego, algunas tardes, Florio y Giordano subían con Catherine hasta la loma a ver pasar el caudal del río. Permanecían en silencio, recorriendo lo que alcanzaba su mirada. Más de una vez, vieron pasar a Chassaigne hacia Gravesend llevando el mensaje del embajador al barco en que volverían a Francia.

El mayordomo se presentó en la habitación de Giordano a recoger sus baúles.

—No tengo ninguno.

—Debí imaginarlo. ¿Qué pertenencias puede tener un miserable como tú?

Giordano reconoció en la insolencia de la frase, la furia contenida del marido burlado. Consideró que si no lo había encarado antes, su agravio era tardío. La calma con la que intentó cerrar la puerta frente a él, enardeció a Chassaigne.

—El señor embajador me ordenó sacar la basura. ¡Así que dame tus escritos!

—Lo que es mío se irá conmigo —contestó Giordano, implicando más que sus objetos personales.

—¡Siempre con tus aires de superioridad! No eres más que un criado, ¡igual que yo! Giordano lo detuvo con una fuerza que Chassaigne no imaginó.

—¡Ah, ya entiendo! No me dejas entrar porque aquí está la puta de Agnes. ¡De seguro se revolcaron toda la noche!

Giordano sintió el golpeteo de la furia en las sienes. La sorpresa fue un elemento decisivo y el mayordomo rodó por el suelo. Giordano lo golpeaba cobrándole el miedo que Agnes tenía metido en el cuerpo, los malos tratos, las ofensas. Su contrincante chillaba sin lograr zafarse. Los criados subieron al oír el estrépito; lograron rescatar al mayordomo hasta que intervino Florio. Chassaigne, humillado, tomó una caja con escritos al salir del cuarto..

—¡Al menos esto se va en el barco! — bajó vociferando con el arcón bajo el brazo. Allí iban la primera edición de *De immenso* y un manuscrito nuevo.

Esa tarde, el mayordomo salió a Gravesend con el último cargamento. Se detuvo a medio camino al oír el sonido de los

cascos de un caballo que se acercaba a galope. Cuando estuvo a distancia suficiente para ser escuchado, el jinete le gritó:

—Apresúrate, vienen tras de ti. Los hombres de Walsingham no te dejarán partir.

El bajel zarpó al amanecer con el mayordomo escondido entre los enseres del embajador.

Muchas habitaciones ya estaban vacías; en otras, quedaban unos cuantos muebles. Los pasos de Florio resonaron como un apagado redoble de tambor sobre la madera de la escalera. Al no hallar a Giordano ni en la galería, ni en su habitación, volvió a la biblioteca. Por la noche subió de nuevo. La claridad que entraba por la ventana lo dejó ver el libro sobre la mesa, la pluma y el secante que permanecían tal cual los había visto al mediodía. Supuso que estaría en La Cabeza de Toro. Cuando pasó otro día sin saber de él, se fue de taberna en taberna hasta que alguien le dijo que lo habían apresado. Se apresuró a poner al tanto a Castelnau y, juntos, se fueron a ver a Thomas Pullison, el alcalde de Londres.

—Bruno está en una celda. Lo dejaré libre cuando el señor embajador pague sus deudas.

En cuanto amaneció, buscaron la ayuda del Secretario de Estado de la reina. Regresaron a la alcaldía con una nota de su puño y letra. Lo único que lograron fue que subieran a Giordano de las celdas y hablar con él.

—Mientras el demandante no retire su acusación, aunque venga el mismo señor Walsingham, Bruno permanecerá en prisión —aseveró Pullison.

—Él no ha cometido ninguna falta, la deuda es mía —alegaba Castelnau.

—¿Quién es el ofendido? —preguntó Florio.

—Un comerciante que está fuera de Londres.

Perdida la prudencia que exigía su cargo, el embajador intentó desatar las manos de Giordano para liberarlo. El alcalde, al tratar de impedirlo, hizo que Castelnau cayera al suelo. Florio corrió a ayudarlo. Giordano, con las manos atadas, golpeaba la espalda del alcalde. Los guardias lo regresaron a empellones a su celda.

Castelnau preguntó si la presencia del secretario de la reina sería suficiente para liberar a su gentilhombre.

—La orden debe venir del Consejo Real.

A Francis Walsingham no le convenía que alguien que había estado a su servicio permaneciera encerrado; dos días después, Giordano regresó a la embajada.

Una vez que estuvieron solos, Giordano admitió ante Florio haber pasado mucho miedo.

—La soledad de una prisión es aterradora.

El nuevo embajador de Francia en Inglaterra, Guillaume de L'Aubépine, barón de Châteauneuf, llegó sin previo aviso. Desde el muelle mandó decir que no entraría a la embajada hasta que su predecesor saliera con todo su séquito.

—No entiendo cómo ha podido hacer una carrera diplomática —comentó Castelnau.

Antes de marcharse, llegó la noticia de que el barco en el que iban sus pertenencias y su escasa fortuna, había sido atacado a mitad del Canal por piratas flamencos.

—¡Hemos perdido todo! —se lamentó el embajador—. Hasta el regalo de despedida de Su Majestad.

A los pocos días se enteraron de la muerte de Chassaing. No se explicaban por qué estaba en el barco. Lo entendieron gracias al testimonio de unos jóvenes ingleses, que habían sobrevivido al ataque y también iban escondidos en la nave.

La mañana en que subieron a la barca del embajador para trasladarse a Gravesend estaba fría, airosa, llena de luz. Giordano pretendió que aquél era un día como cualquier otro, que sólo iban de paseo. Su fantasía se vino abajo cuando vio a Florio, el pelo rojizo desordenado por el viento y la capa revoloteando a su alrededor como una enorme mariposa nocturna, despedirlos con la mano en alto. La figura se empequeñeció y perdió las facciones. Lo que la lejanía desdibujaba, la memoria lo recuperaría.

La ribera se convirtió en una línea grisácea, Florio en un punto indefinible y la parte alta de Salisbury Court se amalgamó con el resto de las construcciones. Al fondo, el arco de Temple bar, la torre de Saint Bride, la de San Pablo, las almenas del palacio de Whitehall. Río arriba, Mortlake

y las cenizas de la biblioteca del mago. El viento acercó el tañido de algunas campanas, quizá las mismas que sonaran la tarde que Giordano llegó a Londres. A lo largo de tres años había escrito siete obras bajo la protección de aquel hombre a quien, en ese momento, miraba envejecido.

En Inglaterra dejaba grandes amistades. Las aguas verdes del Támesis, a todo correr, lo arrastraban hacia el mar.

Arría las velas, suena las trompetas, Teófilo, y recuerda que no es ahora el momento de hablar de las cosas más sublimes del mundo. Aquí no hay espacio para hablar de esa terrena divinidad, de esa dama excepcio-

nal que desde este frío cielo, cerca del paralelo ártico, proporciona tan clara luz a todo el globo terrestre. Me estoy refiriendo a Isabel. No tienes ahora la oportunidad de hablar de ella. Tampoco se te ofrece la ocasión de hablar de la generosísima humanidad del ilustrísimo señor conde Robert Dudley... y del excelentísimo señor Francis Walsingham, gran secretario del Consejo real..., del muy ilustre y excelente caballero señor Phillip Sidney, cuyo tersísimo ingenio es tan raro que difícilmente hallarás otro semejante a él... *

La misión estaba cumplida: en aquellos siete libros dejaba escrito el mensaje unificador de Enrique III.

Atravesaron el Canal de Rye a Dieppe con la esperanza de no encontrarse con los bucaneros. Ya en territorio francés, después de pasar Rouen, quedaron consternados al ver legiones de mercenarios acampando a lo largo del río.

—Nunca imaginé que así estuvieran las cosas —comentó Castelnau—. La escoria de Europa, en espera de la orden para devastar París.

La situación en la ciudad también era alarmante: mansiones abandonadas, calles obstruidas con barricadas, soldados revisando carruajes.

—¿Aquí hay guerra, mamá? —preguntó Catherine.

—No lo sé, querida. Ya nos enteraremos.

Giovanni Moro fue a visitarlos en cuanto se enteró de su regreso. Saludó a Giordano con un apretado abrazo y luego de un rato, charlaban como si sólo hubieran estado separados unas cuantas semanas. Giordano preguntó por la salud del rey.

—Las fiebres no lo dejan descansar, ha perdido varios dientes, el pelo le ralea y está muy delgado. Poco queda de su apos-tura. No recibe a nadie, tampoco atiende los asuntos de Estado. Sabemos que por las noches reza y hace penitencia para evitar que Guisa lo asesine. No sabría decirles a quién aborrece más, si a los hugonotes o a los católicos.

—¿Podré verlo? —preguntó Giordano.

—No lo sé. Mándale una nota... No creo que obtengas res-puesta.

Castelnau quiso saber cuál era la situación del reino, en qué estado se encontraba el conflicto religioso. A lo largo de la ve-lada Moro los fue poniendo al tanto.

—Los ejércitos de la Liga Católica, con Enrique de Guisa a la cabeza, se preparan para marchar sobre París. Vienen desde Borgoña, Agen, de las principales ciudades del Poitou, de la Bretaña, de la Picardía.

—Y el rey, ¿qué hace?

—Dice estar seguro de resistir, y las medidas que toma son ridículas: funda nuevas órdenes de penitentes, prohíbe reu-niones secretas. No hay muro de la ciudad en que no haya pro-paganda en su contra. Por temor a una nueva Noche de San Bartolomé, la gente ha tapiado las calles para impedir el paso de cualquier ejército. Aún antes del ataque, la ciudad ya parece haber sido arrasada.

Giordano rondó por las inmediaciones del palacio con la espe-ranza de ver al rey a lo lejos. Sus misivas, como lo pronostica-ra Moro, no obtuvieron respuesta. Nunca volvió a hablar con Enrique III. Tampoco se encontró con la señora Catalina en el palacio de la torre de los astrólogos. La época en que fuera amigo del rey de Francia había concluido.

Al poco tiempo de haberse instalado, Castelnaud le comunicó no tener con qué pagarle su salario, Giordano le aseguró que no importaba, y al día siguiente salió en busca de un empleo para ayudar a la economía del que seguía considerando su hogar. Fue al Colegio de Francia y aquellos que tanto lo elogiaran, lo recibieron con frialdad. Sus alumnos, en cambio, le pidieron que reiniciara las lecciones.

Sin mediar un acuerdo, Agnes no volvió a visitarlo en su habitación.

—Ya nada es igual...

—¿Qué ha cambiado?

—Ahora soy viuda, estamos en París, en la casa de mi señora... el sentimiento no ha variado, sigue aquí —dijo tomando su mano y poniéndosela sobre el pecho cercado por el corpiño negro—. No niego la llamarada, pero no volveré a atizar la hoguera.

La noche en que Giordano se percató de que Agnes le indicaba a la criada no servirle, y la carne alcanzara para todos, optó por irse. Entregó sus ahorros a Castelnaud quien en un principio se negó a tomarlos; los aceptó a condición de devolverlos en cuanto mejorara su situación.

Jacopo Corbinelli permanecía a la cabeza del grupo de italianos liberales que apoyaban incondicionalmente al monarca, y que promovían la idea de que el rey de Francia representara un sacro imperio liberal en Europa, en contraposición de los españoles. Corbinelli, uno de los pocos hombres a los que el rey aceptaba cerca, aconsejó a Giordano permanecer en París sin llamar la atención. Le dio algún dinero y le consiguió alojamiento cerca del Colegio de Cambrai.

En esos días inseguros y turbulentos, Giordano se entrevistó con el obispo de Bergamo, Nuncio Papal en París, con la intención de obtener la gracia de ser recibido en el seno de la Iglesia católica. La condición para admitirlo era volver a su convento. Giordano se negó a aceptar el requisito; regresar a Nápoles significaba entregarse a la Inquisición.

—¿Has estado en la biblioteca de la abadía de San Víctor? — preguntó Moro a Giordano—. Guarda verdaderos tesoros. El bibliotecario se llama Guglielmo Cotin. Desde la primera vez que hablé con él, me sorprendieron su erudición y su memoria prodigiosa; búscalo.

—¿*Hekalot Rabbati*? ¿Los has leído antes? ¿Por qué te interesan? El bibliotecario no supo cómo interpretar el silencio del interpelado.

—Perdona el interrogatorio, no te conozco y debo cerciorarme de que sabes a qué te enfrentarás.

—Los judíos no permiten leer el *Cantar de los Cantares* antes de la plena madurez... esa restricción debería abarcar a muchos otros textos.

Fray Guglielmo Cotin y Bruno se enfrascaron en un diálogo libresco, alentados por el placer de compartir conocimientos. La camaradería que se inició aquella mañana, quedó registrada en el diario del jacobino de la abadía de San Víctor.

6 de diciembre, 1585.

Cerca de la hora nona se acercó un muchacho a pedirme una obra que le negué por considerarla inadecuada para su edad. Ya que me fijé en las líneas de su rostro, me di cuenta de que era un hombre maduro y,

por la manera de pronunciar el latín, que era italiano. Deseaba ciertos himnos cabalísticos dedicados al Rey Sagrado que gobierna en los palacios del silencio. Por ser un Dios muy alejado del entendimiento humano al que alaban esos cánticos, y por ser la primera vez que lo veía, dudé en prestárselos, pero demostró saber en qué se adentraba. Ojalá regrese. Hacía tiempo que no charlaba con alguien que estuviera al tanto de tan variadas disciplinas y las conociera tan profundamente.

9 de diciembre, 1585.

Hoy regresó el italiano. Me parece difícil creer que en tres días haya leído los tomos que se llevó. Está escribiendo de nuevo un texto que perdió en un barco que hundieron los piratas. Me contó que hace unos cuantos meses llegó de Londres... Sus palabras me llevaron por esos caminos de los que habla. Hasta me llegó la peste de las callejuelas, y le creí cuando me aseguró que la reina de Inglaterra no enciende con sus propias manos las hogueras en las que arden los católicos, como había oído decir. Cuando me habló de su Filosofía Nolana, me pareció escuchar a un profeta. Como él debieron ser Jeremías o Ezequiel. Me gustaría conseguirle una capa que lo cobije más que la suya, tan raída.

27 de diciembre, 1585.

Pareciera que ahora tenemos dos reyes. París se divide entre los que obedecen a Guisa, y los pocos que respetan las leyes de nuestro monarca. Hoy, día de Juan evangelista, estuvo aquí el italiano con tres de las obras que ha escrito, las dejó al cuidado de mi biblioteca. Hablamos de varios asuntos y se mostró muy interesado

en la tradición de nuestra abadía que sigue los preceptos de san Agustín. Cuando lo mencioné, me pidió le enseñara el catálogo humorístico que escribió Rabelais sobre lo que hay en nuestra biblioteca. Le señalé el párrafo y empezó a leer, primero en voz baja, pero conforme lo entusiasmaba la lectura, fue subiendo el tono de voz. Mientras más irreverentes eran los títulos, se alegraba más. Acabó leyéndolo a carcajadas. «La bolsa testicular de los prestes, El pastel de las indulgencias, Los ungüentos de la religión...» Tuve que pedirle guardar silencio.

16 de enero, 1586.

Mis ojos fallan para ver la lejanía, pero lo cercano lo distinguen bien. Gracias a eso, descubrí unas diminutas marcas en los márgenes de los libros que el italiano me ha pedido. En el *Libro etiópico de Henoc*, señaló la lista de los ángeles que se rebelaron contra Dios; en el *Apocalipsis griego de Baruch* encontré su huella en el párrafo que menciona que el ángel Samael plantó el árbol causante de la caída de Adán y por ello fue maldecido y se convirtió en Satán. En los *Oráculos Sibilinos*, a un lado de su nota, se menciona a Samael como alguien que queda fuera de las filas del ejército celestial. ¿Por qué ese interés en el ángel ciego?

4 de febrero, 1586.

Al fin terminé la lectura de los libros que Bruno me obsequió. Los leí lentamente, demorándome en algunos párrafos hasta comprenderlos. Me confió que *Los heroicos furores* es su propio *Cantar de los Cantares*. Estoy de acuerdo con él.

Decir, como aquellos doctores de Oxford, que es un plagiario, sería muestra de ignorancia. Aunque tuviera más tiempo del que me resta sobre esta tierra, mi mente no llegaría a las alturas que él ha alcanzado. Nuestra Iglesia nunca aceptará esa religión que él pregona. Un hombre solo jamás ha logrado hacer una revolución.

26 de febrero, 1586.

El día de ayer amaneció como si la primavera ya estuviera aquí. Bruno llegó de excelente humor, desbordante, alborozado por el encuentro con un compatriota suyo, llamado Fabrizio Mordente. Me contó que se trata de un hombre mayor al que respeta por sus conocimientos. Está en París, después de haber ido a Bruselas y Amberes, para probar que un compás de su invención es capaz de demostrar la cuadratura del círculo. Era tal su entusiasmo al explicarme la importancia del invento, que salimos al claustro para no molestar a los lectores. Me preguntó si recordaba la comedia *Los pájaros*, donde Aristófanes ya mencionaba la necesidad de construir un cuadrado que abarque un área semejante a la del círculo. Bruno se pregunta si este afán del hombre de querer cuadrar un círculo no es una pretensión ridícula, cuando que el círculo es la figura perfecta. Publicará una alabanza sobre el invento de su compatriota, me dijo al despedirse.

16 de marzo, 1586.

La noticia, como todas las que tienen que ver con un desastre, llegó a la abadía con la rapidez de la centella. Desde las marismas del este vienen cabalgando miríadas de mercenarios alemanes y suizos a pelear junto a

Enrique de Navarra. No creo que la reciente bula del Papa en que le niega el trono de Francia por considerarlo hereje, lo detenga. La guerra se aproxima y seremos gobernados por quien tenga la mano más rápida para cortarle la cabeza al contrincante.

Terminado el rezo vespertino regresé a la biblioteca y encontré un manuscrito sobre mi mesa. Al leer el título supe que era la loa que Giordano prometió escribir a Mordente: *Dialogi duo de Fabricii Mordentis Salerntani prope divina ad inventionem ad perfectam cosmimetriae praxim*. Dos velas se consumieron hasta que terminé la lectura. A mi modo de ver, demasiadas alabanzas al principio: «...dios de los geómetras..., invento capaz de producir maravillosos efectos absolutamente necesarios al Arte, que es el imitador de la Naturaleza». Después de tanto elogio, dice que en vista de que Mordente desconoce el latín y no abarca el prodigio de su invención, será él, quien explicará el funcionamiento del compás. Por lo que me dijo la otra tarde, considera que a Mordente se le ha manifestado una verdad divina y no la ha comprendido. El compás y los diagramas que con él se generan, son una revelación mística al modo pitagórico o cabalístico. Ésa es su interpretación. Dudo que su compatriota haya ideado el artefacto por una inspiración tan alta y que le agrade tener un vocero. Ojalá que esos enemigos, de los que Bruno tanto habla, no usen el escrito en su contra.

22 de marzo, 1586.

Como lo temí, la reacción de Fabrizio Mordente fue terrible. Compró la edición completa de los diálogos de

Bruno y, con una cólera brutal, según me contaron, la quemó públicamente. Giordano lo llamó “idiota triunfante” y lo acusó de haber actuado arrastrado por la ignorancia. Mordente, furioso por los insultos, acudió a Enrique de Guisa para que castigue al italiano que pretende robarle su obra. Esto puede convertirse en un conflicto serio y los tiempos no están para enredos. Alguien me alertó de que Mordente es miembro de la Liga Católica, que aconsejara a Giordano andarse con cuidado. Le pedí que me aclarara qué le podría pasar: perder la vida. Dile a tu amigo que no ande solo ni desarmado. Me pregunto si Bruno sabrá manejar la espada.

2 de abril, 1586.

Ayer, cuando vino el italiano, me percaté de lo mucho que sus escritos reflejan su manera de ser: no sabe si inclinarse a la comedia o a la tragedia. Sus estados de ánimo son como un péndulo y su interlocutor debe adaptarse al vaivén. Llegó preguntándome qué me había parecido la escaramuza con Mordente; lo previne de lo peligroso que puede ser agraviar a un miembro de la Liga Católica, además de que no le correspondía erigirse en el paladín de su invento. Defendió su postura con vigor hasta que, súbitamente, sus ojos perdieron brillo. Adiviné el cansancio que debe producirle esa lucha tenaz a la que se ha consagrado. No es posible, le dije, que pretendas eliminar la ignorancia de la faz de la tierra, la torpeza siempre nos acompañará. Traté de hacerle ver que, de la misma manera que entre los animales existen unos más astutos que otros, sucede con los hombres. No aceptó mi razonamiento. Pareció animar-

se al mencionar a Enrique de Navarra. Está convencido de que será él quien reunifique la religión en este reino.

Ya para irse, me confió que no puede escribir, que no se siente a salvo en París. No sé quiénes son éstos que lo persiguen. Me dijo que planea hacer un debate con algunos lectores reales.

Mañana comenzamos los preparativos para la Pascua florida. La biblioteca permanecerá cerrada varios días y debo dejar todo en su sitio.

6 de mayo, 1586.

Bruno no ha vuelto por aquí, no sé si está en París.

16 de junio, 1586.

Nunca había abandonado mi diario tanto tiempo. Ya es momento de convencerme de que el italiano se ha ido. Durante los primeros días de mayo supe que había hecho efectiva la invitación a los doctores del Colegio de Cambrai para que escucharan sus *Centum et viginti articuli de natura el mundo, adversus peripateticos*. El debate público se realizó el jueves de Pentecostés. Me contaron que una vez que Bruno terminó de leer, preguntó si alguien se atrevía a defender a Aristóteles. Rodolphus Calerius, enfurecido al oírlo jactarse de su triunfo y viendo que nadie se le enfrentaba, lo llamó irrespetuoso calumniador y mandó cerrar las puertas para que que no saliera del recinto hasta que se retratará. Pero él se negó. De ahí que los doctores lo amagaran. Calerius le exigió presentarse al día siguiente a un segundo debate.

Lo que ahora consigno en mi diario, lo he reconstruido con retazos de noticias de aquí y de allá. Esa noche,

los alumnos del Colegio de Francia, los de la Sorbona, y el Colegio de Cambrai anunciaron, por puentes y calles, el debate del día siguiente. Mientras tanto, llegaron Rodolphus Calerius y Jacques Du Perron acompañados de otros hombres al cuarto de Bruno. Supongo que éstos son algunos de sus perseguidores. Du Perron dijo ir, por encomienda del monarca, a exigirle que no se presentara al día siguiente al debate. Que el rey, además, le ordenaba dejar París esa misma noche y no volver nunca más a causarle problemas. Al amanecer vieron salir a Bruno por la única puerta de la ciudad que permanecía abierta. Cada vez que oigo unos pasos que me parecen los suyos, levanto los ojos y en medio de la opacidad me parece distinguir su desteñida capa azul.

A principios del año siguiente el bibliotecario recibió una carta de Giordano Bruno.

Huí de París encubierto por la oscuridad como un criminal. Todavía me pesa no haber acudido al compromiso contraído en la sala del Colegio de Cambrai. Los enviados del monarca me obligaron a salir, sin pertenencias ni despedidas. Sabiendo que no sería fácil persuadirme, me mostraron una nota, lacrada con el sello real, en la que Su Majestad solicitaba no comprometerlo. Al ver su caligrafía recordé su mirada, su confianza, mi promesa de ayudarlo, y sin objetarlo, salí de mi habitación.

Aquella noche dudé de que la petición fuera auténtica, ahora sé que la Liga buscaba su provecho deshaciéndose de mí. Te confieso que tuve miedo. El odio transforma a los hombres en algo peor que bestias. Ruego a

Dios nunca caer en manos de aquéllos que me temen y aborrecen.

Sin embargo, obtuve beneficios. Desde hacía tiempo quería volver a los caminos, dormir en tierra. Llegué a Mainz, ciudad arzobispal, donde no hallé ocupación, ni fui bien recibido. En Marburgo, conocí a fray Lambert d'Avignone, un franciscano renegado y vuelto al protestantismo. Él me aconsejó registrarme como lector en la universidad y a los pocos días de estar enseñando, el rector me envió una nota: «Por graves razones no se le da permiso de leer públicamente filosofía». Fui hasta la rectoría y lo insulté arrebatadamente. A pesar de que algunos colegas intentaron oponerse, salí de la ciudad sintiendo esa rabia asfixiante que me es familiar.

Ahora estoy en la Universidad de Wittenberg donde los más prominentes académicos, los profesores más doctos y los doctores más célebres me escuchan con tal tolerancia y paciente urbanidad que me veo forzado a corregir juicios exagerados e injustos. Nadie me interroga acerca de mis creencias religiosas. Muestro un ánimo pacífico, ejerzo el arte de la filosofía y soy alumno de las Musas.*

Mi gratitud al duque de Sajonia es enorme. Su protección ha devuelto soltura a mi pluma.

En este ambiente, con tantos oídos afines a mis ideas, he escrito: *De lampade combinatoria Lluliana*, *De progressu et lampade venatoria logicorum* y *Lampas triginta*. En ellas describo el procedimiento para unir imaginación y memoria con las fuerzas ocultas de la Naturaleza.

En esta universidad no he sentido el vocerío diabólico de las aulas de Tolosa, de París, de Oxford; a ningun-

no vi que torciera la nariz, ni rechinara los dientes, ni hincharse, ni agitarse, ni pisotear, para excitar el furor de los estudiantes. A todos vi contenerse por cortesía y doctrina. *

En la biblioteca de la universidad he encontrado manuscritos de filósofos orientales que no conocía; no por eso olvido a mis predilectos. Escríbeme para saber de ti y lo que sucede en París.

GIORDANO DE NOLA

P.S. Si me llegara correspondencia de América envíala a la Universidad de Wittenberg.

Fray Guglielmo respondió de inmediato.

Tienes razón al señalar que la causa de nuestra hermandad son los libros, capaces de crear insólitas correspondencias.

Tu partida provocó habladurías y disturbios en las calles. Los discípulos de Du Perron llegaron a decir que habías huido al descubrirse que eras espía de la reina de Inglaterra. Tus alumnos, por defenderte, se liaron a golpes con ellos. Hubo una serie de refriegas en el barrio de los estudiantes que duraron casi una semana. Usando de pretexto el debate, los doctores de la Sorbona fueron duramente atacados por los de la academia de la corte; los del Colegio de Francia arremetieron contra la academia de Bâilif.

M. de Montaigne acusó a todos de aprovechar el conflicto para saldar rencillas personales.

Estuvo por aquí una señora enlutada que dijo ser doncella del señor de Castelnau. A poco, supe que Marie Bochetel murió de un mal parto; su esposo comanda un

regimiento del ejército. Tus amigos italianos vinieron varias veces preguntando si tenía noticias tuyas. Después de unos meses, no volvieron. La visita que más me sorprendió fue la de Bernardino de Mendoza, el embajador español. Entró sin su séquito. Me molestó el aire de conspiración con el que me interrogó, por lo que contesté con vaguedades. Para demostrarme lo bien que te conoce, me describió tu violentísima reacción una vez que dijo en Londres que si Dios no fuera Dios, sería rey de las Españas; y el de Francia, su cocinero. Luego, en voz baja, me aseguró que él mismo había concertado tu encuentro con el Nuncio cuando intentaste volver a la Iglesia. Entonces sí me indigné, pero él siguió con el interrogatorio: que si yo tenía tus escritos, que quiénes eran tus amigos, que cuáles tus lecturas preferidas.

Giovanni Moro, a quien confié conocer tu paradero, me entregó la carta de Las Indias que tanto esperaste, la envió junto con ésta. Está por regresar a Venecia. Todos se van antes de que París sea tomada y este reino se desmorone. Espero me mandes tus nuevos escritos para aumentar las obras de Giordano Bruno Nolano que alberga esta biblioteca.

Giordano nunca leyó la carta del bibliotecario de la abadía de San Víctor. Tampoco la que Ventura le escribiera desde la Antequera, contándole que su proyecto de catequizar a los indios por medio de ruedas revolventes parecía funcionar. Cuando ambas llegaron a su destino, Bruno iba rumbo a Bohemia. Dejó Wittenberg debido a que una facción calvinista, contraria a sus protectores, ganaba poder. Temía que el buen entendimiento con los luteranos se convirtiera en enfrentamiento con los calvinistas

En su discurso de despedida, Bruno agradeció a los doctores del Senado el tratamiento que le dispensaran, y reiteró lo complacido que se había sentido libre de persecuciones dogmáticas. A pesar de ser un individuo sin renombre ni autoridad alguna, huido de los tumultos desencadenados en Francia y careciendo del apoyo de toda recomendación principesca me habéis prestado una especial y cordialísima acogida, me habéis incluido en el cuerpo de vuestra academia, me habéis aceptado y dado una plaza entre un núcleo de hombres tan nobles y doctos que creo ver en ellos, como conviene a la Atenas de Alemania, una verdadera universidad. *

Navegando por el río Elba, se dirigió a Praga con la intención de acercarse al emperador Rodolfo II. Alguien le había contado que siendo muy joven, su padre lo había mandado a la corte española a que aprendiera de su tío, Felipe II, el arte de gobernar con mano dura. Rodolfo era tímido, ensimismado, fantasioso, melancólico y saturnino; no en balde es bisnieto de Juana la loca, decían. Los ocho años que pasó en España tuvieron un resultado imprevisto: aquella esmerada educación le despertó un interés obsesivo por el arte y las ciencias ocultas.

El bajel remontaba los afluentes del Elba en tanto Giordano ideaba cómo interesar en su filosofía a Rodolfo, rey de Bohemia y Hungría y emperador del Sacro Imperio Romano Germánico.

Como en una de esas coincidencias que sólo se dan en la vida real, al desembarcar se encontró con el lansquenete Ulrich Nietz. De momento no reconoció su figura, aunque la voz seguía siendo la misma.

—¡Giordano Bruno! ¡Al fin llegas!

—¿Sabías que vendría?

—De tarde en tarde camino hasta aquí a ver quién arriba; era inevitable que vinieras a Praga.

—Sigues con tus enigmas... —la sorpresa del encuentro empezaba a convertirse en disgusto.

Las frases cargadas de incógnitas lo molestaban.

—Ya deberías saber que no digo sinsentidos.

Al caminar junto a él, Giordano notó que renqueaba. La cojera mitigaba sus ínfulas militares. Sus bigotazos de crin dura estaban casi blancos pero mantenía la fiereza de la mirada, el olor a sudor de caminante sin posada, a cueros militares y armas herrumbradas en derrotas bajo la lluvia. Ulrico, a su vez, advirtió los estragos de la vehemencia en el rostro de Bruno.

—A poco de que nos encontramos en Francia, me alcanzó la bala de un arcabuz. Intenté enrolarme con unos tercios que iban a Flandes, pero cabalgar con una pierna requiere de pericia.

—Yo te veo las dos muy bien puestas.

El lansquenete se detuvo, con dificultad se zafó la bota y mostró a Giordano su nueva extremidad. A partir de una argolla que sujetaba el muslo enjuto y reseco se engarzaban, una tras otra, una serie de diminutas placas de oro que a la altura de lo que había sido el tobillo, por medio de otra argolla, se asían a un pie de madera perfectamente torneado.

—Se ve frágil, pero te aseguro que no lo es. La hizo el mejor de los orfebres. Llegué aquí con la pierna morada de gangrena. Estoy vivo gracias a la amistad con un médico real que la cortó justo a tiempo. Ahora pertenezco a la guardia que cuida a los alquimistas de la Calle del Oro.

A paso lento dejaron la Staré Mesto, atravesaron el Puente de Piedra hasta la Malá Strana y subieron hacia el castillo.

—¿Has venido a refugiarte aquí amenazado por las tiranías del monoteísmo, o serás un alquimista más que embauque al emperador?

—No soy charlatán. Busco la transmutación de la condición humana, no la de los metales. La única magia es el poder de la mente.

—¿De qué te han servido estos años si no has aprendido a reírte de ti mismo? Giordano apretó el paso para dejar atrás a Ulrico.

—Tu amigo John Dee anda por aquí...

—Lo sé.

La cuesta del camino no permitía al lansquenete seguirle el paso. Casi a gritos continuó la conversación.

—¿Cómo pregonas una reforma moral en los cielos si no controlas tu ira? Todo lo resuelves con enojo pueril.

Al llegar a la explanada del castillo, a pesar de su cojera, Ulrico corrió hacia la barandilla gritando:

—¡Escucha, Praga! ¡Aquí está Giordano Bruno para cubrirte con un nuevo cielo de su invención!

El esfuerzo lo dejó sin aliento. Abajo la ciudad se iba oscureciendo conforme el sol se ponía.

Permanecieron un rato en silencio hasta que habló Ulrico.

—He recorrido ciudades, he conocido gente y te puedo decir que estás solo, Giordano Bruno. Nadie te ayudará cuando sea preciso. No he encontrado a nadie con un pensamiento lleno de infinidad de planetas y mundos innumerables. Sólo tú te buscas a ti mismo en el infinito. Tu locura te ha hecho caminar entre las estrellas. Nadie quiere andar como forastero por el Universo. Tendrás que morirte. Pasará tiempo antes de que tu filosofía sea aquilatada. Aún puedes negarlo todo. Ya te lo había advertido en Génova: el destino de los hombres con los

ojos vueltos hacia el firmamento queda comprometido.

Giordano permanecía viendo la ciudad en sombras.

—Reuniré mi filosofía en una sola obra y se la llevaré al Papa.

—¿Irás a Roma?

—Sí.

—A ti y a mí nos matará la locura. Lo que no sabía es que estuvieras tan cerca de tu muerte.

—Llegaré a ella con un propósito razonado, no como un insensato que busca justificación en el sacrificio estéril.

Giordano encontró alojamiento en el corazón de la Staré Mesto, a unas calles de la Vieja Sinagoga Nueva. Como en tantas otras posadas llegaban a su habitación los sonidos que con el tiempo se le harían familiares: el violín y los tambores de los músicos trashumantes, la cadencia de los pregones, el canto a deshora de algún gallo del vecindario. En Praga se acostumbró al murmullo del rezo que, mañana y tarde, llenaba el barrio judío.

Para vencer el sentimiento de extranjería recorría las calles apretadas de torres, relojes y campanas, pero jamás logró domar aquella ciudad. El resonar de sus pasos en la penumbra y estrechez de los callejones, propiciaba que de su imaginación brotaran estatuas interiores con las que creaba los edificios fantásticos en los que había cimentado su Arte de la Memoria: la primera era Caos, universo ilimitado; detrás Orcus, como una hija que sigue a su madre con un apetito insaciable, abismo de deseos en busca de la infinitud materna. Por último aparecía Nox vestida de negro con sus grandes alas desplegadas. Las primeras veces las hizo manifestarse por determina-

ción de su voluntad; luego se escapaban de los confines de su imaginación y se le aparecían en las encrucijadas, a la orilla del río o sobre el pórtico de alguna iglesia.

Varias veces buscó a Ulrico en la Calle del Oro. Su ausencia aumentaba la sensación de estar suspendido en un espacio fuera de la realidad.

Una tarde que caminaba por la orilla del río sintiendo la nueva tibieza del aire, se detuvo a ver el eterno girar de la rueda del molino movida por el flujo del agua. La diablesa, la llamaban.

Se volvió al escuchar su nombre

—Maestro Bruno, soy Jan von Nostitz,

Le tomó tiempo reconocer en aquel hombre fornido, vestido a la usanza polaca, al joven espigado que había sido su alumno en París.

—La cabeza más dura de todos sus discípulos...—Jan lo ayudaba a recordarlo— aquel que se desesperaba por no comprender el funcionamiento de las ruedas de Lulio...

—¿Alguna vez discutimos tu preferencia por Ramus?

—¡En efecto! Pero eso era entonces.

Caminando por la Malá Strana Jan le habló de lo que había hecho desde que dejara la Universidad de la Sorbona.

—Regresé a Liegnitz, escribí un tratado sobre el Arte de la Memoria que aprendí con usted... El estudiante de París se había transformado en un hombre culto, convencido defensor del protestantismo, apasionado por la historia y practicante del Arte de la Memoria. Mientras hablaba de los países que había visitado, Giordano perdía la sensación de incertidumbre que se le había adherido a la piel en su deambular por la ciudad. Al despedirse, Jan le pidió que fuera a su casa al día

siguiente para conocer a un grupo de amigos.

Así, hizo amistad con un heterogéneo grupo de protegidos del emperador: astrólogos, poetas, pintores, filósofos. Rodolfo II daba asilo a cuanto sabio o artista, sin importar la fe, tuviera algo que enseñarle. La única condición para permanecer en el reino era no atacar al catolicismo. Varios asistentes a aquellas reuniones eran italianos que se identificaban con las ideas expuestas por Bruno en *La expulsión de la bestia triunfante*.

Por ellos supo de la hipocondría de Rodolfo II, el heredero del imperio más grande de Europa. De su terror a engendrar un hijo legítimo que lo derrocará, de su aversión por gobernar. Le mencionaron el gusto del emperador por las jóvenes rubias, el afán por coleccionar todo aquello que brillara, su amor por lo extraordinario. Su receloso respeto a los astros, a los portentos celestiales. El miedo que le causaba el dolor, ver sangre en su orina, los malos sueños. No omitieron sus obsesiones, locura o el deseo por alcanzar la vida eterna.

Tadeás Hájek, primer astrólogo del emperador, participó en una de aquellas veladas. Jan sugirió que quizá al emperador le gustaría conocer a Giordano Bruno.

—Existen dos requisitos —les advirtió—: que elabore su horóscopo para saber si a Su Majestad le es propicio recibirlo. El segundo, Bruno debe ofrecerle un presente digno de él.

El primer regalo que alguien ofreció para que Giordano lo ofrendara, fue una figura de alabastro representado un Baco niño; otro, un vaso con el escudo de armas del imperio. Jan ofreció su colección de monedas extranjeras. Giordano les aseguró tener el regalo para el emperador.

—La primera edición del texto griego del Corpus Hermeti-

cum, acompañada de la traducción latina de Marsilio Ficino.

Los que entendían de qué hablaba, coincidieron en que el libro le allanaría el camino; convinieron en que Jan lo entregara. Sólo faltaba elaborar el horóscopo.

—Nací en Nola, un 6 de enero —aseveró enfático.

¿La fecha suplantada de mi nacimiento me negará la entrevista con el emperador?

En espera de ser recibido por el emperador, Giordano mero-deaba entre los libros de Jan. Así halló *De occulta philosophia*, la obra principal de Cornelio Agrippa. La conocía de tiempo atrás. Desde entonces le era fundamental.

«La magia es una facultad que tiene grandísimo poder, llena de misterios muy elevados, que abarca un conocimiento profundísimo de las cosas más secretas...de ahí que produzca sus efectos maravillosos mediante la unión y la aplicación que hace de las diferentes virtudes de los seres superiores con las de los inferiores; está allí la ciencia verdadera, la filosofía más elevada y misteriosa; en una palabra, la perfección y la realización de todas las ciencias.»

Apartó los ojos del libro y enfrentó la mirada de Jan que en ese momento entraba a la habitación. Le recordó la de aquel hermano que lo sorprendiera en San Domenico leyendo un libro prohibido. Más de una vez había encarado esa mezcla de sorpresa y temor en otros ojos.

—Ni siquiera tú, querido Jan, acabas de entenderme. Has escrito un tratado sobre mi Arte de la Memoria, dices reconocer la diferencia de pensamiento entre Ramus y yo... sin embargo, te amedrenta encontrarme leyendo un libro de magia.

Pensé que la Santa Inquisición no tenía cabida en tu casa.

El sonrojo tiñó el rostro del joven. Entre balbuceos intentaba abrirle paso a una respuesta.

—En Praga nadie te condenará por tener ese libro en las manos, pero fuera de Bohemia, ni reformados ni católicos aceptan el tinte mágico de tu filosofía. Mis amigos y yo lo hemos discutido muchas veces. En La Expulsión de la bestia triunfante dices ...que también se vayan abajo la Infamia, la Irrisión, el Desprecio, la Locuacidad, la Impostura... y en aquella sede los reemplacen la Magia, la Profecía y toda Adivinación y Pronóstico, y allí nos detenemos. No queremos heredar las supersticiones del catolicismo, en nuestra nueva fe no hay cabida para los diablos y demonios que acompañan a la magia.

—Últimamente, se han asignado a las palabras «mago» y «magia» significados indignos...Se ha afirmado que el mago es un brujo necio y malvado, que ha obtenido, mediante el comercio y un pacto con el demonio, la facultad de hacer el mal y de gozar de ciertas cosas. Esta opinión no se encuentra en las personas sabias ni en los filólogos, sino entre los encapuchados.* Son ellos los que propalan las supercherías que tú mencionas. Un mago es un hombre sabio.

—En la nueva pureza del mensaje cristiano no hay lugar para nigromantes o adivinadores.

—¡Yo mismo estoy en contra de esas invocaciones! Eso no es magia. Giordano guardó un silencio reflexivo. Jan esperaba, atento.

—Llevo días pensando en todo lo que he escrito. Lo primero fue sobre el Arte de la Memoria; ya exclaustro y lejos de la influencia escolástica, le agregué lulismo, cábala, hermetismo. Conforme me atrevía a más, hablé de la magia natural y sus operaciones, aunque siempre escudado tras el piadoso Fi-

cino quien no sobrepasó las imágenes celestes. Debo confesar que las obras que dediqué al rey de Francia fueron audaces. En Londres expuse la necesidad de una reforma moral y religiosa. Con metáforas hablé a los puritanos ingleses de aquello que les interesaba y convertí en filosofía la teoría de Copérnico. Les llené los oídos con un Universo infinito sin centro ni jerarquías, sin fin o principio; con innumerables planetas errantes, con estrellas similares al sol que vemos. Les hablé también del Intelecto Universal, causa y principio de todo y, ya que conocí mejor su temperamento, los hice reír con las obscenidades, como alguien las llamó, de *Il candelaiio*. En Wittenberg, gracias a la liberalidad de los luteranos, volví a mi Arte de la Memoria —hizo una pausa que alertó aún más a su discípulo—, estos días he repasado diversos textos, llego a la conclusión de que debo escribir sobre cómo se trasciende la muerte, sobre la elaboración de talismanes para eludir a los demonios planetarios...

Giordano calló abruptamente al notar el movimiento de Jan para levantarse y salir.

—¡Resulta que ahora tienes miedo y prefieres no escucharme!

A punto de iniciar uno de sus virulentos ataques, retrocedió para impedir que la furia se interpusiera entre ellos. Frente a él tenía a un hombre joven, educado, influyente en ciertos círculos, cercano al rey y sus consejeros. ¡Había que convencerlo!

—Hacía frío la tarde en que escapé de San Domenico. El viento intentaba arrancarme el hábito mientras yo corría maldiciendo al delator, a los demás hermanos, al prior. Los maldije durante muchos días, muchos meses, quizás años. Con el paso del tiempo reconocí la trascendencia del conocimiento que allí gané; si no hubiera pertenecido a la Orden de los

Predicadores, no sería lo que soy. De las enseñanzas en San Domenico rechazo el dogma, la mentira, pero rescato la vía de conocimiento. Aborrezco la estafa de la Iglesia, pero amo a Dios. Ese nuevo mensaje cristiano del que hablas debe recuperarse, primordialmente, la comunicación con la divinidad.

—Por eso nos hemos apartado de imágenes y rituales innecesarios —arguyó Jan.

—¡Se necesita más! La nueva Iglesia continúa con los vicios de la anterior. Debemos tratar al hombre común como lo que es: una criatura digna de respeto, un prodigio. Atraerlo con verdades, enseñarle a restituir el vínculo con la Naturaleza.

—¡Sería volver al paganismo!

—¿Por qué temerle a la nervadura de una hoja, a los cristales de una roca, a las convolutas de un caracol?

—¡Porque no debemos adorar ídolos!

—Empiezan mal. No se puede destruir indiscriminadamente. Los egipcios a través de las formas naturales de bestias y plantas ascendían y penetraban a la divinidad...

—¡Decir eso será tu condena!

—Quizá, pero no estoy dispuesto a creer que alguien que tenga miedo a los sufrimientos físicos haya tenido nunca la experiencia íntima de la divinidad. El que es verdaderamente sabio y virtuoso no siente el dolor y es perfectamente feliz —tan perfectamente como lo permite la condición de la vida presente... *

Jan lo miró sin saber qué responder, por dónde seguir.

—Mis imágenes mágicas que tanto te atemorizan son sistemas lógicos de comunicación...

—¡Necesitamos un lenguaje nuevo!

—Yo te ofrezco imágenes como base, no sólo para la nueva astronomía, sino para la nueva ciencia.

—¡Para eso están los números! —exclamó Jan.

—Los números de Pitágoras se convirtieron en mero acto malabar al perder su filosofía. El hombre no puede lanzarse a ese Cosmos que está descubriendo sin una filosofía que lo sostenga. Sin ella sólo encontrará locura.

—¡Estás equivocado, maestro! Así no será.

—El tiempo, que ni tú ni yo veremos, a alguno de los dos dará la razón.

Por un amigo de Jan se enteraron de que la flota española se dirigía a las costas inglesas. Giordano imaginó a Isabel dispuesta a defender cada palmo de su reino. Rodeada de secretarios y capitanes discutía estrategias intentando ocultar su miedo bajo un ceño fruncido. ¿Alguien notaría el rubor de las mejillas deslizándose por el cuello hasta llegar al pecho? ¿La vena de la sien palpitando por el terror de cometer los mismos errores que su padre?

Las noticias llegaban con rapidez: La armada española va capitaneada por el marqués de Santa Cruz... ¡No! El marqués ha muerto. La encabeza el duque de Medina-Sidonia y la flota inglesa está al mando de Charles Howard. A la información, se añadían las opiniones: Medina-Sidonia no es hombre de mar, él mismo ha dicho que se marea al subir a un barco... con Howard al frente, Inglaterra tiene la victoria asegurada... la reina nombró a Drake capitán para que no se diga que es una más de sus fechorías de pirata... ¡Qué ironía! El rey de España aconsejó a Isabel, al principio de su reinado, que buscara su fuerza en el mar.

Protegida por la Divina Providencia, había zarpado de Lisboa una flota constituida por ciento cincuenta naos gruesas,

cuarenta urcas, cuarenta galeras, treinta fragatas, veinte fa-
lúas. En ellas iban cincuenta y cinco mil soldados de infante-
ría, mil doscientos de caballería y cerca de cien mil hombres
entre aventureros, gente de mar y galeotes. La flota inglesa,
infinitamente menor, les salió al paso en formación en ala, a
la mitad del Canal. Los españoles, al avistarlos, se colocaron
en la legendaria formación de media luna con la que habían
derrotado a los turcos, pero la ligereza y rapidez de los barcos
ingleses, además del gran alcance de sus cañones, le dieron la
victoria a Inglaterra.

Los viajeros que pasaban por Praga sólo hablaban de aque-
llo: Desde que supimos que esto se preparaba, imaginamos
que sería una catástrofe por lo desigual de los contrincantes.
Estábamos seguros de que la víctima sería Inglaterra, pero
David volvió a aniquilar a Goliat. Ese demonio de Drake supo
manejar la potencia del fuego; no cabe duda que el mar lo ha
contagiado de su poder. Gracias a él, la marina inglesa es la
mejor que país alguno haya tenido. ¡Vivir para ver derrotada
a España! Esta victoria es el principio de algo muy grande.

Al fin, Jan anunció que tenía la respuesta del emperador. Con
gesto teatral puso sobre la mesa una bolsa de terciopelo ma-
rrón. Giordano la miró sin comprender. Buscó una misiva.
Nada. Sólo monedas.

—¿Esto es todo? ¿Cuándo lo veré?

—No hubo mensaje, sólo envió trescientos táleros de oro.

—¡Es muchísimo dinero! —comentó alguien.

—¡No buscaba una limosna! —gritó Giordano, enfurecido.

Permaneció en silencio sin escuchar las recomendaciones
con que pretendían alentarle.

—Tienen razón, aprovecha esas monedas, y escribe lo que hubieras querido decirle! —lo alentó Jan.

Nadie supo de él por varios días. Giordano se mantuvo en un furioso encierro considerando las razones del emperador para no recibirlo. Tuvo miedo, la primera. Siguieron muchas más hasta que recordó cierto comentario: Fabrizio Mordente es uno de los astrólogos preferidos de Su Majestad. ¡Desde luego!, había sido él.

Y pensar que alguna vez lo consideré mi amigo..., nunca comprendió la importancia de inventar un compás para medir los cielos ni la intención de mi escrito para aquilatar su hallazgo.

¡Le haré saber al emperador quién es Fabrizio Mordente!

Esa misma tarde empezó a escribir *Articuli centum et sexaginta adversus huius tempestatis mathematicos atque philosophos*, texto en el que, además de las ciento sesenta razones para demostrar que los filósofos peripatéticos y los matemáticos estaban equivocados, desacreditaba a Fabrizio Mordente.

En la obra que dedicó al emperador Rodolfo II, expresó su desconfianza por utilizar a las matemáticas como única herramienta capaz de comprender ese Universo, que se abría frente a ellos. En cambio la *entia rationis*, lenguaje de signos lógicos de su invención, sí lo lograría. Allí dejó escrita, como hubiera querido decírselo, su crítica a la intolerancia religiosa a la que sólo se podía combatir con la reivindicación de la libertad y la dignidad humanas.

Con menos rabia, escribió *De specierum scrutinio et lampade combinatoria Raymundi Lulli*, texto para demostrar que las Artes Lulianas se aplicaban a todas las ciencias y facultades y se

adquiría el conocimiento de la verdadera medicina.

Se lo dio a Georgius Nigrinus, el impresor más renombrado de Bohemia y lo dedicó a Guillén de San Clemente, el embajador español, con quien había hecho buena amistad.

San Clemente era uno de los personajes más poderosos en el reino de Rodolfo II. Durante los dos años en que el emperador se negó a recibir a nadie en el castillo, el español lo visitó varias veces y testificó que no estaba muerto, sólo lo aquejaba un severo ataque de melancolía.

El interés del embajador por el método de Lulio lo hizo acercarse a Giordano. Charlando, descubrieron que también tenían en común la amistad con John Dee, el mago inglés.

—Es uno de los hombres más sabios de nuestro tiempo —aseveró el embajador—. Me sentí muy honrado ante su petición de apadrinar el bautizo de su hijo Michael.

Fue el embajador quien lo enteró de las últimas vicisitudes del astrólogo. Dee y el conde Laski habían sufrido una mutua decepción: uno, al descubrir la ambición y lo superfluo de su empleador; el otro, por la ineficacia de las artes mágicas para ayudarlo a sanear sus finanzas y subir al trono. Después de aquel fracaso, el mago había partido a Praga en busca del Emperador de los alquimistas.

—Quise conocerlo luego de leer el extraordinario manuscrito en el que da fe de sus experiencias espirituales —agregó San Clemente—. Nunca había leído nada semejante. Mi entusiasmo me llevó a presentarlo ante el emperador, quien quedó igualmente deslumbrado al escucharlo. Lo mandó alojar en casa de Tadeás Hájek y mientras gozó del favor real, Dee se dedicó a sus sesiones de invocación a los ángeles. Para su infortunio, la notoriedad de sus procedimientos llegó a oídos del Nuncio Papal, quien mandó decir a Rodolfo que expulsaba a

aquellos herejes o los entregaba a la Inquisición. El emperador optó por mantener tranquila su relación con el Vaticano y poniéndoles un día de plazo, ordenó a los ingleses salir de Praga. Dee ya tenía buenas amistades y se refugió en Trebon, feudo de Peter Vok Rozmberk, excéntrico descendiente de una destacada familia checa. Meses después, corrió el rumor de que Dee visitaba secretamente al emperador.

Giordano dejó Praga y volvió a territorios protestantes por considerar que sería más fácil acceder a gobernantes libres del dominio Papal.

Listo para embarcarse hacia Helmstedt, en espera de subir al bajel, cambió de opinión y se fue en busca de John Dee. Era tanta su urgencia por verlo, que al desembarcar alquiló un caballo para llegar lo antes posible. La sorpresa de Dee fue grande. Se levantó con agilidad de la mesa en que escribía para abrazarlo. Luego, como quien examina un ejemplar extraordinario, miró su rostro.

—La edad te ha dado fiereza...

El aspecto de Dee, en cambio, era el mismo de aquella noche cuando se despidieron en Mortlake. El momento parecía ser prueba de ese tiempo único, sin presente ni futuro, que Giordano proclamaba. El lugar tampoco importaba. Sólo tenían significado el afecto, la afinidad, las correspondencias.

—¡Nunca hubiera imaginado que entrarías por esa puerta! ¿Qué haces aquí, Giordano Bruno?

—Quizá a eso he venido, a que me digas qué hago aquí.

Paseando por la propiedad de Rozmberk, se pusieron al tanto de dónde habían estado y lo que habían logrado desde la últi-

ma vez que se vieran. Cruzaban el bosque, bordeaban los sembradíos hasta la siguiente finca, atravesaban innumerables arroyos para regresar al castillo, donde continuaban la charla junto al fuego, con un vaso de licor de ciruela en la mano.

Las primeras ventiscas los hicieron resguardarse en la sala de lectura. Una tarde la plática los llevó al tema que tanto los perturbaba: la cuestión religiosa.

—Los luteranos se han apoderado del norte, el calvinismo penetra por el occidente desde Ginebra, los anabaptistas ganan terreno subiendo por las orillas del Danubio —enumeraba Dee, con un dejo de impotencia en la voz—. Resulta necio asegurar que Bohemia es católica, cuando su pueblo es utraquista desde hace años. El catolicismo se va quedando aislado...

—¡Afortunadamente! — exclamó Giordano.

—Sería una ventura, si no supiéramos lo que esto provoca; al catolicismo habrá que temerlo igual que a una fiera acorralada.

Coincidieron en que la fragmentación religiosa hacía cada vez más urgente la reunificación. Dee insistió en que la unidad se lograría a través de una disciplina mística, mientras que Giordano perseveró en su idea de una reforma moral y, una vez más, se encendió al referirse a la importancia de las imágenes, de los edificios de recuerdos, de los sellos.

—A poco de mi llegada a Praga —le contó Dee— asistí a una reunión cuyo fin era preparar la creación de una liga evangélica para contrarrestar el poderío del Papa. Allí me vino la idea. Desde entonces nos hemos dado a la faena de crear una... hermandad, por darle un nombre; aunque esa designación no me convence. Contamos entre nosotros con estudiosos, grandes personajes y docenas de hombres comunes...

—¿De qué hablas?

—De la creación de una fraternidad secreta. En medio de esta división irremediable, nuestro conocimiento se perderá de la misma manera que la sabiduría reunida en mi biblioteca se elevó al cielo en una humareda, para honrar al dios de la barbarie. Algunos adeptos han decidido llamarse a sí mismos los Invisibles Hermanos de la Rosa y la Cruz.

—¿Tú fomentas esa insensatez?

—¿Y qué me dices de cierta secta que creaste en Alemania y cuyos miembros se reconocen como los Giordanisti?

Bruno guardó silencio por considerar que ése no era el momento para airear la existencia de aquel grupo, en cuya creación nunca había estado de acuerdo.

—Entre nosotros hay iniciados de la Orden del Temple que han mantenido los principios de su hermandad a través de los siglos; de ellos hemos aprendido a no dejar rastro, a no identificarnos.

—¡Qué equivocación! Más que nunca necesitamos una figura, una voz que se destaque.

—La vida de un solo hombre no alcanza, se necesitan vástagos, descendencia. Giordano se detuvo a pensar que no tenía un hijo, que quizá nunca lo tendría.

—Lo que debo hacer es tender un puente con mis ideas para facilitar el camino de la ciencia por venir.

—¡No lograrás hacerlo solo! —exclamó Dee, perdiendo la calma—. Los vicios de un paladín infectan cualquier filosofía. ¡Aquí estás tú como muestra!

La sorpresa del ataque no evitó que su furia, siempre pronta, brotara irreflexiva.

—¡Suelta ese reproche!

—Pensé que la edad te daría sensatez. ¡Haz a un lado la soberbia! ¿Por qué tú? ¡Somos nosotros! —Dee hizo una pausa

para deshacerse de la violencia que tanto despreciaba—. En tu afán por ser escuchado por los príncipes, te olvidaste del hombre común y te has convertido en un aristócrata del pensamiento. Ten cuidado, Bruno, ¡que no falte Dios en tu tarea!

La frase le llegó como una bofetada.

—El hombre es más que inteligencia —agregó Dee, conciliatorio—. Tienes que aceptar su miseria, porque si no es para tus hermanos, ¿a quién legarás tu filosofía?

—Nunca moriremos en tanto nuestras ideas permanezcan vivas.

—¿Alguien tendrá valor para recordar tus ideas? Mis hijos nada quieren saber de mi mente llena de números. La continuidad dependerá de otras mentes que practiquen tu Arte de la Memoria, que aprendan el idioma que a mí me han revelado los ángeles, no de papeles. Para que nada se pierda, necesitamos espíritus afines.

Giordano partió hacia Helmstedt. Caminaba enfrascado en sus pensamientos, sin sentir el aguanieve que le escarchaba el rostro.

No concibo escudarme en una secta para evitar riesgos. Debo ser yo el sacerdote de mi religión, el pregonero de mi filosofía, mi propio defensor. De prisa, nolano, de prisa, tienes trabajo urgente por hacer. Camina, busca, sigue hablando. Grita hasta que se te abra la garganta, hasta quedar sin voz.

—Tienes razón —le había dicho John Dee—, busca la protección de los luteranos. Ándate a los palatinados, en cualquiera de ellos serás bienvenido. Tu filosofía se acerca a sus ideas de reforma.

¡Y allá iba! El Vltava lo llevó al Elba; el Elba al Wesser y tras

varios días de navegar, a principios de aquel año de 1589, llegó a la Baja Sajonia.

En Helmstedt fue aceptado como lector en la Academia Juliana y, con la protección del viejo duque palatino Enrique Julio, se convirtió en tutor de su nieto. Sin la hostilidad de las ciudades calvinistas ni la persecución de que era víctima en las ciudades católicas, en el reino luterano se sintió ciudadano libre y seguro. Pero su buena fortuna duró poco; el duque murió el 13 de mayo de ese mismo año. Las exequias fueron magníficas. A lo largo de varios días desfilaron ante el joven heredero cientos de personajes para expresar su pena. Giordano escribió una oración fúnebre por la que el nuevo duque le pagó una suma extraordinaria. El texto atrajo muchas miradas sobre él.

A la muerte de su protector, sopesó la posibilidad de irse. El duque había sido luterano; su hijo, en cambio, era ferviente católico. Mientras se esclarecía el rumbo de la fe en el palatinado, permaneció enseñando en la universidad luterana más importante de Europa.

A finales de julio recibió carta de Giovanni Moro.

¡Al fin te escribo desde Venecia! He vuelto a casa. Si levanto la mirada del pliego en el que te escribo, veo la cresta del palazzo Dario. Por mi ventana entra la luz de una mañana luminosa y el ruido del tráfago del Canal Grande. El olor de la laguna, ése que tanto molesta a los viajeros, me devuelve a los años de mi juventud. Sentidos y memoria, ¿no es así, maestro Bruno? Doce años estuve en Francia. En el transcurso de ese tiempo, los cortos viajes a mi patria, me hacían añorarla más intensamente. Estoy de regreso por lo que parece será

una larga temporada. El duque veneciano cuenta ahora con muchos jóvenes ansiosos de fungir como oradores y aunque en estas encomiendas es necesaria la prudencia que dan los años, también es valiosa la audacia de la mocedad. El viaje me hizo pensar en ese gusto tuyo de andar por los caminos, de hablar con gente a la que nunca volverás a ver y a la que sólo te hermanan fatigas y sorpresas. Como ves, hago tiempo para decirte la causa de mi regreso. Quizá mi relato tenga exageraciones y detalles inciertos, pero los hechos así ocurrieron.

El rey de Francia se había refugiado en Chartres. Quizá a petición de la reina Catalina o por propia iniciativa, el duque de Guisa fue allá a buscarlo. Se reconciliaron con la misma furia con la que se aborrecieron durante treinta años. En uno de sus típicos arranques emotivos, el soberano lo nombró comandante general, gran maestro de todas sus propiedades y le entregó las llaves del reino. Pasaron unos días en cierta calma hasta que Guisa sugirió volver a París. Enrique se negó alegando que era tiempo de convocar a la reunión de Estados generales.

Junto con muchos otros me trasladé al castillo de Blois y entonces sucedió lo que aún ahora, me causa tanto dolor.

A poco de haber llegado, mandó decir a varios de sus embajadores que no nos necesitaba más en su reino, que el despacho en que lo notificaba iba en camino a nuestros países. También se deshizo de sus consejeros. No volvió a recibirme, ni siquiera me despedí de él. Todos de vuelta a París, había ordenado.

Lo que de aquí en adelante te relato, lo supe después.

Escudado tras su grupo de los cuarenta y cinco, como llaman a los fieros gascones que ahora lo protegen, el soberano recibió a los miembros de la Liga Católica que acudían a la convocatoria de Estados Generales. Las semanas sin lograr acuerdos transcurrieron en medio de intrigas, amenazas y mensajes anónimos previniendo posibles asesinatos hasta que Enrique, supongo que hastiado, amenazó a la asamblea en pleno y declaró convicto a aquél que se apartara de su autoridad. Esto debió acelerar los acontecimientos. Guisa y él volvieron a discutir.

El 23 de diciembre, Guisa recibió la orden de presentarse en el que fuera despacho de Francisco I. Aquella ala del castillo es una madeja de corredores y pasadizos. Por allí lo guiaba el paje cuando les salieron al paso los gascones. Dicen que fue una carnicería. Guisa se debatió esquivando puñaladas hasta que no pudo más. Al mismo tiempo su hermano, el cardenal, era apresado en otra sala del castillo. Al día siguiente descuartizaron y quemaron los dos cuerpos. El rey no quería una tumba que la Liga Católica convirtiera en santuario.

La señora Catalina, tan enferma, se levantó de su lecho al enterarse. Ahora serás menos rey de lo que antes fuiste, dicen que exclamó al encontrarse con su hijo. Cuando supe del asesinato sentí una pena muy grande por el soberano. Lo imaginé en aquel castillo, más solo que nunca, acosado por sus fantasmas y rodeado por los miembros de la Liga Católica.

Los seguidores de los Guisa huyeron por temor a correr la misma suerte. Igual hicieron los sacerdotes, los nobles, los miembros de la Liga Católica. Solamente su

esposa y su madre moribunda permanecieron junto a él. La mañana del 5 de enero, después de hacer su legado, la reina pidió confesarse.

¡Sorprendente la manera que tiene el destino para cumplirse! Nadie sabe de cierto si fue Ruggieri o Nostradamus quien le advirtió a la señora Catalina: que su fin estaría en Saint-Germain. Dicen, los que estuvieron cerca, que después de murmurar sus pecados, preguntó su nombre al confesor. El sacerdote le tomó las manos con suavidad y le contestó: “mi nombre es Julien de Saint-Germain, Su Majestad. Ahora descansad”. No volvió a salir del angustiado sopor en que cayó después de oír aquello. Expiró al atardecer, en víspera de su cumpleaños.

¿Por qué se cumplen las fechas?

Inicié el viaje de regreso a principios del mes de febrero. Mi equipaje necesitó doce mulas, una carroza y dos carretas para llevar mis pertenencias. ¡Y tú vas por el mundo con un fardel! Ya adivinarás el destino de muchas de aquellas cosas al atravesar las montañas. Conforme las perdía, me sentía más ligero. Igual hubiera querido deshacerme de la tristeza, de tanta decepción. Admiré al soberano casi tanto como tú y un buen día, sin más, me despachó. Me cuesta entenderlo.

Afortunadamente, los amigos no dejan de visitarme e invitarme a sus reuniones. Ahora todos escriben. Alguien comentó que la literatura es la nueva fiebre que aqueja a los venecianos. Por lo tanto los tipógrafos, los impresores y las librerías se han multiplicado. Otra noticia que te llenará de júbilo es que vi a Veronica Franco. A pesar de que estos últimos años no le han sido

fáciles, está más hermosa que nunca. Las penas le han dado más profundidad a su mirada; su voz también ha cambiado, parece salir de un lugar más cálido. Toda ella acoge. A la comisura de sus labios, a la que tantas veces nos referimos después de algunos vasos de vino, ahora la acompaña una ligera línea. En otro rostro hablaría de deterioro, no en el de Veronica. Me aseguró que te escribirá. Quisiera saber qué haces, qué escribes, por dónde van tus ideas. Inútil preguntarte cuánto tiempo permanecerás en Helmstedt. Yo no quiero ir a otro país en misión diplomática; los doce años en Francia me agotaron. Por ahora sólo deseo ver la laguna, charlar con mis amigos y contagiarme de poesía.

Tu amigo,

GIOVANNI MORO.

Después de leer la carta salió a la calle. Anduvo sin rumbo fijo por las calles limpias de la ciudad luterana, sin desechos corriendo por enmedio del arroyo. Caminaba queriendo hallar a alguien que le dijera que después de asesinar a los Guisa, el monarca, al fin, se sentía a salvo. Que no lloraba la muerte de su madre, que se había librado de los remordimientos por haber sido parte de la horda de verdugos que persiguieran hugonotes en aquella Noche de San Bartolomé.

Regresó a su habitación y pretendió dormir. La angustia lo hizo encender la bujía y escribirle a Giovanni.

¡Cuántas preguntas por hacerte! Quisiera saber detalles, obtener explicaciones. Giovanni, tengo miedo. Estoy solo. No tengo quien me conforte en mi propia lengua. ¿Por qué no estamos frente a frente para explicarnos, mutuamente, qué llevó a Enrique III a asesinar

a los Guisa? Me lo pregunto una y otra vez. La multitud de razones me agobian. Quisiera tener una sola certeza.

Su Majestad debió deshacerse de aquéllos, tú entre ellos, a quienes no quería que presenciaran, me cuesta decirlo, la indignidad por cometer. No quería testigos. Al ordenar tu partida, pensaba únicamente en el orador de Venecia, no en el amigo que lo acompañó durante tantos años. ¿Qué lo decidió a matarlos? ¿Cuántas veces lo planeó? ¿Quién lo apoyó además de sus gascones? ¡Elucubraciones inútiles!

No dejes que los últimos sucesos en Francia opaquen los doce años anteriores. No cargues el resto de tu vida con la amargura de esos días. Igual que tus pertenencias se despeñaron durante el viaje, deja al tiempo arrastrar tus tribulaciones.

Preparo la primera de varias obras mágicas. Hay momentos en que la premura me ahoga y quisiera tener día y noche para trabajar en ellas. A mi alrededor se agolpan más de trescientos alumnos, ser monje exclaustrado, igual que Lutero, me da cierto prestigio.

Me exaspero por no haber convencido ya a las naciones de establecer una religión unificadora. De ahí mi urgencia por escribir. Quisiera hacerlo en mi lengua, sin embargo, me percaté de que al hacerlo en impecable latín, les doy a mis obras una mayor posibilidad de ser leídas por mentes educadas, a todo lo largo de este continente.

Mi filosofía ha madurado. A fuerza de dilatadas especulaciones mi ontología tiene una base sólida. En la cosmología que propongo, el hombre recupera el lugar del que la Iglesia lo despojó. Yo pretendo liberarlo con la mejor arma: la razón.

Quisiera saber tu opinión sobre Enrique de Navarra. ¿Qué posibilidades tiene de llegar al trono? Desconozco la injerencia que Felipe II pueda tener en el asunto después de su derrota frente a Inglaterra; las alianzas deben estar acomodándose de una nueva manera.

Querido Giovanni, mantén la mirada sobre la laguna hasta que sanes, hasta que de nuevo encuentres la felicidad en un rayo de luz.

GIORDANO BRUNO

Se acercó a la ventana y miró, sin ver, las figuras vestidas de negro que pasaban por la calle. Las mujeres con su doble falda para evitar que un viento imprudente dejara al descubierto el tobillo; los hombres, tan oscuros como ellas. Su elegida extranjera le pesó como un fardo.

¡Lo que diera por volver a la Serenísima!

Aquel año el verano nunca arribó. La lluvia de la primavera dio paso a días ventosos, grises, y de pronto, a mediados de junio, un frío prematuro se dejó venir desde la costa. Giordano reemplazaba la falta de calor evocando imágenes de su tierra. El encierro por el mal tiempo lo exasperaba, lo hacía más irascible. En ese estado de ánimo encaró la noticia: Enrique de Valois, rey de Francia, había muerto asesinado. Su primera reacción fue de incredulidad.

¿Y los gascones que lo cuidaban? ¿Y su guardia? ¿Quién pudo acercársele?

¡Enrique no está muerto!

Los detalles del magnicidio arribaron uno tras otro. Implacables, como las olas del mar, como las desgracias. Giordano recorría tabernas en busca de viajeros que tuvieran noticias. Así se enteró de que el asesino era un monje llamado Jacques

Clément y que el mismo Procurador General, sin sospecha alguna, lo había llevado hasta Saint Cloud, a la villa del banquero de Gondi, adonde el soberano se refugiaba.

¿Nadie sospechó?

Nadie, era la respuesta. Su guardia dio paso a Clément, quien llevaba correos tan importantes, que debía entregarlos en propia mano. Se inclinó frente a él y, aprovechando la cercanía, le encajó una daga en el vientre. Cuando los soldados se dieron cuenta, todo estaba perdido.

—Agonizó durante dos días.

No pudiendo escuchar más salió a toda prisa. Regresó a la posada, subió dando traspiés a su habitación y se dejó caer en una silla. Con la cabeza entre las manos escuchaba las voces dando pormenores.

¿Qué sino rige a Jacques Clément para haber sido él quien matara al rey de Francia y terminar con la dinastía de los Valois? ¿Qué estrella guió su mano para alterar el destino de un reino?

Enrique había sido el primer soberano que escuchara a Giordano. Lo había llamado para averiguar si su memoria era cosa de magia. Después vinieron la confianza, la amistad, las coincidencias; el mutuo afán por establecer una religión unificadora.

Un sinfín de imágenes brotaron de su memoria: campos yermos cubiertos de cadáveres, bosques calcinados, pozos secos, aldeas desiertas. Miríadas de desposeídos errabundos, niños de mirada vacía. Fantasmas antes de morir. En medio de un fogonazo Ulrico Nietz cayó herido de su montura. El corcel echó a correr llevándose en la silla media pierna del jinete. Giordano se apretaba las sienes intentando detener tanta figuración.

Para contener aquellas atrocidades evocó algo venturoso. De la nada emergió un bajel navegando airoso. En el puente iba Enrique. Sentados a un lado, su madre, su amada Marie de Clèves, su hermano Carlos con la corona real, el bufón Chicot jugando con los perros. Luego de verlos perderse en el horizonte encendido por el sol crepuscular, se quedó dormido.

Durmió cinco días. Sin tregua ni interrupción, como había dormido después de dejar a Rosanna, de traicionar al embajador francés. Despertó con un dolor en la pierna izquierda que nunca más lo dejaría. Lo llamó el dolor de Enrique.

Volvió a sus actividades con mayor vehemencia. Su reforma debía incluir al hombre común por lo que se dedicó a perfeccionar su teoría sobre los vínculos.

El mago, el cazador de almas, libre de pasiones, dueño de una fe activa y convencido de su eficacia, atraerá a los hombres ignorantes. Vincular a estas personas resulta todavía más fácil cuantos menos conocimientos tienen. En ellos, la fuerza del alma se dispone y se abre de tal manera que deja paso libre a las impresiones provocadas por las técnicas del mago quien tiene libres las vías para crear todos los vínculos que quiera: esperanza, compasión, miedo, amor, indignación, ira, alegría...* La fe es la condición previa a la magia. La fe es el mayor vínculo, el vínculo de los vínculos. El primer fundamento de la unión universal... es que haya credulidad no solamente en nosotros, los que operamos, sino también en los pacientes. Ésta es la condición necesaria ya que sin ella no se puede obtener nada. *

Durante su estancia en Helmstedt escribió *De magia, Theses de magia* y *De magia mathematica*.

A sus cátedras asistían cada vez más alumnos. Cuando lo veían cruzar el patio, corrían a disputarse los primeros bancos; otros, llegaban silla en mano para evitar contratiempos. Tal notoriedad le acarreó enemistades profundas. Gilbert Voët, primer pastor y superintendente de la Iglesia de Helmstedt, no había olvidado los insultos que Bruno dirigiera a los clérigos en la Oración Fúnebre que pronunciara a la muerte del duque palatino Enrique Julio y, en cuanto tuvo oportunidad, lo acusó de un sinnúmero de faltas.

Giordano, en descargo, envió cartas al rector de la universidad y al Senado Académico apelando a su justicia. Protestaba humildemente, según decía, contra la ejecución pública de un asunto privado. Solicitaba ser escuchado para que el juicio que cayera sobre su rango y buen nombre fuera justo. Aunque el rector simpatizaba con él, no estaba dispuesto a enemistarse con Voët, por lo que dejó su petición sin respuesta.

De no haber sido por la llegada de Jerôme Besler a la universidad, Giordano habría prestado mayor atención a aquel altercado. Desde la primera lección se fijó en él. Conforme el curso avanzó, Besler se destacaba cada vez más. Sus opiniones eran atinadas, sus escritos intachables. Giordano identificó en él a ese discípulo excepcional que buscaba al entrar a un aula nueva. Besler se ofreció a traducir un manuscrito, luego a copiar otro, y así, el maestro Bruno se hizo de un secretario.

Ponía en orden su mesa, cuando halló la última carta de Giovanni. La miró pensando en la responsabilidad que recaía sobre unos pliegos de continuar una amistad. De entre sus plumas escogió la más ligera para escribirle.

Permanecer en el mundo de los vivos cuando al-

guien muy querido ha muerto, es algo a lo que hay que acostumbrarse. Es arduo enfrentar una ausencia total e irreversible. Los conceptos absolutos, ahora lo sé, deberían mantenerse en los terrenos filosóficos, no en los cotidianos.

Luego del desamparo que me produjo la muerte del rey de Francia y de preguntarme una y otra vez cómo seguir, comprendí que aquello que me encargara al enviarme a Inglaterra, permanecerá como el fundamento de la misión que me he impuesto.

Desde mi llegada a Helmstedt he escrito cinco obras. Filosofía y magia: diversas formas de un mismo sujeto. A pesar de tener una pluma veloz, me falta tiempo, me faltan manos. Quisiera, como la hidra de Lerna, tener siete cabezas de las que salieran ideas. Y escribir, escribir, escribir hasta dejar todo dicho, aunque empiezo a sospechar que esto no tiene fin. El término de mi obra no llegará con mi muerte. Seguirá escribiéndose a través de otras plumas llevadas por nuevas manos.

Con mi excepcional facilidad para hacerme de enemigos, Gilbert Voët se convirtió en uno de los más rabiosos. Un altercado al que, insensatamente, no le di importancia, tuvo consecuencias serias. No entro en detalles para no afligirte, la Iglesia luterana me ha excomulgado. ¿Será que no tengo cabida dentro de ninguna religión?

Los luteranos están tan ensimismados en sus propias reformas que no les interesan las mías. Volveré a los países católicos, hablaré con el Papa y tendrá que escucharme.

Mi secretario y escriba es un joven médico. Dictar-

le resulta una experiencia singular: veo la punta de su pluma moverse con rapidez dejando sobre el papel lo que hasta hace un instante vivía dentro de mi mente. Es un milagro. Mis ideas entran por su oído y siguiendo un oculto recorrido llegan a su mano; su escritura nos convierte en una especie de siameses unidos por la palabra.

Dudo que después del altercado con Voët alguien se arriesgue a publicar mis obras. Iré a Frankfurt en busca de editor. Esperaré la primavera para emprender el viaje, intentando, de aquí a entonces, mantenerme alejado de disputas y querellas.

Tu amigo

GIORDANO DE NOLA

La habitación olía a papel, a tinta, a vino caliente cargado de especias. Hacía más de dos semanas que Jérôme y él trabajaban sin salir; aquel invierno duraba demasiado. Se levantó de la mesa con la esperanza de aminorar el dolor de la pierna al cambiar de posición. Evitando cojear llegó hasta la ventana. La calle estaba vacía, la nieve de varios días reverberaba, de tan blanca, en la penumbra del atardecer.

Debe ser la edad, había comentado Jérôme la primera vez que lo viera caminar con dificultad, a los viejos todo les duele. De inmediato quiso protestar. Él no era un viejo, pero no lo hizo. Aún se preguntaba por qué había callado.

En el vidrio de la ventana se reflejaba la estancia que estaba a sus espaldas. Miró los libreros que parecían flotar en el espacio, el reloj de arena, los tinteros. A un lado, dos mesas. En una, su secretario copiaba los folios que descansaban en el atril; sobre la otra, el manuscrito de su obra recién terminada. Cuántas horas de lectura y estudio en esos cientos de hojas.

Después de años de especulaciones llegaba a la versión final y madura de su modelo cosmológico: en el Universo infinito, isotrópico y homogéneo no había centro ni rangos, en él la vida pulsaba dentro de la partícula más pequeña hasta la más compleja e inmensa. A ese Universo liberado había llegado rompiendo cánones y echando abajo falsas jerarquías. Describirlo, reproduciendo su inmensidad con la palabra, había requerido una transformación del lenguaje. En los retuércanos del oxímoron había encontrado el vehículo ideal.

La imagen que el cristal reflejaba, había sido un lugar seguro para escribir. Aquella habitación contenía más de lo que hubiera solicitado, pero intuía que el momento de actuar había llegado. No más escritos. Tenía que recurrir a la palabra hablada para convencer. ¡Qué ironía!, debía volver a predicar.

Al llegar la primavera partió a Frankfurt, a la feria que se celebraba al terminar la Pascua, en la que los editores seleccionaban las obras para publicar al año siguiente.

Se hospedó en la primera posada donde encontró un camastro vacío, y por la mañana salió en busca del impresor que sus amigos italianos le habían recomendado. Las calles estaban muy animadas. En otros tiempos se habría detenido a verlo todo, a consultar largamente a los herbolarios, a husmear en cada puesto de libros, pero nada de eso hizo. Tenía prisa por hallar el establecimiento de los hermanos Wechel. Lo encontró sobre la Büchergasse, entre el Main y la iglesia de Sankt Leonhard, el santo patrono del ganado. Reconoció la librería por el emblema; era el mismo que viera en algunos libros de Florio.

Abrió la puerta y le salió al encuentro el olor a libros jóvenes, recién empastados.

—Soy Giordano Bruno.

—Y yo Andreas Wechel —replicó con un dejo de sarcasmo el hombre que lo recibió, aunque de inmediato rectificó su actitud y lo guió a una habitación posterior.

—Hace unas semanas recibimos un correo del señor Delbene anunciándonos su llegada.

Por ser él quien lo recomienda, revisaremos sus manuscritos.

Se sentaron alrededor de una mesa muy amplia sobre la que Giordano dejó sus escritos.

Wechel alargó la mano para tomarlos, pero Giordano lo detuvo.

—Antes debo decirle algo sobre mi obra.

Con la energía acumulada durante los meses de encierro, le habló como si lo hiciera ante el príncipe capaz de solucionar la crisis de ese siglo infeliz y turbadísimo en el que vivían. Lo hizo con tal fuerza y vehemencia, que Wechel debió esforzarse para controlar su emoción.

—Buscaremos un buen tallador de madera, estas ilustraciones ameritan al mejor... — propuso el editor.

—Las haré yo, conozco el oficio.

Como la ley lo mandaba, Giordano solicitó permiso para quedarse en casa de sus impresores hasta que las galeras estuvieran listas para la imprenta. La respuesta del Senado de la Ciudad fue contundente: «Su petición ha sido rechazada; puede ir a gastar su dinero en alguna otra parte».

Wechel se sorprendió por la rudeza del mensaje. En todos sus años de impresor nunca había tenido que enfrentar una situación parecida. Para tranquilizar a Bruno le explicó que el aviso al Senado era sólo un trámite.

Se disculpó repetidas veces y le aseguró que, por no estar sujeto al orden secular, los hermanos carmelitas le darían alojamiento en su monasterio.

La indignación de Giordano fue momentánea. Evitó una querrela semejante a las muchas que había entablado con la autoridad de otras ciudades. Interpretó la orden como una señal más de que el tiempo de actuar había llegado, y sin mayor encono, se albergó en el convento a la orilla del río.

El regreso a una relativa vida monacal fue una pausa a su ansiedad. Sus jornadas empezaban con una caminata hasta el taller de Wechel para revisar las páginas que se habían impreso el día anterior. Las leía y releía. Cambiaba palabras o frases completas, y hacía anotaciones para un escrito venidero. Si era necesario, él mismo espesaba la tinta, aguzaba los punzones, componía las cajas y limpiaba los cedazos. Antes de irse, escogía para su obra el papel más blanco y mejor alisado

Volvía al convento a tallar la madera para las ilustraciones de sus manuscritos. Aquellas horas en que estaba solo, dejaba en libertad el sinfín de imágenes que poblaban su memoria y se sumergía en un tiempo perfecto, ilimitado.

Una mañana, el impresor llegó al convento preguntando por él. Hacía días que no iba al taller y debía consultarle algunos asuntos. Subió a su celda y la encontró vacía. Nadie supo decirle dónde estaba Giordano Bruno.

El prior, al saber de su partida, comentó que no estaba seguro de sentir pena por su ausencia.

—En lo que más se ocupaba era en escribir, en andar quimerizando y presagiando cosas nuevas. Tiene un gran ingenio, es un hombre universal, pero..., no tiene religión alguna.

Al año siguiente, cuando Giordano regresó a Frankfurt, Wechel se enteró de que había partido a Zurich.

La noche antes de irse, había recibido una nota firmada por Piero Delbene pidiéndole que lo encontrara en Zurich.

¿Cuántos profundos mares de este líquido fango que fluye desde las profundidades habré de surcar en mi vida?

En el transcurso del viaje, tuvo tiempo de pensar en Piero Delbene a quien había dedicado el primer escrito sobre el compás de Mordente, aquel que fuera tan mal entendido y tantas dificultades le trajera. A costa de su seguridad, Delbene lo había ayudado en ese asunto que se complicara por los enredos de Mordente. Si su amigo no hubiera intervenido, habría ido a dar a la cárcel.

En Zurich buscó la hostería de La Rosa, donde la posadera mandó avisar que había llegado. Mientras venían a buscarlo, Giordano bajó hasta el río. Subía de regreso, cuando vio aproximarse a un joven cuyas facciones y manera de andar le parecieron familiares; estando más cerca lo reconoció. ¡Raffael Egli! su alumno en Francia. Una bandada de recuerdos le vino a la memoria. Junto a las imágenes de Toulouse y de la universidad, aparecieron las de las atrocidades que habían presenciado juntos al atravesar los campos franceses.

—¡Maestro! —exclamó Raffael al abrazarlo.

Giordano prolongó el saludo con la ilusión de mantener entre sus brazos aquella época de su vida.

—¿Qué fortuna generosa me permite encontrar a mis discípulos preferidos? —exclamó al separarse—. Primero Jan, y ahora tú.

Echaron a andar cuesta arriba y Raffael le fue contando haber regresado a Suiza, y después de recorrer algunas ciudades, enseñar el Viejo Testamento en la escuela de la catedral de Zurich.

—Hasta que me acusaron de fomentar una revuelta y me apresaron.

Giordano lo escuchaba sin fijarse por dónde iban. Repentinamente, la voz de Raffael se fue alejando y se vio a sí mismo y a su alumno, como dos figuras transparentes, caminando por un campo yermo y desolado. Iban delante suyo, a paso lento.

—¿Estás cansado? Casi llegamos, te hospedarás en mi casa... Entre jirones de la otra realidad, Giordano lo detuvo.

—Como un inmenso privilegio, en ocasiones se nos otorga la ventura de avizorar entre los pliegues del tiempo...

Raffael adivinó que su maestro había tenido uno de aquellos instantes de revelación, y agradeció el privilegio de estar a su lado. Lo abrazó al constatar que el vínculo entre ellos permanecía intacto.

Se detuvieron a unos pasos de la muralla, frente a una casa cerca del río. Al cerrar la puerta el rumor del torrente se quedó afuera. Raffael lo guió hasta una estancia donde los esperaba una jarra de vino.

—Ahora dime —quiso saber Giordano—, ¿qué relación tienes con mis amigos?

—A dos de ellos los conocí en prisión. En algún momento mencioné una de tus obras y se fijaron en mí. Con el paso de los días, y ya que vieron que no me habían infiltrado para espiarlos y los castigos nos tocaban por igual, se identificaron ante mí como giordanistas.

Bruno lo miró sin inmutarse.

—No temas, maestro, hablo con esta claridad sólo entre los adeptos...

—No eres el primero que los menciona, y quisiera saber quiénes son éstos que se adjudican tal designación.

Los nombres que Raffael mencionó, correspondían a lu-

teranos que Giordano había conocido en Wittemberg y, que después de su partida, habían formado una hermandad para propagar la Filosofía Nolana.

—Las fraternidades se convierten en una trampa...

—¿De qué tienes miedo?

¡No tengo miedo! hubiera querido gritar.

—Somos muchos los que hemos quedado marcados por ti —aseguró Raffael—. Lo que has dicho en decenas de aulas ha germinado. Tus palabras traspasan: ¡Libertad! ¡Tolerancia!

¡Reforma moral! Hablando para ser escuchado por los monarcas, no te diste cuenta de que nosotros aprendíamos, y que esa reforma que proponías se convertiría en el mundo que ahora exigimos. Ya no hay marcha atrás. Éste no es el momento de tener miedo.

—El procedimiento no es el adecuado... No me gustan las sectas secretas.

—Hemos aprendido a hablar bajo para que tu filosofía se difunda sin peligro. El mutismo del maestro era cosa nueva para Raffael.

—¿No respondes? ¿Giordano Bruno ya no grita? Cerró los ojos tratando de esquivar la provocación.

—Coincido contigo en que el tiempo de las palabras se terminó —respondió con calma—. Me responsabilizo por las simientes de mi filosofía moral pero aquí, en la superficie, a los ojos de todos, a la luz del día. Puedo ser numen, inteligencia, héroe o mártir. No me pidas ser sombra.

—¿No puedes ser sólo uno más?

—¿Qué será de mis ideas en otras bocas? No desconfío de voluntades ni de intenciones, temo al error.

Por un momento pareció que la discusión había terminado.

—Estamos en el final de una época, este mundo se acaba

—arguyó Raffael—. Tenemos que estar preparados para la explosión de conocimientos que se avecina. Gracias a descubrimientos prodigiosos comenzará una era de luz y nuestras posibilidades ilimitadas se manifestarán. Necesitamos una religión que nos sostenga, de no tenerla caeremos en la locura, como has dicho. Nuestra religión debe ser la que propones. ¡Sé nuestro gran maestro! Identifícate con nuestra contraseña de la rosa y la cruz.

—Dejo el deber de los muchos a los muchos, el pensamiento del resto al resto. *

Los hombres que habían sido convocados a reunirse en Zurich, fueron llegando en el transcurso de los días. Venían de Lyon, de Estrasburgo, de Wittenberg, Cracovia o Basilea, ciudades en las que encontraban libertad para expresar sus ideas de reforma. Casi todos eran italianos. Estaban allí para planear acciones que ayudaran a consolidar el reinado de Enrique de Navarra, quien meses atrás ascendiera al trono de Francia como Enrique IV. En él veían al posible pacificador de Europa.

A la llegada de Piero Delbene se iniciaron las pláticas. En vida de Enrique III, gracias a su influencia sobre el rey, Francia se había convertido en territorio donde los italianos no eran perseguidos. Si se lograba la concordia religiosa entre los franceses, el país se mantendría como un reducto para la cultura italiana.

—El gascón tendrá la fuerza para terminar con la controversia religiosa —aseguró Delbene—. Es calvinista, creció y ha vivido como tal. Sin embargo, sabe que para reinar en Francia debe convertirse al catolicismo.

—El Papa no lo permitirá —intervino alguien—. No olvides que lo ha excomulgado por hereje.

—El Pontífice se beneficia con el cambio; Francia volverá a ser firmemente católica.

Sus palabras causaban protestas y opiniones encontradas, que rebatía con el fundamento que le daba la cercanía con Enrique IV.

—Como rey católico, dará libertad de culto a los hugonotes. Su conversión es inminente. El otro blanco que debemos atacar, desde sus cimientos, es la Liga Católica. Sus miembros son los principales oponentes a este proceso.

Durante horas discutieron sobre las tácticas que llevarían a cabo. Decidieron involucrar a agentes ingleses. Simultáneamente, infiltrarían la noticia en España de que Enrique de Navarra, apoyado por la reina Isabel de Inglaterra, los rebeldes de Flandes y algunos palatinados alemanes, preparaba una invasión al reino de Felipe II. Venecia estaba dispuesta a participar, por considerarlo un buen golpe a Roma. Necesitaban que alguien involucrara a los patricios de Padua para contar con mayor ayuda. Los acuerdos duraron tres días, al cabo de los cuales se establecieron las misiones de cada grupo: Giordano Bruno iría a Padua a conseguir aliados.

Las tormentas del invierno le impidieron regresar a Frankfurt. Lo inquietaba haber dejado incompleta la impresión de sus libros; además, el ocio lo llenaba de ansiedad. Entonces, Raffael le dijo la noticia que Hans Heinrich Hainzel, noble de origen helvético, emparentado con las principales familias bávaras, lo invitaba a su castillo de Elgg a impartir lecciones de filosofía a un grupo de estudiosos.

Pensó en negarse, recapacitó al pensar en las semanas de holganza que le esperaban.

—Llegaremos en tres jornadas —lo animaba Raffael—. No te arrepentirás, el señor Hainzel es un hombre extraordinario.

El noble envió un trineo a recogerlos. Partieron bajo un cielo azul y despejado, como sólo puede verse durante el invierno. Hacia mediodía sopló un viento que trajo nubes diáfanas y transparentes. Raffael volvió su mirada a las alturas para calcular si llegarían a alguna posada antes de la nevada.

—Maestro, ¡mira!, ¿qué es eso? Giordano ordenó detenerse.

—¡Qué prodigio!

El hombre que guiaba el trineo cayó de rodillas; con una mano se persignó y con la otra se cubrió los ojos para que aquella maldición no lo dejara ciego. Por algún inverosímil fenómeno luminoso, el sol se reproducía simétricamente entre las nubes formando un medio círculo; parecía que el cielo se había poblado de soles.

—¡Qué maravilla! —exclamaba Giordano, en tanto Raffael insistía en obtener una explicación.

—Plinio el viejo lo describe como un halo solar formado por cierta inclinación de los rayos luminosos... lo llamó parhelio..., quizá en esta época del año es más factible que se produzca.

Los soles se esfumaron de la misma manera en que se desvanece un arco iris. El conductor latigueó con furia a los caballos el resto del viaje.

Los invitados del señor Hainzel aún comentaban el fenómeno, cuando llegaron Raffael y Giordano.

—¡Una muestra más de que se acerca el fin del mundo!

—¡Las cosas jamás vistas no traen nada bueno!

—Son obras de magos y demonios.

—A mí me pareció ver la Gloria de Dios...

—Insisto en que lo que vimos en el cielo se debe a alguna multiplicación de imágenes que aún no sabemos explicarnos.

Giordano se volvió a ver a quien había hablado; «...imágenes que aún no sabemos explicarnos» Hans Heinrich Hainzel levantó su copa a manera de saludo. Aquellas palabras reavivaron una de las tenaces obsesiones de Bruno: las imágenes.

La mayoría de los visitantes se despidieron a los pocos días; en el castillo quedaron el anfitrión, Raffael y el grupo de estudiosos al que Giordano daría lecciones. Hainzel resultó un hombre interesante, tal como anunciara Raffael. Su afán por estudiar todo lo que tuviera algo que revelar, lo había llevado a practicar la alquimia, además de ciertas formas de adivinación no permitidas por la Iglesia. El entendimiento con Bruno fue inmediato. En lo primero que coincidieron fue en las razones que tenían para repudiar el calendario impuesto en 1582 por el Papa Gregorio XIII.

Años atrás, el Concejo de la ciudad de Augsburgo había otorgado a Hainzel, debido a su condición aristocrática, la administración de la Iglesia de la ciudad. Su actitud y airados comentarios contra el cambio calendárico, motivaron ser despojado del cargo. Él hizo público su desacuerdo y renunció a los derechos, oficios y privilegios de su puesto. Quienes lo habían honrado con tal posición consideraron aquello una afrenta difícil de perdonar y expulsaron de la ciudad al desagradecido. Hainzel escribió desde Ulm un libelo contra ellos, por lo que lo tomaron preso y pasó una temporada larga en la cárcel.

—¿Cómo reconocer ahora los días nefastos si el calendario gregoriano marca el día que no es? —alegaba Hainzel.

—Existe un tiempo concentrado y otro que fluye —replicaba Giordano.

—Con el nuevo calendario su cadencia natural queda rota...

—En el Universo, el número de tiempos corresponde al número de cuerpos celestiales.

—Yo acepto tres: uno solar, otro lunar y el tiempo vegetal.

—El tiempo, al igual que el Universo, no tiene un principio; tampoco tendrá un final.

—No pecaremos dándole la espalda —coincidían ambos.

La idea de escribir una obra en la cual verter su alucinante teoría sobre las imágenes, le vino una noche cuando Hainzel y él discutían sobre la «lengua de los dioses», término que Giordano aplicaba a la manera de relacionarse con las esferas superiores.

—Para comunicarnos con cierto género de númenes, utilizamos signos, sellos, caracteres, gestos y otras ceremonias.

—No incluiste imágenes...—reclamó Heinzl Giordano lo miró largamente.

—El día que llegué a Elgg te oí mencionarlas, desde entonces me ronda la idea para una obra nueva.

Hainzel le ofreció financiarla, y Giordano inició la escritura de *Sobre la composición de imágenes, signos, e ideas con vistas a todo género de invención, disposición y memoria*:

La noble naturaleza de tu esplendoroso ejemplo, la vital excelsitud de tu mente, tu desarrollada bondad, ilustre lord Hainzel, me han impuesto y llevado a revelarte, como un homenaje personal de ese respeto con el que te abrazo, a un hijo, hace largo tiempo concebido y guardado entre los principales hijos de mi ingenio.

Sólo aquellos que sean disciplinados y hayan sido dotados por la Naturaleza de una mente sagaz, con una

lectura atenta, serán capaces de entender... probablemente nadie comprenda todo en todas sus formas, a menos de que también crea. Nadie, empero, se sentirá frustrado con la lectura, a no ser que esté ciego. *

—Para recibir un mensaje religioso se debe tener fe —lo previno Giordano—. Ésta es la revelación última de la naturaleza de las imágenes. Los favores divinos descienden a la tierra y son comunicados a los hombres por medio de imágenes...

...Existe una luz en el inmenso cosmos que es cierta clase de substancia espiritual que ilumina las cosas invisibles; es esa misma que nos permite aprender mientras dormimos...

...la sombra de las ideas es la causa de las cosas, antes de que las cosas existieran. Es la imagen de lo divino, su vestigio.

...Nada puede entrar en la memoria si no pasa por las puertas de la imaginación, si no se transforma en imagen y la imagen, a su vez, se tiñe de emotividad.*

Escribiendo aquel tratado decidió que el conocimiento sería su manera de hacer adeptos.

¡Será giordanista quien comprenda mi obra!

El invierno pasó y Giordano se embarcó de regreso a Frankfurt.

La nave seguía la corriente del río y el viento que traspasaba su ropa helándole las manos y el rostro, lo llenaba de anhelos, de la conocida nostalgia de lo que está por venir.

Al llegar, lo sorprendieron las multitudes en la ciudad por la cercanía de la feria de primavera. La segunda sorpresa fue saber que en el convento de los carmelitas no había celdas disponibles.

—Un rincón en la cocina, el establo, puedo dormir en cualquier parte...—suplicaba a un hermano cuando escuchó una voz a sus espaldas.

—Será un privilegio compartir mi celda con Giordano Bruno.

De inmediato reconoció a Gian Battista, el librero veneciano al que llamaban Ciotto.

—Como verás me hice rico vendiendo Los signos de los tiempos —bromeó mostrándole la cadena de oro que llevaba sobre el pecho.

—¿Qué ha sido de aquel texto? ¿Lo has vuelto a editar?

—¡Varias veces! Aunque ahora buscan tus obras recientes. Tus seguidores me obligan a venir a Frankfurt en busca de lo último que hayas escrito.

Charlaron un rato más y convinieron en compartir la habitación mientras fuera necesario.

Camino a la celda, un novicio entregó a Giordano dos cartas que habían llegado a poco de que partiera. Las guardó para leerlas más tarde y se encaminó al taller de Wechel. El impresor lo saludó sorprendido y comenzó a disculparse.

—No sabíamos qué hacer, ni cuándo volverías y como no dejaste instrucciones...

—¿Tan grave es lo que hiciste?

—Espero que no. Tuvimos que decidir a quien dedicar la obra... pensamos que..., ya que tanto ensalzabas al duque Enrique Julio...

Wechel descansó al escuchar la carcajada de Giordano.

Revisó, hoja a hoja, los textos que dejara inconclusos. Antes de irse, entregó al editor su último manuscrito dedicado a Hainzel.

Esa noche, Ciotto le habló del patricio veneciano que lo invitaba a su casa para que le enseñara los secretos del Arte de la Memoria.

—¿Cómo sabía que estaría aquí? ¿Acaso nuestro encuentro se debió a algo más que a una serie inmensa de acontecimientos que ni tú ni yo propiciamos?

—Gracias a que me dejaste aquel primer manuscrito, en Venecia hay un grupo muy importante de estudiosos que siguen el desarrollo de tu obra. Te explicaré cómo sucedió: Zuane Mocenigo llegó entusiasmado por un libro que había comprado en mi tienda. Me habló de los grandes secretos ahí revelados, de la sabiduría del autor, de su gran conocimiento. Se llama *Del infinito Universo y sus mundos*, me dijo. Le mencioné que te conocía y me pidió buscarte. La cantidad de florines ofrecida si logro que le enseñes todo lo que sabes es excesiva.

—¡Todo lo que sé! Tu patricio es ambicioso.

Ciotto hablaba de los beneficios de la relación con Mocenigo, mientras Giordano aquilataba lo extraordinario de las casualidades. Llevaba días ideando de qué manera regresar a Venecia, y de pronto, se le presentaba esa posibilidad.

—Lo pensaré —contestó sin más explicación.

No quiso dejar ver lo conveniente que le resultaba la invitación. El librero subió a descansar y Giordano se quedó pensando cómo organizar sus siguientes pasos. Primero Padua, no había duda; luego, Venecia. Repentinamente cayó en cuenta del riesgo que correría al volver a Italia.

Como para ahuyentar el mal pensamiento, sacó las misivas que guardaba desde la mañana: una era ligera, escrita en papel corriente, rotulada con trazos rápidos. La otra era de Veronica Franco. Rompió el sello de la primera y la leyó con la misma prisa con la que había sido escrita. La leyó una segunda vez, la cerró y soltó una carcajada. Era una breve nota en la que Jérôme Besler, su secretario, le anunciaba que estaba en Padua y que un grupo de jóvenes alemanes requería lecciones de filosofía. También existía la posibilidad de obtener una cátedra en la universidad. ¡Una cátedra de filosofía en el Estudio de Padua! ¡No podía desear mejor fortuna! Una vez más, la diosa Hécate lo favorecía con encuentros venturosos. Las lecciones solicitadas eran el mejor pretexto para volver a Padua. En cuanto fuera posible emprendería el viaje. Entusiasmado, desprendió el lacre de la segunda carta.

Gustosa ofrecería que mis labios no volvieran a tocar el agua, que mis ojos nunca más fueran cerrados por el dulce sueño, todo, por no decirte que nuestro amado Giovanni Moro ha muerto. No volveremos a oír de su boca un soneto, un consejo o una canción. Aquella figura erguida, aquel rizo dorado, sólo los veremos con los ojos que la memoria nos presta.

Ay, querido Giordano, mi pena es inmensa.

Hace algunos meses, el duque envió a Giovanni a Roma con cierta encomienda. El asunto se atrasó, la respuesta no llegaba y nuestro amigo, que no se había repuesto de las fiebres que lo agobiaron después de la muerte del monarca francés, hubo de pasar los calores del verano en aquella ciudad en la que, según me han dicho, no corre la brisa. En su última misiva hacía me-

nos la enfermedad, se burlaba de ella. Sin embargo, al poco tiempo falleció. Murió solo, lejos de su amada laguna.

Vano sería pensar que podemos transcurrir por esta vida sin penas. Por entrar a ella llorando, deberíamos comprender el doloroso peregrinar que nos espera. El mundo está lleno de infelicidad, de humana imperfección regida por los deseos ilusos de la carne.

En este mundo las cosas nos son prestadas y no concedidas como regalo; así debemos agradecer al Supremo Dador habernos otorgado la amistad de Giovanni Moro.

La aflicción me impide seguir. Quisiera tenerte a mi lado.

Beso tus manos con la devoción de siempre.

Se levantó de la banca para aliviar la opresión que sentía en el pecho. Hubiera querido gritar, pero se lo impidió la pena atrancada en alguna parte del cuerpo. Sus piernas no se movían. «Ni aquella figura erguida, ni aquel rizo dorado.» Nadie vería más a Giovanni.

¿En verdad no lo veré más? ¿Por qué dudo? Lo he afirmado tantas veces... El destino de los hombres no es perecer en el tiempo. Al morir el espíritu que nos habitó transmigra. ¿Por qué la muerte de Giovanni me lleva a titubear?

Primero fue un lamento apagado. Se fue avivando conforme le subía por garganta; se apoyó en una columna al sentir que la aflicción se le convertía en llanto.

Dejó de asistir a las reuniones de los librereros. Salía temprano del convento y regresaba ya que todos dormían. A las dos cartas que recibiera, contestó con una breve nota anunciando que pronto se verían.

El 17 de marzo de 1591 salió a la venta *De minimo magno et mensura*. Ciotto regresó a Venecia llevándose otras dos obras nuevas: en *De triplici minimo et mensura* había escrito sobre lo infinitamente pequeño; *De monade, numero et figura* trataba sobre la mónada, esa sustancia elemental que refleja el orden del mundo y de la que se derivan las propiedades de la materia.

Al despedirse, Giordano se negó a asegurarle que iría a Venecia.

Pasó unos meses de soledad en la celda del convento carmelita, dando fin a *De immenso*, su obra definitiva. En ocho volúmenes describió su modelo cosmológico.

Volvía de corregir galeras cuando lo alcanzó un hombre que, después de disculparse por la manera en que lo abordaba, le dijo que su interés por conocerlo era muy grande.

—Soy amigo de Ciotto, tengo una librería en Venecia cerca a la suya. Me llamo Giacomo Bricitano.

El encuentro los llevó a una larga charla. Cansados de hablar bajo el candente sol del mes de junio, entraron a una taberna donde pasaron la tarde. El joven veneciano le contó que pertenecía a una familia de *cittadini originari*, aquellos ciudadanos que ejercían una profesión por derecho hereditario.

—Mi familia vende libros desde hace más de cien años.

Bricitano conocía desde la primera obra publicada por Giordano en Venecia, hasta la más reciente. Los sobre ellas corroboraron la admiración que decía tenerle.

—Una de las razones por las que han proliferado los salones literarios en los que se discuten tus obras, es porque a los miembros de familias ricas o aristocráticas no les está permitido asistir a la universidad. En la Accademia degli Uranici,

la más importante de Venecia, se reúnen filósofos, músicos, poetas...

Giordano lo escuchaba colmado de entusiasmo. Cuando Ciotto le hablara de sus muchos seguidores, no le había especificado quiénes eran; Bricitano, en cambio, hacía que tomara forma lo que antes le pareciera una entelequia.

—Fabio Paolini, autor de uno de los libros que más vendo...

—*Hebdomades* —apuntó Giordano—, lo he leído. Aprecio el respeto con que Paolini menciona las estatuas parlantes a las que Hermes Trismegisto daba vida infundiéndoles el anima mundi...

—Él está a cargo de la academia que mencioné. La otra, es la gran Accademia de los Filleleni cuya figura más importante fue Aldo Manuzio, el impresor... a todos les gustaría conocerte.

Dos semanas después Giordano partió rumbo a Padua. Hacía catorce años que no estaba en su patria.

Conforme se acercaba, reconocía lo penoso que había sido estar lejos. Cuántas veces había pedido al viento que se llegara a Nola y abrazara a su madre en su nombre; cuántas otras, buscó un rostro conocido entre la multitud de extranjeros. Muchas habían sido las noches en que no tuviera con quien compartir un recuerdo.

Me convertí en nómada, como nómada es mi filosofía.

Antes de llegar a Padua decidió buscar a Veronica Franco.

La claridad cegadora de la laguna lo hizo darse cuenta cabal de que estaba de regreso.

Levantó los ojos al cielo que ya era su cielo.

Frente a una puerta en la calle de Frezzaria creyó reconocer la casa de aquél que le rentara una habitación; sólo la entrada coincidía con su recuerdo. Siguió en dirección del campo de Santa Maria Formosa y de pronto se detuvo: Veronica ya no vivía allí e ignoraba su paradero.

Despuntaba el mes de agosto y el calor era agobiante. Cruzó la plaza sintiendo que el sol, que caía a plomo, le traspasaba el cráneo. La casa de Veronica parecía abandonada. A pesar de los cerrojos inmovilizados por el herrumbre, llamó a la puerta una y otra vez. Se iría hasta estar convencido de que no había nadie. El sonido de los golpes atrajo a varios niños. Cada uno dio una repuesta diferente, confió en la del mayor.

—Búscala por la iglesia de San Samuele.

Las instrucciones de cómo llegar también habían sido confusas, por lo que decidió preguntar más adelante. La canícula obligaba a los venecianos a permanecer en sus casas y recorrió varias calles antes de cruzarse con alguien. En medio de aquella soledad reparó en las vides. Asomadas por encima de las bardas, entre las rejas o en solares, había parras cargadas de uvas. Supuso que su frondosidad sería obra de Camila, la joven jardinera a quien conociera años atrás.

Al cruzar un puente se topó con un hombre que le dijo por dónde seguir.

Alrededor de la iglesia de San Samuele se hacinaban las viviendas de las prostitutas. Afuera de las tabernas esperaban parvadas de mujeres con los pechos descubiertos y los labios inflamados de carmesí. A éstas, sucias o hermosas, jóvenes o viejas, Veronica las había defendido en sus escritos, condenando la esclavitud de sus cuerpos al deseo de otro.

Pasaban junto a Giordano enumerando lo que sabían hacer, de lo que eran capaces. Las más audaces le acariciaban una

mejilla, la entrepierna. Se acercó a preguntar por la señora Franco a la que le pareció menos desbocada.

—Murió hace meses, ya nadie la recuerda. Yo soy joven y más experta, acompáñame y te lo demostraré.

El estupor ante la noticia de su muerte, le impidió zafarse del abrazo. Confundía a la mujer con un viento que lo arrasaba, sin que él pudiera hacer nada para liberarse. Detrás de unas barcas varadas en el cieno, la prostituta le desgarró las calzas e introdujo el miembro dentro de su boca. La caricia le producía un dolor incisivo que lo sumergía, por oleadas, en la oscuridad hasta que, en medio de un relámpago, se convirtió en placer.

Oyó las carcajadas de la mujer como rodar de piedras. Trató de aferrarse al sonido para salir del vértigo, pero todo se alejaba infinitamente.

—Si te vieras la cara... ¡Hasta parece tu primera vez!

Trató de caminar y cayó de rodillas. Se levantó y echó a correr seguido por un estruendo infernal.

—¡Págame! A él ¡Que no escape!

Regresó a la que fuera casa de Veronica y llamó hasta que no pudo más. Agotado, se sentó a un lado del pórtico.

¿Qué queda de ella ahí dentro? ¿Solamente su imagen atrapada en los espejos? ¿Qué lazos nos unen ahora?

Todos los vínculos se refieren al vínculo del amor, ya sea porque dependen de él, ya sea porque se reducen a él; la verdadera magia reside en el eros...*

La gente deambulaba por la plaza igual que sombras, como espejismos. Pasó el resto del día en una especie de éter, entre sueño y vigilia. Al caer la tarde despertó sobresaltado, debía llegar a Padua.

Siguió el camino que, según le pareció, lo llevaría de regreso al muelle y un canal le cerró el paso. Equivocó el puente para volver al campo de Santa Maria Formosa; las calles que elegía, invariablemente, desembocaban en un callejón. Venecia se convertía en un laberinto hostil. Del turquesa y el oro sólo quedaba una suciedad de siglos embarrada sobre las piedras. El espanto lo acosó a lo largo de la noche. Al despuntar el alba halló el Canal Grande; se detuvo en un lugar cercano a donde había visto salir de entre la bruma, las ideas de *Los signos de los tiempos*. La evocación de aquellos días, trajo consigo a Veronica y a Giovanni. Nunca más estarían con él.

Quizá así nos llega la muerte. La desaparición de aquéllos a quien queremos, nos va dejando huecos hasta que es imposible mantenerse en pie y entonces también morimos.

Padua, engarzada en su doble muralla y envuelta por dos ríos, le fue dando alivio. El reencuentro con Jérôme Besler contribuyó a su restablecimiento. El secretario se esforzaba en alentar a su maestro. Lo conocía enfurecido, eufórico; había visto sus desplantes y provocaciones, pero nunca lo había visto sufrir. Quizá por eso mismo, nunca le mencionó que fray Diego de Bricio había fallecido víctima de una de las peores epidemias que devastarían a la humanidad.

Giordano inició las lecciones que el grupo de jóvenes alemanes de Wittenberg había solicitado. Hablarles del Arte de la Memoria, actuó a manera de conjuro y, reanimado, volvió a sus actividades habituales.

Percibía el riesgo que corría por haber regresado a Italia; sin embargo, después de haberlo intentado en diversos países europeos, pensaba que su patria era el lugar para conseguir el

apoyo definitivo y establecer una religión única. El plan estaba trazado y la estrategia desarrollada, sólo necesitaba establecer alianzas con los poderosos, que podrían ser los patricios a quienes Delbene lo había enviado a buscar.

A lo largo de varias pláticas los convenció de la importancia de proteger al nuevo rey de Francia. Mencionó a los soldados ingleses que se dirigían a la costa francesa para vigorizar el ejército de Enrique IV, y de la necesidad de una acción conjunta para consolidarlo en el trono.

Las reuniones se efectuaban en la biblioteca de un milanés llamado Pinelli, que había convertido su casa en centro de actividades intelectuales y políticas. Una vez que los patricios aceptaron la propuesta, acordaron que Giordano serviría de enlace entre Padua y Venecia.

Giordano regresó a la Serenísima el día de la Asunción de la Virgen, fecha en que se festejaban las bodas con el mar. Se encontró con la ciudad entera vestida de oro. El paso del Bucintoro le recordó las palabras de Tiepolo.

—Sólo el barco de Calígula se compara con él.

Al atardecer, el retumbar de cañones y el tañer de campanas anunciaron que la unión milenaria entre el gobernante veneciano y su amada protectora, se había consumado una vez más.

Entonces se encaminó al palacio de uno de los noblea que aceptaran participar en la campaña pacificadora. Andrea Morosini pertenecía a una de las diecinueve familias de la Case Grandi, era miembro de la Orden de San Marcos y formaba parte de la Accademia degli Uranici. Protegía músicos y estudiaba con pasión la Magia Natural de Ficino.

Recibió a Giordano en una sala del piso superior de su palacio. Sus elegantes movimientos eran parecidos a los de Giovanni Moro. Pensando en él, Giordano lo vió romper el sello de la misiva de Delbene, desdoblar el pliego y leer con detenimiento.

—Mañana enviaré una respuesta —las palabras del noble interrumpieron sus remembranzas.

—Yo puedo recogerla, ya que permaneceré unos días en Venecia.

—¿Sería indiscreto preguntar tu intervención en este asunto?

Para definir su posición le habló del camino recorrido desde que dejara su puesto de gentilhombre del embajador francés, y de su alianza con el grupo de italianos.

—No debemos permitir que se pierda la tolerancia religiosa alcanzada por Enrique de Valois...

La puerta se abrió y entró una dama bellísima.

—Te esperan abajo...

—La señora es Fosca, mi mujer —dijo Morosini. Dirigiéndose a ella, agregó—: Está en nuestra casa Giordano Bruno.

—Por el respeto con el que mi esposo pronuncia su nombre, imagino su importancia...

—Solamente soy un filósofo —repitió la frase con la que le gustaba presentarse.

La señora se colocó entre los dos y, tomando a cada uno del brazo, volvió con ellos a la reunión. De ahí en adelante fue bien recibido en el palacio Morosini cada vez que iba a Venecia.

Viviendo entre Padua y Venecia, Giordano emprendió la escritura de *De vinculis en genere*.

Empezó escribiendo con su caligrafía monacal, pero al cabo de dos días llamó a Jérôme y empezó a dictar:

«El amor... es el dueño de todo el mundo: incita, dirige, regula y modera a cada persona. Todos los demás vínculos se reducen a éste... es del todo evidente que el vínculo más elevado, más importante y el más general pertenece al eros: lo que explica que los platónicos llamaran al amor el gran demonio, *daemon magnus*.»

El trabajo de Jérôme era intrincado: depositaba las palabras sobre el pliego y, pretendía, al mismo tiempo, ahondar en los conceptos que su maestro exponía:

«El mago debe saberlo todo sobre el amor para aprender a no amar, a no querer nada ni temerle a nada; carecer de expectativas, no tener de qué presumir. Debe ser inmune a cualquier emoción provocada por causas externas. Debe atreverse, despreciar, acusar, excusar, humillarse, igualarse, encolerizarse.»

Permanecieron siete días escribiendo. Besler salía a ratos, ya que los ojos le dolían como si tuviera dos ascuas encendidas, o cuando su mano semejaba la garra de un pájaro. En tanto, Giordano lo esperaba dando vueltas, ensayando frases. Cuando al fin terminaron, se fue en busca de sus alumnos para continuar las lecciones, interrumpidas por la imperante necesidad que había sentido de escribir aquella obra. Jérôme, exhausto, repasó el texto con calma.

La lectura le permitió darse cuenta de las muchas ocasiones en que había juzgado mal a su maestro. Aquello que considerara arrogancia, era resultado de mucho tiempo dedicado al control de sus emociones. Quedó convencido de que Giordano Bruno tenía las cualidades para persuadir a pueblos enteros de aceptar una nueva religión.

Giordano visitaba asiduamente a sus amigos libreros. Giacomo Bricciano era quien más le agradaba. Había estado en diversos países, los que no conocía los imaginaba y era de éstos de los que más historias hacía.

—Existen playas de arenas tan finas que las doncellas caminan sobre ellas envueltas en un aura de oro...

Giordano contribuía con la descripción de sus propias fantasías y pasaban horas deleitándose con la imaginación del otro.

Giovanni Batista, el librero al que llamaban Ciotto, se jactaba ante sus aristocráticos clientes de vender la última obra de los pensadores consentidos de las cortes europeas. Por su librería también rondaban los poetas asiduos a los salones literarios.

Una mañana que Giordano pasó a saludarlo, el librero le entregó una carta más de Zuane Mocenigo quien insistía en invitarlo a su casa, para que le revelara los secretos sobre el Arte de la Memoria y «esas otras cosas» de las que hablaba en sus libros.

—Pertenece a una de las familias que ha dado más duques a Venecia —dijo Ciotto como argumento contundente para persuadirlo—. Vino a mi tienda a poco de que regresé de Frankfurt, casi me arrebató *De minimo*. Parece estar poseído por ti.

La carcajada de Giordano llenó el espacio de la librería.

—¡Aunque fuera hijo de todos los duques de Venecia! Dile a Mocenigo que no podré atenderlo mientras mis alumnos permanezcan en Padua.

El dolor de su pierna, que había mejorado durante los meses de calor, volvió con intensidad al llegar el invierno.

—Siento como dentelladas de un homúnculo —se quejó.
—Mejoraría si te pusiera unas ventosas —aventuró Besler.
No aceptó ninguna cura y se rindió ante el dolor.

Durante una reunión en casa de Pinelli, los asistentes aguardaban la llegada de un personaje notable. Aunque el milanés había anunciado su participación, se negaba a decirles de quién se trataba, por así haberlo pedido el visitante. Cada vez que la puerta se abría quedaban a la expectativa. Cerca de la medianoche llegó Paolo Sarpi. Pinelli lo llevó ante Bruno para presentarlos. Después de ver el abrazo con que se saludaron, afirmó estar decepcionado por no haber sido él quien los reuniera por primera vez.

A lo largo de la velada, Sarpi puso al tanto de sus ideas a Giordano.

—Aprovechemos el evidente caos que reina en el Vaticano. Cuatro Papas en el transcurso de dos años, habla de que algo sucede allá adentro. Los maestros del veneno deben estar atareados. Lo primero por hacer, es minar el poder de los jesuitas. Conquistada esa posición, caerá Roma; únicamente así lograremos una reforma religiosa. Es urgente actuar, estoy de acuerdo contigo, pero con cautela. Esa visita tuya al Pontífice podría representar un error grave —opinó—. Eres un apóstata. La respuesta que te han dado a lo largo de estos años, huele a trampa. Pedirte que vuelvas a tu convento en Nápoles implica una aprehensión segura. Por magnífica que sea la obra que escribes y se la entregues a manera de ofrenda, no te perdonaré. Me parece que confías demasiado en tu pluma. Recuerda que el Papa no actúa independientemente, tiene detrás a los jesuitas que lo manipulan. A mí no dejan de vigilarme, me acu-

san de tener tratos con herejes y relaciones sospechosas con cuanto extranjero pasa por aquí. Por esa razón insté a Pinelli a que mantuviera en secreto mi presencia. Prefiero que no relacionen nuestros nombres..., por tu seguridad y la mía.

Durante el invierno Giordano fue a menudo a Venecia. El interés de Andrea Morosini por su obra propició una buena amistad entre ellos. El noble quería saber y entenderlo todo acerca de esa filosofía que abría la puerta al infinito, por lo que procuraba tener a Bruno en su casa el mayor tiempo posible. El palacio Morosini era un fulgor en la ciudad envuelta en bruma.

Fosca, la esposa del patricio, no participaba en las tertulias literarias debido a su jerarquía. Una dama no debía descollar en actividades intelectuales si no quería ser tomada por cortesana. Sin embargo, de tanto en tanto, simulaba encontrar a Bruno por casualidad. Al principio sólo le dirigió frases amables, con el tiempo se atrevió a preguntarle de qué trataba aquello que escribía.

—He visto a Andrea entusiasmado, pero nunca como ahora. Lo oigo contar a sus amigos lo que dice Giordano Bruno y le he suplicado me haga partícipe de esa sabiduría; se niega asegurándome que no lo entenderé.

—Si no le causara un disgusto al señor Morosini, me atrevería a pedirle, señora, que lea algo de lo que he escrito.

Fosca aceptó el ofrecimiento a condición de que su esposo no se enterara. En su siguiente visita Giordano le entregó una copia de *De vinculis en genere*. Pasaron algunas semanas antes de que volviera a verla.

—Andrea tenía razón —dijo Fosca al saludarlo—, no podría

repetir nada de lo que he leído.

Me sucede que un día comprendo sus palabras de una manera y al siguiente, de otra.

—Cambiar de faz es propiedad de la filosofía.

En tanto hacía un símil entre una mariposa y la filosofía, en el que ambas sufren una metamorfosis pasando por diversos estadios hasta alcanzar un estado adulto para emprender el vuelo, Giordano la miraba maravillado... todo por esos ojos, por esas mejillas, por ese talle, por esa blancura, esa risa...*

Descifrando la Filosofía Nolana se estableció entre ellos una relación de complicidad. Fosca nunca le dijo a su esposo que leía la obra de su protegido.

El 3 de enero de 1592, Clemente VIII ocupó la silla papal. Se esperaba cierta benevolencia de él ya que siendo cardenal, había dado muestras de tolerancia. En ciertos círculos se hablaba de su interés en alejarse de la influencia de Felipe II y acercarse a Francia.

Giordano calculó que las relaciones del veneciano Mocenigo, quien seguía insistiendo en que le enseñara geometría y mnemotecnia según decía en su segunda carta, podrían ayudarlo a conseguir una audiencia con el nuevo Pontífice. Estaba convencido de que la obra *Delle sette arti liberali*, que llevaba preparando desde hacía tiempo como una síntesis de su filosofía, lo persuadiría de otorgarle el perdón.

A principios del mes de marzo Giordano dejó Padua y se mudó a una hostería en Venecia; no aceptó la invitación de Mocenigo por resultarle difícil renunciar a la libertad absoluta. Consintió en instruirlo creyendo que su interés por el conocimiento era semejante al de Andrea Morosini, y que juntos

compartirían el prodigio de la enseñanza y el aprendizaje.

Cada mañana iba a la Casa Vecchia, como llamaban al magnífico palacio Mocenigo. Por la tarde escribía sin aceptar interrupciones. Algunas noches asistía a las reuniones literarias; otras, siempre en secreto, se encontraba con Paolo Sarpi.

Desde que Fosca le pidiera visitarla cuando su esposo salía a las reuniones del Senado, habían hecho costumbre estudiar en un saloncito aledaño a la cámara nupcial. El aya nunca los dejaba solos, pero dormitaba de tanto en tanto. Fosca aprovechaba las siestas para preguntar todo aquello que de sus lecturas, requería una explicación. Ella alertó a Giordano.

—He oído decir que Zuane trabaja para la Inquisición romana, tened cuidado.

Mocenigo convenció a Giordano de que se alojara en su palacio. Le adjudicó una habitación que veía hacia el Canal Grande, donde la agrisada luz invernal traspasaba la ventana sin hallar obstáculo. En el cuarto había un estante colmado de libros, una buena mesa, varios tinteros y diversos cálamos. El patricio le regaló una capa nueva, tan negra y pesada como la que llevaba cuando era miembro de la Orden de los Predicadores.

A poco de haber iniciado las lecciones, Giordano se dio cuenta de la falta de interés del veneciano por lo que le enseñaba. Al finalizar la lección, Mocenigo le preguntaba un sinfín de banalidades.

Con el paso de los días el alumno sucumbió a la elocuencia del maestro y, atento, lo oyó hablar del infinito, del alma de las almas, de la mente cósmica. De la única y simple divinidad que se encuentra en todas las cosas.

Lo escuchaba en un estado de peculiar exaltación. La mira-

da encendida y, aunque tragaba constantemente, la comisura de los labios se le llenaba de una baba amarillenta, espesa, que se limpiaba continuamente con el dorso de la mano.

Giordano se percató de la transformación sin entender el motivo. Sus ideas nunca habían causado tal efecto en alguien. Para comprender tan inusual respuesta, a menudo mencionaba los temas que perturbaban al veneciano. Y sucedió que los periodos que Mocenigo pasaba en aquella desazón, se fueron alargando. Amanecía tan enardecido como había terminado la tarde anterior, cuando escuchara hablar a Giordano de la fecunda Naturaleza, madre del Universo en el que todo se comunica.

En más de una ocasión, al pasar frente a la habitación del noble, Giordano reconoció los apagados sonidos que salían de sus labios. Eran los mismos de sus hermanos del convento al flagelarse.

¿Cuál será su falta para castigarse de esa manera?

Al mismo tiempo, por el palacio retumbaban las palabras brutales con las que el señor reñía a sus sirvientes; las visitas a su confesor se hicieron más frecuentes.

El trato entre ellos, que nunca había sido cordial, se dificultó aún más. Para evitar a su anfitrión, Giordano salía desde temprano del palacio. Una tarde, Mocenigo se presentó en su aposento.

—Mi casa no es mesón para que entres y salgas a tu antojo.

Al dejar la pluma y pasar el secante por el escrito, Giordano consideró que era el momento de acabar con el convenio ingrato.

—Nunca acordamos que permanecería aquí como prisionero.

—No te pago para que entretengas a Morosini.

—Como no dejaré sus reuniones, te devuelvo el dinero y mañana salgo de aquí.

El manotazo de Mocenigo hizo rodar el bolsito lleno de monedas que Giordano le alargaba.

—¡No te irás hasta enseñarme lo que quiero saber!

—Nada tengo que decirte, porque no comprendes nada.

—Aunque condene mi alma, habrás de instruirme en las artes mágicas.

—¡Así que es eso! Ya entiendo tu miedo. Quieres saber, pero te amilanas.

—¡Dímelo! ¡Confiésame el secreto! —gritaba Mocenigo—. ¡Dímelo!

—Jamás revelaría los secretos de los antiguos para beneficio de nadie.

—¡Regresa! Te lo suplico..., regresa. No te vayas.

En el cuarto vacío Mocenigo revolvía entre los papeles de Giordano.

—Algo he de encontrar—balbuceaba—. Algo que me enseñe lo que quiero saber.

Abandonó el cuarto con un escrito acerca de los atributos divinos. Por la noche lo leyó con detenimiento. Fastidiado por su complejidad, resolvió devolverlo al día siguiente.

Al amanecer escuchó los pasos de Giordano que subían la escalera. Había vuelto. Apagó la vela y se durmió.

Durante varios días, el veneciano se negó a verlo. Cada vez que Giordano solicitaba hablar con él, mandaba a los criados a decirle que estaba ocupado. Pasado un tiempo le envió una resma del papel más fino que podía encontrarse en Venecia.

—El señor manda decir que hoy reiniciarán las lecciones — anunció el sirviente al dejar el envoltorio.

Se encontraron en un salón pequeño que veía hacia la plaza.

—Me parece acertado este cambio de escenario —dijo Giordano—. Después de tu generoso regalo, he decidido hablarte de «mi secreto». Presta atención.

Sin tregua, le habló de aquello que tanto exaltaba a Mocenigo. Inmisericorde, lo hizo escuchar lo que a sus oídos eran abominaciones horrendas, herejías y sacrilegios. Y así, día tras día. Cuando el discípulo le pedía callar, Giordano le aseguraba que estaban a punto de alcanzar la revelación. Entonces el delirio de Mocenigo aumentaba hasta el paroxismo. Más de una vez, salió a toda prisa con las calzas húmedas de semen.

Pero Giordano se cansó del juego. Volvió a escabullírsele y a dejar el palacio apenas amanecía. Zuane optó por seguirlo. Lo vio entrar a la tienda de Ciotto, a la de Bricitano. Descubrió sus visitas a Fosca y lo vio sentado a orillas del Canal Grande.

Una noche, al regresar más tarde de lo acostumbrado encontró a Zuane esperándolo. Empezaba a reclamarle, cuando Giordano le anunció que había decidido volver a Frankfurt. Mocenigo lo amenazó, pero él no titubeó.

Había decidido abandonar al tortuoso veneciano que lo llevara a enfrentarse a su propia perversidad.

Cargó el fardel con sus escritos, vació los tinteros, limpió las plumas y se acostó a dormir; al amanecer saldría rumbo a Frankfurt. Sin conciencia de cuánto tiempo había transcurrido, despertó sobresaltado por la luz de las teas, por los gritos de Mocenigo.

—¡Ahora sabrás quien soy! ¡Maldito hereje! ¡Repetirás lo que me has dicho ante la Inquisición!

Los sirvientes, armados de palos, lo bajaron de la cama. Giordano intentó alcanzar el fardel, pero Zuane se lo arrebató.

Las sombras alargadas por la luz de las antorchas lo siguieron vertiginosamente, escaleras arriba, hasta el tapanco donde lo encerraron.

Después el silencio. En los cortos intervalos en los que dejaba de pedir a gritos que lo liberaran, sólo escuchaba el silencio.

Zuane pasó la noche escribiendo una carta al inquisidor veneciano.

Muy R.^{do} P. y S.^{re} oss.^{mo}

Yo, Zuane Mocenigo fiel al cl.^{mo} Señor Marco Antonio, denuncio a V.P.M.R.^{do} por obligación de mi conciencia, y por orden de mi confesor, haber oído a Giordano Bruno nolano, decir algunos pensamientos que ha expresado conmigo y en mi casa:

Que es una gran blasfemia de los católicos decir que el pan se transubstancia en Carne; que él es enemigo de la Misa; que no le gusta ninguna religión, que Cristo fue un malvado y, que si hacía obras maléficas para seducir al pueblo, habría podido muy bien predecir cómo le quitarían la vida; que no hay en Dios distinción de personas y que esto sería imperfección de Dios; que el mundo es eterno y que hay infinitos mundos y que Dios hace continuamente infinitos mundos porque dice que Él todo lo puede; que Cristo hacía aparentes milagros y que era un mago y así mismo los apóstoles, que a él le darían ánimo de hacer tanto y más que ellos; que Cristo demostró que moriría a disgusto y que lo evitó mientras pudo; que no hay castigo por los pecados, y que las almas creadas por obra de la naturaleza pasan de un animal a otro; y así como nacen los animales llenos de corrupción, así nacen también los hombres cuando,

después de los diluvios vuelven a nacer. Ha mostrado tener intención de ser autor de una nueva secta bajo el nombre de nueva filosofía; ha dicho que la Virgen no pudo haber dado a luz y que nuestra fe católica está colmada de blasfemias contra la majestad de Dios; que sería necesario quitar el derecho de opinión y las ganancias a los frailes, porque enlodan el mundo; que son asnos todos y que nuestras opiniones son doctrinas de asnos; que no tenemos prueba de que nuestra fe merezca a Dios; y que el no hacer a los demás lo que no quisiéramos que nos hicieran a nosotros, basta para bien vivir; y que no se tomen en cuenta todos los demás pecados; y que se asombra al ver como Dios soporta tantas herejías de los católicos.

Dice que quiere dedicarse al arte profético y que quiere que lo siga todo el mundo; que Santo Tomás y todos los doctores no han sabido nada en comparación con él y que interrogaría a todos los primeros teólogos del mundo y que no sabrían que contestarle.

Yo trataba de aprender de él, como le dije oralmente, no sabiendo que fuese tan malvado como es, y habiéndome enterado de todas estas cosas para rendir cuenta a V.P.M.R.^{do}, cuando tuve la duda que él pudiera irse, como él decía que quería hacer, lo he encerrado en un cuarto a petición suya; y porque yo lo considero endemoniado, le ruego dictar prontamente una resolución respecto a él. Podrá testimoniar de conformidad al Santo Oficio el Ciotto y messer Giacomo Bricitano escribanos; Bricitano me ha hablado particularmente de él y me dijo que era enemigo de Cristo y de nuestra fe y que le había escuchado decir graves herejías.

Envío también a V.P.M.R.^{do} tres libros impresos de él donde he podido ver fugazmente algunas cosas, y una pequeña obra de su propia mano acerca de Dios; por la deducción de algunas de sus afirmaciones universales usted podrá, basado en ellas, emitir su juicio. Ha también expresado esto en una Academia del Santo Andrea Morosini del cl.^{mo} San Giacomo donde concurren muchos caballeros que, por casualidad, habían escuchado algunas de sus ideas.

Aquellos pequeños trabajos que él ha hecho para mí, que son irrelevantes, se los proporcionaré gustosamente para su censura, ya que deseo en todo momento ser verdadero hijo de obediencia a la Santa Iglesia. Y para finalizar a V.P.M.R.^{do} beso reverentemente las manos. *

De casa, el 23 de mayo de 1592

De V.P.M.R.^{do}

A M.R.^{do} y Sig.mio oss.mo

S.^{tor} obl.^{mo}

El p. inquisidor de Venecia

ZUANE MOCENIGO

Aquel sábado 23 de mayo, luego de enviar la misiva, Zuane Mocenigo mandó llamar a un capitán de justicia y a varios gondoleros para que llevaran a un hereje a la cárcel del Santo Tribunal. Dentro del cuartucho hallaron a un hombre que con voz enronquecida pedía lo dejaran en libertad. A empellones lo hicieron bajar.

—¡Devuélvanme mis escritos! —gritaba.

Protegido tras los paños de una cortina, Mocenigo los vio alejarse por la calle de San Samuele.

La misma indignación que había obligado a Giordano a gritar la noche entera, lo hizo guardar silencio a lo largo de las calles venecianas. Al pasar frente a los pescadores que desem-

barcaban sus canastas, le llegó el olor salobre del contenido, oyó sus voces llamándose en el dialecto veneciano: la vida no se detendría por él.

No es la primera vez que me llevan preso, tengo amigos, me defenderé en mi propia lengua.

Volvió la mirada a aquel cielo que unos cuantos meses atrás sintiera protector y entró a la prisión. Caminaba por los estrechísimos pasillos convencido de que en unos cuantos días se aclararía el asunto y quedaría en libertad. A pesar de la certeza, se sobrecogió al escuchar girar la llave dentro del pestillo cuando el guardia cerró la puerta de su celda.

Mocenigo envió una denuncia más a la Inquisición. En ésta, repetía el último discurso que oyera en boca de Bruno, aseguraba haber visto entre sus pertenencias un libro sobre conjuros. También le pedía perdón a los inquisidores por su tardía acusación.

«Os ruego me excuséis, dado que mi intención era buena. No pude ocuparme de la totalidad del asunto de inmediato y tampoco conocí la vileza del hombre hasta que lo tuve alojado en mi casa durante dos meses. Deseé mediante mis tratos con él, asegurarme de que no partiría sin mi conocimiento. De esta manera siempre podría entregarlo al Santo Oficio, objetivo en el que he tenido éxito.»

El 26 de mayo de 1592, Giordano Bruno fue llamado a declarar.

Entró a la sala con paso firme. Tranquilo, se enfrentó a aquellos que habrían de interrogarlo.

Aquí estuvo Veronica, acusada de brujería. Estos mismos

hombres la absolvieron, correré una suerte semejante. No debo parecerles amedrentado. Me defenderé con la palabra guiada por la luz de mi entendimiento. Nada he de temer.

A su alrededor, viéndolo con una mirada severa en la que no dejaban traslucir sentimiento alguno, los jueces esperaban en sus altos sitios para iniciar la averiguación. El semicírculo estaba formado por el Nuncio Pontificio, Ludovico Taverna; el Patriarca de Venecia, Laurentio Priolo; Aloysio Foscari, observador; Sebastiano Barbarigo, miembro de una de las más poderosas familias vénetas y Giovan Gabriele da Saluzzo, Inquisidor General en todo el dominio de la Serenísima.

Estaban bajo condición de guardar secreto absoluto de lo que allí se dijera. Saluzzo exigió a Bruno contar su vida.

Tengo alrededor de cuarenta y cuatro años, y nací, hasta donde sé, en los primeros meses del año cuarenta y ocho... a los catorce años tomé el hábito de Santo Domingo en San Domenico Maggiore en Nápoles... mi primera misa fue en Campagna ciudad del mismo Reino, más allá de Nápoles... en el año 76, uno después del Jubileo, estaba en Roma en el convento de la Minerva... porque en Nápoles había sido procesado dos veces: la primera por haber quitado ciertas figuras e imágenes de santos y haber dejado sólo un crucifijo, siendo por esto acusado de despreciar las imágenes de los santos; y por haber dicho a un novicio que leía la Historia de las siete alegrías, en verso, que qué cosa quería de ese libro, que lo dejara y leyera cualquier otro, como la *Vida de los santos Padres*. *

El Inquisidor lo interrumpió para que confesara a qué había ido a Venecia. Giordano mencionó la invitación de Mocenigo para que le enseñara su Arte de la Memoria.

¿Acaso fue una trampa? Sospechó por primera vez.

Sin detallar, habló de su participación en alguna de las aca-

demias venecianas, de las lecciones que allí había dado.

Ese mismo día, Giovan Batista Ciotto y Giacomo Bricitano, libreros, acudieron al juicio para confrontar sus declaraciones con la del acusado.

El primero en hablar fue Ciotto.

—Conozco a Giordano Bruno nolano, es un hombre pequeño, de barba negra, de unos cuarenta años. Lo vi la primera vez en Frankfurt, el mes de septiembre, en la feria...

Al oír aquella inexactitud Giordano se sorprendió. Él y Ciotto se habían conocido en Venecia muchos años atrás.

¿Por qué miente?

—El señor Mocenigo me dio varias cartas para él, quería que le enseñara los secretos de la memoria y las otras cosas que profesa, como se ve en sus libros. Giordano Bruno es católico y vive como cristiano.

Bricitano fue más enfático y en nada mintió.

—Lo conocí en Frankfurt hace tres años, luego lo vi en Zurich y últimamente en Venecia. Había leído su obra y quise conocerlo. Alabé sus escritos, como tantos hacían. Le pregunté cómo estaba y qué hacía en la ciudad de Frankfurt y me habló del libro que escribía. Sé que tiene un bello ingenio, es un hombre universal, sin religión alguna. Lo he visto muchas veces y hemos hablado de cosas diversas. En efecto, enseñaba filosofía a doctores heréticos en Zurich, pero en aquella ciudad todos son heréticos.

Por la noche, con los ojos cerrados, imaginando un cielo cuajado de estrellas, Giordano repasó lo dicho a lo largo del interrogatorio.

No me arrepiento de nada. Tampoco cambiaría un solo momento de mi vida.

A sabiendas de que el Santo Oficio intervenía en una acusación luego de dos delaciones, Mocenigo envió una tercera denuncia para enfatizar la culpabilidad de Bruno. Su temor era que por falta de pruebas lo dejaran en libertad y, fuera de la cárcel, se vengara de él. En esa última carta al Santo Tribunal insistía en la maldad del que fuera su maestro. Afirmaba haberlo oído decir del muy grande placer que obtenía de las mujeres, que no llegaba, aún, al número de las de Salomón, y que la Iglesia cometía un gran pecado en hacer pecado aquello que para la Naturaleza está bien y que él veía como un gran mérito.

A la mañana siguiente, Giordano continuó narrando su vida. Para entonces, ya sabía que los venecianos declaraban una verdad acomodaticia, por lo que en el testimonio de aquella jornada dijo no acordarse de diversos nombres. Más de uno desconfió: ¿Giordano Bruno no recordaba?

Noli, Savona, Turín, su primera estancia en Venecia, Bergamo, Chambéry y Ginebra. Inhaló profundamente para darse tiempo, y elegir las palabras certeras que impidieran a los jueces inculparlo por haber estado en territorio calvinista. Mencionó al marqués de Vico, su estancia en la cárcel por haber demostrado que un doctor de la universidad cometía errores en sus enseñanzas. Luego Lyon, Tolosa y París, donde había impartido lecciones extraordinarias para darse a conocer. Utilizando un tono de voz grave y palabras convincentes, explicó haber denegado el honor de impartir una cátedra ordinaria, ya que en esa ciudad era obligación de los profesores asistir todos los días a misa y a otros oficios divinos, y él siempre los evitó sabiendo que, por haber sido excomulgado y dejar hábito y religión, no podía tomar parte. Para narrar de qué manera había conocido al rey de Francia cambió la entonación.

Un día el rey Enrique III me llamó para investigar si la me-

moria que profesaba y poseía era natural o arte de magia; lo convencí de que no procedía de la hechicería sino del conocimiento organizado.

Siguió con su estancia de dos años en Inglaterra, la vuelta a París y la publicación de algunas obras. De prisa mencionó su paso por los países luteranos y el retorno a Venecia donde, como ya había dicho, estuvo siete meses hasta que luego de escribir una obra intitulada *Delle sette arte liberali*, que pretendía llevarle a Su Santidad «...y exponerle mi caso y obtener la absolución y la gracia de poder vivir en hábito clerical fuera de la religión», había sido apresado.

«...he fundado mi doctrina sobre el entendimiento y la razón, no sobre la fe», dijo antes de que los guardias lo regresaran a su celda.

En la sesión del 31 de mayo, Giordano encaró el poder descomunal al que se enfrentaba. Aquel día compareció un fraile de la Orden de los Predicadores a quien no reconoció de inmediato.

—Soy fray Domenico de Nocera, hermano predicador de la Provincia del Reino de Nápoles y regente del Estadio de San Domenico Maggiore. El Inquisidor de Venecia me ha traído desde el convento de San Juan y San Pablo hasta aquí, y me ha ordenado escribir todo lo que he hablado en Venecia con fray Giordano de Nola y lo que él me ha dicho.

¿Cómo supieron que lo vi?

Una garra helada se le prendió del cuello.

Fray Domenico relató haber sido abordado cuando dejaba la sacristía de la iglesia por Giordano Bruno, hermano de su provincia a quien recordaba como un gran literato. Lo había

conducido a un lugar apartado de la iglesia y le había hablado de lo bien que se encontraba en Venecia, de la obra que escribía y tenía en mente presentar a Su Santidad e implorarle le permitiera vivir en Roma, para luego de evidenciar su mérito, dar algunas lecciones.

¿Quién me vio hablar con fray Domenico?

En la mañana del encuentro que el fraile relataba, había pasado un rato al borde del Canal Grande, después se había llegado a San Zannipolo para averiguar si fray Remigio Nannini aún estaba ahí. A nadie le había dicho que lo haría, había sido una curiosidad espontánea. ¡Aquello había sucedido a tres días de su llegada!

¿Desde entonces me persiguen?

Ésa fue la primera noche que el miedo lo derrotó en su celda.

Al fin estoy aquí. He pasado la tercera parte de mi vida huyendo y al fin he caído en una cárcel del Santo Oficio. Con cada uno de mis pasos traté de evitar este lugar; cada idea expresada, me acercaba a esta prisión. Durante dieciséis años imaginé estas paredes, la estrechez de este espacio que no me permite extender los brazos. Noche tras noche, al acercar algún camastro a la ventana, rogué por la ventura de ver siempre un cielo estrellado. ¿Aquí, donde encontrarlo? El único refugio posible es este Dios en quien creo: la mente cósmica que anima este Universo eterno e infinito.

¿Volveré a ser libre?

Sé que no será así. Se acabaron los caminos, la lluvia, el viento. Nunca más caminaré sobre la tierra... Sin miedo, no lano, sin miedo... ¡No finjas! Es el momento de sentir miedo.

El 2 de junio, Giordano compareció por cuarta vez ante sus jueces. Al mencionar sus obras recuperó la seguridad.

La materia de todos estos libros, hablando en general, es materia filosófica... y creo que en ellos no se encuentra cosa por la que pueda ser juzgado... directamente no he enseñado cosa alguna contra la religión católica cristiana... en efecto, he dudado acerca del nombre del Hijo y del Espíritu Santo. La única manera que tengo para entender que estas dos personas sean distintas al Padre, es filosóficamente.

La última frase alertó a los Inquisidores; quisieron escuchar lo que Giordano tuviera que decir en materia teológica.

—¿Que opinión tiene usted de Cristo?

—Responda con precisión, qué opinión ha tenido y tiene de Cristo.

—¿Qué opiniones ha tenido acerca de los milagros, acciones y muerte de Cristo?

—¿Qué piensa de la Santa Misa y de la inefable transustanciación del Cuerpo y la Sangre de Cristo?

—¿Qué piensa del parto de la Virgen María del dicho Verbo?

—¿Conoce la magnitud de la Penitencia?

—¿Quiénes estima usted que sean teólogos heréticos?

—¿Ha leído sus libros?

Seis horas atrás se había iniciado el interrogatorio.

—¿Ha dicho que los milagros de Cristo y los apóstoles sólo eran milagros aparentes y hechos por arte de magia?

Giordano se puso de pie y exclamó con indignación:

—¿Qué es esto? ¡Yo no he dicho ni me ha pasado tal cosa por la imaginación! ¿Quién lo afirma? ¡Preferiría estar muerto que escuchar tales falsedades!

Entonces, Ludovico Taverna, el patriarca de Venecia, leyó la acusación de Mocenigo. Hasta ese momento, Giordano se

enteró de quién lo acusaba. Oyó la denuncia para dejarla grabada en su memoria como quien graba hierro con fuego. Se serviría de cada palabra y cada silencio para defenderse.

Al día siguiente, el carcelero no lo recogió a la hora habitual. Más tarde, solamente los Inquisidores bajaron a su celda. Giordano se percató del peligro que corría al estar aislado de la sociedad veneciana.

La primera parte del interrogatorio se centró en la acusación de Mocenigo. Hacia el mediodía el Nuncio Papal quiso saber con qué intención había intitulado una de sus obras *La cena de las cenizas*.

—...esa disputa se llevó a cabo en Inglaterra en una cena que se realizó el día de la ceniza con algunos médicos, en casa del embajador de Francia, donde yo vivía. Intitulé esos diálogos *La cena de las cenizas* y los dediqué al embajador. Puede ser que en este libro haya errores, pero no los recuerdo precisamente.

—Sabemos que conoció a diversos heréticos. ¿Cuánto tiempo conversó con ellos? ¿De qué hablaban? ¿Por qué llamó Diva a la reina de Inglaterra?

A todas las preguntas respondía banalizando la respuesta.

—...por seguir la usanza de aquel país, no por concederle características divinas...

—Hablando del rey de Navarra ha dicho que esperaba grandes cosas de él, que el mundo necesita grandes reformas...

¡Alguien más que Mocenigo me delató!

Intuía que una de las estratagemas de los Inquisidores, era hacerlo dudar. Resolvió dejar las elucubraciones y concentrarse en negarlo todo.

—...No he dicho tal cosa...

—...no recuerdo haber dicho eso...

—...todos los errores que he cometido terminan este día...

—...nunca supe de qué artículos me procesaron en Nápoles...

—Antes que entrara a la Religión mi nombre era Filippo, éste es el nombre con el que fui bautizado; en la Religión fui llamado Giordano Bruno, y este nombre lo he llevado siempre, en todo lugar y todo el tiempo...

En la oscuridad de la celda se preguntó qué, de todo lo que le dijera a Mocenigo, lo había hecho odiarlo de tal manera. Para excusarse, tenía que desenhebrar la madeja que sus ideas crearan en la mente del veneciano. En su acusación entreveraba verdades y fantasías. Heresiarca, no sólo hereje, era una de ellas.

¿En qué momento lo habían sobrepasado las palabras que le producían aquella mezcla de horror y lascivia? Sin duda, su confesor había condenado ese placer impuro. No, Mocenigo nunca hubiera hablado de sus vergonzosas eyaculaciones. «No te vayas...no me dejes...sé sólo mío», recordó sus gritos.

¿Qué pasión encierra su delación?

El interrogatorio del 4 de junio fue breve, Giordano terminó diciendo:

—No tengo por enemigo en este litigio a ningún otro que no sea el señor Zuane Mocenigo y sus secuaces y servidores, por los cuales he sido gravemente ofendido; porque me ha ultrajado en la vida, en el honor y en las cosas materiales, habiéndome encarcelado en su propia casa quitándome mis escritos, mis libros y demás objetos. Ha hecho esto porque no solamen-

te quería que le enseñara todo lo que sé, sino que deseaba que no se lo enseñara a nadie más; me ha amenazado en la vida y el honor, si no le enseñaba todo lo que sé.

Despertó animoso sabiendo qué tono dar, de ahí en adelante, a sus respuestas. Pero el día pasó y nadie abrió su celda. Ése y muchos más fueron iguales. Diez días después, sonaron las aldabas al ser recorridas y la silueta de Andrea Morosini, desdibujada por la penumbra, ocupó el dintel de la puerta.

Con movimiento hábil, su amigo puso varias monedas en la mano del carcelero para que los dejara solos.

—El Santo Tribunal me ha llamado a declarar —le anunció el veneciano—. Cuando te encarcelaron, suponíamos que te someterían a una interrogación exploratoria para averiguar si las acusaciones de Mocenigo tenían fundamento. Ahora indagán algo más. ¿Te han preguntado si tienes relación con el rey de Navarra?

—Quisieron saber si he hablado con él, si me tiene confianza. Respondí que no lo conozco ni a él ni a sus ministros. Que no lo tengo por herético y que espero consiga la paz en su reino. Añadí que deseo poder servirle como lo hice con su antecesor.

—Debes ser cauteloso. Mide cada palabra. Sería muy peligroso que la denuncia de Mocenigo los llevara a descubrir nuestra relación con Enrique de Navarra —Andrea hablaba con rapidez a sabiendas de que las monedas tenían un límite—. Debemos idear una manera para comunicarnos; desde el palacio ducal interceptan los mensajes que van y vienen de las prisiones. Estamos atentos a lo que sucede. Sarpi el primero. Si el proceso se alargara, intervendríamos de inmediato. No lo olvides: estás en Venecia y no dejaremos que algo te pase.

El 23 de junio, Andrea Morosini compareció ante el Patriarca veneciano, el padre Inquisidor, y el Nuncio Apostólico. Declaró haber encontrado, hacía algunos meses, en una tienda de Venecia, varios libros de filosofía escritos por un tal Giordano Bruno. Luego se enteró que era alguien muy renombrado y conocido por los literatos. Que Ciotto, el librero, le había dicho a él y a otros gentilhombres que Bruno estaba en Venecia y que si así lo deseaban, podía ir a su casa a hablarles de filosofía. Bruno había expuesto, varias veces, sus razonamientos filosóficos frente a ellos.

Los Inquisidores no preguntaron más; Giovan Battista Ciotto fue llamado de nuevo.

—¿Recuerda hace cuánto estuvo aquí para ser examinado por este Tribunal y sobre qué fue el interrogatorio?

Ciotto dijo acordarse de que el asunto era acerca de Giordano Bruno, su vida y costumbres, y se remitía a lo ya dicho.

—¿Desea agregar o desmentir algo?

—No hay nada que agregar.

Mencionó, una vez más, el libro que Bruno deseaba mostrar a Su Santidad y haberlo oído decir: «Sé que Su Santidad se deleita leyendo y deseo hacer este libro para ir a ofrecérselo».

Después de aquel día el Tribunal permaneció en silencio.

Nadie fue a ver a Giordano ni lo requirieron para declarar. Los primeros días aguardó con paciencia, después ahogó las ganas de gritar repitiendo párrafos de sus escritos

Un atardecer, abatido por la soledad y el sopor del verano, escuchó los sonidos de un laúd y una voz femenina que venían de lejos.

Se quedó muy quieto escuchando, debía ser Camila. La música se dejaba llevar por el aire, pero la lejanía distorsionaba las palabras. Después de un rato percibió, con cierta claridad,

la estrofa repetida una y otra vez. El amante preso no debía temer, el río fluía y los amigos se aprestaban a rescatarlo. No más soledad, el sol estaba por salir.

—Parece ser idea de Sarpi, sólo a él le hablé de Camila.

A partir de entonces, sin fallar una sola tarde, la joven le cantó diversas canciones.

El 28 de julio, las coplas le avisaron que el rey estaba pronto a escucharlo y que él debía ser humilde en sus respuestas.

Dos días después, cuando apenas clareaba, los guardias abrieron la celda y entró un hermano dominico que iba con la orden de asear al acusado para que compareciera dignamente ante el Tribunal. Giordano miró el hábito. Hubiera querido tener uno semejante para llenarse de luz pasando sobre su cabeza la túnica blanca y quedar anclado a la tierra por el peso de la capa negra sobre sus hombros; nada de aquello era ya posible.

Al ingresar a la sala, antes de empezar el interrogatorio, sentado en su ínfimo banquillo, Giordano recorrió con la vista a los testigos, todos bajo juramento de secreto. A unos, les había hablado de su filosofía en las reuniones de la Accademia; a otros, los había visto en casa de Pinelli. Reconocerlos lo hizo sentirse menos solo.

¿Alguien se arriesgará a declarar en mi favor?

Una vez que el Inquisidor ocupó su lugar se dirigió a Bruno:

—Habiendo tenido oportunidad de pensar, está en posición de decir una mejor verdad, ya que habrá recordado, de manera más efectiva, aquello que mencionó en sus testimonios anteriores.

Respondió que nada podía agregar a lo dicho, pero que reconocía ser sospechoso de herejía.

—...y con esto ahora digo que siempre he tenido un remordimiento sobre la conciencia e intención de reformarme... y que el modo seguro de hacerlo es refugiándome en la austeridad de la obediencia regular...

—No parece haber estado dispuesto a regresar a la santa fe, porque en Francia y en los demás lugares católicos donde estuvo por muchos años, no procuró tratar con algún prelado de la Santa Iglesia su regreso a la obediencia y a la verdad de la fe católica. Desde que está en Venecia tampoco ha demostrado tal disposición, pero ha enseñado dogmas y doctrinas falsas y heréticas.

Para refutar aquello, Giordano mencionó el primer intento que había hecho al acercarse al obispo de Bergamo, Nuncio en Francia, al cual rogó le escribiera a Su Santidad implorándole la gracia de volver al gremio de la Iglesia Católica y ser recibido en la Religión.

—Vivía entonces Sixto V y el Nuncio dudando en obtener tal gracia, no quiso escribir pero me ofreció que ya que volviera a la Religión, trataría de ayudarme. Me envió a ver a un hermano jesuita español, quien me dijo que necesitaba la absolución papal, que sin ella nada lograría...

Reiteró que en Venecia sólo había hablado de asuntos filosóficos, que el libro escrito para el Pontífice era un intento por ser escuchado. Decir y volver a decir cuidando de no contradecirse. Un desliz de su memoria resultaría fatal.

—Puede ser que en el transcurso del tiempo haya errado y alejádome de la Santa Iglesia de otra manera a la que aquí he expuesto y que ahora tropiece con vuestra censura... he confesado y confieso con prontitud mis errores...

En actitud de profunda cayó de rodillas.

—Suplico humildemente perdón al Señor Dios y a Sus Ilus-

trísimas de todos los errores que he cometido; estoy preparado para recibir cuanto de vuestra prudencia sea deliberado para juzgar el alma mía...y si de la misericordia de Dios y de Sus Ilustrísimas se me concediera la vida, prometo reformar notablemente mi vida y así recompensar el escándalo que he hecho con mis actos.

—¿Tiene algo más que decir?

—No se me ocurre nada más.

Volvió a la celda sin estar seguro de que sus palabras hubieran llegado a donde las encaminara.

¿Cómo saber si me absolverán? Si pudiera hablar con algún amigo...

Días después, Morosini llegó a verlo y le anunció que el resultado del juicio parecía favorable.

—¡Todo está a punto de terminar! ¡Han decidido dejarte ir! Lo sabemos por un buen amigo de Sarpi que ha estado muy cerca de los jueces. Es un hermano servita que de cierta manera, ha influido en la decisión. En poco tiempo estarás en libertad.

Los días transcurrieron, primero, con su ritmo habitual; luego se hicieron lentos, pegajosos. Las horas se le adherían al cuerpo y nada pasaba. La música crepuscular del laúd, que no había dejado de sonar, lo aliviaba sólo momentáneamente. Por la noche, las profundidades del tiempo, antes sus aliadas, se volvían contra él atrapándolo como una ciénaga de arenas movedizas. Abría los ojos y bocanadas de color amarillo lo inundaban. Estaba en el jardín de la embajada, frente a los narcisos de Marie Bochetel. Escuchaba el murmullo del río, le llegaba un olor tibio, indefinible. Agnes se acercaba, lo veía y

bajaba la mirada. Al intentar tocarla, las imágenes se distorsionaban convirtiéndose en gárgolas, estatuas parlantes que lo amenazaban con palabras silenciosas. Para ahuyentarlas, recitaba párrafos de sus obras.

...En efecto, aunque hasta ahora haya tenido poco trato y contacto contigo, he recibido sin embargo y aprendido bastante y espero muchísimas cosas más, porque aunque no veo tu ánimo por entero, del rayo que difunde vislumbro que dentro se encierra o un sol o una luminaria aún mayor. Y de hoy en adelante volveré a proponerte, si te dignas reunirme conmigo en este lugar a la misma hora durante tantos días como sean suficientes para oír y entender todo aquello que tranquilice mi mente por entero*

Y seguía:

...Tal vez no llegues a alcanzar tu meta, pero aún así corre la carrera. Invierte tus fuerzas en tan alta empresa. Sigue luchando con tu último aliento...*

...Mucho he luchado. Creí que sería capaz de salir vencedor... Y tanto el destino como la Naturaleza reprimieron mi celo y mi fortaleza. El mero hecho de haberlo intentado ya es algo, porque ahora veo que el conseguir alcanzar la victoria está en manos del destino. No obstante, había en mí algo que era capaz de hacer y que ningún siglo futuro negará me pertenece, aquello de lo que un vencedor puede enorgullecerse: no haber temido morir, no haberme inclinado ante mi igual y haber preferido una muerte valerosa a una vida sumisa.*

¿Qué me hizo recordar este pasaje?

La mujer que llevaba agua y potaje a los cautivos le entregó un mensaje. Su reacción, después de leerlo, fue dudar. Era una estratagema para intimidarlo.

«El Inquisidor veneciano hubo de mandar a Roma una copia de tu proceso y ahora te reclaman los inquisidores romanos. No permitiremos que te lleven. La Serenísima es independiente de La Loba, siempre lo ha sido, y así seguirá.»

¿A qué venía tal embuste? Morosini le había asegurado que todo iba por buen camino. El mensaje es falso.

Enfurecido, arrojó el papel al suelo.

Sentía la respiración entrecortada, acelerado el pulso. El pedazo de papel se destacaba con una blancura amenazante entre las baldosas enlamadas. De pronto dudó. Lo levantó y volvió a leer.

¿Y si fuera cierto?

Sintió el corazón latir más de prisa. «ahora te reclaman los inquisidores romanos.» Sus manos empezaron a temblar. Al caer de rodillas, casi como un aullido, de su boca salió una plegaria.

¡Oh Dios, no lo permitas!

Permaneció hecho un ovillo sobre el suelo; luego una calma desconocida lo anegó: la fecha se cumplía. La Inquisición lo había atrapado. Ya no tenía que huir. De ahí en adelante lo acompañarían el terror y la calma. Frío y caliente debe estar el mago, loco de amor e indiferente ante cualquier pasión. Continente y disoluto. *

Al ponerse de pie recordó las palabras de Sarpi: «No espere-mos la muerte en silencio...» Así lo haré.

La segunda carta del Santo Tribunal romano ordenaba que el prisionero fuera conducido en barco a Ancona para que de allí lo llevaran a Roma. El Senado contestó que ellos ya se ocupaban de impartir justicia.

El embajador veneciano en Roma solicitó a la Serenísima que atendieran la solicitud de entregar a Giordano Bruno nolano, de quien se aseguraba era un hereje, heresiarca, apóstata, autor de libros impíos ya antes acusado por la Inquisición de Nápoles. El asunto llegó a oídos del duque. Su respuesta fue terminantemente diplomática: «Venecia ejerce buena justicia debajo de la autoridad de Su Santidad. »

El Nuncio Apostólico insistió en que se trataba de un herejarca y aquél no era un caso ordinario.

El duque, entonces, pidió al procurador Niccolò Contarini le explicara con exactitud por qué ese personaje causaba tal revuelo. Contarini le describió la profesión de Giordano Bruno, los títulos de algunas de sus obras, y la razón por la que un patricio lo había invitado a su casa. Añadió que por ser extranjero, no debía ser juzgado y sentenciado en Venecia.

—Los crímenes de esta persona son tan serios como herejía, aunque de otra forma, es uno de los más sublimes y escasos talentos, de exquisita doctrina y conocimiento, que pueda uno desear.

Morosini logró ver a Giordano.

—Tu arresto se ha convertido en un asunto político. A pesar de que redoblamos esfuerzos, se nos va de las manos. Roma insiste en que te entreguemos. Sarpi mismo ha salido a tu defensa sin importarle la peligrosidad del Nuncio. Las discusiones en el Senado se centran en tu caso. Venecia está dividida: unos gritan que se entregue al hereje, mientras otros se niegan a aceptar la imposición papal. La reacción de Fosca, me sorprenderme. Empezó pidiéndome que abogara por ti, suplicó, exigió. Por las noches interrumpe mi sueño para implorar-

me que te ayude, me llama cobarde, amenaza con ir ella misma a Roma. Aduce tener amistades, influencias. Me ha dicho que daría la vida por salvarte ...ni siquiera te conoce, no sabe quién eres... No lo entiendo. Vendré a verte en cuanto tenga noticias fidedignas.

A finales de enero, se supo que había llegado a Venecia un prelado consistorial para llevarse a Giordano Bruno. En vista de que no se lograba un acuerdo, el Senado de Venecia votó para determinar si lo entregaban. El resultado fue de ciento cuarenta y dos votos a favor y treinta en contra de entregarlo a Roma. A partir de entonces, no hubo monedas suficientes para abrir la puerta de su celda. Nadie pudo verlo. Nadie se atrevió a desafiar a la Santa Inquisición romana; el cautivo ya le pertenecía. Sólo el sonido del laúd y la voz que cantaba romanzas de amor eterno, lo acompañaron sin falta.

La mañana del 19 de febrero de 1593, nueve meses después de la denuncia, el prelado y su séquito se presentaron en la celda. Giordano al verlo trató de reconocer, en medio de la grasa que sepultaba las facciones, aquellos ojos en los que se destacaba, entre otras imperfecciones, la codicia. Conocía aquella voz que ennumeraba los rigores a los que sería sometido por sus faltas.

¡El visitador rural! Ése a quien tenía enfrente, había sido un joven que deseaba prosperar para no andar evangelizando campesinos ignorantes. Lo había conocido yendo de Savona a Turín, muchos, muchísimos años atrás. Para entonces él había dejado su hábito y el del visitador se desteñía por el polvo de quién sabe cuántos caminos. Recordó el orgullo con el que le asegurara que llegaría a Nuncio para ser llevado y traído en

carruajes. La voz que preconizaba la inmensa justicia clerical, lo sacó de sus remembranzas.

Salió de la celda con las manos atadas a la espalda, precedido por el enviado de Roma y cercado por guardias suizos. Dejó la prisión convencido de que no iba solo: lo acompañaba su memoria.

*Creí que sería capaz de salir vencedor... Y tanto el destino como la Naturaleza reprimieron mi celo y mi fortaleza. El mero hecho de haberlo intentado ya es algo, porque ahora veo que el conseguir alcanzar la victoria está en manos del destino. No obstante había en mí algo que era capaz de hacer y que ningún siglo futuro negará me pertenece, aquello de lo que un vencedor puede enorgullecerse: no haber temido morir, no haberme inclinado ante mi igual y haber preferido una muerte valerosa a una vida sumisa. ***

La laguna había inundado Venecia. No había puentes que cruzar ni escaleras que subir. Las puertas de los palacios, esquivas, permanecían bajo el agua. Bajo una llovizna helada abordaron la embarcación que los llevaría a Ancona. Luego que el prelado ocupó su lugar, amarraron a Giordano cerca del mástil para negarle la oportunidad de echarse al agua y morir sin castigo. Entre el murmullo de los remos escuchó el sonido de un laúd. La música lo siguió hasta que la línea azulada en que se convertía el perfil de la ciudad, se perdió en la grisura del cielo.

INFORME OFICIAL DE ROMA

19 de febrero de 1600

El jueves fue quemado vivo en Campo dei Fiori aquel fraile dominico, de Nola, hereje pertinaz, con la lengua en una mordaza. Blasfemaba sin hacer caso ni a los sacerdotes que lo asistían, ni a ninguna otra persona. Había permanecido siete años preso en el Santo Oficio. Decía que moría mártir y con el placer de que su alma ascendería al paraíso envuelta en aquella humareda.

ÍNDICE

Primera parte	1548-1576
Segunda parte	1576- 1600
Informe Oficial de Roma	